

MABEL DÍAZ

AMARTE A ESCONDIDAS



MABEL DÍAZ

AMARTE A
ESCONDIDAS

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con el motivo de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Amarte a escondidas.

©Mabel Díaz, junio 2020.

Diseño de portada y maquetación: ADYMA Design.

Corrección: Carol RZ de Deletréame.

*A todas las MILF que hay en el mundo,
en especial, a mi grupo de amigas.*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Otros libros de la autora en papel y digital](#)
[Biografía de la autora](#)

Prólogo

Ana vio entrar a la joven en la cafetería y alzó la mano para indicarle dónde estaba sentada. Mientras se acercaba, la observó. Era muy guapa y voluptuosa. Piernas largas que enseñaba la minifalda que llevaba puesta, cintura estrecha y pecho grande, fruto de la cirugía estética. Se preguntó qué talla sería. ¿Una noventa y cinco o una cien? ¡Bah, qué más daba! Subió los ojos hasta su cara para encontrarse con una expresiva mirada verde y unos labios carnosos, también operados. «Al menos el cabello sí es rubio natural», pensó Ana.

Sabía por su marido, compañero en el concesionario de coches donde trabajaba la joven, que rondaba los treinta años y que se llamaba Noelia.

Lo que desconocía y le intrigaba era por qué se había citado allí con ella si apenas tenían relación.

Cuando recibió un wasap de un número desconocido, estuvo a punto de borrarlo, pero no lo hizo porque la chica se identificaba como la compañera de Damián. En el breve mensaje le decía que tenía que reunirse urgentemente con ella. Le indicó el lugar, la hora y el día.

Y allí estaba Ana, intentando averiguar qué era lo que quería decirle esa jovencita.

Supuso que, como el cumpleaños de su marido estaba cerca y siempre recibía regalos de sus compañeros en la pequeña fiesta que organizaban en la oficina del concesionario, querría hablar con ella de eso para que le diera ideas sobre qué comprarle entre todos.

Pero ¿por qué no se lo había comentado por WhatsApp y ya está?

Noelia llegó a la mesa a la que estaba sentada Ana y esta se levantó para darle dos besos. Tras el saludo inicial, ocuparon las sillas, una frente a la otra, y Ana alzó la mano para llamar la atención del camarero y que fuese a servirles.

—Yo no quiero tomar nada, Ana. Además, tengo poco tiempo. Ya sabes que me he escapado del trabajo solo para hablar contigo y tengo que regresar en quince minutos —explicó Noelia muy seria.

—Oh, vale —contestó Ana haciéndole otra señal al camarero para que no se acercase al final—. Bueno, pues tú dirás.

Colocó las manos entrelazadas sobre la mesa y esperó a que la joven comenzase a hablar.

La notaba tensa y muy seria. Las pocas veces que había visto a Noelia siempre tenía una preciosa sonrisa en los labios y, según Damián, era la alegría del concesionario. ¿Qué le pasaría ese día? Se dio cuenta de que esquivaba su mirada. Parecía no tener valor suficiente para clavar sus ojos verdes en los castaños de Ana y hablar con ella.

—Estoy embarazada —soltó a bocajarro.

Tras unos segundos de desconcierto, Ana reaccionó.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena! —dijo con una gran sonrisa mientras se preguntaba: «¿Y a mí por qué me cuenta esto?».

Noelia alzó por fin los ojos y la miró con lágrimas en ellos.

—Yo no quería que esto pasara. De hecho, él me prometió que no sucedería. Pero le gusta jugar, sentir piel con piel. Ha salido a tiempo todas las veces que lo hemos hecho en estos meses. Supongo que esto de ahora ha sido mala suerte.

Ana se había quedado estupefacta. ¿Eso no debería hablarlo con su madre, su mejor amiga o incluso con el padre del bebé?

Mientras recordaba que Damián le había comentado que Noelia llevaba tiempo saliendo con un chico de su edad, la joven comenzó a sollozar. Gruesos lagrimones cayeron de sus ojos y se deslizaron por sus pómulos dejando un rastro de rímel negro hasta la barbilla.

Ana se apiadó de la pobre chica. Colocó una mano sobre las de ella en un intento de infundirle ánimo y consuelo.

—Tranquila. No llores. Tener un hijo es lo más maravilloso que te pueda pasar. Cuando le veas la carita, se te olvidará este mal trago —susurró con ternura para calmarla—. Además, ya no eres una niña. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintinueve? ¿Treinta? Tienes un trabajo estable, y supongo que tu novio también lo tendrá. No habrá ningún problema para criar al bebé.

—¿Mi novio? —preguntó la chica descolocada sin dejar de llorar —. Yo no tengo novio. —Hizo una pausa, en la que se sorbió los mocos de una manera nada educada, y confesó—: Estoy embarazada de tu marido.

Acto seguido, se levantó de la silla y se marchó veloz, dejando a Ana con la boca abierta por la sorpresa, preguntándose si habría oído mal aquella declaración.

Pero no. Lo había oído perfectamente.

Y, aunque su mente le decía que no podía ser, su corazón le gritaba que era cierto. Damián había tenido una relación —no sabía si sentimental pero sí sexual— con esa chica. O seguía manteniéndola. Le estaba siendo infiel o lo había sido en algún instante del pasado. Cayó en la cuenta de que ella había dicho «en estos meses», o sea, que su marido se la había follado en repetidas ocasiones. No había sido un desliz de una noche de juerga cuando tenían la cena de empresa. No.

En ese momento se dio cuenta de todas las veces que su marido llegaba a casa con excusas que ella se creyó sobre por qué había salido más tarde del concesionario; el repentino interés por mantenerse en forma apuntándose a un gimnasio con la consiguiente pérdida de peso y la mejora en el estilo de vida saludable, controlando lo que comía para no engordar; el perfume de otra en su ropa y en su piel; las pocas ganas —por no decir ninguna— de hacer el amor con ella, que Ana achacó al estrés porque las ventas de coches habían bajado y él corría el riesgo de perder el empleo; el cansancio y otros detalles más que no había querido ver. Las señales estaban ahí y ella las obvió.

Su corazón se rompió en mil pedazos. El dolor se extendió por su pecho igual que si le hubieran clavado un puñal para abrirlo en canal. La respiración comenzó a faltarle y supo que se iba a desmayar.

El último pensamiento antes de que todo se volviera negro fue que su marido le había sido infiel y había dejado embarazada a su amante.



Capítulo 1

Ana removía el café con leche en aquella mañana de primeros de septiembre en la cafetería de al lado del colegio de sus hijos.

Comenzaban un nuevo mes y un nuevo curso. Tras el divorcio, casi un año antes, había llegado la hora de pasar página y centrarse en lo importante: su trabajo, sus hijos, su familia, sus amigas... En todo lo que le quedaba tras la separación del que fue el amor de su vida. Había llorado mucho a escondidas para que nadie se compadeciera de ella por lo que había pasado y, sobre todo, para evitar que sus hijos, ignorantes de la infidelidad, se dieran cuenta de lo que sufría por la separación del padre.

«Mamá y yo hemos dejado de querernos, y por eso nos vamos a divorciar», les había dicho Damián a los niños al darles la noticia.

«¿Perdona? Tú has dejado de quererme y te has liado con una chica diez años más joven a la que has preñado, pedazo de cabrón. ¡Claro que nos vamos a divorciar! No pienso pasar ni un día más compartiendo mi vida con un hijo de puta como tú», había pensado Ana al escucharle aquella primera frase. Sin embargo, se abstuvo de soltar lo que pasaba por su mente mientras el infiel de su marido continuaba explicando a sus hijos.

«Pero seguiremos siendo una familia, aunque yo no viva en casa con vosotros. Os queremos mucho a los dos y por eso no deseamos que nos veáis pelear ni discutir. No queremos que tengáis que soportar algo así», les había informado Damián.

Ella permaneció a su lado, impasible por fuera pero echando chispas de rabia por dentro, notando cómo la ira mezclada con la decepción más absoluta hacían mella en su ser, deseando estrangular a su marido hasta la muerte.

«No me quiso. Me desechó igual que a un pañuelo usado. No le dedicaré ni uno más de mis pensamientos a partir de ahora. Soy una mujer fuerte e independiente y voy a salir de esto. No necesito a ese hombre en mi vida», había pensado muchas veces con rencor antes de llegar a la conclusión de que no merecía la pena seguir sufriendo por alguien que no la había valorado como ella se merecía.

A pesar de lo ocurrido, su exmarido era un buen padre. Con ella no se había portado nada bien, pero con sus hijos, sí. Cada mes, religiosamente, le llegaba la transferencia con la pensión alimenticia de los niños, y se ocupaba de satisfacer cualquier necesidad que tuvieran. Era cariñoso con ellos y siempre que enfermaban y no estaban con él, se interesaba por su salud con llamadas telefónicas a Ana.

Probó el café otra vez con cuidado para comprobar si ya se había enfriado lo suficiente. Como vio que así era, comenzó a beberlo, centrándose en la conversación que mantenían sus amigas Raquel y Beatriz.

—¿Os acordáis de cuando los peques empezaron el colegio? —preguntó Beatriz como en todos los inicios de curso—. ¡Mirad lo mayores que se nos han hecho ya!

—Sí —suspiró Raquel con nostalgia—. Hace nada estaban en Infantil y hoy comienzan primero de la ESO.

—Tu hija Naia ha pegado un buen estirón durante el verano —dijo Ana señalando a Bea—. ¡Madre mía! ¡Ya es una mujercita!

—Tiene un pavo encima que no puede con él. Me vuelve loca, y más de una vez tengo que aguantarme las ganas para no soltarle un tortazo a ver si espabila —se lamentó su amiga.

—Pues no te queda nada. Acaba de cumplir doce, como nuestros hijos mayores, así que paciencia y ánimo —le aconsejó Raquel.

—A ver si Guille espabila un poco ahora que está en la ESO, porque lo veo todavía muy inmaduro —comentó Ana refiriéndose a su primogénito.

—Ya sabes que las chicas maduran antes que los chicos —dijo Raquel—. No tengas prisa y disfruta de Guille antes de que entre de lleno en la adolescencia.

—¿A qué curso pasa Lucas? —quiso saber Beatriz haciendo alusión al hijo pequeño de Ana.

—A cuarto de Primaria.

—¡Otro que se hace mayor! —exclamó Raquel.

—Tus gemelos pasan a tercero, ¿verdad? —le preguntó Ana a Raquel.

Su amiga asintió con la cabeza.

—¿Seguirá Lucas en judo este curso? —preguntó Bea.

—Sí. Le gusta mucho y, con lo torbellino que es, le viene bien para gastar toda la energía que tiene. Además, le he apuntado también a ajedrez porque él me lo ha pedido. Este verano en el pueblo mi padre le ha enseñado un poco a jugar y parece ser que se ha aficionado. Así que los lunes también tendrá extraescolar.

—¿Y con Guillermo? ¿Vas a probar algún deporte más o tiras ya la toalla? —quiso saber Raquel.

—Pues vamos a probar también con judo porque es el que nos queda. Le he dicho que no se puede estar todo el día tumbado en el sofá jugando a la Play o con la *tablet*. Ahora que se está desarrollando, debe cuidar su cuerpo haciendo algo de ejercicio, y como no le gusta ni el fútbol ni el baloncesto ni la natación ni el tenis, pues lo meto al mismo que a su hermano a ver si hay suerte y practica algún deporte.

—Pero no podrá ir con los niños de tercero y cuarto —objetó Raquel.

—No. Le mandé un correo la semana pasada a Ángel, el maestro de judo, comentándoselo y me contestó que Guille tiene que estar con los de su edad. Así que Lucas seguirá yendo los martes y jueves durante una hora, y Guille irá los viernes, dos horas, con vuestros hijos —explicó Ana.

—Me parece que las extraescolares empiezan la semana que viene, ¿no? —quiso saber Bea.

—Sí. La reunión informativa para padres será este viernes a las cinco de la tarde y las extraescolares comenzarán el lunes —informó Raquel.

—Yo a lo mejor no voy a la reunión —dijo Ana—. Total, Ángel nos va a decir lo mismo de todos los años: el importe a pagar por la licencia federativa, la mensualidad, las normas, presentará a los otros maestros, que serán los mismos del año pasado y el anterior... Luego lo mandará todo por correo para que los padres que no han ido se enteren de lo hablado, como hace siempre. Así que igual aprovecho para hacer otras cosas.

—Bueno, churris, me tengo que ir a la oficina ya, que mi jefa me dio solo una hora libre para poder traer a los niños al colegio el primer día de clase —comunicó Raquel, levantándose de su silla.

Ana y Bea la imitaron.

—Yo he tenido que pedir el día de vacaciones porque el cabrón de mi jefe no entiende que quiera acompañar a mi hija en su primer día de instituto. Dice que como el colegio y el instituto están en el mismo edificio, no lo veía necesario. Que la niña ya es mayor para venir sola andando o en autobús y que conoce el colegio a la perfección. Cómo se nota que él no tiene hijos. No sabe la preocupación que tenemos las madres aunque los niños tengan cuarenta años —se quejó Beatriz indignada.

—En estos momentos es cuando me alegro de ser mi propia jefa —dijo Ana.

Ella era autónoma desde hacía varios años. Trabajaba como correctora independiente de textos. También debía marcharse a casa y comenzar su jornada laboral. Tenía que entregar un manuscrito esa misma semana. Ya le quedaba poco para terminarlo y ponerse con los otros que había ido acumulando. Lo bueno de trabajar desde casa era que disponía de tiempo para estar con sus hijos y ayudarlos en las tareas escolares, entre otras cosas.

Lo malo era que algunas personas de su entorno no lo valoraban. Como no trabajaba fuera de casa, y por lo tanto no tenía ninguna oficina a la que acudir, no consideraban que tuviese un empleo y había tenido que soportar demasiadas veces la frase «¡Claro, como tú estás todo el día en casa!». Como si ella se pasara el día tumbada en el sofá sin hacer nada en lugar de trabajando delante del ordenador con las correcciones.

Una vez en la calle, después de haber pagado los cafés, las amigas se despidieron y Ana emprendió el camino hasta su casa.

...

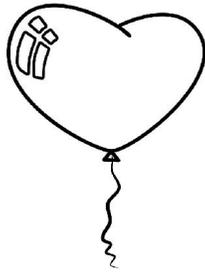
Bruno estaba entusiasmado en ese primer día de colegio. Era profesor de Educación Física en una cooperativa que poseía varios centros educativos, y ese curso que comenzaba lo habían trasladado a uno nuevo.

Le daba pena dejar de ver a sus antiguos alumnos y a los compañeros, pero estaba seguro de que los lazos de amistad no se romperían. Además, le encantaba conocer gente nueva y confiaba en que haría muchos amigos más en ese centro escolar.

Se sentía como un niño la mañana de Reyes abriendo los regalos, pues a su labor como docente con chicos y chicas de ESO también debía añadir el hecho de que iba a dar clases extraescolares de judo a los niños de tercero y cuarto de primaria. Cuando el director del colegio junto con el jefe de estudios y el coordinador que gestionaba la escuela deportiva se lo propusieron, no pudo negarse. La enseñanza de este arte marcial japonés le apasionaba y en los otros colegios donde había estado ya tenía experiencia en esta extraescolar. Además, él era cinturón negro, tercer dan, y le gustaba transmitir a los chicos y chicas todas las enseñanzas del judo: respeto, amabilidad, educación, tolerancia, autocontrol, autoestima, empatía y otros muchos beneficios de este deporte.

A sus veintiocho años, los valores que fomentaba esta disciplina regían su vida, y por eso deseaba enseñársela a los niños pequeños, para que se convirtieran en adultos respetuosos consigo mismos y con los demás, entre otras cosas.

Inspiró profundamente antes de dirigirse a la clase de primero de ESO que le tocaba entonces y presentarse.



capítulo 2

La primera semana escolar había pasado con las típicas quejas matutinas de «No quiero ir al colegio, quiero seguir de vacaciones». Los niños no tenían deberes; aún era pronto para mandarles tarea. Según le comentaron Guille y Lucas a su madre, estaban repasando lo del curso anterior, aunque Ana ya lo sabía pues todos los años comenzaban igual. Guille le comentó a su madre que tenía varios profesores nuevos ese curso. Lucas continuaba con los mismos docentes.

El lunes siguiente Lucas salió muy contento de la extraescolar de ajedrez. Habló sin parar sobre quién era su profesor y lo que habían hecho en clase. Esa noche llamaron por teléfono a los abuelos para que el niño les explicara que iba a aprender mucho para después, cuando jugase con su abuelo, darle una paliza y ganarle.

El martes Ana estaba esperando a que la extraescolar de judo terminase junto a su amiga Raquel y otras mamás.

—¿Has recibido el correo que ha mandado Ángel sobre la reunión del viernes?

—Sí, me llegó ayer. He visto que el importe a pagar de la licencia federativa es el mismo que el curso pasado —contestó a su amiga.

—Tenías que haber venido a la reunión. Hay un profe de judo nuevo que está como un tren. La pena es que es jovencito. Se llama Bruno y tiene veintiocho años, un yogurín. Les ha tocado a nuestros niños, así que este año nos vamos a alegrar la vista a base de bien —se rio Raquel.

—¿Y quién dará la clase de los chicos de ESO? ¿Borja, Antonio o Ángel?

—Dijeron que sería Antonio.

En ese momento los niños comenzaron a salir del *dojo*, la sala donde se practicaba el arte marcial, seguidos por su maestro.

—Mira —dijo Raquel que, dándole un codazo a Ana, señaló con el mentón hacia el joven—. ¿A qué está bueno?

—Raquel, por favor...

Ana meneó la cabeza de un lado al otro y puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? Que esté casada no significa que esté ciega. Puedo mirar, ¿no? —se defendió su amiga.

—Pero si es un crío. ¿No me has dicho que tenía veinticinco? —murmuró Ana—. Podrías ser su madre.

—Oye, guapa, que tengo cuarenta y un años, igual que tú. Para ser su madre debería tener por lo menos cincuenta y tres. Y el muchacho tiene veintiocho, no veinticinco.

—¡Qué más da tres años arriba o abajo! Es demasiado joven para que andes soñando con él —argumentó Ana sacudiendo la cabeza de nuevo.

En ese momento Bruno le preguntó a Lucas quién era su mamá y, cuando el niño se lo dijo, señalándola con un dedito, Ana alzó la mano. El maestro de judo dejó marchar al pequeño y continuó entregando al resto de niños a sus madres.

—Hasta el jueves —se despidió Ana de Raquel cuando su amiga recogió a sus gemelos.

...

Bruno acabó de entregar a sus alumnos y regresó al *dojo* mientras repasaba mentalmente las caras de algunas mamás, asociándolas a sus hijos. Esperaba memorizarlas todas en los próximos días para no tener que estar preguntando a los niños cada vez que sus madres iban a recogerlos.

Cogió su mochila de la percha donde estaba colgada y comenzó a cambiarse allí mismo. Podía hacerlo en el vestuario de al lado, pero pensó que para quitarse el *judogi* no era necesario moverse de

lugar. Además, allí no había nadie que pudiera verlo y tampoco se iba a quedar completamente desnudo.

La primera semana en el colegio nuevo había ido bien, y él estaba contento. Los compañeros y compañeras eran agradables, y se notaba el buen rollo que había entre todos. Algunos profesores rondaban los cincuenta años; otros eran más jóvenes, como él.

Terminó de vestirse con la ropa de calle, recogió el kimono, lo metió en la mochila y salió al pasillo. Cerró la puerta de la sala donde había impartido la clase y fue a buscar a Ángel para devolverle la llave.

—¿Qué tal el primer día con los de tercero y cuarto? —se interesó el coordinador de judo.

—Bien. Parecen un buen grupo, aunque hay un par de ellos que me han dado bastante guerra.

—Seguro que han sido Lucas y Mario —adivinó Ángel.

—Pues sí, han sido ellos —reconoció Bruno.

—Esos dos tienen más energía que todo el grupo juntos —se rio el hombre.

—No importa. Son niños y les gusta jugar. Además, estamos comenzando el curso. Supongo que, a medida que avancemos, se lo tomarán más en serio —contestó Bruno esperanzado.

Ángel le dio la razón con un movimiento de cabeza.

—Los chicos y yo —dijo refiriéndose a los otros profesores de judo— vamos a ir a tomar algo a la cafetería de aquí al lado. ¿Te apetece venir? —lo invitó.

—Sí, claro —aceptó Bruno de buen grado.

Salieron del colegio con sus mochilas cargadas al hombro. En la calle los esperaban los demás.

...

Las semanas se sucedieron una tras otra hasta que septiembre acabó. Un jueves de principios de octubre, Ana y Raquel estaban esperando a que Bruno les entregase a los niños mientras charlaban.

—¿Cuándo me traerás las facturas a la asesoría para hacerte lo del IVA? —quiso saber Raquel—. Recuerda que hay que pagarlo

antes del día veinte de este mes.

—Este fin de semana que los niños están con su padre me pondré con ellas y el lunes por la mañana te las llevaré todas, ¿te parece bien?

Su amiga trabajaba en una asesoría fiscal y gestionaba toda la documentación sobre impuestos y demás de Ana.

Raquel asintió y, sin venir a cuento, le confesó:

—Anoche he soñado con el maestro de judo.

—¿Con Ángel? —preguntó asombrada Ana.

—¡No, mujer! —exclamó su amiga—. Con Bruno, el nuevo —susurró bajando la voz para que otras mamás no la oyeran.

Ana la miró arqueando una ceja.

—No me mires así. El chico me pone mogollón —replicó Raquel.

—Estás fatal, tía.

La otra se encogió de hombros.

—Y José, ¿qué opina de todo esto? —se interesó Ana.

—Mi marido no sabe nada. ¿Cómo se lo voy a decir? Además, tampoco es para tanto. No es como si le estuviera poniendo los cuernos o algo así —se defendió Raquel.

—Por algo se empieza —comentó ella.

—Tranquila, que yo quiero mucho a José. No pasa nada por soñar con un yogurín como los que vemos en Instagram o Facebook.

En ese momento apareció Bruno con sus alumnos y comenzó a entregar a cada niño a su mamá.

—¡Ay! No me digas que no está bueno —suspiró Raquel.

—Tiene veinticinco años —le recordó Ana.

—Veintiocho —rectificó su amiga.

—¿Qué más da? Es demasiado joven.

—Ya, pero ¿te imaginas tener toda esa juventud y belleza retozando en una cama? Por no hablar del vigor sexual, que a esa edad está en pleno auge.

Ana no pudo evitar reírse ante el comentario de Raquel.

—Lo que yo te digo: estás fatal.

Les llegó el turno a los gemelos de su amiga y estos corrieron a abrazar a su madre.

—¿Te apetece salir este fin de semana que no tienes a los niños? Podríamos comer el sábado. Llamaré a Bea para decírselo.

—No, no me apetece. Tengo muchas cosas que hacer y quiero aprovechar que Guille y Lucas no están en casa para hacerlas.

—Eres un muermo, ¿lo sabías? En lugar de salir por ahí a divertirte como hacen todas las divorciadas, y de paso sacarnos a nosotras —dijo refiriéndose a Beatriz y a ella—, prefieres quedarte en casa.

—No me digas que me necesitas a mí para salir de tu casa. ¿Qué pasa? ¿Te aburres con José?

—No es que me aburra, pero necesito cambiar de rutina de vez en cuando o terminaré por cargarme a mi familia y saliendo en las noticias —le explicó Raquel.

—Bueno, vale, llama a Bea. Luego me cuentas cómo habéis quedado.

Las amigas se despidieron, y Ana se quedó esperando a que el profesor le entregara a Lucas, pero este lo estaba dejando para el final a propósito.

Cuando ya solo quedaban su hijo y otro niño, Bruno llamó primero a la mamá del otro y, tras hablar unos minutos con ella, la despachó. La madre se alejó de allí riñendo al pequeño por algo que le había dicho el maestro.

Entonces se acercó a su hijo y a él, intuyendo problemas.

—¿Ha pasado algo, Bruno?

—Lucas se ha peleado con su amigo Mario. Lo ha empujado, lo ha tirado al suelo y se ha subido encima dándole puñetazos —explicó el profesor.

Se notaba que el joven estaba muy enfadado. Sin embargo, se controlaba.

A Ana no le gustó la mirada intensa que le estaba dirigiendo desde su metro ochenta mientras le contaba lo sucedido. Se sintió pequeña al lado del maestro, intimidada bajo sus ojos negros.

—Ya les he dicho a los dos que los problemas se resuelven hablando, no pegándose —prosiguió Bruno—. No quiero que se repita esta actitud. A la mamá de Mario también se lo he contado. Espero que los dos pongan de su parte para que esto no vuelva a suceder.

Ana asintió, todavía consternada por lo ocurrido y por la bronca que se había llevado por parte del maestro.

—Pero es que empezó él —protestó Lucas.

—Sea lo que sea, no puedes solucionar los problemas a golpes. La violencia es mala —lo riñó Bruno.

—Me dijo que mi papá nos había dejado porque no nos quiere y por eso se ha buscado una familia nueva —contó el niño empezando a llorar.

Al oírlo, Ana cerró los ojos e inspiró hondo para controlar el dolor que le producía aquello. Bruno vio reflejado en su cara aquel sentimiento.

Ella abrazó a su hijo contra su cintura y abrió los ojos de nuevo. El maestro pudo ver que se estaba aguantando las ganas de llorar.

—¿Por qué no me lo has contado cuando os he reñido? —Bruno le preguntó al niño cambiando el tono de voz por uno más suave.

—Porque no quería que el resto de la clase lo oyese —respondió sin dejar de sollozar, agarrado al cuerpo de su madre.

—Pero, si me lo hubieras dicho, podría haberte ayudado. Lo que Mario ha hecho está muy mal porque te ha faltado al respeto, y ¿cuál es la primera regla del judo?

—El respeto —dijo Lucas limpiándose las lágrimas con los deditos.

—Y tú también se lo has faltado a él al pegarle, ¿lo comprendes? —El niño asintió y el maestro le revolvió el pelo con ternura—. El martes hablaré con Mario para que no te vuelva a decir esas cosas —prometió Bruno. Miró a Ana y añadió—: Lo siento. No sabía nada.

Ana no contestó. Se limitó a mostrar una pequeña mueca con la que lo disculpaba. Mientras el profesor hablaba con su hijo, ella había tenido tiempo de recuperarse de aquella impresión y ahora una rabia ciega corría por sus venas. Estaba deseando largarse de allí y dejar de ver al maestro de judo.

En los ojos negros del joven había visto pena cuando el niño le contó el porqué de lo sucedido. Ella no quería que la gente la tuviera lástima. No era la primera mujer a la que le ponían los cuernos y se divorciaba. Le dolía más que hablasen de su vida privada; que hicieran daño a sus hijos sirviéndose de lo que había pasado. La

gente podía atacarla a ella todo lo que quisiera, pero que no se metieran con sus niños porque haría pedazos al que lo intentara.

—Hasta el martes. Que paséis buen fin de semana —se despidió Bruno dándose la vuelta para regresar al *dojo*.

Estaba molesto consigo mismo por lo ocurrido. Debería prestar más atención a las conversaciones de sus alumnos. Lo habían pillado con la guardia baja, pero no sucedería más. Él, mejor que nadie, comprendía lo que Lucas había sentido al escuchar aquello de los labios de su amigo Mario. La rabia, la ira, la frustración, la impotencia ante una situación que se le escapaba de las manos y que no sabía cómo dominar. Sus padres se divorciaron cuando él tenía quince años y pasó por todo eso. Tuvo que soportar igual que Lucas las burlas de algunos compañeros. También se lio a puñetazos con ellos. Pero gracias a Dios el judo y los valores que enseñaba lo ayudaron a encauzar toda esa agresividad y superó aquella dolorosa etapa.

Mientras se cambiaba de ropa, recordó a la mamá del niño. El gesto de dolor en su cara al escuchar a su hijo no le había gustado nada. No sabía cuánto tiempo llevaría divorciada, pero aún sufría por ello. Sus bonitos ojos castaños se habían llenado de lágrimas; lágrimas que reprimió para que Lucas no la viese llorar. Esa mujer había estado a punto de romperse; sin embargo, afrontó la situación con entereza. Comprobó la transformación que se operó en ella al pasar de la tristeza a la furia contenida. Antes de darse la vuelta para regresar al *dojo* observó en sus ojos una determinación y una fuerza que le hizo admirarla.

La mamá de Lucas estaba pasando por una mala situación. Pero lo que Bruno vio en su mirada le dijo que iba a salir de aquello costase lo que costase. Ella era una guerrera, una luchadora. Podrían doblarla, pero nunca se rompería.

...

Ana salió del colegio con Lucas agarrado de la mano. Caminaba con paso enérgico, fruto del cabreo que llevaba encima.

—¿Cuántos puñetazos le has dado a Mario? —preguntó a su hijo.

—No lo sé, mamá. No los he contado. A lo mejor cuatro o cinco, pero no lo sé.

—La próxima vez le das veinte o treinta.

Se detuvo al lado del coche y se giró hacia su hijo, que la miraba sorprendido por su respuesta.

—No me hagas caso, cariño —le sonrió—. Tiene razón tu maestro. Los problemas no se solucionan a puñetazo limpio. Es mejor hablar las cosas en lugar de pegarse. Además, sabes que Mario no tiene razón. Papá y yo nos divorciamos porque el amor se nos acabó, pero eso no os incluye a Guille y a ti. Los dos os queremos muchísimo porque sois lo mejor que nos ha pasado en la vida y, si volviéramos a nacer y nos encontrásemos el uno al otro en nuestro camino, nos casaríamos otra vez y os tendríamos a tu hermano y a ti.

Ana, que se había agachado para estar a la altura de su hijo mientras le hablaba, abrazó al niño con fuerza cuando terminó de tranquilizarlo con estas palabras. Le dio un beso en la frente y otro en la mejilla transmitiéndole todo el amor que sentía por él.

—Bueno —dijo separándose del cuerpecito de Lucas—, vámonos a casa, que hay que hacer deberes. ¿Te han puesto muchos hoy?

—No. Solo dos ejercicios de mates. ¿Y a Guille? —preguntó mientras su madre abría la puerta para que subiera al coche.

—Guille también tenía poco que hacer. Espero que haya terminado para cuando lleguemos a casa. Te he traído un bocata de jamón serrano. ¿Te lo vas comiendo por el camino y así adelantamos tiempo?

El niño asintió y Ana le dio el bocadillo. Se montó en el coche y arrancó, poniendo rumbo a su domicilio.

Cuando llegó, se encontró con su otro hijo viendo la tele.

—¿Ya has terminado los deberes? —quiso saber.

—Todavía no los he hecho. Me iba a poner ahora —contestó el adolescente.

Ana cogió aire profundamente y rezó al cielo para que le diera paciencia.

—Pues apaga la televisión y ¡andando! —soltó molesta—. Te he dicho cien veces que la ESO es más difícil que primaria y que tienes que estudiar mucho más.

Guillermo se levantó del sofá y caminó hacia su habitación. Ana lo siguió sabiendo que, por la manera de mover la cabeza, su hijo estaba imitándola mientras le echaba la charla.

—Si no aprovechas el tiempo y te aplicas en los estudios, suspenderás. Luego no me vengas llorando como un niño pequeño diciendo que no sabes por qué has suspendido. ¡Y no me imites! —lo regañó levantando la voz.

—Vale, mamá —respondió Guillermo entrando en su cuarto. Antes de cerrarle la puerta en las narices a Ana, le escuchó decir—: Jolines, qué pesada...

Ana se quedó mirando la madera decidiendo si entraba o no en la habitación de su hijo mayor. Al final, abrió la puerta y se metió en el cuarto.

—Pues sí, soy una pesada. ¡Qué le vamos a hacer, hijo! Te ha tocado la madre plasta. ¿Y sabes qué te dice esta madre plasta? Que como no aproveches el tiempo y suspendas alguna, no cogerás la Play ni la *tablet* ni verás vídeos del YouTube ni nada de nada hasta que se acabe el curso. Así que tú mismo, chaval —soltó con chulería.

Guille agrandó los ojos sabiendo que su madre era muy capaz de cumplir sus amenazas.

—Vale, mamá, ya me pongo con las tareas.

—Bien.

Antes de que abandonara la habitación, Guille se acercó a ella.

—Mamá, perdóname por llamarte pesada —musitó arrepentido.

Ana abrió los brazos y el adolescente se refugió en ellos.

—Lo siento mucho —volvió a decirle.

—Tranquilo. Te perdono, pero no lo vuelvas a hacer, ¿de acuerdo? Solo quiero lo mejor para ti.

Guillermo asintió con la cabeza y, al hacerlo, rozó la nariz de su madre con la frente.

«Dios mío, qué alto está ya. Dentro de poco me pasa», pensó Ana disfrutando un poco más del abrazo de su hijo, ese pequeño momento de intimidad entre ellos que sabía que cada vez se daría menos según su niño fuera creciendo.

Recordó el día que Guille le dijo que no le diera besos delante de sus compañeros como había hecho siempre al dejarlo en la puerta

del colegio y al recogerlo después. Fue en quinto curso. Aquello le dolió muchísimo, pero comprendió el pudor y la vergüenza de su hijo por las muestras de cariño en público. Se hacía mayor y no podía detenerlo. Así que ahora las aprovechaba al máximo antes de que se acabaran.

—Bueno, venga, ponte con las tareas —dijo deshaciendo el abrazo al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Cuando salió del cuarto de Guille, Lucas la esperaba en el pasillo.

—¿A mí también me castigarás sin Play y todo lo demás si suspendo alguna?

—Por supuesto. Tu hermano y tú sois iguales para mí. El que suspenda ya sabe lo que le toca: quedarse sin privilegios y esforzarse más para recuperarlos.

El pequeño abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y la cerró. Se metió en su habitación y se puso a hacer los deberes del colegio.

Ana escondió una sonrisa al verlo. Adoraba a sus hijos, a pesar de que a veces se quejaba de ellos, pero era algo que todas las madres hacían de vez en cuando.

Fue a la cocina, donde había dejado el teléfono móvil al llegar a casa, y buscó en los contactos el número de la mamá de Mario. Tras escuchar varios tonos de llamada, la otra mujer contestó.

—Hola, Inés. Soy Ana, la mamá de Lucas. Quería hablar contigo sobre lo que ha pasado hoy en judo.

—Me ha dicho el maestro que se han peleado, pero no te preocupes, son cosas de niños.

—¿Te ha contado Mario por qué se han peleado? —preguntó Ana.

—No. Y el maestro tampoco me lo ha dicho.

—Bruno no sabía el motivo. Por eso no te lo ha podido decir —le explicó Ana.

—¡Qué más da! Será por alguna tontería de niños —respondió la otra quitándole hierro al asunto.

—Mario le ha dicho a Lucas que su padre nos ha abandonado porque no nos quiere y se ha buscado a otra familia mejor —soltó Ana todavía molesta al recordarlo.

En el otro lado de la línea se hizo el silencio durante algunos segundos.

—Oh, cuánto lo siento, yo... no sabía... —murmuró la otra mamá al fin.

—No te disculpes, pero habla con tu hijo para que no lo vuelva a hacer, por favor.

«O la próxima vez seré yo misma quien le parta la cara al bobo de tu niño», estuvo a punto de añadir, pero se contuvo a tiempo.

—Sí, sí, tranquila. Hablaré con Mario. Y perdona otra vez. Son niños y no saben el daño que hacen con sus palabras. Lo siento mucho, de verdad.

—Está bien. Gracias.

Ana colgó el teléfono y suspiró profundamente. Lo dejó en la repisa de la cocina y se dispuso a hacer varias tareas domésticas. Como ella trabajaba con las correcciones cuando los niños estaban en el colegio, aprovechaba las tardes para limpiar en casa, planchar, etcétera, mientras sus hijos hacían las tareas escolares.

Acababa de poner una lavadora y se disponía a planchar la ropa acumulada de los tres últimos días cuando sonó el portero automático. Al contestar, comprobó que eran sus padres. Les abrió, y cuando estos subieron a su piso, se saludaron.

—Venimos a ver si salís un rato de paseo los niños y tú —dijo Elvira, su madre.

—Id vosotros con los niños si queréis. Ya han terminado los deberes. Pero yo no puedo. Tengo que planchar.

Le hizo un gesto señalando el montón de ropa sobre una silla.

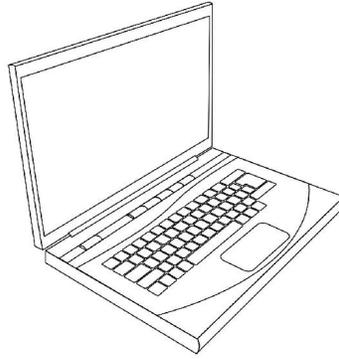
—¡Pero si estás todo el día en casa! ¿Cómo es posible que no lo hayas hecho ya? —quiso saber su madre.

—Pues porque tengo que trabajar cuando Guille y Lucas están en el cole —le explicó con paciencia, como había hecho cientos de veces—. Sabes que necesito silencio absoluto para concentrarme en las correcciones, y con ellos en casa es difícil hacerlo.

Elvira no dijo nada más sobre este tema y Ana lo agradeció.

—Bueno, pues nos llevamos a los niños y a las ocho te los traemos —indicó Rodrigo, su padre.

Se despidieron todos con un beso y la dejaron sola haciendo las tareas de casa.



Capítulo 3

—El nuevo profesor de Educación Física de la ESO tiene a todas las niñas revolucionadas. Mi hija Naia no para de hablar de él. Bruno esto... Bruno lo otro... Me tiene harta. Menudo curso me va a dar —se quejó Beatriz.

Las tres amigas estaban en el patio del colegio esperando a que sus chicos mayores salieran de judo aquel viernes.

—Tiene alteradas a las niñas y a algunas mamás también, ¿verdad, Raquel? —se rio Ana dándole un codazo a la susodicha.

—¡Es que está muy bueno el chico! Y una no es de piedra. A pesar de estar casada y de que mi matrimonio funcione bien, tengo ojos en la cara. ¿Qué pasa por mirar? —se defendió Raquel.

—Por mirar, por soñar... —comentó Ana burlándose de su amiga.

—¡No me digas que también tú sueñas con él! —exclamó Bea riéndose—. Estás fatal, tía. No te juntes con Naia entonces porque me pondréis la cabeza como un bombo.

—A ver, que yo no tengo la culpa de que el muchacho sea tan guapo y tenga ese cuerpazo —respondió Raquel.

—Pues el yogurín viene hacia aquí, chicas, así que vamos a dejarnos de tonterías no nos vaya a oír... —murmuró Bea mirando al otro lado del patio.

Bruno se acercaba a ellas con la mirada fija en Ana.

—Oh, oh, creo que viene a por ti —dijo Raquel en voz baja—. Qué suerte tienes, petarda.

—¿A por mí? No creo. ¿Por qué iba a venir a por mí? —preguntó Ana inquieta.

«¿Será por lo que pasó ayer con Lucas? Pero ya quedó todo aclarado. ¿O será que ha habido algún problema en Educación Física con Guille? O a lo mejor no quiere hablar conmigo y estas dos me están llenando la cabeza de pájaros», pensaba Ana mientras contemplaba cómo el chico cubría la distancia que los separaba.

Bruno vestía un pantalón de deporte azul, zapatillas blancas y camiseta de manga corta del mismo tono que las deportivas. La prenda superior se ceñía a sus fuertes brazos y su amplio torso marcando los músculos deliciosamente. El cabello, ensortijado, lo llevaba corto y era negro como sus ojos. La barba le recubría el mentón, haciéndole parecer un poco más mayor. Del hombro derecho le colgaba una mochila y bajo el brazo izquierdo sujetaba el casco de una moto.

—Gracias a Dios que aún hace buen tiempo —susurró Raquel dándose la vuelta para que el maestro de judo no la viese hablar—. Si no, no podríamos disfrutar de las hermosas vistas de sus bíceps. ¿Os imagináis ser rodeadas por ellos? Solo de pensarlo me entran unos calores...

—Eso es que ya estás menopáusica —se rio Ana.

Bea se unió a su carcajada.

Bruno observó a las tres mujeres cuchicheando mientras se acercaba. Al salir de la clase donde estaba entrenando para una competición que tendría lugar en breve y dirigirse hacia la calle, se dio cuenta de que la mamá de Lucas estaba allí con otras madres. Cambió el rumbo de sus pasos y caminó hacia ella. Necesitaba hablarla de algo. Pensaba hacerlo el martes, tras acabar la extraescolar, pero ya que estaba allí iba a aprovechar la ocasión.

No se había quitado de la cabeza sus ojos atormentados al escuchar a Lucas contar lo sucedido ni la expresión de su rostro. Gesto que cambió de inmediato por uno contenido, haciendo que su mirada se tornase más dura.

En ese momento, al verla reír con las otras madres, se dio cuenta de la bonita sonrisa que tenía y de que, al hacer esto, sus ojos despedían chispas de diversión. La alegría inundaba su precioso

rostro. Precioso, sí. Era una de las mamás más guapas que había en el colegio.

Bajó con la mirada por el cuerpo femenino, comprobando que poseía una figura estilizada y armoniosa. Los vaqueros ceñidos que llevaba le marcaban las caderas de una forma estupenda, y cuando se había girado para decirles algo a sus amigas, había visto que tenía un culo muy apetecible. De pecho no estaba mal, ni grande ni pequeño, según había apreciado con la camiseta roja que lo cubría. El pelo lo llevaba suelto, largo hasta media espalda, e iba sin maquillar.

La mamá de Lucas era atractiva. ¿Cuántos años tendría? No aparentaba más de treinta y siete; sin embargo, él sabía que su alumno Guille era el hermano mayor de Lucas y por la edad del chico, suponía que rondaría los cuarenta.

«O es que tuvo a los niños muy joven y, en realidad, tiene los treinta y siete que aparenta», se dijo.

No conocía con exactitud los detalles de la separación de su marido a pesar de lo que comentó el niño, pero, si él hubiera estado en su lugar, no habría dejado escapar a una mujer como ella.

Acabó de cubrir la distancia que los separaba y compuso una sonrisa en medio de la barba oscura.

—Hola —saludó a las tres—. ¿Qué tal?

—Hola, Bruno. Pues ya ves, aquí esperando a que salgan de judo nuestros hijos mayores —le contó Raquel.

—Muy bien. —Dirigió su atención a Ana y le preguntó—: ¿Puedo hablar un momento contigo?

—Eh... Sí, claro. ¿Sobre qué quieres hablar? —quiso saber Ana intrigada.

—Verás...

Hizo una pausa en la que la agarró del brazo y se la llevó consigo para alejarla de sus amigas. Suponía que no quería que la gente supiera lo sucedido el día anterior con los niños.

Mientras caminaba sin soltarla del codo, acarició su piel instintivamente. Era suave y fina. Una sensación de bienestar, mezclada con otra de excitación, lo recorrió de pies a cabeza. Con mucho gusto se quedaría con los dedos allí pegados el resto de la tarde.

Ana notaba la tenue caricia de Bruno sobre su brazo mientras llegaban al otro extremo del patio. Un delicioso cosquilleo se apoderó de esa parte de su anatomía. Empezó a ponerse nerviosa ante este sentimiento. Hacía mucho que un hombre no la tocaba así, con tanta delicadeza. Y lo peor era que le resultaba agradable hasta el punto de desear que esos dedos recorrieran el resto de su cuerpo.

Poco a poco se soltó del agarre de Bruno y puso más distancia entre ellos. No estaba bien tener esos sentimientos con el profesor de sus hijos. ¡Él tenía veinticinco años y ella, cuarenta y uno! Raquel le estaba metiendo sus propias tonterías en la cabeza.

«No tiene veinticinco. Tiene veintiocho —le recordó su conciencia—. Además, trece años de diferencia no es tanto. ¿O sí?».

—Bueno, dime de qué quieres hablar porque Guille está a punto de salir de judo y a Lucas lo tengo por ahí jugando con los otros niños. No quiero que se despiste y piense que he recogido a su hermano y me he ido a casa sin él —lo apremió, deteniéndose en una esquina.

Bruno clavó sus ojos negros en los de ella y la observó unos segundos antes de comenzar. La notaba tensa, nerviosa y seria. ¿Por qué? ¿Sería porque la había tocado? ¿Tan desagradable le resultaba su tacto?

Decidió dejar a un lado estos pensamientos y centrarse en lo que quería decirle.

—He ideado un sistema de puntos para los niños con la finalidad de que interioricen mejor los valores del judo. Creo que a Lucas y a Mario les va a venir bien, aunque no puedo olvidarme de sus compañeros porque también tengo que premiar a los niños que se comportan correctamente. La idea es que ellos se den cuenta de que cuando respetan a los demás, son amables, educados, ayudan a otros niños, controlan sus enfados, resuelven los problemas dialogando, etcétera, ganan un premio; en este caso, un «judo-punto», que tendrá más valor según vayan logrando estas cualidades. Eso será diario; todos los martes y jueves tienen la posibilidad de obtener el punto. Al final de cada trimestre se contarán los puntos de cada niño y habrá algún tipo de recompensa. ¿Qué te parece? —preguntó, a pesar de que el docente era él y no

tenía por qué contar con el beneplácito de las mamás. Si Bruno pensaba que eso funcionaría con los muchachos, pues adelante. No tenía por qué pedir la opinión de nadie más. Lo había comentado con Ángel, el coordinador y su superior por tanto, y este estaba de acuerdo.

—Si crees que dará buen resultado, pues bien —contestó Ana.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos hasta que ella comenzó a ponerse más nerviosa aún y desvió la mirada hacia la otra parte del patio.

—Bueno, Bruno, si no tienes nada más que decirme...

—¿Cómo te llamas? —preguntó de sopetón queriendo alargar el momento con ella—. Es que yo me aprendo el nombre de mis alumnos, pero el de sus madres, no; a no ser que vaya a tener una relación más estrecha con esa familia por algún tipo de problema con el niño.

—Ana —dijo volviendo a mirarlo. Observó la maravillosa sonrisa con la que le hablaba y sintió que su estado de nerviosismo alcanzaba cotas más altas—. Espero que mis hijos no te den ningún tipo de problema.

—Guille va a comenzar una etapa difícil. La adolescencia es dura. Están muy perdidos, tienen la autoestima en una montaña rusa constante y desafían los límites impuestos rebelándose, pero debes mantenerte firme. Además, en tu caso usará el divorcio para haceros sentir culpables a tu exmarido y a ti, utilizándolo como moneda de cambio cuando quiera conseguir algo.

—¿También eres psicólogo? —preguntó Ana con mala leche. No le había gustado nada que metiera las narices en esa parte de su vida. ¿Qué iba a saber él si estaba empezando a vivir? Tenía todo el futuro por delante para conocer a una chica a la que amar, con la que formar una familia. ¿Y pretendía darle lecciones a ella? ¿Un chico de veinticinco años? ¿A quien sacaba dieciséis años? ¿Con toda la experiencia vital que ella tenía acumulada a sus espaldas?

«¡Que no son veinticinco, que son veintiocho! —gritó una vocecita insidiosa dentro de su cabeza—. Por lo tanto, os lleváis trece años, no dieciséis. Además, hay jóvenes que son muy maduros a esta edad. Por cierto, ¿tendrá novia?».

Bruno amplió su sonrisa sin achantarse ante su mal humor.

—No, no soy psicólogo —contestó admirando su genio—. Pero he pasado por una situación así. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía quince años. Fue una época mala y dura, pero la superé, y por eso quiero ayudar a tus hijos. Y también a ti. Así que, cualquier cosa que necesites de mí, aquí me tienes.

—Mira, Bruno —Ana colocó los brazos en jarras y alzó el mentón, orgullosa, para encararse con él—, te agradezco mucho tu interés, pero creo que tu ayuda no será necesaria. Deberías limitarte a dar clases a mis hijos y dejarme a mí los problemas personales. No es que tenga algo en tu contra; es que son cosas privadas e íntimas. Espero que lo entiendas. Además, en el colegio hay muchas familias desestructuradas. ¿Qué vas a hacer? ¿Ayudarlas a todas? No te va a dar la vida para tanto.

—Con ayudarte a ti y a tus hijos me doy por satisfecho. Es una pequeña gota en la inmensidad del océano, pero peor sería mirar para otro lado en una situación como esta, ¿no crees?

En ese momento se escuchó jaleo de voces de niños a lo lejos y Ana comprobó que el grupo de judo de su hijo ya estaba saliendo.

—Que pases un buen fin de semana, Bruno —se despidió de él.

Caminó con prisa hacia los niños temiendo que, en cualquier momento, el joven la sujetara del brazo para detenerla. Sin embargo, no fue así, y Ana pudo huir de allí mientras el corazón le latía frenéticamente en una mezcla de excitación, ansiedad y enfado.

Cuando llegó hasta donde estaban Raquel y Beatriz, estas le preguntaron por su conversación, pero ella contestó con evasivas. No tenía ningún interés en que sus amigas supieran lo que habían hablado.

Recogió a Guillermo, buscó a Lucas por el patio y, cuando tuvo a los dos niños juntos, se marchó a casa. Su exmarido pasaría en poco tiempo a recogerlos y aún tenía que hacer la maleta que se llevarían para el fin de semana.

...

Bruno la vio marchar como alma que lleva el diablo. Quizá se había excedido, pero no había podido evitarlo. Algo, que no sabía

qué era, lo impulsaba a ayudar a esa familia. Se sentía protector con Ana y con sus hijos.

Ana. Un nombre precioso. Lo paladeó un rato, como si fuera un trozo de chocolate deshaciéndose en su boca. Observó el contoneo de sus caderas al huir y refugiarse en la seguridad que le brindaban sus amigas. La boca se le hizo agua con aquel insinuante caminar. Aunque ella no pretendía insinuar ni incitarlo a nada. Ana pertenecía a ese grupo de mujeres que no eran conscientes de su atractivo, que no lo potenciaban ni lo usaban para llamar la atención de los hombres, y eso era lo que la hacía tan tentadora.

Se había dado cuenta a la perfección de que su presencia la ponía nerviosa. No era que repudiase su contacto como pensó al principio. Era más bien una especie de... excitación.

Este sentimiento lo despertaba en muchas mujeres. Su físico imponente unido a una cara bonita hacía que a las féminas se les alterase el corazón al verlo. Sin embargo, a pesar de ser consciente de este hecho, no se aprovechaba de ello. Debía admitir con modestia que el mundo estaba lleno de hombres guapos que levantaban pasiones. Él era uno más. Mientras fuera joven y atractivo, tendría suerte con el sexo opuesto. Pero la belleza no dura eternamente, y debía ir acompañada también un corazón noble y generoso. Además de una inteligencia notable y una personalidad arrolladora.

Dejó de mirar a Ana y se volvió hacia la puerta de salida del colegio mientras pensaba que, aunque él no explotaba su físico para conseguir ligar con una chica, esta vez sí iba a servirse de él.

...

—Venga, chicos, que papá ya está abajo esperando con el coche —apremió Ana a sus hijos para que se dieran prisa en acabar con la maleta—. ¿Lleváis todo lo necesario para hacer los deberes el fin de semana?

—Sí, mamá —respondió Guille.

—Yo también —contestó Lucas.

Los niños cerraron la maleta y, con ella en la mano, se metieron en el ascensor.

Al llegar al portal, Damián los esperaba con la puerta abierta.

Al verlo, los chicos lo saludaron con un beso, y él agarró las maletas de cada uno para meterlas en el coche.

Ana se quedó en el portal con el corazón encogido por la marcha de sus pequeños, pero también tranquila porque sabía que iban a estar bien cuidados por su padre y se lo pasarían muy bien.

—Los voy a llevar al zoo mañana, y el domingo iremos de picnic a la Casa de Campo, donde el barco pirata —la informó Damián, aunque no tenía por qué hacerlo, pero sabía que así Ana se quedaría más tranquila y no se preocuparía tanto por los niños. Era lo mínimo que podía hacer después de lo mal que se había portado con ella al serle infiel.

—¡Qué bien! Espero que disfrutéis mucho, pero recuerda que tienen que terminar los deberes que les han puesto para el lunes.

—Sí, sí, tranquila —Su exmarido se volvió hacia los niños—. Chicos, despedíos de mamá hasta el lunes.

Guille y Lucas le dieron a su madre un beso y un abrazo.

—Portaos bien y obedeced a papá en todo, ¿de acuerdo? —susurró Ana aguantándose las lágrimas para que sus hijos no vieran la tristeza que le producía separarse de ellos.

—Sí, mamá —dijeron los dos a la vez.

Subieron al coche y se marcharon.

Ana se quedó un rato más viendo cómo el auto de su exmarido se alejaba con sus hijos dentro. Respiró profundamente, se dio la vuelta y regresó a su casa.

Una vez allí, se sentó unos minutos en el sofá, sintiendo cómo la soledad la invadía y se apoderaba de todo. De nuevo, reprimió las lágrimas. No podía echarse a llorar cada vez que sus hijos se fueran con su padre.

Así que se levantó del sofá y, resuelta, se dispuso a aprovechar el tiempo trabajando hasta la hora de cenar.



Capítulo 4

—Venga, Ana, no te hagas la remolona y dinos de una vez de qué hablaste con Bruno —ordenó Raquel.

Las tres amigas estaban comiendo en un restaurante del centro comercial cercano a sus casas, tal y como habían quedado el día anterior.

Ana meditó unos segundos. Sabía que, si no se lo contaba, sus amigas no la iban a dejar en paz, así que se lo explicó brevemente, sin entrar en detalles.

—El jueves Lucas se peleó con un compañero de judo porque este le había dicho que Damián nos había abandonado por otra familia mejor.

—¿Será hijo de puta el crío de los cojones? —soltó Raquel indignada—. Mis gemelos me contaron que se habían peleado, pero supuse que sería por alguna tontería de críos.

—Hay niños que son muy crueles —dijo Bea.

—Bueno, no os preocupéis. El caso es que al maestro se le ha ocurrido una idea que puede funcionar y quería comentarla conmigo para ver qué me parecía. Es algo sobre unos puntos por portarse bien. Yo le he dicho que estoy de acuerdo y creo que a partir del martes lo pondrá en práctica.

—Joder, hay niños a quienes deberían haberles metido lejía en el biberón en lugar de leche —rezongó otra vez Raquel.

—Venga, chicas, comed —mandó Ana para dar por finalizado el tema—. Que se os queda frío.

—Oye, no nos riñas igual que a tus hijos —se rio Bea.

—Lo siento. Es la costumbre —declaró Ana también sonriendo.

—¿Tenía la mano caliente? —quiso saber Raquel.

Las otras dos la miraron sin saber a qué se refería.

—¿Quién? —preguntó Ana para salir de dudas.

—¿Quién va a ser? ¡Bruno!

—Joder, qué pesada con ese chico. Mira que te ha dado fuerte. Pareces mi hija Naia —se quejó Bea.

Ana todavía recordaba el tacto de los dedos del joven sobre su piel. Sí, la tenía caliente y la había acariciado de una forma tan sensual que le produjo un cosquilleo estimulante.

Pero sabía que, si le confesaba eso a su amiga, esta no abandonaría el tema.

—Pues no me acuerdo —mintió.

—¿Cómo es posible que lo hayas olvidado? Te toca un tío así ¿y al día siguiente no lo recuerdas? —soltó Raquel alucinada.

—Mujer —intervino Bea riéndose—. Ni que la hubiera tocado íntimamente.

—A mí me toca Bruno y te juro que no se me olvida.

—Seguro que no te lavarías el brazo en una semana —se burló Ana.

—O en un mes. —Bea continuó con la broma.

—¡Qué tontas sois las dos! —Raquel hizo una mueca y puso los ojos en blanco.

—¡Mira quién fue a hablar! La que está coladita por el profe de judo como las niñas de quince. —Ana le sacó la lengua.

Bea seguía partiéndose de risa.

Para cambiar de tema, Ana comentó:

—Necesito que me recomendéis una crema para la cara. Últimamente, tengo la piel muy seca y la que solía usar ya no me va bien. Además, me noto demacrada, sin luminosidad; me han salido varias arrugas más alrededor de los ojos y, desde este verano, tengo unas manchas pequeñitas aquí. —Se señaló una mejilla.

Sus amigas le recomendaron varias marcas de sérum, contorno de ojos, cremas de día y de noche.

—Te iría bien una CC Cream con color —le aconsejó Bea.

—¿Por qué no te maquillas un poco? Antes siempre lo hacías —recordó Raquel.

—Antes hacía muchas cosas que ahora ya no hago. Mi vida ha cambiado —contestó Ana con un deje de melancolía en la voz.

—Pues quizá ha llegado el momento de hacer otro cambio —la animó Raquel.

Cuando pagaron la cuenta y salieron del restaurante, las tres se dirigieron hacia la zona de tiendas del centro comercial. Ana compró un par de cremas, un sérum, maquillaje, rímel y dos barras de carmín.

Contenta, continuó de compras con sus amigas hasta que llegaron a un local donde vendían lencería.

—Necesito pantis y algo de ropa interior —comentó mientras accedían al interior del negocio.

Tras un rato deambulando entre la lencería, escogió un par de conjuntos de sujetador y braga de algodón blanco.

—¿Eso te vas a comprar? —quiso saber Raquel haciendo una mueca de horror—. ¿Por qué no te compras algo sexi?

—¿Para qué? Si no me va a ver ningún hombre. No tengo a nadie a quien enseñárselo —replicó Ana.

—Eso nunca se sabe. —Raquel agarró los dos conjuntos que Ana tenía en las manos y los dejó en una percha—. Además, no tiene por qué verte nadie. Tú tienes que sentirte sexi sabiendo lo que llevas bajo la ropa, lo vayas a enseñar o no. Si te sientes así, se nota, créeme. —Elegió otros dos de encaje y raso con lacitos, uno negro y el otro rosa, y se los puso a Ana en las manos—. ¿No dijiste hace un mes que ibas a volver a ser tú? ¿Que ya estabas harta de llorar por los rincones a causa de tu divorcio? Pues venga, empieza ya. Saca los vestidos y las minifaldas del armario o cómprate algo nuevo. Tienes un cuerpo espectacular todavía —comentó mientras la empujaba hacia la caja para pagar—. Recuerda que la vida no consiste en esperar a que pase la tormenta. Hay que aprender a bailar bajo la lluvia.

—¿Un cuerpo espectacular? Pero si tengo las tetas caídas y el culo más redondo que una plaza de toros —protestó Ana.

La dependienta les cobró los conjuntos y los pantis, y las tres salieron de la tienda.

—Pues ya quisiera uno que yo me sé torear en tu trasero, bonita —expresó Raquel—. Como, por ejemplo, Bruno.

—¿Qué Bruno? —preguntó Ana con extrañeza.

—¿Qué Bruno va a ser? Pareces tonta. ¡El profe de judo! — exclamó su amiga.

—No digas bobadas.

—No son bobadas. ¿Tú no viste cómo te miraba mientras hablabais ayer? Y después, cuando te alejaste de él, te comió con los ojos.

—Es cierto —corroboró Bea—. Parecía que fuera a saltarte encima y devorarte.

—¡Ay, Bea, no! Con Raquel ya tengo suficiente. No te unas a ella —se quejó Ana.

—A ver, que yo no estoy coladita por el yogurín como la loca esta —dijo señalando a Raquel—, pero sí es cierto que ayer, cuando estabais hablando, él tenía una sonrisa en la boca y te miraba de una forma que decía que lo que tenía enfrente le gustaba mucho. ¿Y quién estaba frente a él? Tú. Y, como te ha dicho ella, cuando te diste la vuelta para marcharte, continuó mirándote mientras caminabas hacia nosotras.

—No dejaré que me metáis ideas raras en la cabeza —declaró Ana molesta—. ¡Por el amor de Dios! ¡Es más joven que yo!

—Bueno, mi marido también es más joven que yo y no pasa nada —comentó Bea.

—Tu marido es solo tres años más pequeño que tú. No es lo mismo. Este chiquito tiene veinticinco años. Yo, cuarenta y uno. Fin de la historia.

Ana sacudió la cabeza pensando que aquello era surrealista. ¿Sus amigas pretendían que ligara con el profe de judo? ¿Estaban locas o qué?

—No tiene veinticinco —indicó Raquel—. Tiene veintiocho.

—Me da igual. Sigue siendo un crío —rebató Ana.

Las otras abrieron la boca para decir algo más, pero ella las atajó:

—Por favor, dejemos el tema. No quiero saber nada de hombres ni jóvenes ni mayores, ¿vale?

Ante su gesto de hastío, sus amigas cedieron y no comentaron nada más.

A las seis y media de la tarde se despidieron y cada una regresó a casa con su familia, excepto ella, que no tenía a nadie que la

esperase en su domicilio.

...

Bruno salió de su habitación listo para ir a cenar con sus amigos. Al pasar por el cuarto de su hermano Sergio, tocó con los nudillos en la puerta, pidiendo permiso para entrar.

—¿De verdad que no quieres salir? —preguntó.

—No. Tengo que aprovechar cada minuto con esto. —Señaló el temario en la mesa, frente a él—. A ver si esta vez consigo la plaza.

Sergio llevaba varios años estudiando para las oposiciones de bombero del Ayuntamiento de Madrid, pero hasta el momento no había tenido suerte cuando se presentaba a los exámenes.

—Ya verás como sí lo consigues. ¿Cuánto falta para el próximo examen?

—Será a principios de diciembre —respondió su hermano.

—Aún quedan casi dos meses —comentó Bruno—. ¿Por qué no lo dejas por hoy y te vienes con nosotros? —le preguntó refiriéndose al grupo de amigos que compartían desde pequeños—. Así te da el aire y te despejas un poco. Llevas estudiando sin parar todo el día. Ni siquiera has ido a comer conmigo a casa de mamá y Álvaro.

Sergio negó.

—Tengo que aprobar la oposición como sea. Quiero tener un trabajo fijo, y este ha sido siempre mi sueño. Además, no puedo estar viviendo contigo de prestado toda la vida.

—¿Viviendo de prestado? La casa la heredamos los dos cuando fallecieron los abuelos. No tenemos que pagar hipoteca ni nada de eso —le recordó Bruno.

—Ya lo sé, pero sí hay que pagar luz, agua, gas, comida... Y yo no contribuyo con nada de dinero. Estoy viviendo a tu costa, y no es justo.

—A mí no me importa. Si no lo hago por ti, que eres mi hermano, ¿por quién iba a hacerlo? No le des más vueltas. Yo estoy encantado de ayudarte mientras estudias, y la academia a la que vas para sacar las oposiciones la está pagando mamá y a ella tampoco le importa ese dinero, así que...

—Os estoy costando demasiado a los dos —lo cortó Sergio avergonzado—. Pero os prometo que algún día os devolveré todo lo que estáis haciendo por mí. Lo juro.

—Sabes que no esperamos nada a cambio. Te queremos y, saques la oposición o no, eso no cambiará. Estamos orgullosos de ti de todas formas.

Sergio sacudió la cabeza confirmando sus palabras.

—Ya lo sé. Anda, vete y pásatelo bien de mi parte —se despidió de Bruno.

—De acuerdo. Te dejo para que sigas estudiando, pero prométeme una cosa. —Su hermano lo miró—. A las diez dejas de estudiar y cenas. En el frigorífico hay lasaña de verduras que me ha dado mamá para ti este mediodía.

—Está bien. Lo haré —prometió Sergio, devolviendo la vista hacia el temario.

Bruno no lo molestó más. Cerró la puerta de su habitación y salió de la casa para ir a divertirse con sus amigos esa noche de sábado.

Horas más tarde, cuando regresó, se encontró a Sergio igual que lo había dejado. Frente a los apuntes de las oposiciones, estudiando.

—Pero ¿todavía estás así? Yo ya te hacía en la cama —dijo Bruno.

—Dentro de un rato me acostaré. Estoy terminando con una cosa.

—¿Has cenado?

—Eh...

Bruno vio que Sergio pensaba una respuesta. Si hacía eso, era porque no se había detenido para cenar.

Salió de la habitación de su hermano y fue directo a la cocina. Abrió la nevera y vio que el táper que le había dado su madre con la lasaña aún estaba allí, intacto. Lo sacó y lo metió en el microondas para calentarlo. Acto seguido, regresó al cuarto de Sergio. Le quitó los apuntes, por lo que su hermano protestó.

—Ahora mismo vas a mover tu culo hasta la cocina y vas a cenar, ¿entendido? —le ordenó Bruno—. Después, te vas a meter en la cama y vas a dormir. Y mañana no quiero verte estudiando antes de

las once de la mañana, ¿te ha quedado claro? Por la tarde iremos al cine.

—Necesito aprovechar el tiempo —replicó Sergio agobiado.

—De qué nos va a servir un bombero que no se mantiene en pie por falta de sueño y alimento, ¿eh? ¡Vamos! ¡Andando!

Bruno agarró de un brazo a su hermano y lo levantó de la silla. A empujones lo sacó de la habitación y lo llevó hasta la cocina, donde lo sentó a la mesa. Cuando el microondas pitó, sacó la lasaña y la puso frente a Sergio. Cogió un vaso con un agua, tenedor, cuchillo y los dispuso en la mesa para que su hermano comenzase a cenar.

Se sentó frente a él, observándolo con el ceño fruncido.

—¿Vas a estar vigilándome mientras ceno? —quiso saber Sergio.

—Sí.

—No soy un niño pequeño.

—A veces, te comportas como tal —rebató Bruno.

—Vete a la cama —le ordenó su hermano.

—Hasta que no acabes, no.

Bruno se echó para atrás en la silla, cruzándose de brazos.

—Son más de las dos de la madrugada —comentó Sergio—. Vete a la cama y quédate tranquilo. Me lo comeré todo y me iré a dormir yo también.

Bruno no se movió del sitio y su hermano emitió un suspiro cansado.

—Cuéntame algo mientras ceno —le pidió Sergio al ver que no daba su brazo a torcer—. ¿Qué tal los chicos?

—Todos bien. Te mandan recuerdos. Sobre todo, Martina.

Su hermano detuvo un momento el tenedor con el que estaba cogiendo una porción de lasaña al escuchar ese nombre de mujer. A su memoria llegaron infinidad de recuerdos compartidos con aquella chica; sin embargo, los desechó enseguida. En esos momentos estaba muy agobiado con las oposiciones y no tenía tiempo de andar pensando en chicas.

—¿Qué tal tú con Sheila? —preguntó para cambiar de tema y centrar la atención sobre Bruno.

—Yo con Sheila, nada; ya lo sabes.

—Pero ella ¿sigue persiguiéndote?

—Sí, pero no me va a conseguir. Las cosas quedaron muy claras este verano. Tendría que cambiar mucho para que me plantease volver con ella.

Sheila era una muchacha de su grupo de amigos. Bruno y ella habían estado saliendo durante un tiempo, pero el joven comprobó que no le gustaba su actitud ante la vida y decidió romper la relación.

—¿Cuántos selfis se ha hecho hoy? —quiso saber Sergio.

—No los he contado, pero su afición a colgar fotos en las redes sociales, aireando su vida privada, me hace hervir la sangre. ¿Qué necesidad tiene de dar envidia a otras personas mediante el postureo? No lo entiendo.

Bruno era contrario a todo esto. No tenía Facebook, Twitter, Instagram ni ninguna otra red social. No le gustaban.

Los dos se quedaron en silencio mientras Sergio acababa de cenar. Cuando terminó, Bruno lo obligó a marcharse de la cocina.

—Vete. Ya recojo yo. Lávate los dientes, acuéstate y descansa.

—Sí, mamá —respondió Sergio poniendo voz de niño pequeño para burlarse de él.

Bruno sonrió y no dijo nada más.

Sergio salió de la cocina notando el cansancio acumulado. Gracias a Dios que tenía a su hermano que se preocupaba por él. Sabía que, si viviese solo, muchos días se los pasaría sin haber dormido y casi sin comer. Pero ahí tenía a Bruno para recordarle que, en la vida, había algo más que quemarse las pestañas estudiando para una oposición.

Antes de acostarse, Bruno echó un vistazo por la puerta entornada de la habitación de su hermano para comprobar que este lo había obedecido. Lo vio plácidamente dormido y suspiró.

—Esta vez lo vas a conseguir. Ya lo verás —murmuró dándole ánimos, aunque Sergio no podía oírlo.



Capítulo 5

El domingo amaneció lloviendo, por lo que Ana lo pasó en casa trabajando. De todas formas, aunque el día hubiese sido soleado, habría hecho lo mismo. Cuando no tenía a los niños, aprovechaba para dar un buen empuje a las correcciones.

Sus padres la invitaron a comer en su casa, pero ella declinó la oferta. Otra vez tuvo que soportar los comentarios de «Te pasas el día en casa, es imposible que no te dé tiempo a hacer las cosas», pero así era su vida. Debía hacer oídos sordos porque, por más que explicara cómo era su trabajo, había gente que no lo entendía. Si no iba a una oficina ocho horas, no estaba contribuyendo a levantar el país.

Recordó que había quedado con Raquel al día siguiente para llevarle las facturas y hacer la declaración trimestral de IVA. Ya lo tenía todo preparado. Estaba contenta porque ese fin de semana le había cundido muchísimo.

Sin embargo, lamentó que el día fuese lluvioso porque eso significaba que sus hijos no habrían ido de picnic a la Casa de Campo como les prometió Damián. Esperaba que su exmarido tuviese una alternativa a ese plan y los chicos se hubieran divertido con su padre.

Ya estaba deseando que llegase el lunes por la tarde para ir a recogerlos al colegio —bueno, a Guillermo, al instituto; si la oía decir que aún continuaba en el cole, se enfadaría mucho, pero es que al estar todo en el mismo edificio para ella seguía siendo el colegio— y

que le contasen su fin de semana. Damián siempre los llevaba al centro educativo el lunes cuando los chicos estaban con él, así que ella disponía de algunas horas más sin sus hijos. Luego, todo eran besos y abrazos y «Mamá, te he echado de menos. Qué ganas tenía de volver a verte», que era lo mejor de la jornada.

Cuando llegó el lunes, se cumplió todo lo que Ana había pensado.

—Como ayer llovió —le contó Guille—, papá nos llevó al cine para ver una peli de superhéroes.

—Sí. A mí me gustó mucho. Estaba chula —opinó Lucas.

—Me alegro de que os lo hayáis pasado bien con papá. ¿Fuisteis a visitar a la abuela?

Estaban en casa y Ana les preparaba la merienda mientras ellos le contaban el fin de semana.

—Sí. Nos dijo que te diéramos un beso de su parte y que a ver si un día vas a verla —contestó Guille.

Ana se giró para que sus hijos no vieran la mueca de desagrado que había hecho al escuchar esas palabras. A pesar de que su exsuegra no tenía la culpa de lo que había hecho su exmarido, no era grato recordar tiempos pasados con la mujer. Ella seguía empeñada en que perdonase a su hijo. Había cometido un tremendo error y había destrozado a su familia, la familia que formó con Ana al casarse. Pero su exsuegra aún mantenía la esperanza de que todo se arreglase y volvieran a estar juntos. Algo que no iba a suceder. Ana sabía que la madre de Damián estaba de su lado. Cuando se enteró del divorcio, se lo tomó muy mal y recriminó muchísimas veces a su hijo lo sucedido. Pero claro, era su hijo y, al final, tuvo que ceder ante la otra vida que había elegido Damián.

Ana no quería ir a visitar a su exsuegra y remover el pasado que tanto dolía. Menos ahora que empezaba a superarlo.

—¿Qué tal hoy en ajedrez, Lucas? —preguntó para cambiar de tema—. Guille, ¿tienes muchos deberes esta tarde? Hazlos rápido, que a las siete vendrán a vernos los abuelos.

...

El domingo, mientras Sergio estudiaba, Bruno preparó los judo-puntos que empezaría a repartir el martes a sus alumnos y, después de comer, sacó a su hermano de casa para ir al cine.

El lunes se pasó toda la tarde entrenando para la competición que tendría dentro de unos días. Cuando salió del tatami tras hacer el *rei* —una expresión de respeto, cortesía y agradecimiento hacia el compañero con el que había realizado la actividad y del cual se estaba despidiendo—, se dirigió a la ducha y se quitó el kimono, que dejó en un banco cercano. Se duchó rápido y se vistió.

Mientras guardaba en la mochila el *judogi*, pensó en Ana, y una sonrisa floreció en sus labios. Cada vez que la había recordado durante el fin de semana, le había pasado lo mismo. No podía evitar sonreír al acordarse de sus expresivos ojos castaños, de su bonita boca y de la deliciosa figura que tenía. Debía reconocer que la mujer era guapa y que le atraía bastante.

¡Y para qué engañarse! Estaba deseando que llegara el martes para poder verla y hablar con ella un rato.

Esa mañana había tenido clase con su hijo mayor, Guillermo, y había preguntado a sus alumnos —en general— qué tal les había ido el fin de semana. Algunos contestaron contándole lo que habían hecho, pero Guille, no. El muchacho calló, y él no pudo sacarle ninguna información. Tampoco debía insistir porque comenzaría a sospechar sobre su repentino interés en su vida privada y no podía extralimitarse con su alumno. Conseguiría información sobre su madre y sus actividades lúdicas de otra manera.

...

—Estoy harta de la lluvia —se quejó Raquel a Ana el martes mientras esperaban a que los niños salieran de judo.

Se habían resguardado en el interior del edificio, en el pasillo que llevaba a la sala donde practicaban el arte marcial.

—Pero si solo ha llovido tres días —sonrió Ana—. Verás cuando llegue el invierno y se tire lloviendo una semana seguida o más.

—Para mí es como si ya fuese invierno porque hemos pasado de ir con sandalias a las botas y de llevar tirantes al abrigo en solo tres días.

—Es lo que tiene vivir en Madrid. No hay primavera ni otoño — comentó Ana.

En ese momento, los niños comenzaron a salir y a colocarse en una fila al lado de la pared como les indicaba siempre el maestro de judo. Poco después apareció Bruno y repartió los judo-puntos. Ana pudo ver que eran unas pequeñas cartulinas en las que había un número dibujado con rotulador negro.

—¿Te has fijado en la espalda tan ancha que tiene? —quiso saber Raquel hablando con Ana.

Esta puso los ojos en blanco. Ya empezaba su amiga otra vez con sus tonterías.

—Seguro que su novia se lo pasa estupendamente con él en la cama —respondió Ana para hacerla bajar de su nube.

Pero Raquel la ignoró.

—Es una pena que el pantalón del kimono no nos permita apreciar su trasero. Seguro que lo tiene duro, bien formado...

—Oye, ¿qué sabes de Bea? No la he visto desde el sábado y no he hablado con ella por teléfono estos días tampoco —la interrumpió intentando cambiar de tema porque estar escuchando lo bueno que estaba Bruno hacía que sintiera deseos de vomitar.

Ana estaba de acuerdo en que el muchacho era digno de ver. Tenía un físico imponente, una sonrisa deslumbrante y parecía buena persona. Además, trataba a los niños con cariño, y eso a ella le gustaba. Pero estar oyendo a Raquel suspirar por el maestro cada vez que lo veían rayaba lo absurdo. Su amiga parecía que había retrocedido a la adolescencia cuando Bruno andaba cerca.

—La vi esta mañana. Está bien —contestó Raquel cambiando de tema para alegría de Ana.

En ese momento, Bruno empezó a dar a los niños a sus madres. Todos comentaban qué eran los puntos, para qué servían y lo que podrían conseguir de recompensa cuando acabase el trimestre.

A Lucas lo dejó para el final. Ana temió que, de nuevo, hubiese habido problemas con su hijo.

—Me voy corriendo a comprar al supermercado. Hasta mañana —se despidió Raquel de ella una vez que tuvo a sus gemelos al lado.

—Bien. Adiós.

Bruno hablaba con Lucas sobre algo y el niño asentía con la cabeza. Ana se acercó para ver qué sucedía.

—Hola. ¿Qué tal todo hoy?

—Mejor. Ha dado menos guerra que otros días. Parece que se va tomando en serio el judo —respondió Bruno.

—¡Qué bien! ¡Me alegro! —exclamó Ana, contenta y aliviada, mientras pensaba «Y entonces, ¿por qué lo has dejado el último?».

Ella acarició la cabeza y la mejilla derecha de su hijo antes de inclinarse para darle un beso.

Bruno observó el gesto de Ana y deseó saber cómo se sentían esos labios y esa caricia sobre su piel.

—He hablado con Mario y con él sobre lo que pasó el jueves, y me han prometido que no volverá a ocurrir. Mario no repetirá sus comentarios dañinos y Lucas no se liará a puñetazos para resolver el problema —le contó el maestro.

Ana desvió la mirada desde su hijo hasta la cara del profesor.

—Gracias —dijo con una sonrisa que hizo que el corazón de Bruno se alterase.

Se quedaron un instante en silencio, mirándose a los ojos, notando cómo el ambiente se cargaba de una corriente eléctrica que fluía de un cuerpo al otro.

—Bueno, yo... —Ana carraspeó, buscando su voz—. Tengo... Tenemos que irnos.

No le gustaba nada lo que la mirada intensa y oscura del joven le hacía sentir. Por un momento se imaginó a Bruno cumpliendo todas sus fantasías eróticas y comenzó a excitarse. ¡Maldita Raquel! Su amiga le estaba pegando su tontería con el maestro de judo.

—¿Llueve mucho ahora? —quiso saber él mientras observaba su nerviosismo y el leve rubor de sus mejillas.

—Ah-Ahora sí. Es-Está lloviendo bastante.

Ana se dio de tortas mentalmente. ¿Desde cuándo tartamudeaba? Eso no le había pasado jamás, ni siquiera cuando conoció a su exmarido y empezó de novia con él. ¿Por qué este chico la ponía tan nerviosa? ¡Y encima se había sonrojado! Notaba el calor en sus pómulos...y en otras partes no aptas para menores de edad.

«Me voy a cargar a Raquel cuando la vea. Todo esto es por su culpa», pensó enfadándose.

—No he traído paraguas. ¿Serías tan amable de esperar a que me cambie y me acompañas hasta mi coche? Así no me mojo —le pidió Bruno con una enorme sonrisa en mitad de la barba oscura, en la que se veía una hilera de blancos y perfectos dientes.

Ana quiso negarse, pero sus cuerdas vocales le jugaron una mala pasada.

—De-de acuerdo.

«¿De acuerdo? ¿Cómo que de acuerdo? ¿Seré gilipollas? La respuesta correcta era no. No, no y no. No “de acuerdo”, idiota», se dijo a sí misma cada vez más enfurruñada.

—¡Genial! No tardaré. Te lo prometo.

Bruno amplió su sonrisa, si es que aquello era posible, y dio media vuelta para volver al *dojo*. Mientras, Ana se maldecía a sí misma y, de paso, a Raquel por aquello, pero también se decía que solo iba a acompañar a una persona hasta su coche en un día de lluvia como aquel. No había nada de malo en ello. Estaba siendo amable y educada con el profesor de judo de su hijo. Punto.

El joven no la miraba con deseo en los ojos ni con ninguna otra cosa como habían dicho sus amigas el sábado. ¿Cómo se iba a fijar en ella, que le sacaba trece años? ¡Anda que no había chicas por ahí, de la edad de Bruno, que le gustarían más que ella! Además, era muy posible que el yogurín tuviese novia porque, con lo bueno que estaba y lo simpático que era, ¿cómo iba a estar solo? Seguro que tendría a decenas de mujeres haciendo cola para salir con él.

Meneó la cabeza y puso los ojos en blanco. Se iba a cargar a Raquel la próxima vez que estuviera con ella.

Bruno volvió a la sala de judo dando gracias por la lluvia que caía esa tarde en Madrid. A él no le importaba mojarse. Además, tenía el coche bastante cerca del colegio, pero necesitaba una excusa y esta le venía perfecta para pasar más tiempo con Ana.

Se sintió orgulloso al ver que ella se sonrojaba y tartamudeaba, señal de su nerviosismo. Nerviosismo que él le producía. Esa mujer no era inmune a su aspecto físico. Debería explotarlo más a partir de ahora si quería conseguir algo con ella, sin olvidar la personalidad arrolladora que todo el mundo le decía que poseía.

Se quitó el kimono mientras recordaba la conversación que había tenido con Lucas cuando hablaron sobre lo sucedido el jueves anterior. Una vez que Mario le hubo prometido a su compañero que nunca más volvería a hacer ese tipo de comentarios tan hirientes y se disculpó de nuevo, Bruno lo despachó, quedándose a solas en un rincón con Lucas. Entonces aprovechó para preguntarle cuánto tiempo llevaban sus padres divorciados y cómo era su vida ahora que su papá no estaba en casa. El niño se lo contó con una triste resignación que a Bruno le dolió en el alma. Ver la pena en sus ojos no le gustó nada y le trajo malos recuerdos de su propia experiencia.

—Escucha, Lucas. Cuando necesites hablar con alguien, además de tu familia, también puedes contar conmigo, ¿de acuerdo? —le había dicho—. Siempre estaré aquí para ti.

El pequeño asintió y Bruno le dio un abrazo mientras le revolvía el pelo con cariño.

El joven terminó de cambiarse y salió al pasillo con su mochila al hombro y la llave de la sala en la mano.

—Voy a devolverle la llave a Ángel y nos vamos en un minuto —informó a Ana.

Dio media vuelta y ella no pudo evitar que sus ojos se clavasen en el trasero. Tenía un culo bien apretado, que los vaqueros que llevaba le marcaban de maravilla, seguido de unas piernas fuertes. Desde luego, el *judogi* que se ponía para entrenar no le hacía justicia, pues al ser una prenda amplia ocultaba su fisonomía. Aunque había podido apreciar su ancha espalda, ahora con la camiseta que llevaba ajustada al cuerpo notaba cómo sus músculos se flexionaban con cada movimiento. Cuando se había parado frente a ella para decirle que debía devolver la llave de la sala, había comprobado que sus pectorales eran también musculosos, así como sus bíceps.

Aunque ya sabía que tenía los brazos así de bien torneados por el comentario que hizo Raquel varios días atrás.

A pesar de que ya una vez lo vio con ropa de calle, no se fijó mucho. Ahora podía deleitarse observándolo a placer sin que él se diera cuenta.

Notó un exquisito calor apoderándose de su bajo vientre y su mente comenzó a fantasear con la idea de tenerlo desnudo en una cama.

La voz de Lucas la sacó de sus calenturientos pensamientos.

—Mamá, ¿vamos a llevar a Bruno a su casa?

—No, cielo. Solo lo acompañaremos hasta su coche porque ahora llueve mucho y él no tiene paraguas. Estamos siendo amables con él. Nada más.

O eso quiso pensar ella.

Mientras Bruno caminaba hacia la otra sala de judo en la que estaba el coordinador de la actividad, sentía la mirada de Ana clavada en él. Sonrió. Le gustaba saber que despertaba interés en la mujer que también a él le había llamado la atención. Ese día Ana iba vestida con un pantalón vaquero gris con bolsillos a ambos lados de las perneras de la prenda y una sencilla sudadera negra sin adornos ni estampados. El pelo, recogido en una coleta, dejaba contemplar a la perfección su bonito rostro sin maquillaje. Estaba preciosa.

Llegó al otro *dojo*, devolvió la llave despidiéndose del maestro Ángel y se dio la vuelta para regresar a donde estaba Ana.

—Ya podemos irnos —dijo al llegar a su lado.

Los tres caminaron en silencio por el pasillo hasta que salieron.

—Va-vamos a tener que apretarnos porque con un so-solo paraguas va a ser difícil no mojarnos —comentó Ana al ver la cantidad de agua que caía, maldiciéndose de nuevo por tartamudear delante de Bruno.

—Sí —admitió el joven sonriendo encantado mientras pensaba en cómo se sentiría con el cuerpo de Ana contra el suyo, en un abrazo de lo más apretado—. Si me permites...

Bruno pasó un brazo por la espalda de Ana y la estrechó contra sí mientras aspiraba el perfume de su pelo. Un aroma a sandía llenó sus fosas nasales. ¿Qué champú usaba que olía así de bien?

Ella se sintió protegida y a salvo con ese gesto, pero también nerviosa y excitada por lo que provocaba en su cuerpo la cercanía del joven. Bruno emanaba calor. Un delicioso calor que Ana no quiso que terminase nunca. Se preguntó cómo era posible si el chico iba con manga corta a pesar de que las temperaturas habían

descendido diez grados en los tres últimos días. ¿Cómo podía tener esa temperatura corporal? ¿Sería porque en el tatami hacía calor?

Con disimulo, giró un poco la cara y lo olisqueó. Bruno olía a una colonia con toques cítricos. Ana se lo imaginó duchándose y, otra vez, su mente se disparó imaginárselo bajo el chorro de agua, con las gotas resbalando por su impresionante cuerpo...

—Creo que es mejor que el paraguas lo lleve yo, que soy más alto y puedo taparnos bien a los tres. —La voz de Bruno la sacó de sus ensoñaciones.

—S-sí —respondió ella con los nervios atenazándole el estómago.

Le pasó el paraguas y, al hacerlo, sus dedos se rozaron, provocando una descarga eléctrica que erizó el vello corporal de ambos. Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos, hipnotizados, hasta que él reaccionó.

—Lucas, pégate bien a tu mamá para no mojarte, por favor —indicó al niño, que obedeció al instante, dándole la manita a Ana y uniéndose a ella todo lo que pudo.

Caminaron hacia la salida del colegio notando cómo sus cuerpos se rozaban con cada paso. Ana intentaba por todos los medios no ser consciente de que tenía a Bruno abrazándola, de que estaba tan pegada a su figura que parecía que se iba a meter dentro de él. Su sólida y dura complexión se amoldaba a las suaves y delicadas formas femeninas como si estuviera hecho a medida.

—Vaya día más malo que hace —comentó el profesor.

—Sí. —Ana no pudo evitar darle la razón porque así era y, además, no sabía qué otra cosa decirle.

—Aquel de allí es mi coche —dijo señalando un pequeño vehículo blanco aparcado a pocos metros—. ¿Queréis que os invite a merendar? Y así te devuelvo el favor.

—Te-Te lo agradezco mucho, pero no-no podemos entretenernos más. Tengo a Guille solo en casa, haciendo deberes, teóricamente, y no me gusta dejarlo solo tanto tiempo. Además, ya-ya veremos si cuando llegue ha hecho las tareas escolares o ha estado vagueando —respondió Ana dándose de tortas mentalmente por tartamudear. Eso no le había pasado nunca. ¿Por qué con este hombre sí le

ocurría? ¡Maldita sea!—. No ha-hace falta que me agradezcas nada. Cualquiera lo habría hecho.

Se obligó a cerrar la boca y no continuar hablando por la vergüenza que le producía su tartamudez eventual. Además, notaba cómo el rubor cubría sus mejillas, incendiándolas.

Bruno bajó el brazo y le devolvió el paraguas. Ana echó de menos al instante el calor corporal que emanaba de él. Se sintió frustrada, pero era lo mejor.

—Bueno, entonces, supongo que aquí nos separamos —dijo él con una sonrisa resignada—. Muchas gracias y hasta el jueves.

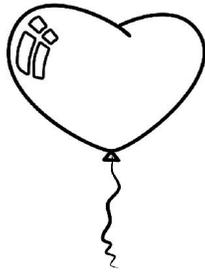
No había querido presionarla. Sabía que la mujer estaba nerviosa, mucho, porque su cuerpo temblaba levemente mientras había estado en contacto con el suyo, y no era por frío, no. Así que se dijo que iría poco a poco. No la atosigaría. Además, estando en el colegio, debía tener cuidado. Tenía que dar una imagen seria y de profesionalidad.

—Adiós, Lucas —se despidió del niño revolviéndole con cariño el pelo.

Ana y su hijo esperaron hasta que Bruno se metió en el vehículo, quedando a salvo de la lluvia. Después, dieron media vuelta y caminaron hasta el suyo, aparcado unos metros más adelante.

—Toma tu bocata, cariño. —Ana le tendió el bocadillo nada más subir al coche. Lucas lo cogió y comenzó a comérselo después de haberlo desenvuelto.

En el trayecto hasta su domicilio, Ana no paró de recordar las sensaciones que le había producido el duro cuerpo de Bruno contra el suyo. Otra vez maldijo a Raquel por meterle sus tonterías en la cabeza y se prometió salir veloz de las clases de judo para que no volviese a ocurrir lo de ese día. Debía evitar a toda costa relacionarse con Bruno más allá de lo estrictamente profesional.



Capítulo 6

Mientras Bruno estaba en la ducha de su casa, sintió cómo se cerraba la puerta del domicilio. Su hermano Sergio acababa de llegar de la academia donde estudiaba para sacarse las oposiciones de bombero.

Terminó de asearse, cerró el grifo y salió. Agarró una toalla y comenzó a secarse mientras recordaba con una sonrisa a Ana. Su tartamudeo le resultaba gracioso y el rubor que adquiría su piel era adorable. A pesar de que, de camino a casa, se había repetido doscientas veces que no debía forzar las cosas con ella, algo lo impulsaba a desobedecer a la razón e ir a por todas con esa mujer.

Estaba deseando que llegase el jueves para volver a verla y hablar con ella unos pocos minutos.

Se vistió con un chándal de algodón, ropa cómoda para estar en casa, y salió al pasillo tras recoger todo el baño.

—¡Sergio! —llamó a su hermano—. ¿Qué tal hoy en la academia?

—Como siempre. Bien —respondió este desde su cuarto.

Bruno se dirigió hacia el lugar de donde procedía la voz del aspirante a bombero y, cuando lo vio otra vez inclinado sobre los apuntes, bufó.

—Pero vamos a ver, por el amor de Dios, has pasado ocho horas en la academia estudiando y ahora llegas a casa ¿y te pones otra vez con lo mismo? —dijo entrando en la habitación de Sergio y quitándole los folios—. Descansa un poco, tío, que te va a reventar la cabeza.

Su hermano se levantó de la silla y extendió la mano para que Bruno le devolviera sus cosas.

—Descansaré cuando haya aprobado la oposición y tenga una plaza fija como bombero del Ayuntamiento de Madrid —replicó molesto.

Bruno se escondió los apuntes en la espalda.

—Pero ¿no te das cuenta de que te estás machacando demasiado?

—Tengo que conseguirlo.

—Y lo conseguirás, pero no a costa de tu salud mental ni física. Mírate: estás más delgado que antes porque apenas comes por tu obsesión con estudiar. Has dejado de practicar judo conmigo como hemos hecho siempre. Eras mi pareja y, en estos meses, he tenido que buscarme a otro con el que no tengo la misma compenetración que contigo.

—¿Te va mal con Borja? —quiso saber Sergio, sorprendido, dejando de lado el mal humor que le había producido que su hermano le quitara los apuntes.

—No. Con él todo va bien, pero no es lo mismo que contigo. Eres mi hermano, tío, y el entendimiento es mucho mayor. Conoces a la perfección mis puntos débiles y me fuerzas a superarlos. Bueno, al menos, me forzabas antes, cuando entrenábamos juntos.

—Lo siento, Bruno.

Los dos hermanos se miraron unos segundos a los ojos. Bruno dejó los apuntes sobre la mesa antes de continuar hablando:

—Y no es solo por el judo. Antes hacíamos cosas juntos, ahora no, y lo echo de menos. Sé que es muy importante para ti todo esto de las oposiciones, pero echo de menos a mi hermano. —Le puso una mano en el hombro y se lo apretó con cariño—. Quiero que Sergio vuelva porque este de ahora no me gusta. Aunque respeto tu decisión de machacarte estudiando, tienes que comer, dormir y distraerte. Seguir practicando el deporte que amamos. Salir de fiesta con los amigos. Divertirte. —Sergio asentía a todo lo que Bruno iba diciendo—. Así que, ahora que acabas de llegar de la academia, descansa un rato —le pidió Bruno—. Habla conmigo, veamos la televisión juntos, salgamos a pasear, a correr. Después de cenar

podrás estudiar un par de horas antes de irte a dormir. ¿Te parece bien?

Sergio aceptó lo que su hermano le proponía, y los dos salieron de la habitación.

...

Ana llegó a casa con Lucas y se encontró a Guille tumbado en el sofá viendo la tele. Le preguntó si ya había terminado los deberes y su hijo mayor le contó que aún no. Esto enfureció a Ana, quien mandó al adolescente a su cuarto para hacer las tareas del instituto.

Pero ¿es que siempre tenía que ir detrás de él para que hiciera las cosas? ¡Qué niño más perezoso, por Dios!

Estaba cansada de que cada vez que lo dejaba solo en casa, hiciera lo que le diese la gana y apartase sus obligaciones a un lado. ¿Cuándo iba a ser más responsable y maduro?

Lucas, que había terminado su bocata mientras ellos hablaban, se acercó a Ana.

—Mami, yo tengo que hacer una ficha de cálculo y ya está, pero te prometo que la voy a hacer superrápido, sin distraerme.

—Gracias, cariño —dijo con una sonrisa y, acariciándole la mejilla, pensó que al menos uno de sus hijos era muy trabajador.

¿Cómo podían ser dos hermanos tan distintos? Sus niños eran como la noche y el día. Mientras que Lucas era ordenado, responsable, simpático, hablador y cariñoso, Guille era todo lo contrario: a menudo perdía cosas por el desorden que había en su cuarto; si tenía tareas que hacer, las dejaba siempre para el último momento; era más callado y huraño, poco dado a las muestras de afecto, aunque con Ana seguía teniéndolas, pero cada vez menos. Lucas era un torbellino de actividad constante y Guille era más pasivo. Sin embargo, sus dos hijos tenían un corazón noble, bondadoso, y se arrepentían, pidiendo perdón de verdad, cuando sabían que habían obrado mal. Se peleaban pocas veces, ya que los dos estaban acostumbrados a compartir todo lo que tenían y se querían mucho. Cuando ocurrió lo del divorcio, los hermanos fueron un gran apoyo el uno para el otro. Eso les unió más si cabe a pesar de los tres años de diferencia que se llevaban.

Ana emitió un tenue suspiro, se dio media vuelta y fue a ver si la lavadora que había dejado puesta antes de irse a por Lucas a judo había terminado ya.

...

El jueves no llovía, y Ana lo agradeció. No le apetecía tener que acompañar otra vez a Bruno hasta su coche. Bueno, sí. Pero sabía que no estaba bien recordar las sensaciones que el maestro de judo le provocaba con su cercanía. No. No estaba nada bien. Ese jovencito la atraía más de lo conveniente, así que lo mejor era mantenerse alejada de él.

Estaba rezando para que le entregase a Lucas el primero, cuando vio aparecer a Bruno con los niños.

Pero su hijo no los acompañaba.

Se temió lo peor. Otro problema con alguien del grupo.

Bruno terminó de entregar a sus alumnos a las madres que habían ido a recogerlos y le hizo una seña para que se acercara. Ana cubrió la distancia que los separaba y, cuando estuvo al lado del profesor, este habló:

—Lucas está buscando un calcetín. Enseguida sale.

Ana inspiró profundamente para tranquilizarse. Había sido muy consciente de la mirada de deseo con la que Bruno había recorrido su cuerpo mientras se acercaba a él. Ahora, el joven mantenía la vista clavada en las pupilas de Ana y le sonreía como si ella fuese la razón por la que el sol sale cada mañana.

—Vale. Pues esperaré —contestó sintiéndose orgullosa de no haber tartamudeado como la vez anterior.

—Si quieres, puedes venir conmigo a la sala en vez de quedarte aquí sola en el patio.

Aquello la pilló de sorpresa. No esperaba ese ofrecimiento por parte de él.

—N-No, gracias. Es-Esperaré mejor aquí —dijo maldiciéndose a sí misma por balbucear cuando ya pensaba que lo tenía todo controlado.

—Bien. —Bruno asintió y, tras unos segundos en los que sus ojos siguieron fijos en los de Ana, añadió—: Me quedaré contigo hasta

que Lucas suba.

Ella abrió la boca para contestar, pero justo en ese momento, su hijo apareció.

Suspiró aliviada, y este hecho no pasó desapercibido para Bruno, que escondió una sonrisa ladeando la cara.

—Ya lo he encontrado —informó el niño a su profesor—. Estaba en un rincón, pero no sé cómo ha llegado hasta allí.

—Lo importante es que ya lo tienes —indicó Bruno.

—Bu-Bueno, pues como ya está resuelto el misterio del calcetín, nos vamos a casa —intervino Ana, que agarró a Lucas con una mano y se despidió del maestro de judo con la otra.

—Ana, espera. —Bruno la detuvo con su voz—. Hoy han faltado Israel e Isaac, y como sé que su madre es amiga tuya, me preguntaba si sabías por qué.

Ella recordó que su amiga Raquel le había dicho que esa tarde sus niños no asistirían a judo porque debía llevarlos al dentista.

—Eh... Sí... Sí, lo sé. Es que tenían que ir al dentista y les coincidía con la hora de judo, pero... me dijo Raquel, su madre, que te mandaría un correo para informarte de la falta.

—Ah, vale, es que no he mirado el correo desde ayer —comentó Bruno alzando una mano para tocarse la nuca y el pelo.

Al hacerlo, los ojos de Ana se desviaron hacia el bíceps que la camiseta de manga corta ceñía, marcándolo maravillosamente. Ana tragó saliva. ¿Cómo era posible que estuviese tan bueno? ¿Y cómo era capaz de ir en manga corta estando a la temperatura que estaban? Después de varios días lloviendo, las máximas habían descendido mucho y no hacía calor, precisamente.

Aunque en esos instantes ella también sintiese calor, mucho calor.

Bruno no quiso hacerla sufrir más, a pesar de que le encantaba sentir en su piel los ojos de Ana, y se despidió de ella.

—Bien, gracias. Hasta el martes.

—S-Sí, hasta el martes.

Ana se dio la vuelta y caminó con su hijo al lado, notando cómo las piernas le temblaban. Parecía que las tuviese de gelatina.

Y todo era por culpa de Bruno.

Sí, tenía que alejarse de él lo máximo posible. Intentar no mantener ninguna conversación con el profesor o, de lo contrario, ardería por combustión espontánea en mitad del patio del colegio y saldría en las noticias.

El joven se recreó en el movimiento de las caderas de Ana mientras ella se alejaba hasta que salió del cole y desapareció de su vista. Con un largo suspiro, se volvió y regresó a la sala para cerrarla.

Había estado a punto de salir al patio para entregar a los niños con el *judogi* completo, pero sabía que a Ana le gustaban sus músculos, así que se había quitado la chaqueta y se había puesto la camiseta de manga corta, a pesar de que había refrescado bastante. Pero se dijo que serían unos pocos minutos y que valía la pena pasar un instante de frío solo por sentir la mirada de ella sobre su cuerpo.

...

—Lucas, ¿cómo es posible que se te haya extraviado un calcetín, hijo? —quiso saber Ana llegando a su coche.

—No lo sé, mamá. Yo los he dejado metidos dentro de las zapatillas, como siempre —dijo refiriéndose a los dos calcetines—, pero, cuando he ido a ponérmelos, he visto que me faltaba uno. Bruno me ha ayudado un rato a buscarlo y mis compañeros también, pero nadie lo tenía confundido con alguno suyo. Y, de repente, ha aparecido en un rincón del tatami.

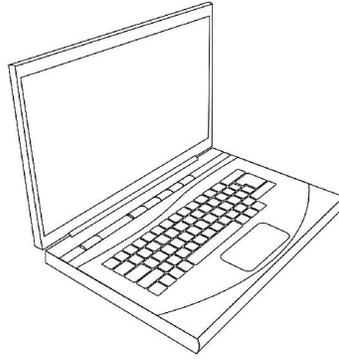
—Debes tener más cuidado con tus cosas, cielo —lo reprendió suavemente Ana.

—Si lo tengo, mami, pero esta vez no sé qué ha pasado. El calcetín se ha salido solo de la zapatilla y se ha ido a la otra parte de la sala.

Ana sonrió. Lucas contaba aquello como si la prenda de vestir tuviese vida propia y se hubiera ido de fiesta.

—Bueno, no pasa nada. Lo importante es que al final lo has encontrado. Prométeme que a partir de ahora vas a tener más cuidado, ¿vale?

El niño asintió y Ana abrió el coche para meterse en él.



Capítulo 7

—Tenemos que ir a comprarte ropa, Guille. La que tienes se te está quedando pequeña —comentó Ana a su hijo mayor el sábado después de comer—. Así que termina los deberes rápido y nos vamos.

—¿Y a mí, mamá? —quiso saber Lucas.

Ana se volvió hacia su hijo pequeño y le sonrió.

—A ti no, cariño. Además, ya sabes que toda la ropa de Guille la heredas tú, así que a ti no hay que comprarte nada.

El niño dio su conformidad con un movimiento de cabeza.

—Pues yo no quiero ir de tiendas —protestó Guille—. No me gusta.

Ana miró a su hijo mayor.

—Bueno, a mí me gustaría estar en una playa del Caribe en lugar de aquí y me aguanto. ¡Qué le vamos a hacer! A veces no tenemos todo lo que deseamos. Así que, si no quieres ir desnudo al instituto, ya sabes lo que toca.

—Exagerada... —replicó Guille—. Desnudo no voy a ir. Si la ropa aún me vale...

—Bien. En ese caso, como no te importa que te quede pequeña, a partir del lunes te pondrás la de tu hermano. Verás qué divertido cuando todos tus amigos te vean con los pantalones a mitad de la espinilla y las camisetas de torerita. ¡Lo que nos vamos a reír todos, oye! —soltó Ana riéndose.

Guille se encaró con su madre.

—Yo no tengo que ponerme la ropa de Lucas. Ya tengo la mía.
Ana se puso seria.

—La tuya se te está quedando pequeña. Si no te compro ropa nueva, en poco tiempo parecerá que llevas la de tu hermano.

Madre e hijo se desafiaron con la mirada durante algunos segundos.

—¿No puedes ir tú y me compras lo que te parezca? —preguntó Guille por fin.

—Mami, yo te acompaño y elijo la ropa porque como después será para mí... —intervino Lucas.

—No —contestó a los dos a la vez—. Vamos a ir todos juntos. Si tú —señaló a Guille— no quieres elegir tu propia ropa, lo decidiremos entre Lucas y yo, pero te la tienes que probar en la tienda. Estoy harta de tener que ir a cambiar cosas después. Además, ¿no te da vergüenza que tu madre te elija la ropa con doce años que tienes ya? ¿Cuándo vas a ser independiente en ese aspecto de tu vida? Si tus amigos lo supieran...

Ana sabía dónde pinchar. Para su hijo adolescente, la opinión de los amigos era muy importante y había ciertas cosas de su vida privada que no quería que los de su alrededor conociesen.

—Está bien. Iremos —cedió Guille.

...

Bruno había quedado con Sheila en el centro comercial cercano a la casa de su amiga. No tenía ganas de verla, pero ella había insistido mucho en invitarlo al cine esa tarde, y para ver si lo dejaba en paz de una vez, al final, aceptó.

Sabía a lo que se exponía: Sheila intentaría liarse con él durante la película y él tendría que pararle los pies de nuevo. Ya había perdido la cuenta de las veces que le había dicho «No» desde que había roto su relación ese verano. Pero ella continuaba intentándolo a pesar de que sabía que por parte de Bruno solo conseguiría amistad. Nadie podría decirle a Sheila que no era tenaz y que no perseguía sus objetivos; sin embargo, esto no le iba a servir de nada, pues Bruno tenía las cosas muy claras: no volvería a tener

una relación con ella nunca. Esperaba que, con el tiempo, Sheila se diera por vencida y buscara a otro con el que entretenerse.

Pero esa tarde de sábado iba a tener que aguantarla y frenar todos sus intentos de tener algo con él. Si no fuera porque sus familias se conocían de toda la vida y ellos dos eran amigos de la infancia —y, por tanto, no quería hacerle daño ni que hubiera problemas entre sus padres y los de ella—, la habría mandado a paseo hace mucho.

Se encontraron en la puerta del centro comercial. Se saludaron con dos besos en las mejillas y la chica sacó inmediatamente el móvil para hacerse un selfi con Bruno. Él resopló cansado, pero accedió. Después, ella colgó la foto en todas sus redes sociales. Cuando hubo acabado, Sheila se apoderó de su brazo izquierdo y ya no le soltó. Paseaba agarrada a él mirando a las chicas que se cruzaban con ellos y posaban sus ojos en el guapo Bruno como diciéndoles «Es mío». Solo le faltaba mearle alrededor igual que hacen los perros para marcar su territorio.

Él buscó excusas para desasirse de la mano que oprimía su brazo, pero solo le valieron algunos segundos, pues, al poco de lograr perder el contacto con ella, Sheila volvía a engancharse a él como si fuera un salvavidas en mitad de una tempestad.

Con un profundo suspiro de cansancio por la situación, se dirigieron hacia la cola para comprar las entradas mientras Sheila parloteaba, intentando convencerlo de que la acompañase a una fiesta que daban unos conocidos el siguiente viernes.

—Venga, porfi, Bruno, ven conmigo. Lo pasaremos bien.

—Tengo una competición el sábado por la mañana. Debo madrugar porque a las ocho y media tengo que estar en Aranjuez, y sabes que esa población no está al lado de Madrid, precisamente.

—Puedes echarte la siesta después de comer —insistió ella.

—No tengo por costumbre echarme la siesta y, además, ya te he dicho que no me apetece ir a la fiesta de tus amigos —volvió a negarse Bruno.

En ese momento, el profesor de Educación Física y judo escuchó una vocecita de niño que lo llamaba. Miró a su alrededor porque creyó reconocer la voz de Lucas, el hijo de Ana, mientras las pulsaciones de su corazón saltaban disparadas. ¿Estaría ella allí?

Al localizar por fin al pequeño y ver a Ana a su lado, sonrió feliz.

...

Cuando terminaron de comprar, Ana les propuso a sus hijos tomar algo de merienda. Los niños aceptaron encantados. Se dirigieron hacia la zona de restauración del centro comercial que estaban visitando aquella tarde de sábado y se sentaron a una mesa de una cafetería.

Tras pedir al camarero un par de zumos para sus hijos, un café con leche para ella y tres *muffins* de chocolate, comenzaron una distendida charla.

—¿Qué tal en judo, Guille?

—Bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque como no me cuentas nada... No sé si te gusta ir, si estás bien con los compañeros y el profesor...

—Todo OK, mamá. No te preocupes. Me gusta ir a judo.

Ana respiró aliviada y contenta. ¡Por fin habían encontrado su hijo y ella un deporte que al adolescente le gustaba! Se alegró de haberlo obligado a asistir a la extraescolar. Esta vez había acertado.

—¿Y tú, Lucas? ¿Qué tal en ajedrez?

—¡Genial! —exclamó el niño—. Estoy aprendiendo mucho. El abuelo dice que dentro de poco seré mejor que él porque mi profesor me está enseñando varias jugadas que el abuelo no sabe y, cuando juego con él, le pongo las cosas difíciles.

—Me alegro mucho, cariño, pero ya sabes que no se trata de ganar, sino de divertirse jugando.

Lucas asintió. Dejó de mirar a su madre para centrar la vista en otra parte y, de repente, gritó:

—¡Bruno! —Levantó la manita, agitándola, y se giró hacia Ana—. Mi profe de judo, mami, está allí. —Y volvió a llamar al monitor—: ¡Bruno! ¡Bruno!

Ana se puso muy nerviosa cuando, al mirar en la dirección que le señalaba su hijo, vio al joven. Su corazón bombeó con tanta fuerza que estuvo segura de que el resto de la gente que los rodeaba lo oiría. Aquello no le gustó nada, y comenzó a maldecir para sí misma. De todos los centros comerciales que había en Madrid, ¿por

qué tenía que ir precisamente al que estaba ella? ¿Acaso vivía por allí cerca?

Su nerviosismo se esfumó en cuanto se dio cuenta de que Bruno estaba acompañado por una chica morena, muy guapa, que lo agarraba del brazo con posesión.

Un sentimiento de decepción se alojó en su pecho. Al final resultaba que tenía novia.

No supo por qué le entristeció este hecho y notó cómo la ilusión de algo que no sabía definir se rompía. Aunque ya se había imaginado que lo más probable era que él estuviese comprometido. Un bombón así tendría quien se lo comiera, ¿no? El caso fue que la decepción dio paso a la rabia. ¿Así que tenía novia y tonteaba con ella después de las clases de judo? ¡Otro infiel como Damián! ¡Otro hombre más que miraba para fuera en lugar de cuidar lo que tenía dentro de casa! Todos eran iguales...

...

—Tengo que saludar a alguien —le comentó Bruno a Sheila deshaciéndose de la mano con la que ella se aferraba a su brazo—. Discúlpame un momento.

Pero Sheila, no dispuesta a que su presa se escapara, lo retuvo otra vez.

—Voy contigo, cari. Estamos juntos, ¿no? ¿O me vas a dejar aquí tirada?

Bruno resopló y puso los ojos en blanco.

—No te estoy dejando tirada. Solo voy a saludar a unos alumnos y a su madre un momento y regreso enseguida. Tú, mientras, puedes ir comprando las entradas del cine.

Dicho esto, desenroscó la mano de Sheila que estaba en su brazo y se giró para marcharse.

Ana observó toda la escena desde lejos. Estaba indignada con Bruno por su manera de actuar teniendo novia. El chico sabía que era atractivo y lo explotaba el muy cabrón. Se valía de esto para encandilar a alumnas y madres en el colegio, y quién sabe si a alguien más de su vida fuera del entorno escolar.

Y ahora el caradura se acercaba a ellos con su espectacular sonrisa, dejándose a su novia en el camino.

Malditos fueran todos los hombres.

—Hola, Lucas. Hola, Guille —saludó Bruno a sus alumnos para después mirar a Ana—. Hola, Ana —dijo clavando las pupilas en los ojos de ella.

—Hola —contestaron los tres casi al mismo tiempo.

A Bruno no le pasó desapercibido el tono en el que cada uno pronunció el saludo.

Mientras que Lucas se lo había dicho contento, realmente alegre y feliz por la coincidencia de encontrarse con él allí, Guille lo había hecho con un tono de incomodidad. Supuso que al adolescente no le había agradado ver a uno de sus profesores durante el fin de semana. Pero lo que más le llamó la atención fue notar en la voz de Ana su indiferencia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Bruno repasando con la mirada a Ana, a la que, sentada en la parte más cercana a él, podía contemplar perfectamente. Llevaba un vestido de punto azul que se ceñía a su busto y su cintura de una manera deliciosa y llegaba hasta medio muslo. Las piernas, que cruzaba una sobre otra, estaban tapadas por unas botas de ante negro hasta la rodilla que dejaban al descubierto un trozo de carne en el cual Bruno se detuvo unos segundos más de lo normal—. ¿Habéis venido al cine o de compras?

Ana estuvo a punto de soltarle un «¿Y a ti qué te importa?», pero Lucas se le adelantó:

—Hemos venido a comprar ropa para Guille y ahora estamos merendando. ¡Ah! Y a mí me ha comprado mamá una cazadora de cuero superchula. ¿Quieres verla?

Sin esperar a que Bruno respondiese, Lucas sacó de la bolsa la prenda y se la mostró orgulloso.

—Es muy bonita y seguro que te queda genial —dijo el profesor sonriendo.

—Mamá se la iba a comprar a Guille, pero él no la ha querido porque dice que es de macarras.

—¡Cállate! —le ordenó Guille a Lucas—. ¿Por qué tienes que darle explicaciones de nuestra vida?

Pero Lucas siguió como si no lo hubiera escuchado:

—También quería comprarle unos vaqueros de esos rotos que llevan todos los chicos del instituto, pero Guille le ha dicho que él no piensa vestir como un vagabundo.

—¡Cállate! ¡Mamá! ¡Dile que se calle! —exclamó Guille muerto de la vergüenza.

Ana, que había estado observándolo mientras hablaba con su hijo, desvió la vista por encima del hombro del joven cuando comprobó que este la volvía a mirar a ella. Quería mostrarse indiferente ante él, pero lo cierto era que, a pesar de estar indignada con Bruno, se había empapado bien de su cuerpo cubierto por un fino jersey gris, que se pegaba a sus bíceps y a su torso de una manera escandalosa, y un pantalón vaquero negro que, cuando se diese la vuelta para irse, marcaría su firme trasero haciéndola salivar.

—Lucas, basta ya.

—A mí me parece que cada cual debe vestir según le guste y vaya más cómodo, ¿no es así, Ana? —intervino Bruno reclamando la atención por parte de ella.

Ella centró la mirada en él, pero fue solo un segundo.

—Sí, así es.

—¿Y tú, Ana? ¿No te has comprado nada? —preguntó el profesor de judo.

Ella negó con la cabeza sin mirarlo.

—Cari, ya tengo las entradas del cine. —Sheila llegó a su lado y lo agarró del brazo con posesión otra vez ignorando a las tres personas que había sentadas a la mesa de la cafetería—. He cogido la última fila —añadió pestañeando coqueta, rozándose contra él como una gata en celo.

«¿Cari? —pensó Ana al oír el apelativo con el que la novia de Bruno, porque estaba claro que era su novia por cómo actuaba con él, lo había llamado—. ¡Qué ridícula, por Dios!».

Bruno observó la expresión de Ana. Parecía que estaba a punto de vomitar.

—¿Nos vamos? —preguntó Sheila tirando de su brazo para llevárselo.

—Espera un segundo, por favor. Aún no he terminado de hablar con mis alumnos y su madre —le pidió Bruno.

—De todas formas, nosotros tenemos que marcharnos ya —dijo Ana en ese momento alegrándose de no tartamudear como las otras veces. Al parecer, estar cabreada le venía bien cuando tenía que hablar con Bruno. Se levantó y se alisó el vestido para evitar la mirada del profesor, que no había despegado los ojos de ella ni siquiera para hablar con su novia—. Chicos, terminad el zumo mientras voy a la barra a pagar y recoged vuestras cosas —ordenó a sus hijos. Se giró para irse y, por encima del hombro, se despidió de Bruno—: Que lo paséis bien en el cine. Hasta el martes.

«En la última fila del cine —gruñó para sus adentros—. Hay cosas que no cambian con el paso de los años».

Recordó que, cuando su exmarido y ella eran novios, siempre cogían las entradas en la última fila para poder besarse y tocarse durante la película sin que nadie los viera.

Igual que iba a hacer Bruno con su novia en breves instantes. La rabia creció en ella, pero se obligó a dejarla a un lado mientras caminaba hacia el mostrador de la cafetería.

Bruno se quedó allí parado viendo cómo Ana se alejaba de él. El contoneo de sus caderas le estaba haciendo morir a fuego lento. Lo tenía hipnotizado. Sheila, a su lado, tiraba de su brazo para marcharse, pero él parecía pegado al suelo. Los pies no le respondían.

—Llegaremos tarde, cari. La película empieza en diez minutos y aún tenemos que comprar palomitas. ¿O no quieres palomitas? No, mejor no. Así tendremos las manos libres. —Soltó una risita estridente que dañó el pabellón auditivo de Bruno, haciéndole volver en sí.

—Bien, chicos. Tengo que irme. Guille, te veré el lunes en clase. —El adolescente asintió, mirándolo incómodo—. Lucas, a ti te veré el martes en judo. Pasad un buen fin de semana.

Antes de que emprendiese su retirada, Lucas se acercó a él y le dio un abrazo, obligando a Sheila a soltarlo.

—Hasta el martes, maestro —se despidió Lucas al separarse de él.

El docente miró por última vez hacia la barra y se empapó de la figura de Ana. Con un profundo suspiro, que no pasó desapercibido para Sheila, se giró y comenzó a andar.

Sheila lo alcanzó enseguida y volvió a enlazar el brazo con el de él.

—No vuelvas a llamarme cari —exigió Bruno sin mirarla.

—¿Por qué? No hay nada de malo en ello —comentó Sheila con inocencia.

—La gente podría confundirse si te oyen referirte a mí así.

—¿Y qué más da?

—A mí no me da igual. Tú y yo solo somos amigos. Nada más. — Se detuvo un momento para mirarla fijamente, soltándose de su agarre. De pronto, sacudió la cabeza—. Esto es un error. No teníamos que haber quedado para venir al cine los dos solos. — Sheila abrió la boca para decir algo, pero Bruno no la dejó—: Lo siento. —Sacó su cartera del bolsillo y la abrió para extraer un billete—. Toma —dijo dándoselo a ella.

—¿Qué pretendes que haga con esto? —quiso saber Sheila, que no entendía lo que estaba ocurriendo.

—Quédatelo. Por las molestias de haber tenido que comprar mi entrada.

—Bruno, no te comprendo —declaró frunciendo el ceño.

Él inspiró hondo antes de explicarle lo que pasaba.

—No vamos a ir al cine. Al menos, yo no. No me apetece, así que me voy a casa.

—Espera, espera, espera. —Sheila lo agarró de los dos brazos—. ¿Estás enfadado porque te he llamado «cari»? Te juro que no lo volveré a hacer —prometió al ver el giro que había dado su plan—. No creí que te sentara tan mal cuando antes te lo llamaba siempre.

—¿Antes? ¿Te refieres a este verano pasado? —preguntó él, aunque sabía que así era. Sin dejar que contestara, añadió, cansado de repetírselo tantas veces desde su ruptura—: Mira, Sheila, antes estábamos juntos, ahora ya no. Hace dos meses que nuestra relación se acabó. ¿Todavía no te has dado cuenta? No quiero ser tu novio, y tú deberías dejar de intentar que tengamos algo porque me estás agobiando mogollón. ¿Sabes qué vas a

conseguir si sigues por este camino? Que deje de hablarte, que dejemos de ser amigos.

Mientras pronunciaba estas palabras, Bruno se había soltado de su agarre y se había distanciado de ella unos pasos. Estaban rodeados de gente y no le apetecía dar un espectáculo. Todo el mundo podría oírlos, aunque parecía que nadie prestaba atención a su conversación.

—Amistad, Sheila. Es lo único que puedo ofrecerte. Pero si continúas insistiendo en llamarme «cari», en agarrarme como si yo fuera de tu propiedad y tuvieses derechos sobre mí, en que vayamos a los sitios solos, en plan parejita... —Hizo una pausa para asestar el golpe final y repitió—: No seremos amigos ni nada. Haré como si no te conociera cuando te vea.

Ella se quedó boquiabierta, y Bruno aprovechó para marcharse con rapidez.



Capítulo 8

—¿Qué haces aquí? ¿No ibas a cine con Sheila? —preguntó Sergio cuando le vio entrar por la puerta de casa.

Bruno le contó lo sucedido. Su encuentro con Ana y sus hijos; quiénes eran, qué tipo de relación tenía con ellos y la posterior conversación con Sheila.

—No me habías hablado de esa mujer, esa tal Ana —mencionó su hermano.

Bruno meditó sus próximas palabras durante un momento. Necesitaba confesarle a alguien sus sentimientos y ¿a quién mejor que a su hermano?

—Ana me gusta mucho. Me siento muy atraído por ella casi desde que la conocí.

—Tiene dos hijos —objetó Sergio como si su hermano no lo supiera cuando la información se la había dado él mismo.

—Sí. Guille, el mayor; Lucas, el pequeño.

Sergio se removió en la silla en la que estaba sentado estudiando y lo miró fijamente.

—A no ser que se haya demostrado lo del Espíritu Santo y yo no me haya enterado, los niños suelen tener un padre.

—Está divorciada —señaló Bruno intuyendo por dónde iba su hermano con aquello.

—¡Ah, bueno!

Bruno vio cómo Sergio soltaba un suspiro aliviado.

—Pero —comenzó a hablar otra vez el aspirante a bombero— si tiene un hijo ya en la ESO, quiere decir que es más mayor que tú.

Bastante más mayor.

—La edad es solo un número —rebató Bruno.

—Cierto. Aun así, ¿de cuántos años estamos hablando?

—No lo sé con seguridad. Tendrá unos cuarenta, pero aparenta cuatro o cinco menos.

—Es una diferencia de años considerable respecto a la nuestra —apuntó Sergio.

—Físicamente, no parece que nos llevemos tantos años —argumentó Bruno, no queriendo ceder ante su hermano—. Yo aparento más de los que tengo, ella parece que tenga menos. Es cierto que sí se nota que yo soy algo más joven, pero la gente pensará que solo nos llevamos cuatro años o así de diferencia. No es tanto.

—Veo que lo tienes muy claro.

—Sí.

—¿Has pensado también en que ella ya tiene su vida hecha? Tiene dos hijos grandecitos, una mala experiencia a sus espaldas... ¿Y si no quiere estar con nadie? A lo mejor no desea repetir con ningún hombre más. Y, en caso de que sí lo deseara, ¿qué lugar ocuparías en su vida? ¿El jovencito que la satisface de vez en cuando o alguien más importante? ¿Ella corresponde a tus sentimientos?

Bruno se quedó pensando unos instantes.

—Te conozco, hermano. Tú eres de relaciones serias. Siempre has tenido muy claro lo que querías en tu vida y lo que no —puntualizó Sergio.

—Estoy empezando a conocerla, pero, si todo va bien, no me conformaré con ser solo el jovencito que la satisface de vez en cuando como tú has dicho. Querré la segunda opción. No sé lo que siente Ana por mí exactamente, pero lo que sí sé es que se pone muy nerviosa cuando me tiene cerca, cuando hablo con ella. A veces incluso creo que huye de mí.

—¿Huye de ti?

—Sí. Es por los nervios, estoy seguro. Y si tiene esos nervios es porque algo debe de sentir hacia mí. Atracción, deseo, llámalo como quieras.

Sergio cabeceó un par de veces.

—Te deseo mucha suerte, Bruno.

El maestro de judo sonrió.

—Cambiando de tema —comenzó a decir—, ¿cuántas horas has estudiado hoy? ¿No va siendo el momento de dejarlo ya? Descansa un poco. Salgamos a correr. Me cambio y nos vamos.

—No he dicho que sí.

—Pero tampoco estás diciendo que no. Venga, Sergio. Hagamos algo para despejar tu mente. Verás cómo luego la tienes más fresca y te entra mejor todo este tocho de temario que tienes que estudiar. ¿Qué hay de malo en que pases un par de horas con tu hermano?

—Pareces una novia reclamando más atención de su novio —se burló de Bruno.

Este puso los ojos en blanco e hizo una mueca tonta con la cara.

Sergio soltó el aire que retenía en los pulmones poco a poco.

—Está bien. Dame diez minutos que termine con una cosa, me cambio y nos vamos a correr por el parque.

Bruno le dio una palmada en el hombro.

—¡Genial! Y esta vez no he tenido que recurrir a ningún chantaje ni tortura china para convencerte.

Sergio se rio.

—Te diré algo que te pondrá más feliz. —Hizo una pausa para crear expectación—. A partir de diciembre, cuando me examine de la teoría, seré todo tuyo para que volvamos a entrenar juntos en judo.

Bruno se inclinó sobre su hermano para abrazarlo.

—Te quiero, tío.

...

—Deja de soñar con el yogurín —susurró Ana a Raquel el martes mientras esperaban a que el maestro de judo les entregara a los niños al terminar la extraescolar.

Bruno estaba en ese momento repartiendo judo-puntos. Llevaba una camiseta roja de manga corta que le marcaba a la perfección todo el torso y la espalda, ajustándose a sus fuertes brazos, y el pantalón blanco del kimono. Raquel no podía dejar de suspirar, lo que irritaba sobremanera a Ana.

Otra vez llovía, por lo que se habían refugiado en el pasillo que llevaba a la sala donde se desarrollaba esa actividad.

Ana esperaba que ese día Bruno sí hubiera llevado paraguas y no le pidiera a ella que lo acompañase hasta su coche.

—Además, tiene novia. Los vi el sábado juntos en el centro comercial. Creo que iban al cine. A la última fila —añadió indignada, aunque trató de que su amiga no notase nada en su tono de voz.

Raquel se volvió hacia ella.

—Cuenta, cuenta...

—No hay mucho que contar, en realidad. Después de comprarle algo de ropa a Guille fuimos a merendar a una de las cafeterías que hay en la zona de restauración. Allí, Lucas vio a Bruno y lo llamó para saludarlo. El yogurín se acercó a nuestra mesa y poco más.

—Y la novia, ¿cómo es? —quiso saber Raquel al tiempo que comprobaba que Bruno la había visto y les había dicho a sus gemelos que podían marcharse con su madre.

—¿Por qué te interesa? ¿Acaso vas a hacer un trío con ellos? —preguntó Ana.

Raquel soltó una carcajada.

Los gemelos llegaron hasta ella y los abrazó con ternura.

—Sentaos ahí, chicos —les indicó Raquel a sus hijos señalándoles un banco cercano mientras les entregaba un bocadillo a cada uno. No quería irse de allí sin que Ana terminase de contarle su encuentro con Bruno—. Bueno, sigue. ¿Cómo es ella? —continuó hablando con Ana.

—Alta, morena, con un cuerpo de escándalo y joven, muy joven. Más que él —soltó con una especie de gruñido enfadada.

—Así que le van las jovencitas, ¿eh? ¡Qué desilusión! ¡Yo que tenía la esperanza de que se fijara en mí! —soltó Raquel haciendo un poco de teatro.

—Iba pintada como una puerta —recordó Ana ignorando el último comentario de su amiga— y llevaba un vestido tan ajustado que se le marcaba todo. Además de corto, muy corto. Estoy segura de que, si se hubiera agachado, se le habrían visto las bragas. Y con un escote... —Soltó un bufido—. Casi le llegaba al ombligo. Vamos, que iba vestida para matar.

Recordar la situación del sábado la molestaba, y eso se sumaba al enfado que iba creciendo en ella al ver que Bruno dejaba a Lucas para el final en lugar de entregárselo de los primeros.

—Para matarlo a polvos, estoy segura —comentó Raquel.

—Y ella no creo que le deje escapar fácilmente —añadió Ana obviando de nuevo lo que había dicho su amiga—. Si hubieras visto cómo lo agarraba del brazo... Un poco más y se lo arranca.

Raquel la observaba con una sonrisa en los labios.

—Cualquiera diría, por tu tono de voz, que estás celosa de esa chica.

Ana cambió la dirección de su mirada para centrarla en su amiga.

—No digas chorradas —espetó de mal humor.

—Y, entonces, ¿a qué viene ese cabreo?

—Yo no estoy cabreada —negó Ana.

—No. Qué va...

Ana la ignoró.

—Bueno, nena, ya que no me quieres contar por qué estás tan enfadada, me voy.

Pero ella no la escuchaba. Su atención estaba centrada en Bruno y Lucas, que hablaban sobre algo. ¿Qué pasaría ahora?

Raquel hizo una señal a sus hijos para que se levantaran del banco y la siguieran al exterior.

Ana se acercó al maestro de judo y a su niño.

—Hola. ¿Va todo bien? ¿Algún problema?

—Hola, Ana. —Bruno le sonrió como si acabase de salir el sol—. Tranquila. Hemos tenido un percance, pero ya está todo solucionado.

Ella miró a su hijo esperando que este le explicara lo que había pasado, ya que el profesor parecía que no lo iba a hacer.

—No encontraba el reloj, mami.

—Jolines, Lucas, el otro día perdiste el calcetín; hoy, el reloj. ¿Qué te pasa, hijo? Con lo responsable que eres tú, no entiendo qué ocurre últimamente —lo riñó bastante molesta.

—No lo sé, mami. Las cosas desaparecen y después vuelven a aparecer. Como si fuera magia.

—¿Magia? Magia te voy a dar yo a ti... —resopló Ana irritada.

Bruno, que había permanecido en silencio escuchando la conversación entre madre e hijo, intervino:

—Lo importante es que lo has encontrado, Lucas. —Se giró para mirar a Ana a los ojos—. No lo riñas, por favor. Son cosas que pasan. Ya sabes, los niños...

—A mi hijo, no. Él es superresponsable y nunca ha perdido nada —sentenció ella alegrándose de no tartamudear como las otras veces. Al parecer, estar cabreada le venía bien.

—¿No eres demasiado exigente con él? —preguntó Bruno.

Ana abrió la boca para contestar. Iba a decirle que quién se creía que era él para meterse en su vida, en si era exigente con su hijo o no, pero lo pensó mejor y le hizo una petición:

—¿Podrías entregarme a Lucas de los primeros niños, por favor? Siempre me toca quedarme la última hasta que me lo das.

—Yo entrego a los niños según ellos van terminando de vestirse y se colocan en la fila para salir —respondió Bruno.

Ana dirigió su mirada hacia Lucas para hablarle:

—Pues a ver si espabilas, hijo. —Lo agarró de la mano y tiró de él para marcharse—. Hasta el jueves —se despidió de Bruno por encima del hombro.

—Esperad un momento. —El maestro los retuvo con su voz—. Lucas, no te he dado el judo-punto. Enseguida vuelvo.

Se metió dentro de la sala rápido.

—Maldita sea. Ahora el dichoso judo-punto —murmuró Ana cada vez más enfadada.

Lucas no decía nada. Sabía que, cuando su madre se ponía de mal humor, era mejor estar calladito.

Bruno regresó enseguida y le entregó a Lucas el pequeño cartón.

—Aquí tienes, campeón —dijo mientras le revolvía el pelo. Miró a Ana y preguntó—: ¿Sigue lloviendo?

—Sí, pero hoy no he traído paraguas, como ves, así que nos vamos a mojar todos hasta que lleguemos al coche.

Dicho esto, dio media vuelta con Lucas agarrado de la mano, y salieron al patio del colegio.

Allí, Ana había dejado en una esquina su paraguas bajo un pequeño tejado que había en la puerta, con la esperanza de que

Bruno no le dijera que lo acompañase hasta su coche al verla con él en la mano como la otra vez.

—Mami, ¿por qué le has mentado a mi profe? —quiso saber Lucas al comprobar que sí tenían paraguas.

—No le he mentado, cielo. Es que me acabo de acordar de que lo dejé aquí para no mojar el suelo del pasillo.

—¿Y si te lo hubieran robado?

—Pues, entonces, nos mojaríamos hasta llegar al coche.

—Así que no recordabas haber dejado aquí el paraguas —comentó el niño—. Jolín, y luego me riñes a mí porque pierdo el calcetín y el reloj —se quejó con un mohín.

Ana no contestó y abrió el paraguas para refugiarse los dos de la lluvia.

Cuando iban por la mitad del patio, Bruno salió con un paraguas plegable que tenía en la mochila. Su intención era prestárselo a Ana, pero se detuvo al ver que ella ya tenía uno. Le había mentado.

¿Por qué?

...

El jueves Bruno decidió darle un respiro a Ana y no hablar con ella a pesar de que sentía la necesidad de intercambiar unas palabras con la mujer. Así que se aguantó las ganas y no se acercó a ella cuando le entregó a Lucas, que esta vez fue de los primeros.

—¿Hoy no has perdido nada, hijo?

—No, mami. Hoy no.

—Gracias a Dios —suspiró aliviada.

Se despidió de Raquel y se marchó a casa, donde Guille debería estar haciendo deberes.

Cuando llegaron, se encontraron con su hijo mayor de pie en mitad del salón, viendo un vídeo de Lenny Kravitz y tocando una guitarra eléctrica imaginaria al ritmo de *Are you gonna go my way*.

Ana cerró la puerta despacio y retuvo con la mano a Lucas. Quería disfrutar del espectáculo un poco más. Le hizo una seña a su hijo pequeño y se puso un dedo en los labios pidiéndole silencio.

Los dos caminaron despacio, sin hacer ruido, hasta colocarse a la espalda de Guille mientras este continuaba ajeno a su presencia

«tocando» la guitarra eléctrica y meneando la cabeza igual que hacía el cantante en el vídeo.

Casi llegando al final de la canción, Lucas ya no pudo aguantarse más la risa y una carcajada escapó de su garganta.

Guille se detuvo y se volvió sorprendido.

—Vaya, vaya, vaya, y yo que pensaba que no te gustaban los macarras —dijo Ana riendo.

—Lenny Kravitz no es un macarra —replicó Guille apagando la televisión con el mando.

—Pues lleva cazadoras de cuero como la que te quise comprar el otro día —repuso Ana.

—En este vídeo, no.

—En el de *American Woman*, sí y en muchos otros también. Y vaqueros rotos. —Se miraron en silencio unos segundos hasta que Ana preguntó—: ¿También vas a ponerte rastas y un *piercing* en la nariz? ¿Y te vas a hacer algún tatuaje?

El cachondeo que Guille notó en la voz de su madre no le gustó nada.

—Mamá, si me gusta Lenny Kravitz, es por tu culpa, que te pasas el día oyendo su música y me lo has pegado.

—También oigo a Bon Jovi y no te he sorprendido imitándolos cuando deberías estar haciendo los deberes.

—¿Por qué has vuelto tan pronto? —quiso saber Guille—. Otros días tardas más.

Ana comenzó a quitarse la chaqueta.

—Por fin he conseguido que Bruno me entregue a Lucas de los primeros —explicó con alivio.

—Es que hoy no he perdido nada —añadió el aludido con una gran sonrisa y el bocadillo en la mano.

—Bueno, se acabó la charla —ordenó Ana. Miró a Guille de nuevo—. ¿Has hecho las tareas del insti?

—No —respondió su hijo.

Ana resopló meneando la cabeza.

—Vete a tu cuarto inmediatamente —le señaló con un dedo la dirección de su habitación como si el adolescente no conociera la casa— y ponte a hacerlos. Dentro de un rato te llevaré la merienda.

Guille no dijo nada y enfiló hacia su habitación.

—Mami, yo tengo que estudiar para un examen de Inglés que me han puesto para el lunes. ¿Me ayudas? —pidió Lucas.

—Sí, cielo. Termina rápido el bocata y me pongo contigo a estudiar.



Capítulo 9

El viernes las tres amigas estaban esperando a que sus hijos mayores salieran de judo en el patio del colegio. Por suerte, ese día la lluvia les había dado una tregua y podían estar fuera.

—Mañana iré a la peluquería —contó Raquel—. Voy a ponerme bótox en el pelo.

—¿Bótox en el pelo? ¿Eso no es lo que se ponen las famosas en los labios y en los pómulos? —preguntó Bea riéndose.

—Raquel, a ver si te estás confundiendo... —añadió Ana riéndose también.

—Que no, que es para darle volumen al cabello. Además, lo hidrata muchísimo —explicó su amiga.

—Bueno, ya veremos el resultado —comentó Bea.

En ese momento, Bruno salió al patio con la mochila al hombro y un casco de moto debajo del brazo. Llevaba un pantalón gris de algodón y una sudadera de un tono más oscuro.

El suspiro de Raquel no pasó desapercibido para sus amigas, que miraron en la misma dirección que ella.

—Por Dios, Raquel, contrólate —le pidió Bea.

—Te recuerdo que tiene novia —mencionó Ana.

—¿Tiene novia? —quiso saber Bea.

—Sí. Los vi el sábado en el centro comercial —respondió Ana, y pasó a explicarle su encuentro, cómo era la chica y que iban al cine.

—¡Qué decepción se va a llevar Naia cuando se lo cuente! Está superenamorado de él. Lo tiene idealizado. Pero mejor. Así se fijará

en los chicos de su edad en lugar de en los mayores. O, ya puestos, que no se fije en ninguno, porque lo que tiene que hacer es estudiar y dejarse de tonterías de novios —comentó Bea.

Bruno llegó hasta ellas y las saludó con cortesía.

—¿Esperando a Guille, Naia y Jairo? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

Raquel y Bea contestaron afirmativamente. Ana, sin embargo, desvió los ojos buscando a Lucas por el patio y no hizo caso de la pregunta de Bruno. Era como si con ella no fuera la cosa.

El maestro de judo centró su atención en ella. Repasó su cuerpo con una apreciativa mirada, cubierto ese día con un pantalón blanco ajustado y una camisa roja, más la chaqueta vaquera que llevaba, y le faltó poco para relamerse. El pelo recogido en una coleta dejaba observar su precioso rostro a placer.

—¿Vienes de entrenar ahora? —le preguntó Raquel, que se había percatado de la mirada de deseo de Bruno a su amiga.

—Sí —respondió Bruno mirándola—. Mañana tengo una competición.

—¡Anda! ¡Pues mucha suerte! —dijeron Raquel y Bea casi al mismo tiempo.

Ana continuaba ignorándolo. Prefería vigilar a Lucas, que jugaba con los gemelos Israel e Isaac, los hijos de Raquel, antes que prestar atención al profesor. Si lo hacía, se quedaría embobada mirándolo porque, aunque estuviera molesta con él por el hecho de tontear con otras teniendo novia, eso no era excusa para no reconocer que el joven era muy atractivo.

—¿Dónde es la competición? —se interesó Raquel.

—En Aranjuez —respondió Bruno. Desvió los ojos un momento para observar a Ana y después los volvió a centrar en la otra mamá, que continuaba hablándole.

—Supongo que tu novia irá a verte, así luego podréis celebrar la victoria.

Bruno frunció el ceño al escucharla. ¿Novia? Enseguida recordó que Ana lo había visto con Sheila el sábado pasado, y por la manera de comportarse de su amiga, Ana había sacado una conclusión equivocada. Justo lo que él no quería que sucediera. De ahí su discusión con Sheila.

Al parecer, Ana se lo había contado a las otras mamás.

Se propuso sacarla de su error.

—Me gustaría mucho que mi novia fuese a verme para animarme y luego celebrar la victoria con ella... si tuviera novia, pero no la tengo, así que... —Se encogió de hombros y sonrió a Raquel y a Bea con cara de niño desvalido.

Ana giró la cara para mirarlo cuando le oyó decir que no tenía pareja. Los ojos de ambos se encontraron. Se creó una conexión tan intensa que el aire a su alrededor pareció crepitar como cuando hay una descarga eléctrica.

—¿No tienes novia? —quiso corroborar Raquel.

—No.

—Entonces, nos han informado mal.

—Desde luego. Quien os haya ido con el chisme está mal informada. —Bruno continuaba mirando a Ana, sabiendo que había sido ella—. La chica con la que me vieron el sábado en el centro comercial solo es una amiga —explicó. En ese momento, comenzaron a salir los adolescentes de judo. Y Bruno tuvo una idea—. ¿Queréis venir mañana a verme competir? Si no tenéis ningún plan mejor, claro. Seguro que vuestros hijos se lo pasan bien y, con un poco de suerte, les pica el gusanillo de los campeonatos y demás.

—¿A qué hora es? —preguntó Raquel realmente interesada.

—Comienza a las nueve de la mañana.

—¡Vaya! Yo no puedo. Tengo cita en la peluquería a las nueve y media —se lamentó Raquel con verdadero fastidio.

—Yo tampoco puedo, Bruno. Tengo cosas que hacer —le contestó Bea.

Bruno se giró hacia Ana, que buscaba con la mirada a Guille.

—¿Y tú, Ana? ¿Te apetece venir o ya tienes planes? Seguro que a Guille y a Lucas les gusta.

Ana lo miró unos segundos. Después, desvió su atención por encima del hombro de Bruno.

—No puedo. Lo siento.

—¿Por qué no? —quiso saber Raquel—. Este fin de semana Guille y Bruno están con tu exmarido, pero tú puedes ir perfectamente. —Recalcó el ex para que a Bruno le quedase bien

claro que su amiga estaba disponible—. No tienes que trabajar. Me has comentado antes que con las correcciones vas bien, así que no veo por qué no puedes ir con Bruno para animarle. A Guille y a Lucas los puedes llevar en otra ocasión.

Ana fulminó con la mirada a su amiga cuando la escuchó.

—Tengo otras cosas que hacer —masculló entre dientes.

—Bueno, no pasa nada. Ya habrá más oportunidades, y espero que vengáis las tres con vuestros hijos —comentó Bruno dándose cuenta de lo incómoda que había hecho sentir Raquel a Ana.

Y él mismo también la había irritado, aunque no entendía por qué. Solo la había invitado a ver una competición de judo en la que él participaba. No era como si fuesen a tener una cita o algo por el estilo. Así que, para no molestar más a la mujer, se despidió de ellas y se marchó.

—Raquel, te has pasado —soltó Ana cuando Bruno estuvo a una distancia considerable.

—¿Por qué? Si yo fuera tú, habría aceptado sin dudarlo.

—Tiene novia y, además, es mucho más joven que yo —dijo refiriéndose a la edad del maestro—. Y no me gusta. No me atrae nada en absoluto. Sabes que no quiero tener nada con ningún hombre, ni joven ni mayor, en unos cuantos años o por el resto de mi vida.

Raquel se cuadró ante ella. Se puso las manos en las caderas y miró a Ana con seriedad.

—Punto uno: no tiene novia. Ya lo has oído. Solo es una amiga.

—Una amiga. Sí, claro. Así es como las llaman ahora —comentó Ana con sarcasmo—. De la manera en la que ella se frotaba contra él, entre esos dos hay algo sexual y sentimental. ¡Amiga! ¡Ja! ¡Y un cuerno!

—Punto dos —continuó Raquel ignorándola—: la edad no importa para darle una alegría al cuerpo. Punto tres: aunque tú lo niegues, sí que te gusta. Nos gusta a todas...

—Eso es cierto —apuntó Bea—. A mí también me gusta, aunque no lo demuestro como Raquel. Y puede que esa chica se restregara contra él como una gata en celo, pero ¿qué hacía Bruno? ¿Tú viste si le resultaba agradable ese contacto o no? ¿Si le sonreía?

Ana negó con la cabeza.

—La verdad es que él estaba serio y como cansado de la actitud de ella.

—¿Lo ves? —dijo Bea—. Apuesto lo que quieras a que, cuando se dirigió hacia vosotros librándose de la chica esa, empezó a sonreír.

—Pues... sí. Pero eso no significa nada. Bueno..., quiere decir que se alegró de ver a sus alumnos —comentó Ana.

—Y a ti. A sus alumnos y a ti también —apostilló Bea.

Ana frunció el ceño y fue a hablar, pero Raquel se le adelantó para continuar con su lista:

—Punto cuatro: eso de que no vas a volver a estar con ningún hombre el resto de tu vida habrá que verlo. Yo no digo que metas a alguien en tu casa. Para lavar calcetines y calzoncillos, que se vaya a la suya. En eso haces bien, que ya has aguantado bastante. Lo que tienes que hacer es darte un revolcón con Bruno, pasarlo bien y luego...

Los chavales mayores llegaron en ese momento donde sus madres. Las saludaron y comenzaron a andar hacia la salida del colegio seguidos por estas.

Raquel agarró a Ana y a Bea de los brazos para quedarse rezagadas.

—Y punto cinco: a Bruno le gustas. Si vieras la mirada que te ha echado... —comentó en voz baja—. Le ha faltado poco para tirarse sobre ti y comerte. Y las otras veces, igual. Siempre que te ve se le ponen ojos de depredador hambriento. Como si estuviera muerto de hambre y tú fueras la comida más deliciosa del mundo.

—Raquel, estás fatal. Deja de flipar, tía —soltó Ana molesta.

—¿Es verdad o no, Bea? ¿Tú te has fijado en cómo Bruno la mira o solo lo veo yo? —preguntó Raquel a su otra amiga.

—Es cierto. Yo también me he dado cuenta —corroboró Beatriz.

—Joder... Dejadme en paz las dos...

Ana mordió cada palabra. No le gustaba nada lo que sus amigas insinuaban. Se despidió con rapidez y, tras buscar a Lucas en el patio, salió con sus hijos del colegio como si este estuviera en llamas.

Llegó a su casa. Los chicos hicieron las maletas para pasar el fin de semana con su padre y, a la hora acordada, bajaron a la calle

con sus pertenencias.

Damián los esperaba ya en el coche. Al verlos, salió de él y saludó afectuosamente a sus hijos. A Ana le dedicó una sonrisa desde la distancia.

—Lucas debe estudiar inglés porque tiene un examen el lunes — informó a su exmarido.

—De acuerdo —respondió este antes de meterse en el coche.

Cuando se marcharon, ella se quedó un rato mirando la calle, pero sin ver nada en realidad. Sus pensamientos estaban lejos de allí.

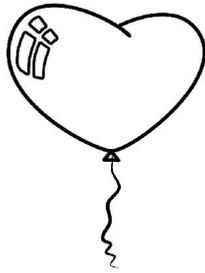
¿Sería cierto que Bruno no tenía novia? ¿Que esa chica solo era una amiga? Pero, por la forma en la que ella se restregaba contra él, cual gata en celo, nadie lo diría. ¿O era que la jovencita intentaba ligar con Bruno y para lograr su meta utilizaba todas sus armas? ¿Había juzgado mal la situación? Era lógico. Después del desengaño que tuvo en el pasado con su exmarido, ahora veía infieles por todos lados.

Repasó mentalmente la escena. La chica morena tenía interés en Bruno, de eso no había dudas. Pero él parecía no querer darse por enterado. Diría incluso que parecía molesto con la actitud de su... amiga. Entonces, ¿qué hacía con ella? ¿Para qué iba a ir al cine con esa chica si, a todas luces y habiendo comprado la entrada en la última fila, sabía cómo acabaría la historia? Con ella en su regazo, metiéndole la lengua hasta la campanilla, por supuesto. ¿Y él? ¿Qué habría hecho él en esa situación? ¿La habría rechazado o se habría entregado a los placeres carnales con los que ella lo estaba tentando?

Comenzó a dolerle la cabeza.

Se dijo que debía dejar de pensar en Bruno. Total, ¿a ella qué le importaba su vida íntima? No es que tuviera interés en liarse con él ni nada por el estilo, así que lo que el profesor hiciera con su vida le traía sin cuidado.

¿O no?



Capítulo 10

Bruno tenía los dedos bloqueados en torno al *judogi* de su oponente, agarrándolo con firmeza, cuando sintió un agudo dolor en el empeine del pie y en el tobillo al hacer una llave a su contrincante con el fin de derribarlo. Sin embargo, continuó luchando con él. En el combate anterior se había dislocado las articulaciones interfalángicas de los dedos de la mano, concretamente el índice, el corazón y el anular. Ahora, el tobillo. «Genial», pensó con sarcasmo.

Dolía. Mucho. Pero debía salir vencedor. Tenía que conseguir que su oponente, que se resistía con fuerza para no ser derribado, tocara con la espalda el suelo. Eso significaría que el otro perdía el combate, y él resultaría ganador.

Debía lograrlo.

Por el bien del equipo, de su equipo.

Sus otros compañeros habían hecho un buen papel ganando todas las luchas. Él no podía defraudarlos.

Así que, apretando los dientes, aguantó el dolor e hizo una técnica con la que lanzó por encima de su espalda a su contrincante. Consiguió tumbarlo en el suelo, con el reverso del cuerpo pegado al tatami, y resistió el tiempo reglamentario, respirando profusamente hasta que el árbitro dio el visto bueno.

¡Lo había logrado! ¡Era el vencedor del combate!

Bruno dejó de placar al otro luchador y se alzó del suelo. Hizo el saludo oportuno de respeto hacia su oponente, salió del tatami y chocó las palmas con su entrenador; abrazó a su hermano —que

ese día había dejado de estudiar por unas horas para acompañarlo — y el resto del equipo lo felicitó.

Su madre y su segundo marido, que también habían ido a verlo, bajaron de las gradas donde habían estado sentados y se acercaron para darle la enhorabuena por ser el ganador.

El fisioterapeuta corrió a su encuentro enseguida para examinarle el pie. Por el gesto de dolor que había hecho Bruno, ya sabía él que algo había sucedido en esa articulación y, además, al salir del tatami había comprobado que cojeaba levemente. Así que se puso manos a la obra y examinó la extremidad inferior.

—Tienes un esguince —informó el fisio.

—Bueno —Bruno se encogió de hombros—, otro más. También me duele el empeine. Seguro que tengo una fisura en el hueso.

No le preocupaba. Eran lesiones habituales en la práctica de judo, igual que las dislocaciones interfalángicas y muchas otras más.

—Ya sabes —comentó el fisio—: hielo, reposo y antiinflamatorios.

—Sí, mamá —respondió con burla.

Estaba eufórico. Había hecho un buen trabajo.

Durante toda la competición había estado concentrado, con sus pensamientos puestos únicamente en la lucha. Pero en ese momento se permitió relajarse y desconectar. Ojalá Ana estuviera allí viéndolo, compartiendo con él la alegría del triunfo. Se recreó imaginando cómo daría rienda suelta a toda la adrenalina y tensión acumuladas si tuviese un encuentro de alto voltaje con ella. Acabarían ardiendo los dos. De eso estaba seguro.

...

Después de trabajar hasta la hora de comer, Ana decidió ir al cine. No le gustaba acudir sola pues la gente se la quedaba mirando como si supieran cuál era realmente su triste vida. Veía a otras parejas haciéndose arrumacos y echaba de menos tener a un hombre —a Damián ya no, a cualquier otro hombre— que le hiciese sentir especial, que le dedicase caricias y besos y... algo más. Echaba de menos el sexo, sí. Y aunque tenía un vibrador que se había comprado hacía varios meses, no era lo mismo que hacer el

amor con un hombre. Pero, por el momento, renegaba de ellos. La herida de su corazón había cicatrizado; sin embargo, todavía estaba tierna.

Así que, cada vez que asistía al cine sola y tenía que soportar las miradas de pena que le dedicaban las otras mujeres, hacía de tripas corazón, levantaba la cabeza con orgullo y se recordaba eso de «mejor sola que mal acompañada».

La película que vio —una comedia española— le gustó bastante. Se rio, que era lo que más necesitaba en ese momento, y cuando salió del cine una sonrisa surcaba su rostro. Paseó hasta su casa y, una vez allí, se tumbó en el sofá con el mando de la televisión en la mano. Estaba haciendo *zapping* cuando, en un canal, apareció una competición de judo. Se puso derecha en el sofá, sentándose correctamente, y la empezó a ver acordándose de Bruno. ¿Sería ese el torneo al que había ido esa mañana? Prestó más atención a lo que decía el comentarista.

El locutor del canal Deportes 24 horas informaba de que la competición había tenido lugar esa mañana en Aranjuez. Sí, era la de Bruno. Con avidez, recorrió a la gente que se veía al fondo, en las gradas, para localizar al judoca que a ella le interesaba.

No lo vio.

La desilusión hizo mella en ella y se dio de tortas mentalmente por buscar al maestro de judo como una jovencita enamorada.

Molesta consigo misma, apagó la televisión justo cuando el periodista deportivo hacía un repaso de los ganadores.

Sacudió la cabeza a los lados diciéndose que era tonta. No debía pensar en el profesor de sus hijos. Le sacaba trece años. Demasiado joven para ella.

Pero el chico estaba muy bien físicamente y no podía borrar de su memoria ninguna parte de su cara ni de su cuerpo. El pelo moreno ensortijado, la barba que le recubría el mentón, los ojos oscuros como la noche, los labios que incitaban a cualquier mujer a que los besara... Su altura, su fortaleza física, esos brazos y ese torso musculado que se adivinaba bajo la camiseta... Sería un buen colchón sobre el que dormir.

Se rindió ante la evidencia: a ella también le gustaba. Bruno le atraía mucho, pero no lo reconocería en voz alta ni loca. Si Raquel

llegaba a enterarse de esto, estaría dándole la lata hasta el día del Juicio Final.

...

—¿Qué tal el fin de semana con papá, chicos? —preguntó Ana el lunes, montando en el coche, después de los abrazos y los besos de saludo. Bueno, a Guille no lo besó ni lo abrazó. Él no quería que su madre hiciera eso en la puerta del colegio, así que esperaba a llegar a casa. Pero a su hijo pequeño lo achuchó a base de bien antes de subir al vehículo.

—Bien —respondió Lucas.

—De eso nada —lo corrigió Guille.

—¿Ha pasado algo malo? —quiso saber, preocupada por sus hijos.

Miró por el rabillo del ojo a Guille, sentado en el asiento del copiloto del coche, y después observó por el espejo retrovisor a Lucas, en la parte trasera. Ese día habían cancelado la extraescolar de ajedrez del pequeño porque el profesor estaba enfermo, así que Ana los había recogido a los dos al mismo tiempo.

—Lo de siempre —contestó Guille enfadado—. Papá y su novia se pasan el día peleándose, y lo hacen a gritos, como si estuvieran sordos los dos. No me gusta estar allí cuando empiezan a discutir. —El adolescente se quedó un momento en silencio. Después, preguntó—: ¿No podemos veniros a casa contigo cuando ellos se ponen así?

—No, cariño. Es vuestro padre y tiene derecho a pasar tiempo con vosotros, y vosotros, con él. Así lo decidió el juez. —A Ana le dolió en el alma tener que darle esa respuesta a su hijo, pero así eran las cosas—. ¿Ella os trata bien? —preguntó refiriéndose a Noelia.

—Bueno, casi no nos habla. Papá es quien se ocupa de nosotros. Ella no hace nada, no dice nada. Se comporta como si nosotros no estuviéramos en la casa, ¿verdad, Lucas?

—Sí, mami, es cierto.

Ana respiró aliviada. Al menos la novia de su exmarido no les hacía nada malo a sus hijos.

—Pero siempre están con el mismo tema —continuó Guille—. Desde que perdieron al bebé, no paran de discutir sobre ello. Noelia le echa la culpa de todo a papá, y él se defiende diciéndole que son cosas que pasan, que no se altere tanto, que tendrán otro bebé... Pero ella dice que no. Dice que lo va a dejar y se va a buscar a otro hombre. Y papá le contesta que haga lo que le dé la gana, que está harto de ella y de sus continuos lloriqueos, que es una niña malcriada, inmadura, etcétera.

Ana recordó cuando su ex le contó que su novia y él habían perdido el bebé que esperaban. Noelia estaba embarazada de ocho meses y un día dejó de sentir que el niño se movía dentro de su tripa. Asustada, llamó a Damián, y juntos fueron a urgencias. Allí les dieron la fatal noticia: el feto no tenía latido. Tuvieron que provocarle el parto para poder sacárselo.

A Ana le dio mucha pena cuando Damián se lo contó. Ese niño no tenía la culpa de nada, no merecía morir en el vientre de su madre, pero por otro lado se alegró de su desgracia. Era una pequeña revancha que la vida le daba, se vengó de su infidelidad por ella.

A estas alturas, con el paso de los meses, Ana creyó que la pareja habría superado aquel mal trago. Al parecer, no era así. O, por lo menos, Noelia no lo había superado.

—Pero ¿discuten delante de vosotros? —quiso saber Ana.

—No. Cuando empiezan a pelearse, Lucas y yo nos encerramos en nuestra habitación para no oírlos. Aunque siempre los escuchamos porque gritan mucho. Seguro que los oyen en todo el edificio —contó Guille.

—Bueno, cariño, es normal que las parejas discutan de vez en cuando...

—Ya, mamá, pero, cuando lo hacíais papá y tú en nuestra casa, no os gritabais como locos. Siempre os ibais a vuestra habitación para hablar y nosotros no nos enterábamos de nada de vuestra conversación. Con Noelia es distinto. A esa mujer se le va la olla —aseguró su hijo mayor.

—Ha perdido un bebé, cielo, y está rota de dolor. Ten paciencia con ella. Lo superará —le pidió Ana rompiendo una lanza en favor de la chica. Para cambiar de tema, pues no quería ahondar en el

mismo porque no les iba a servir de nada ni a ella ni a sus hijos, preguntó—: ¿Qué tal el examen de Inglés, Lucas?

—Muy bien, mami. Seguro que saco un diez —contestó el niño contento.

—Yo lo he ayudado a estudiar este fin de semana —dijo Guille—. Así que, si saca un diez, también será gracias a mí. ¿Me dejas que coja hoy la Play o la *tablet*, mamá? —Ana negó con la cabeza—. Venga, por favor, que he ayudado a Lucas a estudiar este finde. Me merezco un premio —rogó Guille.

—Sabes de sobra que la Play y la *tablet* solo se cogen el sábado y el domingo después de haber terminado los deberes —le recordó Ana a su hijo mayor.

—Pues papá nos la deja también el viernes cuando llegamos y los lunes por las mañanas mientras estamos desayunando —contó Lucas.

A Ana aquello no le gustó, pero debía asumir que lo que hiciera su ex con los niños durante el tiempo que estaban con él era asunto de Damián, y ella no podía meterse, igual que él no se metía en lo que Ana hacía o dejaba de hacer con sus hijos cuando estaban con ella.

—Bueno, pues mientras estéis conmigo, la Play y la *tablet* solo se cogerán el sábado y el domingo —repitió sin dar su brazo a torcer.

—Jooo —se quejó Guille. Lucas no dijo nada.

—Ni jo ni ja —sentenció Ana zanjando el tema.

...

—Cómo se nota que ya estamos a finales de octubre —comentó Raquel el martes esperando a que los niños salieran de judo—. Cada día que pasa hace más frío. ¿Por qué no vamos dentro y esperamos a los niños en el pasillo como hacemos cuando llueve?

—Está bien —respondió Ana.

Mientras se adentraban en las instalaciones del colegio, Ana le comentó a su amiga que le habían dejado un pelo estupendo en la peluquería.

—Es por el bótox, que te lo hidrata muchísimo y le da más cuerpo al cabello —contestó Raquel, aunque ya se lo había contado cuando

le dijo que se iba a hacer ese tratamiento capilar.

Llegaron a la sala de judo y vieron que varios alumnos ya estaban fuera de ella esperando a que terminasen los demás.

—Lucas ha vuelto a perder un calcetín —le dijo un niño a Ana nada más verla—. Bruno lo está ayudando a buscarlo.

—¿Otra vez? —Y para sus adentros soltó un «Joder».

Se giró hacia Raquel y le dijo que iba a ver lo que sucedía.

Cuando Ana asomó la cabeza por la puerta del *dojo*, lo que vio la dejó sin respiración. El corazón comenzó a latirle como si fuera el de un caballo de carreras desbocado y la garganta se le reseco.

Bruno estaba de espaldas quitándose la chaqueta del *judogi* para cambiársela por una camiseta.

Tenía una espalda ancha y fuerte en la que se marcaban todos los músculos conforme los movía para ponerse la otra prenda.

Ana sintió cómo sus venas se incendiaban y un calor exquisito se apoderaba de su bajo vientre.

Bruno, ajeno a la presencia de Ana, le decía a Lucas que mirase en un rincón de la sala por si el calcetín estuviera allí.

Cuando terminó de ponerse la camiseta roja, ella gimió de frustración, y fue entonces cuando Bruno se dio cuenta de que había alguien más con ellos. Se volvió y se encontró con los ojos encendidos por el deseo de Ana. La sonrió, pero ella no correspondió a este gesto. Su mirada continuaba anclada a la piel de Bruno, aunque ahora no pudiese verla. Ana tardó unos segundos en percatarse de que el profesor le había dicho «Hola» y reaccionó. Tarde, pero lo hizo.

—Ho-Hola —respondió con voz temblorosa y el pulso acelerado.

Mierda. Ya estaba otra vez tartamudeando.

Bruno se acercó a ella caminando con tranquilidad, con lentitud, como un jaguar que acecha a su presa antes de saltar sobre ella. Ana se sintió como un refresco al que habían agitado antes de abrirlo: a punto de explotar por el fuego que ese hombre desataba en su interior.

—Lucas ha perdido un calcetín —explicó.

El niño, al oír su nombre, se giró hacia la puerta.

—Hola, mamá. Enseguida lo encuentro y nos vamos.

—Va-vale.

Ana seguía petrificada, incapaz de marcharse de allí.

La visión del cuerpo semidesnudo de Bruno pasaba una y otra vez por su cabeza.

Su espalda, sus brazos, su cintura...

Su piel.

Parpadeó para salir de su atontamiento y entonces reparó en que Bruno tenía vendados algunos dedos de la mano y otro vendaje en el pie.

—¿Qué-qué te ha pasado? —le preguntó al maestro, indicando sus apósitos.

—¿Esto? No es nada. Lesiones típicas de este deporte. Un esguince en el tobillo, con una fisura en el empeine, y en los dedos de la mano, algunas dislocaciones interfalángicas. Pero no te preocupes: con dos o tres semanas de reposo asunto arreglado.

Ana tragó saliva e inspiró hondo para evitar tartamudear.

—¿Y-y qué haces aquí en lugar de estar haciendo el reposo?

Mierda. No había funcionado y había vuelto a balbucear.

—Esto es algo sin importancia. Puedo continuar con las clases de Educación Física y entrenando a los chiquillos en judo perfectamente.

—¿Se-seguro? —preguntó ella arqueando una ceja, escéptica.

Bruno sonrió.

—Seguro. Solo tengo que bajar el ritmo para que no me duela. No te preocupes, de verdad.

Permanecieron en silencio los dos, sin apartar los ojos el uno del otro.

—¿Fue-fue en la competición del sábado?

—Sí. Lo de los dedos me lo hice en el segundo combate, pero me los vendaron y pude continuar. Lo del tobillo fue en el último.

—¿Y tuviste que retirarte? —Ana casi dio un salto de alegría al ver que esa vez no había tartamudeado.

—No. Continué luchando y, al final, lo gané —contestó Bruno orgulloso de su logro y también de tener la atención de Ana puesta en él por completo.

—Vaya. Enhorabuena. —Ella le sonrió, y para el profesor fue como si el sol acabase de salir—. Pero eres un inconsciente. ¿Cómo se te ocurre seguir luchando con las lesiones que tenías?

—Porque ya estoy acostumbrado y soporto muy bien el dolor. Además, no podía defraudar a mis compañeros, a mi entrenador y a mi madre y su marido, que estaban allí viéndome.

Lucas se acercó a ellos. Había encontrado el calcetín y ya se lo había puesto, junto con la zapatilla.

—Pero podían haber empeorado. ¿No te das cuenta? —lo riñó Ana.

Bruno se arrimó un poco más hasta casi rozar el brazo de ella con el suyo.

Los dos sintieron la corriente eléctrica que se creó entre ellos sin apenas tocarse y que los sumió en una particular burbuja que los aislaba del mundo.

—Me conmueve tu preocupación por mí —susurró el maestro inclinándose sobre su oreja.

Al sentir el aliento de Bruno, la piel de Ana se erizó y un estremecimiento la recorrió entera.

—Pero ya te he dicho que no debes preocuparte. Llevo muchos años en esto y sé cuándo debo parar y cuándo no.

Ana notaba su corazón bombeando frenético, a punto de romperle la caja torácica. ¿Oiría Bruno desde su posición tan cercana los alocados latidos de este órgano vital?

Quiso echarse hacia atrás un poco, buscando distanciarse de su cuerpo, pero nada en él le respondía. Era como si se hubiese creado un campo magnético entre ellos. Como un imán que atrae al otro y no le deja escapar.

Intentó tragar saliva..., pero tenía la garganta reseca por la excitación y no pudo.

Lucas rompió el instante mágico.

—Ya estoy listo, mamá —dijo agarrándose de su mano.

Aquello era lo que Ana necesitaba para reaccionar.

—Bien. Vámonos.

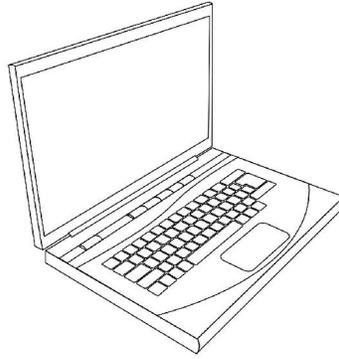
—Pero ¿y mi judo-punto? —preguntó el niño mientras ella lo arrastraba fuera de la sala.

—Ya te lo dará Bruno el jueves —contestó pasando junto a Raquel sin despedirse, buscando el aire que le faltaba.

Bruno la observó marcharse con una sonrisa en los labios, contento por lo que había sucedido entre ellos. Al menos, ese día no

había reñido al niño. Y es que Lucas no se merecía que su madre lo regañara por extraviar un calcetín o el reloj. La culpa la tenía él y solo él, que le escondía las cosas al pequeño para ganar unos minutos de tiempo y poder hablar con ella.

Sin dejar de sonreír, agarró la bolsa donde guardaba los judo-puntos y salió al pasillo. Los alumnos ya estaban colocados en la fila, esperando a que el profesor les diera su premio y les indicara que podían irse con sus madres.



Capítulo 11

—Tía, ¿qué te pasó el martes, que saliste escopetada de la sala de judo? —quiso saber Raquel el jueves cuando vio a Ana.

—¿A mí? Nada. Tenía prisa.

Raquel se la quedó mirando sin creerse sus palabras.

—Bueno, vale —soltó Ana—. Vi a Bruno sin camiseta al entrar y...

—¿Lo has visto desnudo? —la interrumpió su amiga—. ¡Cuéntamelo! ¿Está tan bueno como parece con la ropa o es aún mejor?

Ana comenzó a reírse nerviosa.

—No lo he visto desnudo. Solo lo vi de cintura para arriba y por la espalda —aclaró.

—¡Qué suerte tienes, capulla! Me podías haber avisado para que yo lo viera también.

—¿Y que no puedas dormir en dos o tres meses? Ni de coña —se burló Ana—. Además, estarías dándonos la lata a Bea y a mí los próximos quinientos años, y eso es algo que debo evitar.

—Petarda —respondió su amiga haciendo una mueca.

—Ains, qué cosas más bonitas me dices, por Dios.

—¿Y cómo es? —preguntó Raquel de nuevo, refiriéndose a la espalda del yogurín.

—Pues... fuerte, y se le marcan todos los músculos.

—Joder, tía, la próxima vez, avisa —la riñó su amiga.

—¡Oye! ¡Que yo no sabía lo que me iba a encontrar! —se defendió ella.

—¿A que ahora ya te gusta más?

Ana se quedó callada. No quería admitir que el profesor de judo le atraía muchísimo ni que, desde que lo vio el martes, no se lo había quitado de la cabeza ni un minuto.

Raquel le dio un codazo.

—Venga, admítelo.

Ana resopló.

—Está bien. Reconozco que el chico está muy bueno, pero también es demasiado joven para mí, para nosotras —añadió corrigiéndose—. Por lo que no me atrae. Nunca tendría un lío con él.

Las puertas de la sala de judo se abrieron y los críos empezaron a salir al pasillo, colocándose en fila a la espera de que el maestro les diera su premio.

Ana vio que salían los gemelos de Raquel, pero Lucas no estaba con ellos.

«Joder, qué coño habrá pasado esta vez. Voy a tener que llevar al niño al médico y que le miren si está perdiendo memoria o tiene déficit de atención, porque esto de que extravíe tan a menudo las cosas no es normal. Él nunca ha sido tan despistado», pensó Ana.

—Lucas no está con los demás. Voy a ver qué sucede —informó Ana a Raquel.

—Espera. Voy contigo. No vaya a ser que te encuentres otra vez a Bruno en paños menores y yo me lo pierda —dijo su amiga echando a andar a su lado.

Ana puso los ojos en blanco y meneó la cabeza al tiempo que una sonrisa se extendía por su cara.

...

Lucas sollozaba sobre el amplio pecho de Bruno mientras este lo abrazaba, consolándolo.

—¿Has mirado bien por todos lados? —preguntó el profesor sintiéndose miserable por hacerle pasar al niño por ese berrinche.

—Sí, y no la he encontrado. Mamá me va a reñir, me castigará.

—Tranquilo. Hablaré con ella para que no te regañe ni te castigue —prometió Bruno.

Lo estrechó todavía más contra su pecho y le acarició el pelo y la espalda, tratando de calmarlo.

Tenía que cambiar de táctica porque le dolía en el alma ver a su alumno llorar de esa manera, pero era la única forma, de momento, que se le ocurría para hablar con Ana unos minutos.

—¡Lucas! ¿Qué te ha pasado? —Oyeron que Ana preguntaba desde la puerta.

El pequeño se distanció un poco de Bruno. Miró a su madre y después, al maestro. Su profesor se puso entonces en pie y se dirigió hacia Ana.

—Ha perdido la mochila —indicó mirando alternativamente a esta y a su amiga, la madre de los gemelos—. Pero no lo riñas, por favor. Voy a dar los judo-puntos, y cuando acabe, seguiremos buscándola.

Ana se acercó a su hijo y se puso en cuclillas para abrazarlo.

—¿Cómo es posible, Lucas? La mochila entera... —murmuró, dándole un beso en la frente—. Menos mal que la cabeza la llevas pegada al cuerpo porque si no, la perderías también. Pero ¿qué te pasa últimamente, hijo? Tú no eres así.

Mientras ella hablaba con su niño, Bruno salió al pasillo. Se sentía mezquino, ruin, despreciable, por lo que le estaba haciendo al pobre Lucas. Tenía que inventarse otra excusa para retener a Ana y poder charlar con ella, porque lo que le estaba haciendo al niño era muy canalla.

—¿Quieres que me quede y os ayudo a buscar la mochila? —preguntó Raquel en ese momento.

—No, tranquila. Márchate.

—Bien, pues... mucha suerte —se despidió su amiga.

Lucas seguía abrazado al pecho de su madre.

—Mamá, por favor, no me castigues. Te prometo que a partir de ahora tendré más cuidado con mis cosas, pero, por favor, no me quites la Play, la *Tablet*, los Lego ni el balón que me trajeron los Reyes. Por favor, por favor... —suplicó el niño con los ojos anegados en lágrimas.

A Ana se le partió el corazón al ver a su hijo tan desconsolado.

—Tranquilo, mi vida. No te voy a castigar, pero debes poner más atención en dónde dejas tus cosas —susurró ella, limpiándole las lágrimas con los dedos a su hijo.

—Si yo sé dónde las dejas. La mochila estaba ahí, colgada en la percha. Y, de repente, ha desaparecido.

—¿Es posible que algún compañero te la haya quitado y la haya escondido para hacerte una broma?

—No lo sé —contestó Lucas encogiéndose de hombros.

En ese momento, Bruno regresó al *dojo*.

—Bien. Ya estoy aquí. Vamos a buscar la mochila de nuestro pequeño guerrero samurái.

Los tres comenzaron a recorrer toda la sala de judo. Miraron debajo de unas colchonetas que había en un rincón, buscaron dentro del armario donde se guardaba el material de Educación Física y, por fin, Bruno la encontró en el fondo del cajón de objetos perdidos.

—¡Aquí está! —exclamó victorioso alzando la mochila.

La sonrisa iluminó la cara de Lucas, que corrió a recuperar sus cosas.

—¡Gracias, maestro!

—De nada, campeón. ¿Ves? No podía andar muy lejos. Ya lo sabía yo.

El niño le dio un abrazo enorme al profesor y, cogiendo la mochila, sacó su ropa del interior para cambiarse allí mismo, sobre el tatami.

—Menos mal... —suspiró Ana.

—Sí, menos mal. —Bruno repasó su cuerpo con la mirada—. De todas formas, siempre se puede comprar una mochila nueva, ¿no? No habría sido una pérdida tan grande ni un problema que no pudiera solucionarse. Hay cosas peores en esta vida. A veces nos preocupamos por algo tan insignificante...

Dejó la frase en el aire mientras se desataba el cinturón negro de su *judogi*. Esa tarde no se había cambiado y puesto la camiseta como hacía siempre porque no entraba en su plan. Después de comprobar la mirada de deseo que Ana le había lanzado el martes, se dijo que ese jueves iba a mostrarle más carne y músculos a la mujer con el fin de hacerla babear por él.

Así que, frente a ella, se abrió el kimono y deslizó por los brazos la chaqueta con deliberada lentitud. Ana se quedó embelesada admirando la hermosa piel que Bruno iba descubriendo. Un hormigueo incitante se apoderó de ella y comenzó a fantasear con la idea de que el joven se desenvolvía para ella igual que si fuera un regalo de Navidad. Su mente la bombardeó con lujuriosas imágenes del chico y ella juntos, en una cama, haciendo el amor.

Intentó tragar saliva, pero la garganta se le había reseca, y notó cómo un fuego interno amenazaba con consumirla.

Debía dejar de mirar de esa forma al maestro de judo, lo sabía, pero era incapaz de hacerlo. Parecía que sus ojos se habían pegado a la piel del chico, a los músculos que se contraían y expandían con cada movimiento.

Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba con los labios entreabiertos, contemplándolo con cara de boba. Pero no podía evitar perderse en las curvas peligrosas de su torso, de sus bíceps, de sus abdominales, de sus oblicuos... En ese amplio pecho recubierto de vello que descendía en una fina línea hasta perderse en el interior del pantalón de judo.

Bruno era un ejemplar masculino fascinante, bello y sexi.

Él disfrutó cada segundo que duró la mirada que Ana le dedicó. Jamás en toda su vida se había sentido tan deseado. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no cogerla en brazos, tumbarla sobre el tatami para acariciarla y besarla hasta dejarla sin sentido. Intuía que bajo la ropa de Ana hallaría curvas sensuales y una exuberante piel que le volvería loco. Con sus ojos, ella estaba encendiendo chispas en todas sus terminaciones nerviosas, atizando brasas en lo más profundo de su entrepierna. Aquello era una trampa sensual de la que no tenía ningunas ganas de escapar, pero que, finalmente, debía cortar por el bien de los dos.

Se dio la vuelta para dejar la chaqueta del kimono y coger la camiseta, mostrándole a Ana la parte trasera de su formidable cuerpo.

Al moverse, ella recuperó un poco de su cordura y se dio cuenta de cómo lo había mirado. De cómo se habían mirado, porque él no se había quedado corto. Los ojos de Bruno habían traspasado su

piel, haciéndola arder, alterando todas sus neuronas. Reduciendo a cenizas cualquier pensamiento coherente.

Ana supo que estaba perdida. Si Bruno le había hecho sentir infinidad de cosas sin tocarla, solo con la visión y la cercanía de su cuerpo, con los ojos encendidos con los que la miraba a ella, no quería ni pensar si algún día llegaba a algo con el joven. Ardería en un fuego más caliente que el de las calderas del infierno.

—Cre-Creo que esperaré fuera —musitó—. Lucas, no-no tardes.

—No, mami —respondió el niño, ajeno a las miradas entre su madre y su maestro.

Ana se dio la vuelta, respirando agitadamente, buscando el oxígeno que sus pulmones reclamaban con impaciencia. Justo antes de atravesar la puerta para salir al pasillo, escuchó la voz de Bruno:

—Hasta el martes, Ana. Que pases un buen fin de semana.

Creyó notar un leve ronroneo y satisfacción en su tono de voz, pero se dijo que lo más seguro es que fueran imaginaciones suyas.

—¡Igualmente, Bru-Bruno —contestó sin volverse a mirarlo.

Cuando salió al pasillo, consiguió llegar a duras penas a la pared de enfrente y se apoyó en ella. Notaba las piernas como si fueran de gelatina y el pulso frenético en sus sienes. Inspiró profundamente y expiró para calmarse, pero de nada sirvió. Durante unos minutos permaneció allí, recostada contra el muro, intentando ralentizar los acelerados latidos de su corazón.

«No voy a olvidar el cuerpo de Bruno mientras viva. Estoy segura» pensó.

Rememoró una y otra vez cómo él se había quitado la chaqueta, deslizándola lentamente por los brazos, descubriendo sus pectorales y su abdomen, y la temperatura de su cuerpo aumentó hasta casi provocarle fiebre.

Se dio cuenta, recordando la escena, de que Bruno había estado sonriendo todo el tiempo con los ojos clavados en ella, mirándola con intensidad. Daba la sensación de que disfrutaba viendo su reacción al mostrarle su cuerpo medio desnudo.

¡Lo había hecho a propósito!

A punto estuvo de darse una palmada en la frente cuando se dio cuenta de ello.

«¿Será cabrón el yogurín de los cojones? Me quiere calentar. Pero ¿por qué?» se dijo Ana a sí misma enfurruñándose.

De nuevo los comentarios de sus amigas sobre que él no le quitaba el ojo de encima, que la miraba con hambre y deseo, como un depredador que está esperando el momento óptimo para abalanzarse sobre su presa y comérsela, volvieron a su mente.

Estaba en peligro. ¡Dios mío!

Pero ¿no se daba cuenta Bruno de la diferencia de edad que había entre ellos? ¿Cómo era posible que él coqueteara con una mujer que le sacaba trece años? ¡Ese chico estaba loco! ¿Y ella qué? Ella era una vieja verde por desearlo.

Lucas apareció en ese momento con la mochila sobre los hombros.

—Ya estoy, mami.

Ana se olvidó por completo de sus pensamientos y centró toda la atención en su hijo.

—Muy bien, cariño. Vámonos —dijo agarrándolo de una mano.

Bruno salió también del *dojo* en ese momento.

Y todas las sensaciones que le había provocado el maestro volvieron a ella con fuerza.

«Mierda», gimió Ana interiormente.

—Si esperáis a que devuelva la llave de la sala a Ángel, os acompaño hasta la salida —comentó él.

—No, gracias, Bruno. Conocemos el camino perfectamente —respondió Ana rápido, felicitándose por no haber tartamudeado.

Antes de que el joven pudiese reaccionar, arrastró a su hijo por el pasillo hasta el patio.

Bruno la vio salir como alma que lleva el diablo. Parecía molesta. ¿Estaría enfadada por la pérdida de la mochila o porque él se había desnudado delante de ella? Reconoció que se había extralimitado con las dos cosas, pero, sobre todo, con quitarse la chaqueta del kimono en su presencia. De la forma en la que lo había hecho, no podía quedarle a Ana ninguna duda de que estaba interesado en ella. Y ella lo deseaba, de eso estaba seguro. Aún podía sentir sus ojos recorriendo cada centímetro de su torso como lenguas de fuego que le lamían la piel.



Capítulo 12

Ana no había pegado ojo en toda la noche. Cada vez que sus párpados se cerraban, imágenes del cuerpo de Bruno, de su sonrisa y de sus ojos, bombardeaban su mente.

Estaba fatal. ¿Cómo era posible que se sintiese atraída por alguien tan joven? No podía ser. Definitivamente, no.

Pero el caso es que ella no se veía tan mayor en comparación con él. Al menos, en el aspecto físico.

¡Ay, Dios! Ya estaba buscando excusas para no sentirse tan mal por pensar en el yogurín.

Lo mejor sería dejar de verlo una temporada, a ver si así se calmaban las cosas. Ella se olvidaba de él y él también de ella.

Pero ¿cómo iba a hacer algo así? Tenía que recoger a Lucas en judo sí o sí. El niño era todavía pequeño para ir a casa solo, además de que vivían a una distancia considerable del colegio. Un adulto podía perfectamente ir de casa al colegio paseando, pero, para un niño de la edad de Lucas, significaba bastante. Llegaría a casa reventado de tanto caminar, de la actividad física que le suponía el judo, de estar todo el día en el colegio... Y, además, ella no se quedaría tranquila sabiendo que su hijo andaba solo por la calle. Le podía pasar cualquier cosa.

Por esta misma razón tampoco dejaba que Guille fuese solo, aunque sabía que muchos de sus compañeros lo hacían. Quizá cuando Guille fuese más mayor, dentro de dos o tres años, lo dejaría, pero hoy por hoy, no. De ninguna manera. Y con Lucas, igual.

Así que, ¿cómo dejar de ver al profesor de judo cuando fuese a buscar a Lucas?

...

El viernes, cuando Bruno salió de entrenar, buscó a Ana por el patio del colegio. Sabía que a esa hora coincidía con ella porque Guille terminaba en judo.

Había estado entrenando a un ritmo más bajo del habitual para no resentirse demasiado del esguince en el tobillo y la fisura en el empeine. Cuando llegase a su casa, tendría que hacer el reposo que le había recomendado el fisioterapeuta. Tenía pensado pasar todo el fin de semana así, con el pie en alto, descansando, para el martes estar mucho mejor. El lunes era la festividad de Todos los Santos, por lo que no habría clases en el colegio y aprovecharía para recuperarse.

Se acercó a las otras mamás, a sus amigas, que estaban esperando la salida de los chicos mayores y las saludó:

—Hola, ¿qué tal? ¿Esperando a vuestros hijos?

—Hola, Bruno. Pues sí, aquí nos tienes, como todos los viernes —respondió Raquel.

Se dio cuenta de que el maestro recorría con la mirada el patio buscando a alguien, y supo de quién se trataba.

—Aunque hoy falta Ana. No se encontraba bien y me ha pedido que recoja a Guille y lo lleve a su casa —informó al joven.

Bruno asintió con un movimiento de cabeza.

—Bueno, pues que paséis un buen fin de semana —se despidió de Raquel y Bea y se marchó.

De camino al coche pensaba en qué sería lo que le pasaba a Ana. ¿Estaría enferma? Podía habérselo preguntado a sus amigas, pero no quiso parecer demasiado interesado en ella. Así evitaría rumores y chismes.

...

La semana siguiente Ana no fue a buscar ningún día a sus hijos a la salida de judo. Ni el martes ni el jueves y tampoco el viernes. Los

dos primeros días mandó en su lugar a sus padres, los abuelos de Lucas, y el último día su amiga recogió a Guille como la vez anterior.

La preocupación crecía en Bruno. ¿Estaría enferma? Rezó porque no fuera grave lo que le sucedía y se recuperase pronto.

Echaba de menos acabar la clase de judo, verla y hablar con ella unos pocos minutos.

Cuando pasó otra semana más sin que ella fuese a buscar a Lucas, Bruno estaba en un estado de ansiedad difícil de soportar, así que, para salir de dudas, le preguntó al niño por la falta de su madre.

—Hace tiempo que tu mamá no viene a recogerte —comenzó diciendo—. ¿Le ha pasado algo? ¿Está enferma?

—No, maestro, es que tiene mucho trabajo y necesita terminarlo a tiempo —contestó el pequeño.

—Ah, vale. Y... ¿en qué trabaja?

—Mi mamá trabaja en casa, con el ordenador. Corrige libros que ha escrito otra gente antes de que se publiquen, para que todas las palabras y las frases estén bien escritas, sin faltas de ortografía, y que no se quejen los lectores —explicó igual que su madre había hecho con él para que comprendiera la importancia de su trabajo.

Bruno recordó entonces cuando la invitó a ir a la competición de judo en Aranjuez. Su amiga comentó algo de que iba bien con las correcciones. En su día no supo a qué se refería la otra mujer. Ahora lo comprendía.

—Bien. ¿Hoy quién va a venir a buscarte, ella o tus abuelos?

—Mis abuelos.

La respuesta del niño le dejó el ánimo por los suelos. Otro día más sin ver a Ana. Y ya llevaba dos semanas así. Esperaba que no se alargara mucho la cosa.

Suspiró con resignación, pero entonces se le ocurrió una idea.

—¿Qué vais a hacer este fin de semana? ¿Vais con papá u os quedáis con mamá?

—Nos toca quedarnos con mamá, en casa. Además, el sábado es mi cumpleaños. Cumplo nueve.

—¡Vaya! ¡Felicidades! —exclamó Bruno sonriendo.

—Vamos a celebrarlo en la bolera del centro comercial, donde te vimos aquella vez. ¿Quieres venir? Te invito.

Bruno no se podía creer su buena suerte. Volvería a ver a Ana después de tantos días.

—Sí, claro, iré encantado. Muchas gracias por invitarme. ¿A qué hora tengo que estar allí?

—A las seis de la tarde.

...

—¿Qué has hecho qué? —preguntó anonadada Ana a Lucas.

—He invitado a Bruno a mi cumple y me ha dicho que sí que irá.

Cuando el niño se lo había contado la primera vez, creyó que le había oído mal, pero al parecer no había sido así. El corazón de Ana se aceleró tanto que pensó que le daría un infarto. Comenzó a sudar profusamente, pero se obligó a calmarse.

¿Qué iba a hacer Bruno en un cumpleaños de un niño de nueve años? ¿Con otros niños de edad similar? ¿Lleno de mamás del colegio, vecinas, amigas, familia y demás? No. No podía ser. Lo más seguro era que no acudiese. Le había dicho a Lucas que sí para no entristecerlo, supuso, pero Ana estaba convencida de que no asistiría.

O eso era lo que esperaba ella.

—Cielo, ¿te has parado a pensar qué pinta tu maestro de judo en tu cumpleaños, con un montón de niños de tu edad y sus mamás? Te habrá dicho que sí para no hacerte sentir mal, pero estoy segura de que no va a ir.

Lucas puso los brazos en jarras, un gesto que había aprendido de su madre, y se encaró con ella.

—Me ha dicho que sí irá, y si lo dice, es porque lo va a hacer. Bruno no es ningún mentiroso.

—Pero, cariño...

—Mamá, ya vale —ordenó el pequeño con seriedad.

Ana dejó de discutir con su hijo. Se iba a llevar una decepción cuando no viera aparecer al joven en la bolera, pero bueno, así era la vida a veces. Las personas te decepcionan de tantas maneras...

Sin embargo, le quedaba una duda. ¿Y si a Bruno se le ocurría ir al cumpleaños? ¿Y si cumplía lo prometido?

Los nervios atenazaron su estómago, provocándole una sacudida.

«Por favor, Dios, que no vaya a la bolera, por favor, por favor... — rezaba—. He estado muy tranquila estas dos semanas sin verlo para que ahora todo se vaya a la mierda. Me he tenido que inventar excusas cada martes, cada jueves y cada viernes para que otras personas recogieran a mis hijos en judo y ahora se me va a fastidiar todo».

—Además, mamá —añadió Lucas—, ¿no se te ha ocurrido pensar que podías aprovechar y ligarte a Bruno?

—¿Qué?!

Ana no supo si reír o llorar ante esa pregunta.

—Sí, mami. Podías hacerte novia de Bruno y así te casas con él.

—No puedo casarme con tu profesor ni ser su novia —respondió Ana asombrada porque su hijo pequeño hiciera de celestina.

—¿Por qué no? Si tú ya no estás casada con papá, puedes buscarte un novio igual que ha hecho él con Noelia.

—Pues...porque...tu maestro de judo es demasiado joven para mí. No haríamos buena pareja —le explicó.

Lucas se quedó un momento pensativo.

Ana continuó haciendo la cena.

—Pues yo creo que sí que hacéis buena pareja —prosiguió el niño—. Pegáis.

«¿Que pegamos? Este niño tiene la cabeza llena de pájaros. ¿Cómo voy a pegar, a hacer buena pareja, con alguien a quien le saco trece años? ¡Por el amor de Dios!», se dijo Ana al escucharlo.

—Anda, deja de buscarme novio y ve a lavarte las manos, que la cena ya está lista —pronunció—. Y avisa a tu hermano para que venga a poner la mesa. Hoy le toca a él.



Capítulo 13

Ana estaba nerviosa y no era por la preocupación de que la fiesta de cumpleaños marchase bien, porque los invitados se divirtiesen o porque a su hijo le gustase el regalo que le habían comprado entre todos. No. Estaba comiéndose las uñas por si Bruno aparecía allí, en la bolera.

Desde que el niño se lo dijo el jueves casi no había podido dormir. Le había dado tantas vueltas a cómo comportarse con él delante de la gente que al final le había provocado dolor de cabeza. También había repasado una y otra vez cómo iría vestida: ¿pantalón o falda? ¿Escote o no? ¿Con tacones o sin ellos? ¿Maquillaje o no?

No quedaría bien ir emperifollada a un sitio así, por lo que decidió que acudiría lo más cómoda posible. Llevaría unos *leggings* negros, con incrustaciones de cristalitos grises que brillaban al darles la luz; un suéter ancho de color plata, con el que enseñaba un hombro; y botas de media caña negras, con hebillas a los lados. El pelo, recogido en una coleta alta y en la cara...

Por un lado, le apetecía maquillarse un poco, ya que nunca lo hacía y quería que la viesan distinta. Quería estar guapa. Pero, por otro lado, a ella no se le daba bien eso de maquillarse. Siempre se excedía y se echaba años encima cuando se pintaba la cara. Si pudiese lograr algo que resultase natural, que pareciera que no iba maquillada...

Al instante, se acordó de su amiga Bea. A ella le encantaba todo el tema del maquillaje, pintar a la gente y demás. Cuando su amiga

era más joven y comenzó a trabajar, lo hizo en una cadena de perfumerías, en la sección de Belleza. Allí aprendió muchas cosas e hizo varios cursos para mejorar. Las clientas la adoraban y todos los viernes hacían fila para que ella las maquillase. Confiaba tanto en su buen hacer que el día de su boda con Damián, catorce años atrás, fue Bea quien maquilló a Ana, y el resultado fue espectacular. Pero de aquello ya hacía mucho tiempo y ahora Bea trabajaba en una oficina. Sin embargo, siempre podría echar una mano a una amiga, ¿no?

Así que quedó con ella en su casa la mañana del sábado para que la dejase espléndida, y el resultado fue magnífico.

Los invitados fueron puntuales y a las seis de la tarde el cumpleaños empezó.

Ana lanzaba furtivas miradas hacia la entrada de la bolera, esperando que Bruno apareciese en cualquier momento.

Pero conforme pasaban los minutos y él no llegaba, ella se fue tranquilizando. Quizá lo había pensado mejor y se había dado cuenta de que él no pintaba nada en un cumpleaños infantil rodeado de mamás. Al final habría decidido no ir, era lo más seguro.

Y ella había sido una tonta por darle tantas vueltas al asunto y querer que él la viera de una forma distinta, más guapa, más atractiva, más joven. ¿Para qué? Si a ella no le gustaba. Si no tenía que ligar con él. Si no estaba decepcionada porque él todavía no hubiese ido a la bolera, ¿verdad?

«Miéntete todo lo que quieras, bonita, que a mí no me engañas. Bruno te pone mogollón», le gritó la voz de su conciencia.

Molesta consigo misma, decidió dejar de pensar en él y disfrutar de la fiesta de cumpleaños de Lucas.

...

Bruno llevaba más de quince minutos dando vueltas con el coche, dentro del *parking* del centro comercial, buscando una plaza libre. ¡Maldita sea! Si hubiera ido con la moto, habría aparcado ya, pero como amenazaba lluvia decidió coger el auto.

Y, al parecer, toda la gente que había acudido al sitio de compras y ocio había tenido la misma idea que él.

Cabreado, dio otra vuelta más pensando que si no encontraba un hueco libre, tendría que dejarlo en la calle —que estaba tan a tope como allí dentro— y darse un buen paseo hasta llegar a la bolera.

Esperaba que Lucas no se sintiera decepcionado al ver que eran las seis y él no estaba allí. Pero iba a ir. ¡Por supuesto! No pensaba defraudarle.

Se preguntó cómo se tomaría Ana su intrusión en una celebración familiar y de amigos. ¿Le molestaría que el niño lo hubiera invitado y que él hubiese aceptado? ¿O se mostraría contenta de verlo allí como uno más?

Por fin vio salir un coche de una plaza de aparcamiento y se dirigió hacia ella antes de que se la quitasen.

Cuando terminó de maniobrar, respiró tranquilo. Pero no le duró mucho la calma, pues al mirar el reloj del salpicadero comprobó que llegaba veinticinco minutos tarde. ¡Maldita sea!

Con rapidez, cogió el regalo para Lucas y salió del coche. Lo cerró con el mando a distancia y se dirigió hacia las puertas correderas.

...

Ana estaba hablando con Raquel y Bea cuando observó que Raquel se quedaba mirando atontada por encima de su hombro a un punto fijo que estaba a su espalda. Se volvió para ver qué era lo que había llamado la atención de su amiga y se quedó de piedra al comprobar que Bruno estaba allí, hablando con sus padres.

—No nos habías dicho que lo habías invitado —murmuró Raquel.

Ana se giró de nuevo y la miró al oír el comentario. La sangre en sus venas corría enloquecida por tener allí al maestro de judo y el corazón le bombeaba frenético, presa del nerviosismo que de repente se había adueñado de la mujer.

Al final, Bruno sí que había aceptado la invitación de su hijo y había acudido al cumpleaños.

—Lo invitó Lucas, pero yo pensé que no vendría porque ¿qué pinta él aquí? —respondió Ana.

—Parece que se lleva bien con tus padres —comentó Raquel.

—Solo está siendo simpático con ellos. Como estas semanas han ido a recoger a Lucas a judo, los conoce y por eso los está saludando. Nada más.

—Viene hacia aquí —la informó Bea.

Ana su puso tan rígida que todos los músculos de su espalda se quejaron.

—Hola —oyó que saludaba Bruno a sus amigas.

Estas le correspondieron con otro saludo.

Ana se volvió hacia él en ese momento. Bruno la miraba desde su altura, pensando que estaba preciosa. Grabó en su memoria su imagen para recordarla cuando no estuviera con ella. Ana lo miró de abajo arriba, repasando su indumentaria compuesta de zapatillas negras, pantalón vaquero, una camiseta blanca y, sobre esta, una camisa también vaquera, a la que le había dado unas vueltas en las mangas dejando ver sus antebrazos. En una mano llevaba un paquete alargado, envuelto en papel de regalo, y en la otra, una trenca azul marino.

Cuando logró subir la vista hasta los ojos negros del profesor, Ana sonrió nerviosa.

—Al-al final has venido —comentó dándose de tortas mentalmente por tartamudear.

—Sí. No podía defraudar a Lucas. Siento llegar tarde. No encontraba sitio para aparcar y he tenido que dar varias vueltas al *parking* —se disculpó.

—No-no te preocupes —dijo Ana con un movimiento de la mano, restándole importancia—. ¿Qué-que quieres tomar? —preguntó maldiciéndose por titubear como una quinceañera ante el chico del instituto que le gusta.

—Una Coca-Cola, si puede ser, y si no, beberé agua.

—Mu-muy bien. Iré... —Ana emitió un profundo suspiro, obligándose a tranquilizarse—. Iré a la barra a pedírtela.

Cuando se marchó, Bruno se quedó observando el contoneo de sus caderas mientras se alejaba y suspiró también.

—Puedes dejar ahí el regalo —informó Raquel señalando una mesa cercana sobre la que estaba apoyada, contra un lateral, lo que a todas luces se intuía era una bicicleta, a pesar de estar envuelta en papel de regalo— y el abrigo, en aquel perchero de allí.

—Gracias.

—¿Te has dado cuenta de cómo ha mirado a Ana cuando se ha ido? —preguntó Raquel a Bea en un murmullo cuando el joven se alejó de ellas.

—Sí —contestó esta en el mismo tono bajo—. Hasta he oído el suspiro que ha dado. —Se puso la mano sobre los labios para que nadie la viese sonreír, pero Raquel sí captó su tono.

—Al yogurín le gusta Ana, no hay duda. Y a ella le gusta él, por mucho que insista en negarlo. ¿Cuándo has visto tú que ella tartamudee al hablar con un hombre? —Sin esperar a que su amiga contestase, respondió—: Nunca. Ni siquiera cuando empezó de novia con Damián. Aquí hay tema, te lo digo yo. O lo va a haber.

Ana regresó con la bebida de Bruno y sorprendió a sus amigas con las cabezas juntas, cuchicheando.

—¿A quién le estáis haciendo un traje? —quiso saber, aunque se imaginaba que estarían hablando de Bruno.

—A ti. El de novia —dijo Raquel echándose a reír.

Ana puso los ojos en blanco.

—Por favor... No empieces con tus tonterías. Te lo suplico.

Dejó la Coca-Cola sobre una mesa que tenían al lado y se sentó en una silla, junto a sus amigas.

—Es que tú no sabes cómo te ha mirado cuando te marchabas.

—Raquel, he dicho que no empieces, así que vamos a tener la fiesta en paz, por favor.

—Venga, Ana, reconócelo. Al yogurín le gustas. Si no, ¿por qué habría venido? No creo que sea normal que un chico de veintiocho años vaya al cumpleaños de un niño de nueve si no es familia suya. ¿No tiene otra cosa mejor que hacer un sábado por la tarde? No sé, salir con sus amigos, ligarse a alguna chica...

—Raquel... —bufó Ana.

—Vale. Está bien —cedió su amiga levantando las manos en señal de paz.

Ana miró alrededor. Vio que Bruno estaba saludando a Lucas y a los otros niños. Cuando terminó, se dirigió hacia Guille, sentado en una silla con los hijos mayores de Raquel y Bea, que jugaban con el móvil mientras el adolescente miraba. Sabía que Guille no tenía teléfono porque alguna vez lo había escuchado comentar esto en

clase con sus amigos al tiempo que se quejaba de que su madre era la culpable. Su padre había querido comprarle uno cuando comenzó el instituto, pero Ana le había dicho a Damián que no lo necesitaba, pues todavía no iba solo ni salía con sus amigos los fines de semana. Así que entre los dos decidieron esperar un poco más para comprarle el móvil, pero Guille culpaba únicamente a Ana. Tras saludar a los chicos, que le hicieron más bien poco caso centrados como estaban en sus juegos, Bruno se dirigió hacia las tres amigas.

A medida que se acercaba, el corazón de Ana se aceleraba más.

—¿Dónde están el resto de las mamás? —quiso saber, extrañado de que no estuvieran allí controlando a sus hijos.

—Ha-han ido a comprar aprovechando que tenemos a los niños aquí, entretenidos. Volverán a-a las ocho para cantar el cumpleaños feliz y darle a Lucas su regalo —explicó Ana. Hizo una pausa, en la que intentó tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que no lo consiguió, y después continuó hablando—: No-no tenías que haber traído nada. No era necesario —dijo señalando el paquete alargado.

—Normalmente —le contó Raquel—, la mamá del cumpleaños compra el regalo porque ella sabe lo que su hijo quiere o necesita mejor que nadie. Luego, las otras madres le damos nuestra parte del dinero y ya está.

—También lo hacemos así —intervino Bea— porque si no, nos juntaríamos con demasiados juguetes y nuestras casas parecerían una juguetería.

—Pues me parece una idea muy buena —las alabó Bruno antes de beber de su Coca-Cola.

Cuando acabó, dejó el vaso sobre la mesa y se sentó en una silla junto a ellas.

—Yo le he traído una cometa del Halcón Milenario. Cómo algunas veces he visto que lleva camisetas de *Star Wars*, he supuesto que le gusta la saga y que le haría ilusión tener la nave de Han Solo —comentó mirando a Ana, buscando su aprobación.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Inspiró profundamente antes de hablar porque no quería volver a tartamudear, pero sintiéndolo tan cercano a su cuerpo le estaba resultando muy difícil.

—Le-le encanta *Star Wars*, así que seg-seguro que la cometa también. Muchas gracias.

Ana notaba cómo el calor corporal de Bruno salía en oleadas de su cuerpo y llegaba hasta ella, calentándola entera.

Raquel y Bea, a su lado, los miraban con una sonrisa en los labios.

Los padres de Ana se acercaron al grupo para decirles que se iban a dar una vuelta por el centro comercial y volverían a las ocho, igual que las otras mamás, para cantar el cumpleaños feliz y abrir el regalo.

De repente, Raquel se levantó.

—Voy al baño. Bea acompáñame —le ordenó a su amiga, que se alzó de su silla de inmediato.

Ana las miró boquiabierta, pero enseguida cerró la boca y frunció el ceño. Sabía que lo habían hecho a propósito para dejarlos solos.

Bufó mientras calcinaba con la mirada las espaldas de sus amigas, que se alejaban rápido.

—Parece que lo pasan muy bien —comentó Bruno mirando a los niños, que jugaban a los bolos.

—Sí. A-a Lucas le gusta mucho venir aquí.

En ese momento se acercó Guille para pedirle permiso a su madre para marcharse. Sus amigos querían ir a dar una vuelta por el centro comercial y regresarían cuando todos los demás, en el momento de la tarta y el regalo.

—No —se negó Ana.

—¡Mamá! —protestó Guille.

—Es el cumpleaños de tu hermano y tienes que estar con él.

—Pero si yo no estoy jugando a los bolos. Además, me estoy aburriendo.

Ana se encogió de hombros, dándole a entender que le daba igual.

—Por favor, mamá, déjame que me vaya con mis amigos a dar una vuelta. Te prometo que volveré para la tarta —suplicó Guille.

Ana no quería dejar a su hijo mayor que se marchase porque si no se quedaría sola con Bruno. Lo cual era una tontería porque Guille y sus amigos pasaban de ellos. Los adolescentes estaban a su rollo y no les hacían ni caso. Y por otro lado, temía que Guille se perdiera. Otra bobada más porque el chaval ya tenía doce años y sabía regresar perfectamente a la bolera.

—No —volvió a negarse.

Ante el gesto de frustración del chico, Bruno decidió intervenir:

—¿Por qué no lo dejas? Aquí no está haciendo nada, se está aburriendo y, si sus amigos se van, se quedará más solo y más aburrido de lo que ya está. Además, con doce años yo creo que es suficientemente mayor y responsable para dar una vuelta por el centro comercial y regresar a tiempo para cantar el cumpleaños feliz a su hermano. Y no va a estar solo. Jairo y Naia lo acompañarán.

Ana lo miró sin creerse que se metiera en su vida de aquella manera.

Pero sabía que Bruno tenía razón.

—Está bien, Guille —suspiró—. Pero no te separes de tus amigos, y a las ocho en punto te quiero aquí. Si no, mañana te quedas sin Play.

El chaval sonrió al tiempo que Bruno le guiñaba un ojo, cómplice. Dio media vuelta y se marchó con sus amigos.

—Ya va siendo grande, Ana. Tienes que dejarle más libertad.

—¿Cómo vas con tus lesiones? —preguntó para cambiar de tema. Bajo ningún concepto permitiría que Bruno le dijera lo que debía hacer con sus hijos y lo que no.

Se dio cuenta de que, al igual que la otra vez, debido al malestar que le producía que el profesor metiera las narices en su vida, no había tartamudeado.

«Voy a tener que estar mosqueada cada vez que hable con Bruno para no balbucear», pensó.

—Los dedos ya los tengo bien y el tobillo, casi recuperado. Me molesta todavía un poco la fisura del empeine al andar, pero supongo que en una o dos semanas más estaré listo para volver a competir.

—Si hubieras hecho el reposo que te recomendó el médico, ya estarías curado del todo —le soltó seria.

—Sí, mamá —se burló él.

Ella lo miró intensamente y Bruno le devolvió la mirada con la misma intensidad. El aire a su alrededor crepitó y se cargó de electricidad, aislándolos del resto, como si estuvieran en una burbuja.

Pero Lucas vino a interrumpir el momento.

—Mami, quiero agua.

Ana parpadeó para salir de sus pensamientos y le prestó atención.

Agarró una botella y se la pasó al chiquillo. Cuando Lucas terminó de beber, se sentó en las rodillas de su madre.

—Mami, ¿estás haciendo lo que te dije en casa el otro día?

—¿El qué? —respondió Ana sin comprender a qué se refería su hijo.

El niño pasó un bracito por el cuello de su madre y se acercó a su oído.

—Lo de ser novia de Bruno y casarte con él —dijo en un tono de voz que el profesor pudo escuchar perfectamente.

A Ana casi le da un infarto al oírlo. Se quedó lívida de la impresión y a punto estuvo de asesinar a su propio hijo. De reojo, vio cómo Bruno escondía una carcajada.

—Lucas, ya te dije el otro día que no voy a hacer eso. Tu profesor es mucho más joven que yo. Podría ser mi hijo. Y, además, yo no quiero volver a casarme. Con una vez he tenido suficiente. Anda —dijo levantándolo de sus rodillas—, vuelve a jugar con tus amigos.

Echó de allí al niño, notando cómo la vergüenza se apoderaba de ella. El sonrojo le llegaba hasta las raíces del pelo.

—Perdónalo. No sabe lo que dice —comentó mortificada.

—No te preocupes. No pasa nada. Ha sido un momento gracioso.

—Pues habrá sido gracioso para ti. A mí no me ha gustado nada que el niño haya dicho eso delante de ti.

Los dos permanecieron en silencio. Para ella era bochornoso e incómodo, pero él tenía la impresión contraria. Lucas le había servido en bandeja de plata otra posibilidad más de profundizar con Ana, aunque no le había gustado saber que ella lo veía como un hijo. Bruno tomó la palabra, rompiendo así el tenso instante:

—¿Sabes cuántos años tengo?

—Me han dicho que veintiocho —respondió ella.

—Exacto. ¿Puedo preguntar cuántos tienes tú?

Ana lo miró de reojo.

—¿No sabes que la edad no se le pregunta a una mujer?

—Sí, eso dicen, pero me importa un pimiento. ¿Cuántos años tienes, Ana?

Bruno se colocó en la silla mirándola de frente.

—Taitantos —musitó ella pasado un rato en el que Bruno pensó que no contestaría.

El profesor se cruzó de brazos, esperando la respuesta verdadera.

Como no le quitaba los ojos de encima y Ana cada vez estaba más enfurruñada y de los nervios por el rato vergonzoso que su hijo le había hecho pasar, contestó:

—Tengo veinte años de juventud más otros veintiuno de experiencia.

Bruno sonrió.

—O sea, que tienes cuarenta y uno. —Ana asintió—. Pues si tú tienes cuarenta y uno y yo tengo veintiocho, no puedo ser tu hijo. —Hizo una pausa y añadió—: A no ser que me tuvieras a los trece años.

—Algo tenía que decirle a Lucas para que me dejara en paz con ese tema.

—Has dicho «el otro día». O sea, que por lo menos dos veces te ha insinuado algo sobre nosotros.

—Sí. El jueves me preguntó lo mismo que hoy. Y yo le contesté exactamente igual.

Bruno se arrimó más a ella. A Ana se le cortó la respiración al ver que estaban separados por escasos centímetros.

—Pues vas a tener que inventar otra excusa porque la de que soy muy joven para ti no sirve. No nos llevamos tantos años. Además, la edad es solo un número.

Estaban tan cerca que cada uno podía oler la colonia del otro. Bruno se deleitó tanto con la fragancia de Ana, a sandía, que le dieron ganas de darle un mordisco. Ana lo olisqueó como un perro tras la pista de algo jugoso. La piel de Bruno emanaba un aroma a gel de baño, a limpio, mezclado con una esencia cítrica que hizo que ella deseara colgarse de su cuello y lamerlo.

En cuanto este pensamiento cruzó su cerebro, Ana se apartó.

En ese momento, Raquel y Bea llegaron.

—¿A qué baño os habéis ido? ¿Al de vuestra casa? —preguntó Ana de malos modos, indignada por su tardanza.

—Es que había cola. Mucha cola —respondió Raquel sonriendo.

Ana las miró sin creérselo.

—Voy a ver cómo van los niños con la partida de bolos —anunció mordiendo cada palabra por lo molesta que se sentía con sus amigas.

Se alejó dejando a Raquel y Bea disfrutando de la compañía del yogurín.

Ana no volvió a hablar más con ninguno de los tres hasta que llegó el momento de repartir la tarta. Cuando le dio su pedazo a Bruno, sus dedos chocaron, provocándoles a los dos una descarga eléctrica que recorrió sus cuerpos con la fuerza de un tsunami. Sus corazones se agitaron y en sus vientres se instaló un hormigueo incitante que incendió la sangre de sus venas.

Sus miradas coincidieron en ese momento y notaron la conexión que se había creado entre ellos.

Ana fue la primera en romper el contacto visual. No quería que nadie supiera lo mucho que le atraía el profesor de sus hijos, lo nerviosa que la ponía su presencia y lo que la calentaban sus miradas. Prefería guardar en secreto los sentimientos que comenzaba a tener por Bruno.

Llegó el turno de los regalos. Lucas exhibió contento su bicicleta nueva. Cuando abrió el paquete alargado de su maestro de judo, una sonrisa todavía más grande que la que ya tenía se instaló en su cara y, feliz, abrazó al docente para darle las gracias.

Ana contempló la escena con una tierna sonrisa. Había sido un buen día para su hijo y le quedaría un bonito recuerdo de su noveno cumpleaños.

Con un suspiro, terminó su trozo de tarta y empezó a apilar los platos para que el camarero de la cafetería de la bolera se los llevase mientras Lucas repartía entre los niños invitados unas bolsas con chuches.

—Deja que te ayude —escuchó la voz de Bruno a su lado.

—No es necesario. Yo puedo sola —respondió ella sin mirarlo.

—Ya haces muchas cosas sola, como educar a esos maravillosos niños que tienes.

—Gracias —musitó Ana.

—¿Todavía estás molesta conmigo por nuestra conversación de antes?

Ana alzó la vista de la mesa y miró alrededor. Nadie les prestaba atención.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Me he dado cuenta de que, cuando estás enfurruñada conmigo, no tartamudeas. Y como ahora estás hablándome con normalidad...

Giró la cara para encontrarse con los ojos negros de Bruno fijos en ella.

—Yo... No... No...

Él amplió su sonrisa, mostrando sus blancos y perfectos dientes en medio de la barba oscura. Se acarició con la mano el vello de la cara y se acercó más a Ana, acortando las distancias.

—Reconócelo: te pongo nerviosa. Cuando te miro o te hablo, balbuceas por el nerviosismo. Pero cuando discutimos por algo o me meto en tu vida de alguna manera y tú te enfadas, no tartamudeas. Eso significa algo, ¿verdad?

—No-no me gusta que-que se me queden mirando fijamente como haces tú —consiguió articular Ana.

Bruno amagó una carcajada al ver que ella tartamudeaba de nuevo.

—Pues a mí me resulta imposible no mirarte. Eres una mujer muy atractiva —confesó con una sensual sonrisa.

Ana sentía las mejillas enrojecidas, a punto de arder.

—Por-por favor, Bruno, es-estamos en un cumpleaños infantil, rodeados de gente, de niños... Por favor... —murmuró desviando la vista hacia los invitados, que ya empezaban a ponerse los abrigos para marcharse.

El joven decidió no torturarla más. Se notaba que ella estaba incómoda.

Pero, antes de acabar con su momento íntimo, le dijo lo que llevaba pensando todo el tiempo que había pasado desde que Lucas propuso que fueran novios.

—Si hubieras dicho que no te atraigo como hombre, me daría por vencido. Pero la excusa de la edad no me vale.

Ana se quedó boquiabierta al escucharlo. Fue a decir algo, pero dos de los invitados llegaron hasta ellos para despedirse y, tras estos, el resto.

—Ahora entiendo por qué has venido a mi casa para que te maquillara —susurró Bea cuando le dio un beso en la mejilla a Ana al despedirse.

—No veas cosas donde no las hay —le aconsejó ella en el mismo tono bajo que había usado su amiga—. Y, por favor, no le cuentes nada a Raquel. No quiero que me dé el coñazo.

Mientras, Bruno se encargó de terminar de apilar los platos sucios, las cucharas con las que habían comido la tarta y los vasos.

Una vez recogido todo y cuando ya solo estaban allí Ana, Guille, Lucas, los abuelos y Bruno, ella se acercó a la barra de la cafetería de la bolera para pagar la cuenta. Su madre fue con ella.

—El maestro de judo es un joven muy simpático y atento, ¿verdad? —comentó Elvira.

—Sí —respondió de forma escueta Ana.

—Y muy educado.

—También.

—Y muy guapo.

Ana miró de reojo a su madre.

—Sí, pero es muy joven —contestó.

El encargado de la cafetería le dio las vueltas del dinero y Ana se despidió de él.

—¿Sabe que estás divorciada? —preguntó Elvira.

—Mamá, por favor... —susurró Ana intuyendo lo que su madre pensaba—. Nos llevamos trece años de diferencia. No puede ser, así que deja de insinuar cosas.

—Yo no insinúo nada, hija, pero una tiene ojos en la cara y ve comportamientos sospechosos. A ese joven le gustas. No te ha quitado los ojos de encima ni un segundo. Ni siquiera cuando le has dejado solo con tus amigas. Y cuando habéis hablado...

—Basta ya, mamá —ordenó Ana entre dientes.

Su madre se la quedó mirando con seriedad.

—Que te haya salido mal una vez no significa que no lo vuelvas a intentar, hija. Todavía eres joven, quizá no tanto como ese chico, pero tienes que volver a vivir. Debes ilusionarte de nuevo. Hay que enamorarse todas las veces que haga falta. Hasta que nos salga bien. Si yo tuviera cuarenta años menos y estuviera en tu misma situación, no me lo pensaría dos veces.

—Mamá... —bufó Ana.

—Hija —su madre le acarició el óvalo de la cara—, solo quiero que seas feliz, y si con ese chico puedes serlo, pues bien. No te cierres las puertas. No dejes pasar la oportunidad de volver a amar y sentirte amada. No quiero que dentro de veinte años te preguntes qué habría sucedido. Hay trenes que solo pasan una vez en la vida, y yo creo que este será el que te lleve hasta la felicidad.

—Pero, mamá, ¿no te das cuenta de la diferencia de edad que hay entre nosotros?

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —repuso Ana—. La gente va a pensar que como Damián se lió con una chica más joven, ahora voy yo y lo hago también para vengarme, y encima con alguien más joven todavía que su nueva novia. Pensarán que estoy compitiendo con mi exmarido.

—Hija, deja de pensar en lo que diga la gente y límitate a ser feliz. Te pasas la vida encerrada en casa. Solo sales a buscar a los niños al colegio y ya. Sal, diviértete...

—Me paso la vida en casa porque trabajo en casa, mamá. Te lo he dicho mil veces —la corrigió indignada.

—Mamá, mamá. —Lucas llegó corriendo hasta ellas, saltando contento—. Dice Bruno que mañana vayamos a montar en bici por Madrid Río con él. ¿Podemos? Por favor, mamá, di que sí.

Ana miró a Bruno, que en ese momento charlaba con su padre y con Guille.

—Yo no tengo bicicleta, cariño, y no te voy a dejar solo con tu profesor en mitad de Madrid.

—¿Por qué, mamá? ¿No te fías de él? —quiso saber el niño sorprendido.

—No es eso. Es que... Bruno no tiene por qué ocuparse de ti cuando está fuera del colegio. No eres su responsabilidad.

El maestro, que se había acercado mientras Ana contestaba a su hijo, intervino:

—Dentro de poco empezarán las competiciones de judo infantil y juvenil, y todas se harán en polideportivos municipales o en poblaciones de fuera de Madrid. ¿No le vas a dejar participar porque, según tú, Lucas no es mi responsabilidad? Si viene conmigo

a algún sitio, yo lo cuidaré como si fuera mi propio hijo. A él y a todos los alumnos que participen.

—Creo que estás mezclando las cosas, Bruno. No es lo mismo que vaya contigo a una competición de judo, en cuyo caso también acudiría yo, que llevártelo a dar una vuelta en bicicleta por Madrid Río.

Bruno se cruzó de brazos frente a ella.

—¿Por qué no?

—Pues... Pues porque no.

—Soy de fiar. Tranquila.

Elvira, que había estado callada todo el tiempo, habló entonces:

—Hija, deja que el niño vaya con su maestro a donde sea. Si es lo que él quiere, si a Lucas le hace ilusión salir en bici con él, déjalo.

—Además —prosiguió Bruno—, yo no he dicho que no puedas venir con nosotros. Y Guille también, si le apetece.

—Yo... Yo no tengo bici —declaró Ana.

—Pero sabes montar, ¿verdad? —Ella asintió—. ¿Y Guille? ¿Tiene bicicleta? ¿Sabe montar? —preguntó el profesor.

—Sí, él... Él sí, pero no te vas a llevar a mis dos hijos contigo y...

Bruno alzó una mano para interrumpirla.

—Te puedo prestar la bici de mi hermano. Como tú eres más baja que él, ajustaremos el sillín y el manillar a tu medida y podrás acompañarnos.

—¿Tienes un hermano? —preguntó Ana dándose cuenta de lo poco que sabía del profesor.

—Sí.

—Ah.

Como Ana no decía nada más, Bruno añadió:

—Entonces, ¿quedamos mañana a las once en tu casa? Tendrás que darme la dirección y tu teléfono.

Elvira se le adelantó.

—Sí, guapo, apunta.

—¡Mamá! ¡No he dicho que sí! —exclamó Ana fulminando con la mirada a su madre.

Pero los dos la ignoraron. El profesor sacó su móvil y procedió a anotar todo lo que Elvira le indicaba ante la atónita mirada de Ana, que no podía creerse lo que estaba pasando.

Al acabar, bajaron todos juntos al *parking*. Los abuelos se despidieron, montaron en su auto y se marcharon. Ana y Bruno se quedaron solos con los niños, cargando la bicicleta y la cometa en el coche de ella.

—Bueno, pues mañana a las once nos vemos —dijo Bruno a modo de despedida.

—Sí, qué remedio —suspiró Ana.

Bruno se acercó más a ella. Lucas y Guille ya estaban dentro del coche poniéndose los cinturones de seguridad.

—Soy de fiar, así que no me tengas miedo. Ya verás: vas a comprobar que soy un buen chico, un angelito. Solo me falta tener alas y tocar el arpa —murmuró el joven en la oreja de Ana antes de darle un beso en la mejilla.

La presión de sus labios sobre su piel hizo que se propagase con rapidez una sacudida de placer y deseo por todo su cuerpo. Encendió chispas en todas las terminaciones nerviosas, llegando hasta su centro femenino, en medio de sus muslos.

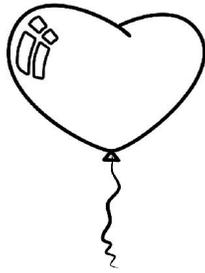
Cuando Bruno se retiró, le palpitaban los labios por el roce con la piel de Ana mientras un exquisito calor se extendía por todo su cuerpo. La miró para comprobar que ella había sentido también aquel fuego y tuvo que alejarse un poco más, reconociendo el peligro de perder el control.

—Hasta mañana, Ana —se despidió con la voz ronca por la excitación.

Ella no fue capaz de articular ninguna palabra.

Aún podía sentir el roce de su boca quemándole la piel de la mejilla.

Mientras Bruno se daba la vuelta para irse, ella se tocó la cara. Quería retener esa maravillosa sensación todo el tiempo que fuera posible.



Capítulo 14

Madrid Río era un parque de la ciudad de Madrid que consistía en una zona peatonal y de recreo construida en los dos márgenes del río Manzanares. Su extensión era de varios kilómetros sobre el trazado soterrado de la vía de circunvalación M-30.

Ana no había pegado ojo en toda la noche pensando en lo que la esperaba al día siguiente con Bruno.

¿Se comportaría correctamente o intentaría seducirla delante de sus hijos?

Esperaba que no fuese lo segundo.

Cuando Guille se había enterado de los planes para ese domingo, se había enfadado y había dicho que él no tenía por qué aguantar a su profesor de Educación Física fuera del colegio. Ana y su hijo mayor habían discutido sobre esto durante bastante rato. Al final, tuvo que chantajearlo con dejarle jugar a la Play esa tarde media hora más para que accediera a acompañarlos.

A las once Bruno se presentó en su casa, puntual.

Ana tenía el estómago revuelto por los nervios, pero al verlo con unas mallas negras ajustadas, marcando todo el paquete y el apretado culo, el nerviosismo fue sustituido por un hormigueo entre sus piernas muy delicioso. El torso de Bruno estaba cubierto con una camiseta, también ajustada, de color azul claro, y sobre esta llevaba un forro polar con la cremallera abierta. La cabeza la protegía con un casco también negro.

Ella no sabía dónde posar la vista. No quería que el joven la pillara mirándolo atontada, pero le resultaba casi imposible no fijar

sus ojos en ningún punto de su anatomía. Sobre todo, en la parte inferior.

«¡Madre mía cómo está el chico! Si Raquel lo viera así...», pensó recordando a su amiga. Seguramente, babearía igual que estaba haciendo ella en ese momento.

—Buenos días. —Bruno exhibió esa sonrisa tan sexi que tenía e hizo que las mariposas del estómago de Ana revoloteasen frenéticas.

Todos correspondieron al saludo del maestro de judo con distintos grados de emoción. Lucas estaba muy alegre y lo demostró con el enorme abrazo que le dio a su profesor. Guille levantó una mano, pero no emitió sonido alguno, y su sonrisa fue más bien una mueca desganada. Y Ana le respondió estirando los labios en un gesto nervioso.

—¿Cómo has traído las dos bicicletas hasta aquí? —preguntó ella felicitándose por no haber tartamudeado. Parecía que empezaba a controlarse—. ¿Vives cerca?

—Tengo un portabicis en el coche —dijo señalando su auto, aparcado al otro lado de la calle—. Y no, no vivo cerca. Mi casa está por la zona de Atocha.

—Ah. —Y, tras una pausa, añadió—: Dale las gracias a tu hermano de mi parte por prestármela.

Bruno asintió con un movimiento de cabeza al tiempo que repasaba el cuerpo femenino con una mirada apreciativa. Ana iba vestida también con mallas negras, como él, pero la parte superior la cubría con una camiseta rosa y un forro polar de cremallera en el mismo tono. La ropa deportiva se ajustaba a su cuerpo, sobre todo, en la parte de las caderas, los muslos y las pantorrillas como si fuera una segunda piel, no dejando nada a la imaginación.

—Supongo que casco no tienes —mencionó Bruno con la voz ronca por el deseo y la excitación que le provocaba la deliciosa figura de Ana.

—No. No tengo.

Ana estuvo a punto de saltar de alegría. Ya le había dicho unas cuantas frases sin balbucear como una niña pequeña. ¡Bien!

—Te iba a traer el de mi hermano, pero te quedaría grande. Por eso no lo he traído —explicó Bruno—. Tendrás que ir con más

cuidado al no llevar protección.

—Descuida. No me pasará nada. ¿Ajustamos el sillín y el manillar?

Procedieron a hacer lo que Ana había pedido, y cuando la bicicleta estuvo preparada para su altura, ella se montó.

Emprendieron la marcha, encabezados por el docente.

Al llegar a Madrid Río, Bruno se quedó un poco rezagado para hablar con Ana, que era quien cerraba el grupo.

—Lo mejor será que los chicos vayan delante para poder controlarlos —le aconsejó, y Ana asintió, dando su conformidad.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló, disfrutando de ese soleado día. A pesar de estar en noviembre, la temperatura era bastante agradable.

Ambos eran conscientes de la química entre ellos, de cómo sus cuerpos se atraían, a pesar de estar separados para respetar las medidas de seguridad que debían cumplir con la bicicleta.

Bruno rompió el silencio haciéndole preguntas a Ana sobre su trabajo. Lucas ya le había comentado algo sobre esto, pero él quería saber más.

—Debes tener una capacidad de organización excelente. Trabajar en casa, ocuparte de tus hijos tu sola, de las tareas del hogar, ayudarlos con los estudios... Cuando te acuestes por las noches, estarás agotada —comentó el joven.

—Pues sí, la verdad es que sí, pero ya estoy acostumbrada —respondió, agradecida porque alguien lo valorase—. Además, a veces es bueno. Te permite no pensar —añadió.

Bruno vio que una sombra de tristeza asomaba a sus ojos. Seguramente, ella se refería a su divorcio. Prefirió continuar con la conversación para no darle tiempo a Ana de recordar el pasado tan doloroso.

—Llevarás los horarios a rajatabla para poder hacerlo todo.

—También. Eso ayuda mucho.

—Pero estas últimas semanas has tenido más trabajo del habitual, ¿no? —quiso confirmar el joven—. Lo digo porque has enviado a tus padres a buscar a los chicos en lugar de hacerlo tú como siempre.

—Así es.

«Esa es la excusa que les he puesto a todos. Pero, en realidad, lo he hecho para no verte, para distanciarme de ti. Y no me ha servido de nada», pensó ella.

—Lamento las veces que te he hecho perder el tiempo al terminar judo —se disculpó Bruno.

—No ha sido culpa tuya —le sonrió Ana para quitarle importancia.

—Sí que lo ha sido. Era yo quien le escondía las cosas a Lucas para que terminase el último y así poder verte más tiempo y hablar contigo unos minutos —confesó en un arranque de sinceridad.

Ana se detuvo sorprendida. Puso los pies en el suelo y observó cómo Bruno también se detenía.

Lo miró boquiabierta.

—¿Sabes la de veces que he reñido a mi hijo por tu culpa? ¿No te duele pensar en el berrinche que se llevó cuando no encontraba la mochila? —preguntó cuando se hubo repuesto de la sorpresa.

—No te enfades, por favor.

—¿Que no me enfade? ¡Has hecho llorar a mi hijo! —siseó molesta, con ganas de retorcerle el cuello.

—Solo quería pasar más tiempo contigo, hablar, conocerte...

—¿Y no podías haberlo hecho de otra manera? ¿Sin implicar a Lucas ni hacerle sufrir? —lo interrogó enfadada.

—No se me ocurrió nada mejor —dijo acercándose a ella con la bici.

—Cómo se nota que aún eres joven. Todavía tienes que madurar —soltó con acritud.

—Eso ha sido un golpe bajo, Ana. Además, mi juventud no tiene nada que ver para que no se me haya ocurrido otra cosa para retenerte unos minutos al salir de judo.

Se miraron unos segundos a los ojos viendo en ellos todas las emociones que sentían en aquellos momentos. Los de ella echaban chispas de rabia por lo que le había hecho pasar a Lucas y los de él se mostraban arrepentidos por su fechoría.

—Perdóname, Ana —suplicó Bruno—. Me he portado como un miserable con Lucas.

Ella continuó muda unos segundos más.

«Tú le has mentado a todos diciendo que tenías mogollón de trabajo para evitar verlo y eso tampoco está bien», le dijo su voz

interior.

Ana hizo una mueca de fastidio ante este pensamiento. Después, habló:

—Es que no entiendo por qué lo has hecho. ¿Por qué tienes tanto interés en conocerme, en hablar conmigo, en estar hoy aquí conmigo también?

—Porque me gustas, ya te lo he dicho. Me resultas una mujer muy atractiva. Quiero conocerte mejor y, si es posible, tener algo contigo.

Ana cerró los ojos y sacudió la cabeza negando.

—Nos llevamos trece años, Bruno —dijo volviendo a centrar la mirada en él.

—La edad es solo un número.

—Eso queda muy bien decirlo, pero comprenderás que yo ya tengo mi vida hecha y tú estás empezando a vivir la tuya. Deberías buscar a alguien de tu edad, alguna chica con los mismos planes de futuro que tú, que os gusten las mismas cosas...

—Eso estoy haciendo —la cortó él—. Estoy conociendo a una persona que me atrae muchísimo y quiero saber todo eso y mucho más sobre ella. Que seas mayor que yo no implica que no podamos tener algo más... íntimo. Además, yo valoro mucho la experiencia.

—¿Pretendes que yo te enseñe cosas como si fuera tu mamá? —preguntó Ana enfadándose de nuevo.

Bruno sonrió. Había dicho aquella última frase para picarla y poder añadir lo siguiente:

—Eres una mamá muy follable, pero quizá sea yo quien te enseñe a ti cosas.

Ana se quedó boquiabierta al escucharlo.

¿Mamá follable? ¿Había dicho que era una mamá follable?

Bruno continuó hablando, aprovechándose de su desconcierto.

—El fin de semana que viene no tienes a los chicos. ¿Por qué no lo pasas conmigo e intercambiamos experiencias? —propuso guiñándole un ojo, al tiempo que se acariciaba la barba y miraba a Ana con deseo.

Al oírle mencionar a sus hijos, Ana volvió en sí. Miró a su alrededor buscando a sus niños y los descubrió unos metros más

allá, junto a una fuente, llenando los botes para el agua que portaban en sus bicicletas.

—Eres un descarado. —De nuevo, lo miró a él—. ¿Qué te hace pensar que yo quiero tener una aventura con alguien más joven? —soltó indignada y complacida al mismo tiempo. Había dicho que era una mujer follable, deseable, atractiva para la edad que tenía.

—Bueno... —Bruno acercó la mano al brazo de ella y se lo acarició por encima de la ropa—. Yo estoy disponible para cualquier aventura contigo —susurró cerca de su oído.

La mano de Bruno desprendía calor, Ana lo notaba a través de la ropa. Y el murmullo bajo y ronco junto a su oreja envió descargas de placer que se propagaron por todo su cuerpo, estimulando sus neuronas, erizándole la piel mientras sentía la calidez de su aliento en el mentón y el cuello.

—E-Eres mucho más joven y-y, además..., eres el profesor de-de mis hijos... No podemos... No deberíamos... —tartamudeó ella con el pulso latiendo a mil en sus sienes.

—Olvídate de quien soy y de la edad que tengo —le pidió él mirándola intensamente a los ojos.

—No-no tendré una... aventura contigo. Yo no soy de-de esas mujeres...

Bruno subió la mano desde su brazo hasta el hombro en una lenta caricia. Cuando llegó a esa articulación, la deslizó para abarcar la curva del cuello de Ana y comenzó a acariciar con parsimonia la nuca femenina, que estaba libre al llevar ella el pelo recogido en una coleta alta.

—Yo tampoco soy de esos hombres. Me gustan las relaciones duraderas y, además, con la edad que tengo ya es hora de sentar la cabeza, ¿no crees?

Ana tardó en contestar. Los dedos de Bruno en torno a su nuca, deslizándose arriba y abajo en una tierna e íntima caricia, la estaban derritiendo por dentro a pasos agigantados.

—A-acabas de decirme que tendrías una aventura conmigo y ahora me dices que-que quieres una relación estable. Creo que eres un poco mentiroso. No-no trates de confundirme, Bruno —susurró cerrando los ojos, abandonándose al placer de sentir las yemas de sus dedos en contacto con la fina piel de su nuca.

Él sonrió sintiéndose orgulloso de las reacciones que provocaba en el cuerpo de ella con unas simples caricias. ¿Qué pasaría cuando la besase o le hiciese el amor?

—No te miento, Ana, y tampoco quiero confundirte. Tendría contigo cualquier cosa que tú quisieras. Lo que tú decidas.

Ella abrió los ojos al escuchar aquella declaración.

—Eres tan joven... —musitó.

Alzó una mano y se permitió acariciarle el rostro. Su barba le hizo cosquillas en los dedos. La dejó allí, quieta, y Bruno aprovechó para buscar más el contacto con su piel ladeando un poco la cara, escondiendo la mejilla en su palma.

—Si yo tuviera trece años menos... —murmuró ella apenada.

Rompió el contacto llevando esa misma mano hasta la muñeca de Bruno, que seguía acariciándole la nuca. La aferró y lo obligó a que dejase de tocarla.

—Ana, por favor... —se quejó él.

—Ya está bien. La gente que nos vea... dirá que..., dirá que qué hace esa vieja con un yogurín. Pensarán que estoy salida.

—A mí no me importa lo que piense la gente —replicó él cogiéndola de ambos brazos. ¿Yogurín? ¿Le había llamado yogurín? El apelativo le hizo gracia.

—Se nota. Eso es por culpa de tu juventud.

—¿Quieres dejar ya de recordarme la edad que tenemos? —pidió él hastiado mientras se quitaba el casco y lo dejaba colgando del manillar.

Sacó su móvil y lo manipuló para hacerse un selfi.

—Te voy a demostrar que físicamente no se nota tanta diferencia —dijo molesto.

Le pasó un brazo por los hombros y la pegó a él todo lo que le permitían las bicicletas que tenían entre ellos. Alzó la mano con el teléfono en ella.

—Sonríe, por favor.

Cuando hubo tomado la instantánea, se la mostró a Ana. Él estaba espléndido y ella tenía una mueca tímida en el rostro.

—Mira. ¿Ves? No se nota tanta diferencia. Tú eres una madurita atractiva que aparenta cuatro años menos de los que tiene. Yo soy un yogurín, como tú me has llamado, que parece más mayor.

—¿Madurita atractiva?

Él se guardó el móvil y la miró serio.

Tras unos segundos, esbozó una sensual sonrisa que hizo que Ana se derritiese como la mantequilla puesta al sol.

—Así es, madurita atractiva. —Se volvió a acercar hasta quedar a solo unos centímetros de su oreja y añadió en un murmullo bajo y ronco—: Aunque me gusta más mamá follable.

—Bruno... —suspiró Ana.

—Vamos, dame una oportunidad. No te arrepentirás.

—Tienes veintiocho años. Yo, cuarenta y uno. No está bien.

Él estuvo a punto de gritar de frustración cuando la oyó hacer referencia de nuevo a sus edades.

—Solo somos un hombre y una mujer —dijo sin embargo.

«Un hombre joven y una mujer... ¿Cómo me ha llamado antes? ¡Ah, sí! Madurita atractiva. Prefiero mamá follable. No me gusta lo de madurita. No soy una mujer madura. No. Ni hablar. Soy una mujer de mediana edad que... No. Tampoco. No soy una mujer de mediana edad. ¡Qué coño! Soy una mujer joven», se decía Ana en una conversación consigo misma.

—No vuelvas a llamarme madurita. No soy una mujer madura. Soy una mujer joven —le advirtió felicitándose en silencio por no tartamudear como otras veces.

Bruno la miró sonriendo. Ladeó la cabeza al tiempo que la estudiaba con sus ojos negros.

—De acuerdo. ¿Y mamá follable? —quiso saber.

—Hum, sí, eso me ha gustado —contestó ella sonrojándose.

—Bien.

Se quedaron unos segundos en silencio con las miradas entrelazadas.

—Entonces, ¿quedamos el próximo fin de semana? —preguntó él.

...

Cuando Ana y los niños volvieron a casa, llamó Elvira.

—¿Qué tal con Bruno? ¿Lo has pasado bien?

—Mamá, no me puedo creer que me llames para eso. ¿Me estás controlando como si fuera una quinceañera que sale con su primer novio? —se quejó Ana—. ¡Por Dios! ¡Que ya tengo cuarenta y un años!

—Y aunque tengas cien me seguiré preocupando por ti —respondió su madre—. Bueno, ¿qué tal? ¿Ha ido todo bien? Y los niños, ¿lo han pasado bien con él?

Ana bufó.

—Sí —dijo entre dientes—. Todos lo hemos pasado bien.

—Entonces, ¿repetirás? Porque me imagino que te habrá pedido otra cita, y si no lo ha hecho, lo hará.

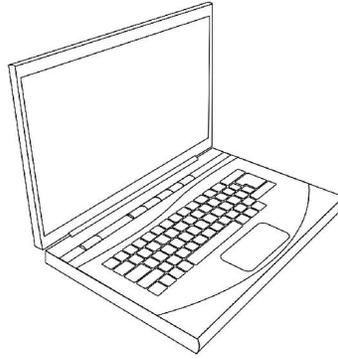
Ana estuvo a punto de contarle que Bruno le había propuesto pasar juntos el fin de semana siguiente al no tener ella a los niños, pero prefirió no hacerlo.

—Mamá, ahora me pillas mal para hablar. Los niños están duchándose, tengo que ducharme yo, preparar las cosas para mañana para el colegio, etcétera.

—Sí, sí, lo que pasa es que no quieres que meta las narices en tu vida —replicó sarcástica Elvira.

—Vale, mamá, piensa lo que quieras. Adiós.

Su madre también se despidió de ella y Ana se metió en la ducha.



Capítulo 15

¿Ya te lo has pensado?

Bruno dio a «Enviar» y Ana recibió el wasap al instante.

Él estaba en el colegio. Había aprovechado una pausa entre clases para mandarle el mensaje. Estaba ansioso por conocer su respuesta. Cuando el domingo le propuso quedar el fin de semana siguiente, ella dijo que se lo pensaría. Bruno tuvo que conformarse con eso. Al menos, no se había negado rotundamente, a pesar de sus reticencias respecto a la edad de ambos.

Pero ya estaban a jueves y el profesor se moría de impaciencia.

Ana estaba en casa, frente al ordenador, corrigiendo una novela romántica con tintes de suspense y erotismo de la autora Kris L. Jordan.

El sonido del móvil la sacó de su estado de concentración. Miró la hora en su reloj de muñeca y decidió hacer una pausa. Se tomaría una manzana mientras descansaba la vista de tanto rato frente a la pantalla.

Cogió el teléfono para ver quién le había mandado el wasap y sonrió como una tonta al comprobar que se trataba de Bruno.

El profesor y ella habían estado intercambiando mensajes toda la semana. Él le pedía una respuesta. Ella lo iba demorando cada vez más. Pero ya estaban a jueves y debía dársela de una vez. Bastante le había hecho sufrir ya.

El móvil vibró en su mano con un nuevo mensaje.

¿Vas a venir hoy a recoger a Lucas?

Le preguntaba Bruno.

Esa semana, como las anteriores, había mandado a sus padres a buscar al niño en un intento de tener el mínimo contacto con el joven. No le había servido de nada, pues el maestro le enviaba mensajes todos los días por la mañana para darle los buenos días. Le preguntaba si ya tenía una respuesta y, como ella se hacía la remolona, el joven seguía insistiendo. Al caer la noche, él le deseaba que descansara y que, con un poco de suerte, soñase con él.

A Ana le hizo gracia la primera vez que leyó eso de soñar con él. En efecto, ella había tenido sueños húmedos, muy húmedos, con el profesor de sus hijos. Y estaba completamente avergonzada.

Recordó cuando se rio de su amiga Raquel por lo mismo. Ahora era ella la quinceañera atontada.

Hoy tampoco puedo ir a recoger a Lucas.
Tengo mucho trabajo

Mintió.

¿Y mañana? ¿Vendrás a buscar a
Guille cuando termine judo?

Quiso saber Bruno.

No creo

Tecleó ella.

Vale. Entonces, ¿pasarás conmigo el fin de
semana?

Ana cerró los ojos y suspiró. Era muy injusto tener al chico esperando.

Sin embargo, a pesar de saber esto, la complacía su empeño y por eso no le daba una respuesta ya.

No quería decirle que no porque la halagaba que él estuviera pendiente de su decisión.

Pero también tenía miedo de decirle que sí porque, ¿qué sucedería entre ellos? ¿Simplemente cenarían o habría algo más? ¿La llevaría a bailar o se conformaría con una tranquila charla? ¿Irían al cine? ¿Cómo se divertían los jóvenes de la edad de Bruno? Y si iban más allá y terminaban en la cama, ¿qué cosas harían? ¿Tendría que explicarle lo que a ella le gustaba y lo que no? ¿O era mejor dejarse llevar? ¿Estarían ambos a la altura de las circunstancias? ¿Quedarían satisfechos después de la sesión de sexo o alguno de los dos saldría perjudicado por no haber cumplido las expectativas del otro? Tener que aprender los gustos de otra persona y que esa persona aprendiera los suyos, después de haber estado tantos años con su marido, le daba una pereza terrible.

Por otro lado, pensar que tenía un mundo nuevo por descubrir esperándola ahí fuera le creaba una sensación de aventura y alegría, pero también de vértigo.

No lo sé aún. Déjame hasta mañana

Escribió por fin.

Bruno gruñó al recibir su mensaje. Sabía que ella le estaba dando largas para no quedar con él. Sus reticencias sobre la edad la estaban haciendo dudar. ¿Cómo hacerle entender que no era una distancia tan enorme? ¿Cómo hacerle comprender que era un obstáculo que fácilmente podían salvar?

Está bien. Mañana, cuando tengas tu respuesta, me mandas un mensaje

Tecleó él, tragándose su impaciencia y ansiedad.

...

Ana durmió mal esa noche. No se le iba de la cabeza que tenía que darle una respuesta a Bruno ya.

Durante el día, montones de veces escribió mensajes para el joven maestro, que luego borraba sin atreverse a enviar.

El viernes se le pasó volando, y cuando se quiso dar cuenta, Damián había llegado para llevarse a sus hijos. Lucas celebraría su cumpleaños con su padre ese fin de semana. Deseaba que se lo pasara bien.

Como siempre, se despidieron en el portal de su casa y, hasta que el coche de su ex no llegó al final de la calle, ella no se dio la vuelta para meterse en el edificio.

Mientras esperaba el ascensor, escribió un nuevo mensaje para Bruno.

Y lo borró como había hecho con los anteriores.

Unos golpes en el cristal de la puerta la sobresaltaron.

Al mirar hacia el exterior se quedó de piedra.

Bruno estaba al otro lado de la puerta, esperando que ella le abriera después de haber tocado con los nudillos para llamar su atención. En la mano llevaba, prendido de un hilo, un globo rojo con forma de corazón, que quedaba por encima de su cabeza, y este iba atado a una bolsita de papel en cuyo interior había algo.

—¿Qué... Qué haces aquí? —preguntó cuando reaccionó y le abrió la puerta, mirando alternativamente al globo, a la bolsa y a él.

—Es viernes, y todavía estoy esperando tu respuesta.

El joven se metió en el portal sin ser invitado. Le tendió el globo junto con la bolsa.

—Ten. Para ti.

—Gra-gracias. Pero... es que... todavía no-no sé qué decirte —contestó ella cogiéndolo todo.

Él se acarició la barba con lentitud.

—Vale. No pasa nada. Vámonos a cenar y ya está.

—Bruno, yo...

—Tú estás indecisa —afirmó acercándose más a ella. Ana dio un par de pasos atrás hasta chocar con la pared, quedándose sin escapatoria—. Así que déjate llevar.

Se miraron unos segundos a los ojos, notando el calor que emanaban sus cuerpos tan cercanos y cómo sus respiraciones se

mezclaban en aquel reducido espacio.

Bruno posó las manos a la altura de la cabeza de Ana, apoyando las palmas en la pared.

—Su-suena muy tentador, pero...

—Déjate llevar —repitió él en un susurro. —Ladeó un poco la cabeza y recorrió con los ojos el rostro de la mujer. Una juguetona sonrisa se le extendió por la cara al comprobar su nerviosismo. Otra vez había tartamudeado—. Vamos. Tengo el coche aparcado ahí fuera. Te prometo que no volveremos tarde. —Hizo una pausa y añadió—: No pasará nada que tú no quieras que pase. Seré un buen chico. Me portaré como un caballero. No tengas miedo.

Ana inspiró profundamente antes de contestarle. Captó el aroma a cítricos que desprendía la colonia de Bruno mezclada con su esencia primitiva y a punto estuvo de colgarse de su cuello para lamerlo. Desvió un momento los ojos hacia arriba para observar el globito en forma de corazón, y una fugaz sonrisa pasó por su cara.

—¿Qué-qué hay en la bolsa? —quiso saber ella.

—Una cajita de bombones. Me ha dicho Lucas que te encantan y que eres capaz de comértela entera de una sentada.

—¿Has estado interrogando a-a mi hijo? —preguntó dándose de tortas mentalmente por balbucear igual que un bebé.

—Sí. Necesitaba saber cosas de ti para darte esta sorpresa.

Ana se sintió halagada al ver que Bruno demostraba interés por ella, algo que nunca había hecho su exmarido en todos los años de casados ni de novios. Damián nunca la había sorprendido de ninguna manera.

«¿Cómo qué no? —gritó su conciencia—. Te sorprendió poniéndote los cuernos. Menuda sorpresa, ¿eh?».

—Gracias —logró decir en un murmullo.

Bruno quitó una mano de la pared y acarició con un dedo el contorno de la mandíbula de Ana, dejando un río de lava ardiente a su paso.

Ella emitió un tembloroso suspiro mientras pensaba que debía dejar de comparar al joven con su exmarido. Sentía que la delicada caricia la estaba derritiendo.

—Está bien..., pe-pero tengo que cambiarme de ropa.

—¿Por qué? Así estás perfecta —comentó mirándola de arriba abajo.

Ana llevaba una minifalda vaquera, unas medias negras tupidas y un suéter también negro. En los pies, unas zapatillas del mismo tono que el jersey, con el logotipo de la marca Nike plateado a los lados, y una trenca de ante oscuro, con las mangas y los hombros en cuero.

—¿Para salir a cenar? ¡Voy en zapatillas! —exclamó ella.

—¿Y qué? Yo también. —Se señaló con la misma mano con la que la había acariciado.

Ana deslizó los ojos por el cuerpo masculino. Era cierto. Bruno llevaba unas zapatillas grises con un pantalón vaquero, un jersey de cuello vuelto claro y una cazadora tipo Bomber en verde militar.

Por un momento surcó por su mente la idea de que, en la posición en la que estaban, uno frente al otro, con él acorralándola contra la pared, con gusto ella elevaría las piernas para rodear las caderas masculinas, se colgaría de su cuello y devoraría esos labios carnosos tan tentadores. ¿Cómo besaría Bruno? ¿Sería tierno o rudo? Recordó entonces el comentario de su amiga Raquel sobre que, a la edad del joven, estaba en pleno vigor sexual, y su entrepierna se humedeció.

Notó cómo el rubor teñía sus mejillas hasta alcanzarle las raíces del pelo.

«Genial, Ana. Además de tartamudear, ahora te pones roja como un tomate».

La voz de su conciencia puso los ojos en blanco y se dio una palmada en la frente, si es que eso era posible.

La luz del portal se apagó, sumiéndolos en una penumbra rota solo por el resplandor de una farola de la calle, situada frente al edificio donde Ana vivía.

—Bu-bueno..., tengo que subir para dejar esto que me has traído.

Bruno negó con la cabeza.

—No hace falta. Puedes llevarlo contigo.

El ascensor se abrió en ese momento y una vecina salió de él.

Los miró a ambos e intuyó que Ana tenía algo con ese joven a juzgar por la posición en la que estaban y medio a oscuras. El globo

en forma de corazón también decía mucho.

Los saludó y salió a la calle.

—Mierda... Nos han pillado... —murmuró ella mortificada.

—¿Y qué pasa? Tú estás divorciada. Yo estoy soltero. No tenemos que escondernos.

Bruno volvió a apoyar la otra mano en la pared.

—Pasa que me acaban de pillar como a una adolescente, besándome en el portal de casa con el novio de turno a oscuras. Ya no tengo edad para hacer estas cosas, Bruno.

Bajó la cabeza, avergonzada. Pero Bruno le cogió la barbilla con los dedos y se la alzó.

—¿Qué pasa porque una vecina te vea conmigo en actitud cariñosa? Te repito que los dos estamos solteros. ¿Qué hay de malo en que nos vea la gente? Podemos hacer lo que nos dé la gana. No tenemos que escondernos. Además, no nos estamos besando, aunque a mí me encantaría. —Le guiñó un ojo con picardía.

—Eres mucho más joven que yo. ¿No te das cuenta? Necesitas estar con alguien de tu edad.

—Olvídate de la edad que tengo. Lo que yo necesito es besarte. Y creo que tú también lo necesitas —dijo abrazándola por la cintura.

—Aquí no, Bruno. Podría venir otro vecino y vernos.

—Es que no puedo resistirme cuando te tengo delante. Me resulta imposible no mirarte. Todo desaparece cuando estás tú y solo pienso en besarte, en abrazarte, en acariciarte...

—Bruno... —gimió. ¿Cómo hacerle entender?

—Dame una oportunidad, por favor. Conóceme.

—La gente hablará. No quiero ser la comidilla de mis vecinos, de las mamás del colegio...

—¿Eso es realmente lo que te preocupa? —soltó Bruno, estrechándola más contra sí. Ella no se lo impidió y él sonrió contento.

Se miraron a los ojos unos segundos.

—Ojalá yo fuera más joven —suspiró Ana—. Haríamos mejor pareja.

—A mí me gusta la pareja que hacemos. ¿Has mirado muchas veces la foto que nos hicimos?

Ella recordó que él se la había mandado aquella misma noche de domingo, cuando estuvieron en Madrid Río con los niños y las bicis.

—Yo sí —prosiguió Bruno—. Cada día al levantarme, al acostarme, cuando tengo ratos libres entre clases...

—Yo también, aunque estoy horrible. Vestida con ropa de deporte, sin maquillar...

—Normalmente, vas sin maquillar, excepto en el cumpleaños de Lucas. Ese día estabas espectacular —señaló él.

—Ya. —Mentalmente, le volvió a dar las gracias a su amiga Bea por el buen trabajo que había hecho—. Pero, aun así, no entiendo qué ves en mí. ¿Cómo es posible que te haya gustado?

Él la miró con intensidad.

—Si pudiera, te prestaría mis ojos para que vieras lo hermosa que eres.

Ana se quedó boquiabierta por un momento al escucharlo. Después, reaccionó.

—Va-vaya... ¿Además de profesor de Educación Física y judo también eres poeta?

Bruno pensó unos segundos su respuesta.

—Me convertí en poeta cuando te conocí.

El ruido del ascensor, que algún vecino había llamado, los sacó de su burbuja.

—Nos van a pillar otra vez —comentó Ana desviando la vista hacia el elevador—. Será mejor que te vayas.

—Se me ocurre una idea mejor. ¿Por qué no subimos a tu casa y pedimos algo para cenar? Tú no tendrás que cocinar y apenas ensuciaremos.

Ana meditó unos instantes. ¿Meter a Bruno en su casa? Ningún hombre, aparte de sus hijos y su padre, había vuelto a entrar en su hogar desde que Damián se había marchado hacía algo más de un año. De nuevo, miró el globo en forma de corazón y la cajita que había dentro de la bolsa, y se preguntó a sí misma «¿Por qué no?». Así no los vería ningún vecino. Además, tenía la casa bastante limpia, aunque estaba segura de que él no se daría cuenta.

—Vale, pero tendremos que subir por las escaleras.

Bruno se apartó y le hizo un gesto con la mano para que ella subiese delante.

Ana encendió la luz para ver. No quería que alguno de los dos tropezase y se cayera.

Con cada paso, el corazón de Ana se alteraba más. ¡Había invitado a un chico de veintiocho años a subir a su casa! ¿Estaba loca? Seguramente.

Pero se dijo que solo iban a cenar como dos amigos, y después él se marcharía a su casa. Quizá quedarían para el día siguiente y hacer algo juntos... o quizá no.

Cuando llegaron al segundo piso, sintió las manos de Bruno en su cintura y se tensó. Las mariposas de su estómago revolotearon frenéticas y el pulso se le disparó. Se quedó muy quieta esperando a conocer sus intenciones. El joven hundió la nariz en su pelo y murmuró una pregunta:

—¿Qué champú usas? Tu pelo huele de maravilla.

—U-uno de san-sandía. No... No recuerdo la marca... a-ahora mismo —respondió ella tragando saliva con dificultad. La sangre en sus venas hervía, como si tuviese fuego por dentro recorriéndolas. El corazón bombeaba tan fuerte que creyó que le rompería alguna costilla.

—Pues me encanta —dijo él cogiendo un mechón e inhalando profundamente.

Después, le retiró el cabello a un lado y lo sujetó con la mano. Cuando posó los labios en el cuello de Ana y comenzó a darle pequeños besos, ella creyó que se desmayaría. Cerró los ojos para rendirse a las caricias que la boca de Bruno la estaba prodigando y vio miles de estrellas tras los párpados. Se recostó contra el duro y fuerte pecho del joven y le dejó apoderarse de esa parte de su cuerpo mientras disfrutaba del roce suave de su barba.

Bruno recorrió con los labios el cuello, la nuca, la mejilla y el lóbulo de la oreja, que lo tentaba a tirar de él con los dientes. Se estaba excitando a la velocidad del rayo. Sentía que una potente erección comenzaba a crecer en el interior de sus pantalones. Cuando oyó gemir a Ana, igual que un gatito que ronronea bajo las caricias de su amo, se dijo que debían llegar a la casa lo antes posible.

—¿Cuántos pisos faltan para llegar al tuyo? —preguntó en un susurro repasando la piel del cuello de Ana, incapaz de despegar

los labios de ella.

—Uno más. Vivo en el tercero —contestó ella con un suspiro tembloroso.

—Bien. Vamos.

Bruno se adelantó y, agarrándola de la mano, tiró de ella, subiendo las escaleras con prisa.

Cuando llegaron al tercer piso, Ana sacó las llaves del bolsillo e intentó meterlas en la cerradura. No tuvo éxito. Estaba tan nerviosa que se le cayeron dos veces antes de que Bruno las cogiera y abriese él la puerta.

Nada más entrar, Bruno le devolvió las llaves y Ana las dejó sobre un mueble que había en el recibidor. Hizo lo mismo con el globo y la bolsa.

—Bienvenido a mi casa —dijo con el pulso desbocado como si hubiera corrido una maratón.

—Muy bonita —contestó él mirando alrededor.

Ella soltó una carcajada nerviosa.

—Pero si solo has visto el recibidor...

—En estos momentos, no me hace falta ver nada más.

Y, dicho esto, se cernió sobre ella con su metro ochenta rebosante de deseo.

Ella levantó la cabeza al tenerlo tan próximo para poder mirarlo a los ojos.

Bruno le sujetó la nuca con una mano y, con la otra puesta en su cintura, la pegó más a él.

Cuando sus labios se tocaron, fue como si explotasen fuegos artificiales. Con la lengua, él resiguió el contorno de su boca, explorándola a conciencia, y después la introdujo buscando la de Ana para bailar juntas una danza sensual.

Bruno era delicado besando. Al principio. Porque, pasados de unos minutos, profundizó el beso, tornándolo más duro.

Mientras besaba a Ana con hambre, deslizó su chaqueta por los brazos de ella hasta que cayó al suelo. Luego, tiró del suéter que llevaba y se lo sacó por la cabeza.

Regresó a su boca para saborearla otra vez. Le acarició el interior con lentas pasadas de su lengua y la abrazó con todos los sentidos puestos en la magnífica mujer que rodeaba con sus brazos.

Cuando ella sintió la presión de sus carnosos labios en su boca, una sacudida de placer la recorrió entera. Mientras sus lenguas se enredaban, acariciándose y jugando una con la otra, el deseo los quemó en las venas. El fuego era cada vez mayor.

Bruno abandonó los labios de Ana, dejándolos palpitantes, y comenzó un sinuoso viaje por su garganta y su pecho. Por donde pasaba su lengua dejaba un río de lava ardiente.

—Eres hermosa... —susurró contra su piel—. Eres bella... Eres una mamá muy pero que muy follable.

Ana se rio, al tiempo que las manos de él buscaban sus secretos femeninos bajo la minifalda vaquera. Consiguió desabrocharle los botones y la prenda cayó al suelo, uniéndose con la chaqueta y el jersey.

De una patada se deshizo de ella y se bajó los pantis mientras él se quitaba la ropa con rapidez.

—Oh... Mierda... —murmuró Ana.

—¿Qué pasa?

—Tengo..., tengo que ponerme... un conjunto bonito —dijo mirándose el sujetador negro y las braguitas azules con florecillas blancas.

Intentó marcharse de allí, pero Bruno la retuvo.

—¿Tiene que ser ahora? Además, te lo voy a quitar de inmediato. ¿Para qué te vas a cambiar la lencería?

—Es que... Estoy horrible así —murmuró mortificada.

Recordó lo que Raquel le decía siempre. Tenía que ir guapa por dentro, sexi, pues no sabía cuándo se presentaría la ocasión de enseñar lo que escondía bajo la ropa.

—Pues tengo la solución —oyó que Bruno le decía sacándola de sus pensamientos.

En un abrir y cerrar de ojos, él le bajó las braguitas y le desabrochó el sostén, que deslizó por sus brazos hasta que cayó al suelo junto a todo lo demás. Las zapatillas se las habían quitado a patadas mientras se besaban, sabiendo lo que iba a ocurrir.

Cuando la tuvo desnuda frente a él, se lanzó a por sus pechos y le lamió los pezones, fustigándolos con la lengua. Primero, uno; después, el otro. A Ana le latían los senos por las sensaciones producidas con sus descaradas caricias.

Bruno la cogió entonces por las caderas y la alzó. Ella lo rodeó con las piernas.

El joven la empotró en la pared y se apretó contra su sexo, haciéndole notar la dureza de su erección. Se frotó contra ella varias veces y, cuando los jadeos de ambos se convirtieron en uno solo, supo que había llegado el momento.

Antes de quitarse los pantalones, él había sacado de un bolsillo un preservativo, que guardaba en su puño. En ese momento, se despegó de sus senos para romper el envoltorio plateado y ponérselo en el pene, protegiéndoles a los dos con este acto.

—¿Estás preparada? —preguntó mirándola a los ojos.

—La habitación está al final del pasillo a la derecha —le indicó ella jadeando.

—No hay tiempo —contestó.

Se insertó en ella con una certera estocada que los hizo gemir de placer. Comenzó a salir y entrar del cuerpo de Ana mientras no dejaba de mirarle los labios hinchados por sus besos.

Con las manos en las nalgas femeninas, la afianzó a su cuerpo más todavía. Salió de ella un momento y volvió a enterrarse hasta la empuñadura. Ana se agarraba al fuerte cuello masculino con una mano y con la otra, puesta sobre su hombro derecho, permaneció sumida en el lujurioso asalto a sus sentidos.

Nunca jamás la habían empotrado contra la pared ni contra ninguna otra cosa. Lo había leído en muchos libros y visto en algunas películas, pero jamás le había sucedido a ella. Se sintió como la protagonista de una novela erótica: lasciva, deseada, sexi y bien follada. El maestro de judo arremetía contra ella con la fuerza de un toro y, aunque se hacía daño en la espalda, no le importó. Ni por todo el oro del mundo pararía. Recordó el comentario de Raquel sobre el vigor sexual a la edad de Bruno otra vez y sonrió. Su amiga tenía razón. Mucha razón.

Cuando Bruno comenzó a rotar las caderas para darle más estímulo al clítoris, buscando la liberación de Ana, esta creyó morir de placer. Recorrió, con ojos vidriosos por el orgasmo que se avecinaba, el torso del profesor. Tenía los hombros anchos y musculosos. Los pectorales delineados, cubiertos por una capa de vello oscuro que bajaba en línea recta hasta su miembro, que

continuaba enterrándose en ella. El vientre, con todos los abdominales perfilados. Las piernas, fuertes y largas; y unos potentes brazos que la sujetaban contra la pared.

En definitiva, Bruno parecía un dios pagano esculpido para dar placer.

Para darle placer a ella.

Notó cómo algo subía en su interior, como la espuma del champán, y supo que iba a llegar al clímax en cuestión de segundos.

—Estoy... casi... Bruno..., ya me viene... —gimió antes de abandonarse al placer que se propagaba por todas las células de su cuerpo.

Bruno la mantuvo inmóvil contra la pared, sujetándola por las caderas, mientras continuaba con sus embestidas, alargando al máximo el placer de Ana hasta que ella pensó que iba a morir de lo intenso que era.

Cuando ella echó la cabeza hacia delante y la apoyó en la curva de su cuello, él culminó con un varonil gruñido.

Se quedó muy quieto, con Ana entre sus brazos anclada con las piernas a sus caderas y con su miembro enterrado profundamente en su sexo.

—Dios..., me quedaría así para siempre... —jadeó Bruno con la respiración entrecortada.

—Yo también —suspiró Ana con la voz temblorosa.

Permanecieron así algunos minutos, con el cuerpo femenino clavado a la pared gracias a la erección de él, mientras sus respiraciones se normalizaban.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella pasado un tiempo.

—Dime —respondió saliendo de su sexo para bajarla al suelo con cuidado y quitarse el condón.

—Nunca me habían empotrado.

Él alzó los ojos y sonrió.

—¿En serio? —Ana negó con la cabeza—. Bueno, ¿y qué tal la experiencia?

—Alucinante —dijo con un largo suspiro.

Bruno soltó una carcajada.

—Pues cuando quieras —le guiñó un ojo—, ya sabes. ¿No te dije que a lo mejor era yo quien te iba a enseñar cosas?

Ella correspondió a su risa.

Él se acercó para besarla de nuevo.

—¿Dónde tiro esto? —preguntó al acabar el beso, enseñándole el preservativo lleno de semen que tenía entre los dedos.

—La basura está debajo del fregadero, en la cocina —le indicó mientras Bruno hacía un nudo en la funda de látex para que no se saliera el contenido.

Ana le señaló la puerta de enfrente a donde habían dado rienda suelta a su pasión y él se volvió para ir a tirar el condón.

Cuando contempló su apretado culo desnudo, el calor la invadió de nuevo.

Gimió, y Bruno la miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa? ¿Te duele la espalda por frotarte contra la pared? Intentaré tener más cuidado la próxima vez.

—No es eso —dijo pensando que sí la notaba resentida, pero estaba segura de que se le pasaría.

—¿Entonces? —quiso saber él, que abrió la puerta de debajo del fregadero y tiró el preservativo dentro del cubo de la basura.

—Es que... tienes un culo perfecto...

Bruno se rio mientras volvía a ella caminando lentamente. A Ana le recordó a un felino acercándose a su presa para cazarla.

Y supo que la presa era ella.

A mitad de camino, él dio una vuelta sobre sí mismo para que ella lo pudiese ver bien por todos lados.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó.

Ana asintió.

—Mucho.

—A mí también me gusta lo que veo —dijo recorriendo el cuerpo de ella con ojos hambrientos.

Terminó de cubrir la distancia que los separaba y la cogió otra vez por las caderas, subiéndola a su cuerpo.

—¿Dónde habías dicho que estaba tu habitación?



Capítulo 16

—No he estado mal para ser un yogurín, ¿verdad? —preguntó Bruno tras el segundo asalto.

Esa vez la había depositado sobre su cama, tras quitar la colcha, y se había dedicado a satisfacer oralmente su sexo con lentas caricias de su lengua. Cuando ella alcanzó el orgasmo, él se hundió de nuevo en su cuerpo, después de haberle pedido un condón para protegerse los dos, que Ana sacó de un cajón de la mesilla. A pesar de llevar tanto tiempo divorciada y no querer tener ninguna relación, no se había deshecho de la caja de preservativos y ahora daba gracias al cielo por ello.

—No, nada mal. Pero me has dejado hecha polvo. Necesito descansar un poco. Nunca había tenido dos orgasmos en una noche y, encima, tan seguidos —contestó con un suspiro.

«¿En serio? —pensó Bruno—. ¿Qué coño ha estado haciendo su exmarido con ella todos los años que han estado casados? Aparte de serle infiel. Maldito cabrón. Tiene a una mujer fantástica y se va a buscar a otra. Pero mejor para mí. Así puedo estar con ella».

—Puedo hacer que tengas muchos más —susurró el joven en su oído.

La voz de Bruno le acariciaba los sentidos del mismo modo que sus dedos lo hacían con su piel.

—Tú lo que quieres es matarme. Déjame descansar, por favor. ¿No te das cuenta de que soy mucho mayor que tú y no puedo seguirte el ritmo?

Bruno, que había estado abrazándola contra su pecho, cambió de posición y se colocó encima de ella, sentado en sus caderas, pero sin hacer presión para no aplastarla con su peso.

—Eso de que no puedes seguirme el ritmo habrá que verlo. Estoy seguro de que llegarás al tercer orgasmo antes de las doce de la noche. Además, cuanto más acostumbrada estés a practicar ejercicio —sonrió de una manera descarada y traviesa—, más resistencia tendrás.

Ana miró su reloj. Eran las diez y cuarto.

—Como no haga algo para reponer fuerzas... —musitó.

—¿Pedimos la cena?

Ella asintió.

—¿Qué prefieres? —quiso saber él dándole un beso en los labios, y se levantó para ir a buscar su móvil.

¿De verdad estaba pasando todo esto? Ana creía que soñaba, pero, al ver otra vez el trasero desnudo de Bruno, junto con su espalda ancha y sus fuertes piernas y brazos, se dijo que no. No soñaba. Sonrió feliz. Se sentía eufórica, exultante. Jamás en toda su vida de casada ni de novia con Damián había tenido dos orgasmos en una noche, y le habían prometido un tercero. Estaba segura de que Bruno se esforzaría por cumplir esa promesa y dejarla bien saciada y satisfecha.

¡Qué distinto había sido todo con su ex! Damián siempre buscaba su beneficio personal. Pocas veces había llegado al orgasmo con él. Ella, tonta, callaba. Mientras que su exmarido estuviese contento y satisfecho... Pero no le había servido de nada porque él se había ido con otra. Quizá por esto. Porque ella nunca demandaba nada, porque permanecía en silencio en lugar de reclamar lo suyo. Damián era muy tradicional en cuanto al sexo. Nada de empotrar en ningún sitio ni hacerlo en la ducha ni en cualquier otra posición que no fuera la del misionero. Incluso el sexo oral, como el que acababa de tener con Bruno —que la había comido como si fuera su postre favorito—, Damián lo rechazaba. Muy pocas veces su ex había visitado sus partes bajas, y esas pocas veces ella no había sentido nada, pues como él no dejaba de refunfuñar, ella no podía concentrarse.

No entendía cómo Noelia estaba con él, si en la cama era un muermo. Nada que ver con Bruno, que, estaba segura, cumpliría sus fantasías más obscenas y perversas sin quejarse.

Pero quizá a Damián le había pasado como a ella con Bruno. Había descubierto un mundo nuevo y atrayente.

Se preguntó cuánto duraría ese tiempo con el profesor. ¿Un mes? ¿Dos? Estaba segura de que tarde o temprano él se cansaría de ella y la dejaría para buscar a una chica más joven, más como él. Cuando Bruno se diera cuenta de que no tenían nada en común, de que su visión de la vida era distinta, de que ella estaba en una etapa en la que buscaba tranquilidad, con dos hijos crecidos...

Y él estaba empezando a vivir. Le faltaba todavía mucho camino por recorrer, muchas experiencias por disfrutar, muchos tropiezos... Era mejor que estuviese con una chica de su edad y que se acompañaran en el camino de la vida, aprendiendo juntos todo lo que les quedaba...

Notó que empezaba a entristecerse y se obligó a no hacerlo.

Bruno estaba con ella ahora, en estos momentos, y ella iba a aprovechar la oportunidad que se le había presentado. Iba a saciarse con ese cuerpo joven que se había cruzado en su camino e intentaría ser feliz el tiempo que durase.

Debía tener en cuenta a sus hijos. No quería dar mal ejemplo, así que tendría que ocultarse para que la gente no hablara a sus espaldas ni la criticara, y que ellos no sufrieran. Tampoco podía convertirse en una mujer libertina y que Lucas y Guille se avergonzaran de ella en el futuro.

Bruno regresó a la habitación y se la encontró tumbada en medio de la cama, mostrándose ante él desnuda, sin pudor. Las sensuales curvas del cuerpo de Ana lo atraían como un imán y estaba deseando unirse a ella de nuevo. Notó cómo su miembro cobraba vida ante esta erótica visión. Ana tenía una figura estilizada, los senos de un tamaño perfecto para él, ni grandes ni pequeños; un ligero abultamiento en su vientre debido a los embarazos, que no desentonaba en absoluto con el resto de las líneas armoniosas de su cuerpo. Las caderas y los muslos se habían acoplado a la perfección a la fisonomía de Bruno, casando con los suyos como si fueran las piezas de un puzle.

Estaba contento, sí, muy contento de tener a esa mujer toda para él. Su exmarido había sido un idiota por haberla cambiado por otra. Peor para él. Si su ex no la quería, ya estaba él para hacerlo. Ana ya tenía suplente que le diera calor, la mimase y la adorase como ella se merecía. Iba a ser su compañero, a estar con ella, a su lado, sin fallarle, como hizo su ex. ¿Qué le habría pasado por la cabeza a ese hombre para dejarla? A lo mejor es que se había cansado de ella. Pues bien, lo que para uno es viejo, para otro es nuevo, y Bruno pensaba aprovecharse del error del ex de Ana. Llegó el relevo para ella, para hacerla feliz y cumplir todos sus deseos.

Pero antes debían reponer fuerzas los dos.

—¿Qué pedimos? ¿Comida china, *pizza*, *burguer*...? —preguntó—. Aunque, si me das a elegir, yo prefiero comerte a ti —ronroneó con sensualidad.

Se subió a la cama y reptó por la desnudez de ella, depositando pequeños besos, que alternaba con tiernos mordiscos, por toda su piel.

Ella comenzó a reírse. El roce de su barba le hacía cosquillas.

—Comida china. Hace mucho que no la como —soltó Ana entre risas.

Bruno llegó a la altura de sus labios, los besó fugazmente y se recostó contra el cabecero de la cama. Buscó en Google un restaurante chino cercano al domicilio de Ana y, cuando lo halló, marcó el número de teléfono.

Tras pedir la cena, dejó el móvil sobre la mesilla y se escurrió hacia abajo, abrazando a Ana, que se apretó contra su torso y emitió un ronroneo feliz.

—¿Sabes? —comenzó a decirle él—. Me he dado cuenta de que ya no tartamudeas cuando hablas conmigo.

—Sí. ¡Uf! Menos mal. Es que me ponías nerviosa, pero ahora ya tenemos más confianza —dijo con una risilla baja que Bruno correspondió.

—Además, estoy muy contento de que por fin te hayas decidido a darme una oportunidad. No te defraudaré, lo prometo. Soy un buen chico.

—Sigo sin comprender qué has visto en mí. Soy trece años mayor, tengo el culo y las tetas caídas; algo de barriguilla por culpa

de los embarazos, los músculos flácidos, arrugas en la cara... De verdad, no sé cómo puedes estar conmigo en lugar de con una joven que lo tenga todo en su sitio, con quien la fuerza de la gravedad no se haya cebado.

Bruno puso los ojos en blanco al escucharla.

—Cualquiera que te oiga diría que no tienes nada bueno —contestó.

—Al menos, no tengo canas —dijo ella—. Algunas de mis amigas las tienen desde hace años, pero yo no. De eso sí que estoy contenta.

—Vamos a ver, Ana, no tienes un cuerpo tan feo como has descrito. Eres demasiado dura contigo misma. A mí me gustas mucho, me excitas, pero lo que más me atrae de ti es tu luz.

Ella levantó la cara de su pecho y lo miró sin comprender.

—¿Qué pasa? ¿Ahora soy una bombilla y no me he enterado?

Bruno soltó una carcajada al oírla.

—No, no es eso —dijo cuando terminó de reírse—. Me refiero a que eres de esas personas que tienen luz propia, que no necesitan apagar a los demás para brillar. Eres una mujer fuerte, independiente, decidida. No eres consciente de tu atractivo físico, y eso te hace increíblemente hermosa. Eres una gran madre y una luchadora. Eres de esas personas que suman, y a mí me gustan ese tipo de personas.

—Vaya...

Ana se había quedado sin palabras ante tal despliegue de cualidades que ella no sabía que tuviera. Le gustaba mucho que Bruno la viese de esa forma.

—Y todo esto lo has sabido ¿después de echar un par de polvos conmigo? —preguntó cuando se recuperó de todos aquellos piropos.

Bruno soltó otra carcajada.

—Además... Además, eres... divertida —comentó él sin poder parar de reír.

—Creo que pediré trabajo de payasa en algún circo —murmuró ella en voz baja, pero Bruno la oyó y su risa aumentó.

La abrazó más fuerte contra sí mientras dejaba de reírse y, cuando terminó, la besó en el pelo, en la frente y en los labios.

Lo que empezó como un tierno beso, pronto se volvió más voraz y hambriento. Las caricias que ella le dedicaba en sus pectorales le estaban haciendo arder otra vez. Las que él repartía por sus caderas y su trasero estaban haciendo que Ana se calentase de nuevo.

Varios mensajes en el móvil de Bruno se sucedieron uno tras otro, emitiendo sonidos cada dos por tres.

—Alguien debe estar desesperado por contactar contigo por WhatsApp —musitó Ana, despegándose de los labios de su amante.

El joven se separó un momento de ella para ver quién era la persona que estaba rompiendo el mágico instante con Ana.

Frunció el ceño al mirar la pantalla. Dejó el teléfono sobre la mesilla, sin leer los mensajes, y volvió a los brazos y a los labios de Ana.

—No es nadie importante —dijo.

Y continuó besándola.

Pero el móvil pitó de nuevo otras tres veces más.

—Deberías contestar a quien sea. Al menos, dile que estás ocupado y que ahora no puedes prestarle atención —le recomendó ella.

—No quiero hacerlo —resopló Bruno.

—¿Por qué? ¿Es alguien con quien te lleves mal?

—Es la chica con la que me viste en el centro comercial, ¿te acuerdas? Mi amiga Sheila.

Ana asintió. La recordaba perfectamente. Alta, guapa, con un cuerpazo de escándalo y que se agarraba a Bruno como una sanguijuela.

—Contéstale. Mira a ver qué quiere.

—Prefiero dedicarme a ti —ronroneó el maestro de judo acercándose a su boca.

—Pues, entonces, ponlo en silencio para que no nos moleste tu amiguita —le aconsejó Ana.

Él lo hizo y prosiguieron donde lo habían dejado. Los besos y las caricias fueron aumentando la temperatura de sus cuerpos, pero el sonido del timbre les alertó de que la cena había llegado a casa.

Contestó Ana mientras Bruno recogía la ropa desperdigada por el suelo y le pasaba a ella la falda con el suéter.

Ella se la puso con rapidez, y él hizo lo mismo con sus vaqueros y su jersey.

Cuando el chico del reparto llegó a su piso, los dos estaban vestidos. Ana se había hecho un moño desenfadado con una goma que tenía en el mueble del recibidor. Así no se veía el pelo enmarañado típico de cuando acabas de ser bien follada.

Cenaron entre miradas de complicidad y sonrisillas tontas.

—Hay algo que quiero contarte —dijo Ana.

Bruno la miró expectante.

—Los días que no he ido a buscar a mis hijos a judo era porque no quería verte, no porque tuviese mucho trabajo con las correcciones —confesó con sinceridad.

Si él había sido sincero en cuanto a lo que había pasado con Lucas, sus retrasos, etcétera, que se debieron a un plan organizado para quedarse más tiempo con ella, y además le acababa de contar lo de la chica esa con la que salió en el verano y que aún lo perseguía, ella debía ser igual de sincera con él. Era lo justo.

—¿Tan feo soy para no querer verme? —preguntó Bruno en broma.

—No, tonto. —Ella sonrió—. Es que no quería que se me notase demasiado que me gustas y cada vez que te veo me pongo muy nerviosa. Tanto que hasta tartamudeo, algo que nunca me había pasado. Mis amigas y otras mamás del colegio podrían darse cuenta, y empezarían las habladurías.

—Entonces, ¿no vas a volver nunca más a buscar a los chicos a judo? —preguntó Bruno.

—He decidido que sí voy a volver, pero tienes que prometerme que harás lo posible para que no se note nada de lo que ha ocurrido entre nosotros. Me tratarás como a una mamá más e intentarás darme a Lucas el primero. Sabes que llevo el horario a rajatabla para que me dé tiempo a hacer todo y...

—¿No será que me has seducido para conseguir que Lucas salga pronto de judo?

Bruno la miró achinando los ojos y frunciendo los labios. Se acarició la barba y esperó su respuesta, que llegó enseguida.

—¡No! Yo no soy de esas mujeres que usan el sexo para lograr sus objetivos —exclamó indignada.

—Ana... Te estaba tomando el pelo —suspiró sonriendo.

Ella abrió la boca para decir algo, pero Bruno levantó una mano para que le dejase hablar.

—No te puedo tratar como a una mamá más porque eres una WHIP. —Emitió un ronroneo sensual—. Eres mi WHIP.

—A mí háblame en cristiano, que yo el inglés no lo controlo mucho. ¿Ese es el término para «mamá follable»?

—No. Es el término inglés para «mujer ardiente, exitosa, con *glamour*, inteligente y en su mejor edad». Mucho mejor que MILF, «mamá follable», ¿verdad? WHIP empodera más a la mujer, creo yo. El martes, cuando te vea en judo, te voy a saludar así: «Hola, mi WHIP», ¿qué te parece?

—Bruno —gimió ella poniendo los ojos en blanco, sabiendo que lo del saludo era una broma.

—Está bien. Guardaremos las distancias. Intentaré que no se me note lo atraído que me siento por ti. De todas formas, tarde o temprano, la gente se enterará de nuestra relación. No podemos estar escondiéndonos eternamente. Además, no hacemos nada malo. No me van a echar del trabajo por haberme enamorado de una mamá del colegio. Conozco varios casos similares al nuestro y no ha habido ningún problema en que un profesor tuviera una relación amorosa con una madre.

—Ya, pero es que es muy pronto. Y, luego, están mis hijos.

—¿Qué pasa con ellos?

—No quiero que sufran por lo que puedan escuchar de la gente, por eso tenemos que mantener las distancias y ser solamente profesor y mamá de dos alumnos.

Bruno meditó unos segundos antes de hablar.

—Me parece bien que vayamos poco a poco al principio para no dar qué hablar. Sin embargo, no tenemos que escondernos tampoco. Además, estoy seguro de que Lucas se va a poner súper contento cuando sepa que estamos juntos. Con Guille no lo tengo tan claro, pero bueno, me lo tendré que ganar, ¿no? Solo espero que no me ponga las cosas muy difíciles. Entiendo que no soy su padre ni pretendo serlo, pero sí me gustaría que me viera como una figura de referencia, otra más de las que existen en su mundo.

Ana le miró boquiabierta.

—¿Piensas que se lo voy a contar a mis hijos? —preguntó asombrada.

—¿Por qué no? —quiso saber el joven confuso.

—Pues porque no. No quiero que se hagan ilusiones contigo y que dentro de dos meses termine lo nuestro. Además, contarle algo a un niño y pedirle que guarde el secreto es imposible. Los críos no saben guardar secretos.

—¿Por qué dices que lo nuestro va a durar solo dos meses? Ya te dije que soy un hombre de relaciones serias y duraderas. No estoy contigo para tener una aventura.

Ana cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, le explicó su punto de vista:

—Vamos a ver, Bruno. Yo tengo cuarenta y uno; tú, veintiocho. Nos llevamos trece años. Puede que ahora no se note mucho esa diferencia porque tú aparentas más edad y yo, como dijiste el domingo pasado en Madrid Río, parezco más joven de lo que soy. Sin embargo, llegará un momento en que esto no será así. A partir de ahora, yo voy a envejecer más rápido. Me saldrán canas, comenzaré con la menopausia, tendré más arrugas en la cara, mis músculos estarán más flácidos de lo que están ahora... La edad se me irá notando cada vez más mientras que tú estarás en lo mejor de tu vida. Aún seguirás siendo joven. ¿Qué pasará dentro de diez o veinte años? ¿Crees que seguiremos haciendo buena pareja cuando yo tenga cincuenta y tú, treinta y siete?

—La edad es solo un número —le repitió él como en otras ocasiones—. Y, en cuanto al aspecto físico, no me importa. Si nos llevamos bien, si nos compenetramos, si nos amamos de verdad, duraremos. Lo sé.

Ana meneó la cabeza. ¿Cómo podía él estar tan ciego? ¿Es que no se daba cuenta de lo que ella veía?

—¿Y cuando empiece a fallar en el plano sexual y tú aún estés con todo el vigor propio de la juventud? —preguntó ella.

—Podría ser yo quien fallara —rebatía Bruno—. ¿No te has parado a pensarlo? A mí podría no levantárseme, correrme antes de tiempo y dejarte insatisfecha, o cualquier cosa de las que nos ocurren a los hombres. ¿Qué pasará cuando pierda fuerza en los brazos y no pueda empotrarte como he hecho antes? ¿O cuando no

consiga que tengas dos orgasmos en la misma noche? ¿Me vas a dejar?

—¿Dejarte yo? Antes me dejarás tú, estoy segura.

Bruno sacudió la cabeza. Ana era muy obstinada, pero él lo era más, y le iba a demostrar lo equivocada que estaba. Solo era cuestión de tiempo.

—No voy a seguir discutiendo sobre esto —dijo Bruno—. Y tampoco pienso amarte a escondidas. Te prometo que ahora, al principio, guardaré un poco las distancias para evitar cotilleos de la gente. Pero más adelante...

—Tú estate calladito para evitar los rumores —le cortó ella—, y ya decidiremos qué hacer en el futuro.

«Si es que hay un futuro para nosotros», pensó Ana.

Bruno asintió con un movimiento de cabeza.

«Te convenceré. Lo juro», prometió él hablando consigo mismo.

—Son las once y veinte. Vamos a recoger —comentó Ana mirando su reloj.

—Sí, recojamos esto. —Señaló la mesa y luego la miró a ella con una sonrisa pícaro—. Recuerda que te he prometido un tercer orgasmo antes de las doce de la noche.



Capítulo 17

Bruno se quedó en casa de Ana todo el sábado. En su cama. Únicamente salieron de ella para atacar la nevera y la despensa, buscando reponer fuerzas.

—Esta tarde tengo una exhibición de katas en Villaviciosa de Odón —le comunicó él el domingo por la mañana—. Debo estar en el polideportivo a las cuatro y media, pero antes tengo que pasar por mi casa para ducharme, cambiarme la ropa y coger la mochila con el *judogi*.

Estaban abrazados, disfrutando del calor de la piel de uno y del otro. Ana le acariciaba el vello del pecho lentamente y él, su largo pelo, mechón a mechón, deleitándose con su suavidad y su olor.

—Bien. Yo me quedaré aquí reponiéndome del maratón sexual. Me duelen músculos que no sabía que tuviera —soltó con un suspiro.

Bruno sonrió al escucharla.

—Me gustaría que me acompañases.

Ella se quedó muy quieta en un primer momento. Luego, se movió para apoyar la barbilla en el torso de Bruno. Lo miró a los ojos fijamente.

—No. No puedo arriesgarme a que me vean contigo. Sabes que no nos conviene.

—Ana, allí no habrá nadie que te conozca. No tengas miedo.

Ella iba a negarse otra vez cuando él volvió a hablar:

—Por favor... Me hace mucha ilusión que vengas a verme, que me acompañes. —Bruno deslizó las dos manos por la espalda de ella, empapándose de su calidez y suavidad—. Por favor... Allí me conocen a mí, pero a ti no. No tengas miedo —repitió suplicándole con la mirada que le concediera ese deseo.

Ana lo pensó unos instantes.

—¿Estás seguro de que no habrá nadie conocido? ¿Ni Ángel ni Borja ni Antonio? —quiso saber mencionando a los maestros de judo del colegio.

—Es una exhibición que organiza el otro colegio donde trabajaba antes. Tú no conoces a nadie de allí. Aunque ahora que lo pienso... Habrá alguien del cole nuevo: Borja. Con él estoy entrenando este año, así que...

—Pues, entonces, no voy.

Ana se levantó de la cama y cogió la bata que tenía tirada en el suelo.

—Venga, por favor. Hablaré con él para que no diga nada a nadie. Borja es un tío legal, de fiar —intentó convencerla mientras la observaba ponerse la bata, tapando así su desnudez.

—He dicho que no. No me arriesgaré.

Terminó de atarse el nudo y salió de la habitación sin mirarlo.

Bruno fue tras ella maldiciéndose mentalmente por darle esa información. Se tenía que haber callado; sin embargo, prefería no ocultarle nada y por eso se lo había comunicado.

Anduvo por el pasillo hasta que la alcanzó. Ni siquiera se había molestado en cubrir su cuerpo con alguna prenda.

—Ana, por favor... —susurró agarrándola por las caderas para detener su caminar. Se pegó a su espalda y la abrazó por el pecho. Enterró la nariz en su cabello y suplicó—: Por favor, por favor...

Ella sentía el cálido aliento de él haciéndole cosquillas en la nuca.

—No... —dijo con un gemido de placer.

—Sí... Por favor...

Una mano atrevida se coló por la abertura de la bata y abarcó un pecho desnudo mientras la otra tiraba del nudo para deshacerlo.

—¿Cómo puedo convencerte? —preguntó Bruno.

—No puedes... —jadeó Ana al notar cómo él estimulaba su pezón izquierdo al tiempo que frotaba contra su trasero su miembro,

que comenzaba a endurecerse.

Las caricias de Bruno la estaban haciendo arder, iniciando un fuego en medio de sus piernas del que Ana sabía que no podría escapar.

Y tampoco quería hacerlo.

Toda su fuerza de voluntad se esfumaba cuando el joven la tocaba como estaba haciendo en ese momento. Sus neuronas eran aniquiladas, arrasadas por ese fuego, convirtiendo sus pensamientos coherentes en cenizas.

Él se había dado cuenta de esto durante el fin de semana y se aprovechaba en beneficio propio. Ella lo sabía.

—¿Vas a usar el sexo para convencerme? —preguntó Ana cuando Bruno terminó de desatar el nudo de la bata y coló los dedos entre sus muslos, buscando sus secretos íntimos.

—Usaré todo lo que esté a mi alcance para convencerte —murmuró él tirando del lóbulo de su oreja con los dientes, despacio.

—Pues ahora mismo lo que está a tu alcance no te va a servir de nada.

—¿Segura? —quiso saber Bruno girándola entre sus brazos para ponerla de cara a él.

Ella le sostuvo la mirada, retándolo. El joven vio que tenía las pupilas dilatadas, un claro signo de excitación. Supo que él también las tenía así, aunque no se las viera.

Bruno llevo las manos de Ana hacia atrás y, antes de que ella pudiera reaccionar, se las había atado a la espalda con el cinturón de la bata.

Ana abrió la boca por la sorpresa. Fue a protestar, pero los labios de Bruno acallaron cualquier queja. Recorrió con su lengua la húmeda cavidad bucal de la mujer, con lentas pasadas, sin olvidar ningún rincón por explorar.

Con una de las manos descendió por el vientre femenino y llegó hasta su pubis, dejando un rastro de fuego por donde pasaban sus dedos. Con la otra mano, la empujó ligeramente hasta que la espalda de ella chocó con la pared.

Bruno se distanció un momento de su boca para que tomaran aire los dos.

—¿Qué vas a hacerme? —quiso saber ella mirándolo con los ojos llenos de excitación y deseo al notar cómo los dedos de Bruno le abrían los pliegues íntimos y recogían toda la humedad allí acumulada.

—Voy a convencerte.

El maestro de judo bajó repartiendo pequeños besos por toda su piel hasta que llegó a su sexo desnudo y anhelante. Cogió una pierna y se la puso sobre el hombro para tener mejor acceso. Después, acercó su boca y sopló.

Un jadeo de placer escapó de entre los labios de Ana.

Bruno sonrió. Giró la cabeza un poco y dio tiernos besos en el muslo que tenía sobre el hombro. Después viajó por el bajo vientre de ella hasta llegar a la otra ingle, haciéndole cosquillas con la barba.

—Di que sí... —susurró contra su piel.

—Bruno —gimió ella adelantando las caderas, rogando que se dejara de juegos y posara la boca sobre su sexo, que reclamaba atención a gritos.

—Di que sí —repitió él.

Su lengua deshizo el camino andado, regresando al otro muslo. Al pasar por el pubis de Ana, ella gimió de frustración viendo que no se dirigía hacia el centro de su deseo.

—Ay, joder, Bruno...

—Di que sí —pidió por tercera vez— y obtendrás lo que quieres.

Ana sentía las piernas como si fueran de gelatina. Tenía todo el cuerpo ardiendo, enfebrecido. Las manos le picaban por la necesidad de agarrar a Bruno del cabello y obligarlo a enterrar la boca entre sus labios íntimos. Pero no podía hacerlo al tenerlas atadas a la espalda. Lo maldijo una y otra vez. Ese yogurín, ese jovencito que la estaba volviendo loca, sabía muy bien lo que tenía que hacer para convencerla. ¿Cómo pudo pensar que ella tendría que enseñarle algo en cuanto al sexo? Él era todo un experto y le estaba dando una lección magistral.

—Tú ganas. Te acompañaré a eso de las katas —murmuró dándose por vencida.

—No, cielo. Yo no gano. Ganamos los dos.

Bruno posó la boca sobre el sexo chorreante de Ana y se bebió los fluidos que salían de él. La inmovilizó por las caderas para degustarla a su antojo y conseguir que ella disfrutara de ese momento.

Cuando Ana se corrió con un agónico gemido de placer, él se la echó al hombro y volvió a la cama con ella. Le desató las manos, masajeándole las muñecas, y depositó un dulce beso en cada una. Después, cogió un preservativo de la mesilla y lo desenrolló sobre su dura erección.

Se hundió en el cuerpo de Ana disfrutando en cada centímetro de su polla del calor de ella, notando cómo lo aprisionaba con los músculos internos. Deseó no salir de allí jamás. Era el mejor lugar del mundo.

...

—El piso nos lo dejaron en herencia mis abuelos a mi hermano y a mí cuando fallecieron —le explicó Bruno mientras caminaban hacia el edificio donde se encontraba su casa después de dar varias vueltas para aparcar el coche de él—. Mi madre vive a dos calles con su marido, muy cerca de la estación de Atocha, y mi padre, en Alcobendas.

Iban por la calle agarrados de la mano como cualquier pareja de novios. A Bruno le había costado que ella enlazara sus dedos con los de él, pero la convenció diciéndole que por allí no iban a ver a nadie conocido. Ninguna familia o profesor del colegio, excepto él, vivía en aquella zona de Madrid. Al final, ella accedió.

—¿Se llevan bien tus padres? —preguntó Ana.

—Al principio, no. —Bruno sonrió con tristeza—. Ahora digamos que se soportan, aunque la verdad es que no suelen verse a menudo. Han pasado muchos años y cada cual ha rehecho su vida. Creo que la última vez que mi madre coincidió con mi padre fue hace seis meses. Se lo encontró de casualidad en un restaurante. Por lo que me contó mi madre, se saludaron y, tras una charla banal de pocos segundos, cada uno se fue a su mesa para comer con su pareja.

—¿Y tú? ¿Te llevas bien con ellos?

Bruno se quedó un momento sumido en sus recuerdos.

—Sí —contestó con un suspiro—. No veo mucho a mi padre, pero, cuando lo hago, el trato es cordial y educado. Él rehízo su vida enseguida tras el divorcio y ahora tiene otra familia. A mi madre le costó más. Lo pasó bastante mal con mi hermano y conmigo. Éramos adolescentes, estábamos en la peor edad y nos rebelábamos contra todo y contra todos. Se lo hicimos pasar muy muy mal... —Suspiró de nuevo y prosiguió—: Gracias a Dios que el judo nos ayudó a canalizar toda la rabia que sentíamos ante la situación que había en casa, con el divorcio, quiero decir, y poco a poco lo fuimos asumiendo. Mi hermano lo aceptó antes que yo, y así mi madre solo tuvo que lidiar conmigo. Si no hubiera sido por el judo y por Álvaro, el actual marido de mi madre, no sé qué sería hoy de mí.

—¿Te llevas bien con la pareja de tu madre? —quiso saber ella.

—Sí, muy bien. Aunque te voy a ser sincero: al principio, no me gustó nada que ella se liara con Álvaro, pero él supo ganarse mi cariño y mi confianza. Ahora somos muy buenos amigos.

Ana estuvo tentada de preguntar por qué se divorciaron sus padres, pero decidió no hacerlo. ¿Qué más daba? Se habían separado y punto. Cada cual había rehecho su vida y ahora eran felices. ¿Para qué remover el pasado? ¿Qué importaban las causas del divorcio de los padres de Bruno? Era mejor dejar el pasado atrás, enterrado, y mirar hacia delante. Continuar el viaje de la vida sin culpabilizar a nadie por lo que sucedió e intentar ser feliz de nuevo.

Llegaron al portal y se metieron en él.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Sergio.

—¿Estará ahora en casa? No sé si estoy preparada para conocer a alguien de tu familia —dijo deteniéndolo un momento.

El joven sonrió comprensivo.

—No te preocupes. Sergio está estudiando para las oposiciones de bombero y no suele salir de su cuarto. Se pasa el día con la nariz enterrada en los libros. Me gustaría que lo conocieras, pero, si no te sientes preparada, lo dejaremos para más adelante.

Ana respiró tranquila y aliviada.

Cuando llegaron al piso de Bruno, este le enseñó la casa con rapidez. No podía demorarse mucho o llegaría tarde a la exhibición. Lo único que Ana no vio fue la habitación de Sergio, a pesar de que Bruno tocó en la puerta y la abrió para hablar con su hermano. Ella se quedó en el cuarto de él, sentada en la cama, esperando mientras oía a los dos chicos hablar.

—Ya era hora de que aparecieras por aquí —le dijo Sergio. Su voz era similar a la de Bruno, pero más grave. Parecía, por la voz, mayor que él—. ¿Dónde has estado desde el viernes?

—Con Ana, en su casa.

Ella se sorprendió al escuchar su nombre y se preguntó a sí misma si Sergio ya sabría de su existencia. Por la forma de hablar de ellos, se dijo que sí, que el otro chico sabía que a Bruno le gustaba una mujer. Se preguntó cuánto le habría contado sobre ella. Si sabría que era divorciada, que tenía dos hijos y cuarenta y un años.

—Por fin ha caído —le felicitó su hermano—. ¿Y qué tal? ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, mucho. ¿Y tú? ¿Cómo vas con lo tuyo? —preguntó Bruno sin entrar en detalles del fin de semana con ella, pues sabía que Ana lo podía oír todo desde su cuarto y no le sentaría nada bien que compartiera con su hermano la intimidad que se había creado entre los dos. Estuvo tentado de confesar que la mujer estaba en la casa, pero no lo hizo, sabiendo las reticencias de ella a conocer a alguien de su familia tan pronto.

—Aquí, liado, como siempre. El examen será en unos cuantos días, así que estoy dándolo todo, apurando las últimas horas.

—Bueno, pues no te entretengo más. Yo me voy a duchar rápido y me iré a Villaviciosa para la exhibición de katas que te dije el otro día. ¿Has comido ya?

—Sí, pesado —contestó su hermano.

—¿Qué has comido?

—Una ensalada César.

—Vale. Acuérdate de parar en un par de horas y tomarte algo más.

—Sí, mamá —respondió con burla Sergio.

Ana sonrió al escucharlo.

Bruno salió de la habitación de su hermano y cerró la puerta. Regresó a la suya, donde Ana lo esperaba.

—Enseguida nos vamos —comentó el joven—. Si te apetece, puedes ir al salón y ver la tele un rato hasta que yo esté listo. O te puedes quedar aquí. Como prefieras.

Ana meditó unos instantes mientras observaba a Bruno coger la ropa que se iba a poner después de la ducha.

—Creo que me iré al salón a ver la tele —le informó.

—Bien.

Cuando pasó por su lado para salir de la habitación, Bruno se interpuso en su camino y, cogiéndola por la cintura, le dio un beso que la dejó sin aliento.

—Para que no me extrañes —susurró él contra los labios femeninos—. Luego me lo devuelves.

Ana asintió con la garganta seca por el tremendo beso recibido.

...

Ella estaba en el salón cuando vio pasar a Bruno con una botella vacía en la mano, camino de la cocina. Se levantó del sofá, apagando la tele con el mando a distancia, y fue tras él. Al llegar, se detuvo en la puerta, apoyándose en el marco. Admiró su ancha espalda, cubierta con una sencilla camiseta gris de manga larga, y el firme trasero, que tapaba el pantalón negro de chándal que llevaba. La boca se le hizo agua contemplando la masculina figura.

Con cuidado de no delatar su presencia, anduvo hasta él, casi de puntillas. Bruno ya había terminado de llenar la botella de agua, le puso el tapón y se giró para salir de la cocina en el mismo momento en que Ana llegaba hasta él. Si se sorprendió o no de verla allí, no lo pudo demostrar, ya que ella se echó en sus brazos y se apoderó de su boca igual que él había hecho minutos antes. Lo besó con toda la pasión y el deseo que había en ella, y que él había despertado ese fin de semana. Con la lengua recorrió el interior de su boca y le mordisqueó el labio inferior, tirando de él y luego soltándolo poco a poco. Metió los dedos por el ensortijado pelo de Bruno, acariciárselo, y con el pecho y las caderas pegadas al cuerpo

masculino, se restregó contra él, haciéndole sentir lo mucho que lo deseaba.

Bruno emitió un varonil gruñido de excitación cuando Ana hizo esto. La botella se le cayó al suelo sin que él pudiera hacer nada. Gracias a Dios que era de plástico.

—¿Ana?

La voz sonó detrás de ellos.

—¿Sergio?

En el mismo momento en que se escucharon esas dos preguntas, Ana se detuvo. Abrió los ojos, que había cerrado por unos segundos, y puso fin al beso. Se alejó un poco para ver la cara del chico y se quedó alucinada mirando a la persona que tenía frente a ella... y que era una copia de Bruno. Poco a poco, fue dándose cuenta del error que acababa de cometer.

Se giró, boquiabierta, y vio a Bruno, porque quien estaba en la puerta de la cocina era el verdadero Bruno, con la mochila al hombro y el pelo aún mojado de la ducha.

Retrocedió, dando varios pasos atrás, para poner un poco de distancia.

Como no le salían las palabras, los dos hermanos se pusieron a hablar a la vez.

—Joder, Sergio.

—Yo no he tenido la culpa. Tu chica me ha atacado por la espalda.

—¿Y no la podías haber detenido y haberle dicho que tú no eras yo? —preguntó Bruno molesto, entrando en la cocina.

—No me ha dado tiempo. En cuanto me he girado, la tenía encima de mí, besándome.

Bruno los miró a ambos. Su hermano estaba sorprendido, pero Ana... Ana quería que se la tragara la tierra, que se abriera un agujero y cayese por él para que no la vieran más.

¡Bruno tenía un hermano gemelo!

¡Y ella lo había besado!

¡Y qué beso! Se había lanzado sobre él igual que un sediento se lanzaría en medio del desierto si encontrara un oasis.

«No solo lo has besado, bonita, te has restregado contra él como si fueras una perra en celo», le recordó la voz de su conciencia.

—Lo siento —musitó ella en voz baja, apenas audible.

Bruno suspiró resignado. Mucha gente los confundía y, en el pasado, alguna que otra chica había besado al hermano equivocado.

—Ana, te presento a mi hermano Sergio. Sergio, esta es Ana.

Ella no levantó la cara. Estaba mortificada.

—Hola. Perdona por lo que ha pasado —le dijo a Sergio con la vista clavada en la punta de sus zapatillas.

—Hola, Ana. Tranquila. Ya nos ha sucedido alguna vez.

Sergio se agachó para recoger la botella del suelo y salió discretamente de la cocina, dejando a la pareja sola.

Bruno tardó un par de minutos en acercarse a Ana y ponerle un dedo bajo la barbilla para alzarle la cara.

—¿Estás bien? —preguntó. Aunque saltaba a la vista que no.

Ana lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento —continuó hablando él disculpándose—. Tenía que haberte contado que Sergio y yo somos gemelos.

—Pues sí —musitó ella—. Dios mío. Lo lamento tanto tanto... ¿Qué habrá pensado tu hermano de mí?

Ana se cubrió la cara con las manos y Bruno la abrazó.

—Ya nos ha pasado alguna que otra vez. Estamos acostumbrados a que la gente que no nos conoce mucho nos confunda.

Ella se retiró las manos de la cara y lo miró a los ojos.

—Sí, eso habéis dicho, pero... no tiene que sentar muy bien encontrarte a tu chica besando a otro.

Él exhaló un largo suspiro.

—Cierto, no sienta bien, pero tú no lo sabías. Ha sido culpa mía. Tenía que haberte dicho que tengo un hermano gemelo —repitió—. No lo has hecho a propósito, así que no cuenta como infidelidad. Tranquila. —Le sonrió para transmitirle calma y ánimo.

—Dios... ¡Qué metedura de pata! ¡Qué vergüenza!

—Venga, cálmate. Olvídalo.

Le acarició los brazos y la besó con dulzura en los labios.

—¿Has visto la escena completa? ¡Me he restregado contra él como si fuera un animal en celo! ¡Qué situación tan bochornosa!

—No pienses más en ello. Vámonos o llegaremos tarde —la apremió él. Agarró su mano y tiró de Ana para salir de la cocina y de la casa. Antes de cerrar la puerta, gritó—: ¡Sergio, nos vamos!

—¡Vale! ¡Pasadlo bien! —respondió su hermano, también gritando, desde su habitación.

Mientras bajaban a la calle, Ana le preguntó cómo podía distinguirlo de Sergio, pues a ella le habían parecido idénticos.

—Bueno, si te fijas bien, mi hermano tiene la cara algo más redonda que yo y un lunar encima de la ceja derecha. La barba más poblada que la mía, la voz más grave...

—Sí, lo de la voz ya lo he notado, pero claro, teniendo en cuenta que no le he dejado hablar... —murmuró Ana, que todavía estaba avergonzada por su conducta.

El joven sonrió y salieron del edificio.

—También hay otras cosas que nos diferencian. —La agarró por la cintura sin detener su caminar y, acercándose a su oído, susurró —: Yo beso mucho mejor y en la cama soy una fiera.

—Espero no tener que comprobar nunca si eso es verdad o no —dijo Ana en el mismo tono bajo que él.

El móvil de Bruno pitó con el inconfundible sonido del WhatsApp. Se lo sacó del bolsillo del pantalón y miró quién era.

—Cabrón —soltó riéndose después de leer el mensaje que le había llegado.

—¿Qué pasa? —preguntó con curiosidad.

Él le mostró el texto de su hermano.

Nunca olvidaré que el mejor beso de mi vida me
lo dio tu chica.
Si en la cama es tan ardiente como besando,
lo vas a pasar muy bien con ella

Había escrito Sergio seguido de un montón de emoticonos de risas, caritas con corazones en los ojos y varios fuegos.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Ana asombrada y avergonzada a partes iguales.

Pues sí, en la cama es igual de ardiente que besando, pero eso tú no lo vas a comprobar nunca

Fue la respuesta de Bruno y, al igual que él, puso varios *emojis* de caritas sacando la lengua, burlándose de él, y fuegos.

—¿Cómo voy a mirar a la cara a tu hermano después de esto? —quiso saber Ana—. Me voy a morir de vergüenza cada vez que lo vea... —se lamentó.

—Ya me lo imagino —contestó él compadeciéndose de Ana—. Lo mejor será que trates de olvidarlo. Hay cosas peores en la vida que besar por error al hermano gemelo de tu novio, así que no le des más vueltas. Las cosas hay que verlas en su justa medida, con perspectiva. Esto tendrá la importancia que tú le quieras dar, como todos los problemas de la vida. Si lo magnificas, si lo conviertes en un problema grande, te costará más. Así que te recomiendo que lo hagas pequeño, que trates de olvidarlo. Seguro que dentro de un tiempo, cuando nos acordemos, nos resultará gracioso y todo. Será una pequeña anécdota del día que conociste a Sergio.

Llegaron hasta donde tenían el coche aparcado, y Bruno le abrió la puerta a Ana como un perfecto caballero.

—Sí, sí, una pequeña anécdota... —murmuró Ana para sí mientras Bruno daba la vuelta al coche para subir en el lado de conductor.

El joven montó en el auto y maniobró para salir del aparcamiento.

Ana iba en silencio, sumida en sus pensamientos.

—No le des más vueltas —dijo Bruno al verla tan ensimismada.

Ella meneó la cabeza y soltó un suspiro.

—¿Quieres que ponga música? —preguntó él.

—Me parece bien, así conozco tus gustos musicales —contestó Ana acomodándose mejor en el asiento.

Bruno encendió el aparato de música del coche y una melodía de Green Day que Ana conocía muy bien inundó el habitáculo.

—¡Me encanta esta canción! —exclamó sonriente ante los acordes de *Boulevard of broken dreams*.

—¿Te gusta Green Day? —se sorprendió Bruno mirándola de reojo.

—Me gustan todos los grupos de *rock* y *heavy* de mis tiempos de juventud: Green Day, Bon Jovi, Nirvana, Lenny Kravitz, Evanescence, Aerosmith, Guns & Roses... Cuando tenía catorce años, mi sueño era tocar la guitarra eléctrica o la batería en un grupo de estos, preferiblemente, en el de Bon Jovi. Estaba superenamorado de Jon. Tenía las paredes de mi cuarto forradas con pósteres de él. —Sonrió al recordarlo.

—¿Y qué pasó? ¿Alcanzaste tus sueños?

Ella soltó una carcajada.

—¿Crees que, si los hubiera alcanzado, estaría hoy aquí? —Y, sin dejarle contestar, añadió—: Lo que pasó fue que mi padre me dijo que me dejase de tanta tontería y estudiase algo de provecho.

—Y así fue como te convertiste en correctora de textos —afirmó él.

—Sí, pero tampoco les gusta. Creen que me paso el día en casa sin hacer nada.

—Pues yo pienso que haces un gran trabajo, uno importante, para que cuando llegue el libro al lector esté lo más perfecto posible, sin faltas ortográficas, con todas las frases escritas correctamente...

—Gracias por valorarlo —dijo Ana sonriéndole.

Estuvieron escuchando la canción hasta que se acabó y comenzó *It's my life*, de Bon Jovi.

—Lo que me sorprende es que a ti, que eres tan joven, te guste esta música. Pensé que serías más de Shakira o Melendi, David Guetta, Sia, Imagine Dragons, etcétera —comentó ella.

—Estás muy puesta en música actual —afirmó él.

—Bueno, no soy tan mayor y oigo bastante la radio.

—Entonces, ¿por qué has dicho antes que era música de tus tiempos de juventud? Todavía eres joven; joven y preciosa. —Bruno desvió los ojos de la carretera un segundo para mirarla—. Y me vuelves loco —añadió en tono bajo, ronco y sensual.

Ana se removió en su asiento, inquieta. La voz de Bruno llegaba hasta ella, acariciándole los sentidos, haciendo que su piel se erizase igual que si le hubiera dado miles de besos.

Él devolvió la vista a la carretera. En sus labios había una seductora sonrisa de triunfo.

—A mi madre también le gusta este tipo de música, pero su preferido siempre ha sido Axl, de Guns & Rose. En casa siempre hemos escuchado *rock* y *heavy*, y supongo que algo se me ha pegado de sus gustos musicales —continuó hablando Bruno.

En ese momento, Ana recordó el día que llegó a casa y se encontró a Guille viendo un vídeo de Lenny Kravitz y tocando la guitarra igual que él. Una guitarra imaginaria, claro. Sin poder evitarlo, soltó una pequeña risa.

—¿De qué te ríes? —quiso saber el joven.

Ana se lo contó y él sonrió con afecto.

—¿Cuántos años tiene tu madre? —preguntó ella.

—Cincuenta. Los cumplió en mayo.

—Y tú tienes veintiocho —se sorprendió Ana—. Os tuvo muy joven a tu hermano y a ti.

—Sí, a los veintidós. Se quedó embarazada sin pretenderlo. Llevaba varios años de novia con mi padre y cuando ocurrió, decidieron casarse. Los dos tenían trabajo, así que se compraron un piso y dieron el paso de contraer matrimonio.

—Yo me casé con veintisiete. Cuando Guille nació, yo acababa de cumplir veintinueve y con Lucas ya tenía treinta y dos —le contó.

—¿Cuánto hace de tu divorcio?

Ana pensó no responder, pero estaban haciéndose confianzas, así que no vio ningún motivo para no contestar a lo que Bruno le preguntaba.

—Un año y tres meses. —Se quedó callada un momento y luego prosiguió—: La verdad es que me casé con Damián porque Jon Bon Jovi estaba ocupado, que si no...

Bruno soltó una carcajada y sacudió la cabeza, divertido.

Ella también se rio durante unos segundos. Después, se puso seria.

—Mi matrimonio se rompió porque él se lió con una compañera de trabajo y la dejó embarazada —le contó abriéndole su corazón. Necesitaba hacerlo—. Su amante fue quien me lo dijo. Así fue como descubrí su infidelidad. —Recordó aquellos tristes y duros momentos, la sensación de engaño, de fracaso, todas las lágrimas derramadas, y otra vez se juró que no volvería a llorar por su matrimonio roto. Si Damián no la había querido, si había mancillado

sus votos, peor para él. No iba a encontrar a otra mujer mejor que ella.

Bruno la miró un segundo y la pena que vio en sus ojos no le gustó nada.

—No es necesario que me lo cuentes. No quiero verte triste. Aquello ya pasó. Piensa que a veces, cuando alguien sale de tu vida, te está haciendo un favor porque le deja el sitio libre a quien sí quiere estar a tu lado.

—Gracias, Bruno, pero necesito hablarte de todo aquello. —Se aclaró la garganta mientras él asentía, dándole la oportunidad de abrirse y confiar en él—. A veces creo que yo también tuve parte de culpa. Durante muchos años me centré en criar a mis hijos y es posible que descuidase nuestra relación de pareja. Por eso él se buscó a otra; otra once años más joven. ¡Dios! Y ahora yo estoy contigo, que tienes trece años menos. Parece que esté compitiendo con mi ex por ver quién consigue al más joven. —Sacudió la cabeza poniendo los ojos en blanco—. O puede que yo no tenga culpa de nada y él, simplemente, se enamoró de esa chica. A veces, sin buscarlo, aparece alguien que te hace tilín y, aunque te resistas, no puedes evitarlo y caes. Como me ha pasado a mí contigo.

—¿Yo te hago tilín? —preguntó Bruno con una sonrisa.

—No. Tú me haces tolón, tolón —se carcajeó Ana.

Bruno estaba contento porque Ana se hubiera sincerado con él, abriéndole su corazón para contarle su dolor. Estaba seguro de que aquello los uniría más.

—Yo creo que tú no tuviste la culpa de nada. Él tuvo que tomar una decisión: serte infiel o no. Y eligió el camino equivocado. Pero mejor para mí, porque así puedo estar contigo, y te prometo, te juro, que yo no te voy a engañar con otra.

—Nunca digas de esta agua no beberé —replicó Ana—. Yo también ponía la mano en el fuego por Damián y mira lo que pasó.

Bruno se calló. No estaba de acuerdo con ella y no quería discutir. Decidió dejar pasar ese comentario.

—¿Sabes lo mejor de todo? O lo peor, según se mire. —Hizo una pausa para crear expectación y después soltó—: Que ahora ya no hay bebé. Su amante lo perdió cuando estaba embarazada de ocho meses. La verdad es que me da pena, porque ese niño que no ha

llegado a nacer no tenía culpa de nada; pero, por otro lado, me alegro. Es una especie de venganza de la vida contra Damián por su infidelidad. No sé cómo sentirme al respecto. ¿Debería alegrarme o entristecerme? ¿Soy una mala persona si me alegro de que no tengan a su hijo? —preguntó girándose hacia él todo lo que le permitió el cinturón de seguridad.

—Es normal que te sientas así, y no creo que seas mala persona. Tienes tu corazoncito, que ha estado sangrando todo este tiempo, pero no te preocupes. Yo he venido a arreglarlo. Estoy aquí para curar tu herida, para coser tu alma rota. Para que seas feliz conmigo.

Él agarró unos segundos su mano para besarle el dorso y, después, continuó conduciendo.

Ana se emocionó al escucharlo.

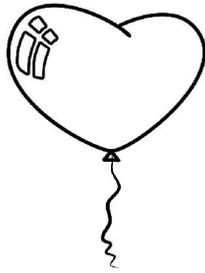
—¡Oh, Bruno!

A veces la sorprendía la madurez de ese chico.

—Y también para empotrarte en la pared mientras mis fuerzas me lo permitan —añadió él dirigiéndole una mirada de lobo que le prometía noches de placeres inimaginables.

Ana soltó una carcajada.

—Sí, también; para eso también —dijo ella.



Capítulo 18

Bruno y Ana llegaron a Villaviciosa de Odón, donde se iba a celebrar la exhibición de katas, pegados de tiempo.

—Yo tengo que ponerme el *judogi* en el vestuario. Tú debes estar en las gradas, con el público. Cuando todo termine, iré a buscarte — le explicó entrando en el gran recinto del polideportivo con ella agarrada de la mano. Miró a su alrededor y localizó un sitio para que Ana se sentase y pudiera ver bien el espectáculo—. ¿Ves aquella mujer con mechas rubias, jersey rosa y vaquero negro? La que está al lado de un hombre más joven, con chándal de Adidas gris.

—Sí, los veo —afirmó Ana.

—Bien, pues siéntate allí. La vista es buena desde esa posición, y yo te tendré localizada para luego, cuando vaya a recogerte.

Se dieron un rápido beso en los labios y Ana se marchó hacia donde él le había indicado.

Se sentó al lado de la mujer. Un delicioso olor llegó hasta sus fosas nasales y se preguntó qué colonia usaría. La miró de reojo y comprobó que el hombre sentado al lado de ella le agarraba la mano con cariño. Seguro que eran pareja, pero ella parecía más mayor que él. ¿Cuántos años tendrían? Los repasó con la mirada, discretamente, y se dijo que hacían buena pareja a pesar de la diferencia de edad. ¿A ella le sucedería lo mismo con Bruno? Si alguien los viese juntos, ¿pensaría justo lo que ella pensaba de esa pareja que tenía al lado?

Al poco rato, Bruno volvió al tatami, ya con su kimono azul puesto, y se acercó a un joven que ella reconoció como Borja, uno

de los maestros de judo del colegio de sus hijos. No lo había visto cuando llegaron, así que no sabía si llevaba mucho tiempo allí o no, pero, de todas formas, rezó para que el joven no los hubiera visto darse el beso.

—¿A ti también te gusta el judo? —preguntó la mujer rubia de al lado, queriendo entablar conversación con Ana.

—La verdad es que no sé qué contestar —dijo con sinceridad—. Apunté a mis hijos a este deporte por todos los valores que transmite y también para que hicieran algo de ejercicio, pero nunca he visto una exhibición ni un combate. En realidad, no sé mucho sobre las técnicas de judo.

—Mis dos hijos lo practican desde hace muchos años. Si quieres, te puedo ir explicando cosas mientras veamos la exhibición. Así no te aburrirás.

La mujer sonrió a Ana con alegría y a ella le cayó bien al instante. Era una señora bastante atractiva. Seguro que cuando era más joven había sido una auténtica belleza.

—¿Sus hijos participan hoy? —preguntó.

—Solo uno —respondió la mujer—. Es aquel chico moreno del kimono azul.

Ana miró hacia donde indicaba la señora, pero la mitad de los participantes coincidían con la descripción que ella había dado. Asintió, dándole a entender que había visto quién era su hijo, aunque en realidad no era así y, además, le importaba bien poco quién fuera.

Pero no quería ser descortés ni maleducada con esa mujer, que se había ofrecido tan amablemente a hacerle más llevadera la exhibición ahora que se había quedado sola.

—¿Quiénes son tus hijos? —quiso saber la señora.

—Oh, no, mis hijos no participan. Yo... he venido con un... amigo.

¿Amigo? ¿Estaría bien referirse a Bruno como un amigo después de lo que había pasado en su casa?

—En realidad, es mi... chico —se corrigió pensando que si la pareja de esa mujer, que no la soltaba de la mano, era más joven, ella podría comprenderla y no la juzgaría, ya que estaba viviendo la misma situación.

—¿Y quién es? —indagó la otra.

—Aquel de allí. El que acaba de entrar en el tatami número tres. Kimono azul, alto, moreno, con barba...

«Un cuerpo espectacular que me folla divinamente...», siguió Ana en su mente con la explicación.

—Ah, sí, ya lo veo. Es muy guapo.

—Sí, mucho —respondió ella con una tonta sonrisa en los labios. Una sonrisa de enamorada.

—Y joven.

Ana se giró al escucharla para mirarla a la cara. Asombrada, pensó que era imposible que la estuviera reprendiendo cuando ella también estaba con alguien más joven. Desvió un momento la vista para observar a la pareja de la mujer rubia. Debía de rondar los treinta y pico años, o sea, que era bastante menor que ella, incluso que la propia Ana.

Abrió la boca para decir algo, pero no le dio tiempo de hacerlo.

—Haces bien —susurró la mujer acercándose a ella para hablarla al oído y que nadie más se enterase de su conversación—. Mi marido es quince años menor que yo, y no veas lo bien que nos lo pasamos en la cama —finalizó guiñándole un ojo cómplice a Ana.

Ana estaba sorprendida. Apenas conocía a esa mujer y que le hiciera ese tipo de comentarios era, cuanto menos, desconcertante.

Se limitó a asentir a las palabras de la señora, boquiabierta.

—Además, la edad es solo un número —añadió la mujer.

—Sí, eso dice Bruno, mi chico.

—¿Se llama Bruno? Bonito nombre. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Yo, Ana.

—Yo soy Rosario, pero todo el mundo me llama Sari. Encantada.

—Lo mismo digo —pronunció correspondiendo a los dos besos que la señora le daba en las mejillas. De nuevo, aspiró el dulce olor de la mujer y no pudo evitar preguntarle—: ¿Qué colonia usas? Es que me encanta cómo hueles.

—Halloween Kiss, de Jesús del Pozo.

—Pues huele de maravilla.

—Muchas gracias. Me alegro de que te guste —dijo Sari.

Volvieron a prestar atención al desarrollo de la exhibición mientras continuaban charlando amistosamente.

Sari le explicó varias técnicas de las que veían, y Ana aprendió bastante de judo esa tarde escuchándola.

—Mi marido también practica judo, pero hoy no participa en la exhibición porque le operaron de una rodilla hace tres semanas y se está recuperando.

Ana miró al hombre joven sentado al lado de Sari. Este no perdía detalle de lo que sucedía en el tatami. Permanecía ajeno por completo a la conversación de las dos mujeres.

—¿Qué le pasó en la rodilla? —se interesó Ana.

—Una lesión en un combate de judo. Gajes del oficio —dijo Sari encogiéndose de hombros.

Continuaron hablando de cosas de este arte marcial hasta que la exhibición terminó.

Ana se había dado cuenta de que, de vez en cuando, durante el tiempo que duró, Bruno la había estado observando desde el tatami y, cuando sus miradas se cruzaban, sonreía con esos labios jugosos y esa sexi sonrisa que la volvía loca.

—Bueno, Ana. —Sari habló de nuevo—. Ha sido un placer conocerte y charlar contigo. Espero que se te haya hecho ameno.

—Sí, sí —se apresuró a afirmar ella—. Muchas gracias por todo. Para mí también ha sido un placer hablar contigo y que me hayas contado todo lo que sabes de judo.

—Supongo que nos veremos más veces. En este mundillo solemos juntarnos los mismos y acabamos conociéndonos unos a otros.

—Pues me alegraré mucho de volver a verte, Sari.

—Yo también, Ana.

Se despidieron con dos besos y comenzaron a bajar las escaleras de las gradas.

Cuando Ana llegó al tatami donde estaba Bruno, lo saludó con un rápido beso en los labios.

—¿Qué tal lo has pasado? ¿Te has aburrido? —quiso saber él.

—No, ¡qué va! Me he hecho amiga de la mujer rubia que estaba a mi lado y hemos estado hablando. Me ha explicado muchas cosas sobre judo. Sus dos hijos lo practican y su marido también, así que sabía un montón la tía. Ha sido muy agradable y simpática.

—Me alegro —dijo Bruno con una sonrisa, mirando por encima del hombro de Ana.

Sus ojos negros brillaban divertidos, clavados en un punto a la espalda de ella.

Ana se volvió para ver qué era lo que había captado la atención de Bruno.

Sari estaba detrás de ella y los miraba sonriente.

—Mamá —dijo Bruno—, gracias por hacerle la tarde más amena a Ana.

Ana se quedó boquiabierta viendo cómo Bruno hablaba con Sari.

Esta se acercó y abrazó a su hijo, a pesar de que estaba sudado.

—De nada, cariño. Es una chica muy dulce. Me ha caído bien.

Ana seguía estupefacta delante de los dos.

—Álvaro. —Bruno estrechó la mano del joven que acompañaba a Sari y después le dio un abrazo—. ¿Cómo va esa rodilla?

—Bien. Creo que en poco tiempo estaré recuperado y podré volver a entrenar —contestó el otro joven.

Los tres se quedaron mirando a Ana, que no salía de su asombro.

¿Había estado toda la tarde sentada al lado de la madre de Bruno, le había contado quién era, y ella se había hecho la desentendida? Recordó en ese momento que Sari había dicho que Bruno era muy guapo, como si no lo conociera de nada, junto con el comentario sobre que los jóvenes sí que sabían empotrar, y comenzó a ruborizarse.

—Perdona por no contarte antes que soy su madre —se disculpó Sari—. Me hizo prometer que no te diría nada porque saldrías corriendo.

—Ya. —Fue lo único que consiguió decir Ana.

Miró a Bruno, y el enfado comenzó a nacer en ella.

—Siento haberte engañado —se apresuró a decir él comprobando cómo el semblante de Ana pasaba de la más absoluta sorpresa a la ira en pocos segundos—. Pero me alegro de que os hayáis conocido. Voy a cambiarme. Después hablamos.

—Bueno, Ana, nosotros tenemos que marcharnos ya —se despidió Sari—. De verdad que ha sido un placer muy agradable haberte conocido y espero que nos volvamos a ver pronto.

Ana apretó los dientes por la rabia que le daba haber sido engañada. Asintió con la cabeza y observó cómo Sari y Álvaro se alejaban de ella.

...

—Estás muy callada —comentó Bruno, ya montados en el coche de vuelta a Madrid.

—Es que, si hablo, voy a explotar —soltó Ana indignada.

—Lo siento, ¿vale? Pero es que sabía que ella iba a estar, siempre va a verme a todo, y quería que os conocieseis. Si te lo contaba, te ibas a negar, así que he tenido que recurrir a ocultarte la verdad para...

—Creía que uno de los valores de judo era la sinceridad; una honestidad que tú hoy no has demostrado. Me has mentado.

—No te he mentado. Es solo que no te he contado que mi madre iba a estar aquí y que la ibas a conocer. Es diferente —se disculpó de nuevo Bruno con un largo suspiro—. Por favor, no te enfades.

—Llévame a mi casa —ordenó Ana.

—Mira cómo te has puesto al saber que Borja iba a estar allí. Si te llego a decir que mi madre también estaría...

Dejó la frase en el aire. Sabía que Ana comprendería el significado.

Ella giró la cara hacia la ventana. No pensaba discutir más con él.

Durante el camino de regreso ninguno de los dos habló más.

Ana estaba cabreada por la jugarreta de Bruno, aunque entendía que él hubiera hecho las cosas de este modo. Como bien le había dicho, si ella hubiera sabido que alguien de su familia iba a estar en la exhibición, se habría negado a ir.

Recordó entonces el beso con su hermano. ¡Joder! ¡Se había cubierto de gloria ese día entre una cosa y la otra!

Al llegar, Ana fue a bajarse del auto, pero Bruno la detuvo sujetándola del brazo.

—Por favor, dime que me perdonas —suplicó el maestro de judo.

Ella continuó mirando por la ventana, negándose a encararlo. Sabía que, si lo hacía, toda su fuerza de voluntad quedaría reducida a cenizas. Bruno era tan guapo que cortaba el aliento y Ana

necesitaba de todo su autocontrol para no lanzarse contra sus labios.

Fijó la mirada en un punto y ladeó la cabeza. ¿Qué coño...?

—Lucas, Guille y... Damián. Pero... ¿qué hacen aquí? — preguntó con extrañeza.

Bruno, al escucharla, giró la cabeza y miró hacia el mismo sitio que ella.

Ana se deshizo de su agarre.

—¿Les habrá pasado algo? —inquirió el profesor.

—Voy a ver. Tú quédate en el coche... O, mejor, vete a casa. El martes nos veremos en judo cuando recoja a Lucas.

—Espera, Ana. ¿Y si me necesitas?

—Sé cuidar de mí misma. Tengo cuarenta y un años, ¿recuerdas? No soy una chiquilla de tu edad ni una mujer insegura y vulnerable —le soltó enfadada.

Bruno resopló molesto, pero no dijo nada. La referencia a su edad había sido un golpe bajo.

Tampoco la obedeció.

Al mismo tiempo que Ana descendía del coche, él también lo hizo.

Cuando los niños la vieron, echaron a correr hacia ella.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ana abrió los brazos para que sus hijos se refugiasen en ellos al tiempo que preguntaba qué hacían allí.

—Noelia nos ha echado de casa —le contó Guille—. Se ha vuelto loca. Ha tirado por la ventana algunas cosas de papá y nos ha dicho que nos largásemos de su casa; que no quería vernos más ni a papá ni a nosotros.

—¡Ay, Dios! —Los besó a cada uno y los separó de su cuerpo para verlos mejor—. ¿Estáis bien?

Los niños movieron la cabeza afirmativamente.

Damián se acercó mientras ellos miraban a Bruno, sorprendidos de verlo allí con su madre.

Ana se apresuró a explicarle por qué estaban juntos el profesor y ella:

—Salí a dar un paseo y me encontré con Bruno. Ha sido tan amable de traerme a casa en su coche, pero ya se marcha,

¿verdad? —Se giró hacia el joven con una muda orden en sus ojos.

—¿Estáis bien, chicos? —se interesó el maestro.

Los niños repitieron el mismo gesto que habían hecho cuando su madre les hizo esa pregunta.

—Soy Damián, el exmarido de Ana —intervino en ese momento, alargando una mano para que Bruno se la estrechara.

—Bruno, el profesor de judo de Lucas y de Educación Física de Guille. Encantado —dijo saludándolo. Poco le faltó para añadir que era la nueva pareja sentimental de Ana, pero no lo hizo porque sabía que a ella no le iba a gustar. Ana necesitaba tiempo para asimilar que estaban juntos y decírselo a la gente. Así que respetaría su decisión.

Ella carraspeó. La situación se le antojaba muy incómoda. Estaba deseando que se largasen de allí todos. Todos, menos sus hijos.

—¿Podemos hablar en privado? —le pidió Damián a Ana.

—Sí, por supuesto. —Ella se volvió hacia Bruno—. Nos veremos el martes cuando recoja a Lucas. Gracias por traerme a casa —se despidió con una tensa sonrisa.

—Hasta el martes —dijo él.

Se dio la vuelta y se metió en el coche.

—¿Subimos a casa? —preguntó Damián.

—Sí, será mejor que hablar de lo que os ha pasado aquí en la calle —aceptó.

Recogieron las maletas de los niños y, tras llegar al piso, los chicos se fueron a sus respectivas habitaciones para colocar sus cosas. Damián y ella se marcharon al salón.

—¿Qué coño ha pasado? —quiso saber Ana cerrando la puerta para que sus hijos no se enterasen de la conversación.

Damián tardó un rato en contestar.

—Ya sabes que desde que Noelia perdió al bebé está muy irascible. Todo le parece mal. No soporta a Lucas y Guille. Me culpa a mí de todo, de nuestra situación...

—Ve al grano, Damián —lo exhortó Ana.

Él emitió un profundo suspiro.

—Hoy hemos tenido una bronca monumental porque ayer no nos acompañó a celebrar el cumple de Lucas. Se lo he recriminado, igual que hice ayer. Si está conmigo, si somos una pareja, ella tiene

que aceptar a mis hijos. Soy un hombre con cargas familiares y, gracias a Dios, Lucas y Guille son buenos niños. La tratan bien, a pesar de que no les gusta mi novia, lo sé. Bueno, pues como me he puesto de parte de mis hijos, nos ha echado a los tres a la calle. Hemos roto, Ana. Noelia y yo hemos roto.

Ana asintió. No lamentaba en absoluto que la relación de su ex con la otra se hubiera acabado. Lo que le dolía era que sus hijos hubieran presenciado algo así.

—Por eso te he traído a los niños antes de tiempo —continuó explicando Damián—. Es preferible que estén contigo. Ellos están un poco asustados, y tú eres su madre. Contigo se sienten seguros. Había pensado en llevarlos a casa de mi madre, pero está reformando el salón y una de las habitaciones, y no hay sitio para tres personas más, así que hasta que yo encuentre un piso de alquiler...

Ana interrumpió su explicación:

—Muy bien. No me importa que me los hayas traído antes de tiempo. Los echaba de menos y estaba deseando verlos. Pero ponte a buscar una casa lo antes posible. Debes seguir cumpliendo con el régimen de visitas.

Damián coincidió con ella.

Pero había algo que le escocía de todo aquello. Así que preguntó:

—¿Seguro que no he cortado ningún rollo entre tú y ese profesor? ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¡Ah, sí! Bruno —replicó con retintín.

—No, ya te he dicho que me lo encontré en la calle y fue tan amable de traerme a casa.

Damián se mojó los labios y sonrió con cinismo.

—Ana, no mientas. Entre tú y ese jovencito hay algo.

—No sé de qué me hablas.

—Yo sí. Tú te has acostado con ese tío. Lo he visto en sus ojos. Reconozco la cara de satisfacción de un hombre después de haber pasado por tu cama.

—¿Ah, sí? Pues muy satisfecho no estarías tú cuando me pusiste los cuernos con Noelia, infiel de mierda —le recriminó—. Menos mal que Bruno es una persona íntegra, con unos valores que ya

quisieras tener tú. Y ¿sabes? Me hace disfrutar en la cama como tú nunca lo has hecho. He tenido más orgasmos con él en un fin de semana que contigo en diecisiete años. Además, estamos divorciados desde hace más de un año. Lo que yo haga con mi vida, si me acuesto con alguien o no, es asunto mío. Únicamente mío, ¿te enteras?

—¿Cuántos años tiene ese chico? Es demasiado joven para ti —dijo para molestarla porque él mismo se sentía molesto. Nunca pensó que Ana reharía su vida y, encima, con alguien tan joven. Lo había sustituido por un chico que, seguramente, la haría más feliz de lo que él la hizo durante su matrimonio. Y ver cómo lo defendía le dolía. Mucho.

—¿Cómo te atreves a decirme que es demasiado joven para mí? ¿Y qué hay de Noelia? Ella es diez años menor que tú. ¿Serás desgraciado? Vete —dijo apuntando con un dedo la puerta—. Lárgate de esta casa y no vuelvas a meter las narices en mi vida.

Damián dio un paso hacia ella, acercándose.

—¿Ese es el ejemplo que les estás dando a nuestros hijos?

—Mejor ejemplo que el tuyo ya es, desde luego. Yo no he destrozado ninguna familia metiendo el pajarito donde no debía y dejando embarazada a mi amante. —Ana no se achantó ante su exmarido—. Márchate —ordenó otra vez abriendo la puerta del salón y saliendo al pasillo.

Damián apretó los dientes.

—Piensa bien lo que haces con ese chico. Los jóvenes son inmaduros e inestables. Ya lo estás viendo con Noelia, lo que me ha hecho...

—¿Lo que te ha hecho? ¿Y tú? Ahora no la culpes a ella. Los dos sois culpables. Si tu relación con Noelia se ha roto, es asunto tuyo. No puedo decir que lo lamente porque estaría mintiendo, pero no vengas a mí a llorarme y, mucho menos, a darme lecciones sobre las relaciones de pareja. Precisamente tú, que eres un infiel. Mientras tú te la follabas, mientras creabas un mundo con ella, yo te esperaba en nuestra casa como una tonta, ignorando lo que ocurría. Elegiste un camino y a otra para andarlo contigo, dejándome a mí lejos. Si ahora se ha terminado lo tuyo con Noelia, te jodes.

Ana se dirigió hacia la puerta de la vivienda según hablaba. Al llegar, la abrió.

—Y ahora haz el favor de marcharte de mi casa.

Damián levantó el mentón y pasó por su lado rechinando los dientes.

—Cuando el guaperas se canse de ti y te deje...

No pudo continuar con lo que decía porque Ana le cerró la puerta en las narices.

La mujer se apoyó contra la madera suspirando, intentando relajarse.

Pero el portero automático sonó al cabo de pocos minutos, sobresaltándola.

«¿Qué coño querrá otra vez Damián? ¿No me ha dicho ya todo lo que me tenía que decir?», pensó enfadada mientras cogía el telefonillo para contestar.

—¿Qué narices quieres ahora? —gritó por el interfono.

—¿Estás bien?

Escuchó la voz preocupada de Bruno.

—¿Bruno? —preguntó sorprendida—. ¿Qué haces todavía aquí?

—No podía irme y dejarte aquí con tu ex. Ábreme, Ana, quiero asegurarme de que estás bien. Necesito subir a verte.

—Tranquilo. Estoy perfectamente.

—Aun así, abre, por favor —suplicó el joven.

Ana resopló. ¿Por qué no se iban todos los hombres a la mierda y la dejaban en paz de una puñetera vez?

—No, Bruno. Ya te he dicho que estoy bien. Vete a tu casa y deja de preocuparte por mí. Soy mayorcita para cuidarme sola. ¿Se te olvida que tengo cuarenta y un años?

—No me vengas ahora con el rollo de la edad —dijo él molesto—. Abre y déjame subir. Hasta que no vea con mis ojos que estás bien, no me voy a quedar tranquilo.

—Joder, eres un plasta... —bufó ella.

—Por favor... —volvió a suplicar él.

Ana pensó unos segundos otra excusa para darle.

—Mis hijos están aquí.

—Ya lo sé.

—No quiero que... —comenzó a decir ella, pero Bruno la interrumpió.

—Sí, eso también lo sé. Por favor, Ana.

—No. Respeta mi decisión.

Al otro lado de la línea solo se oyó el ruido de la calle hasta que Bruno habló de nuevo.

—Está bien. De acuerdo. Pero prométeme que más tarde me llamarás por teléfono y hablaremos. Haz una videollamada. Quiero asegurarme de que estás perfectamente.

Ana cerró los ojos y asintió, aunque él no podía verla.

—Vale, pesado.

Colgó el telefonillo y suspiró.

Al darse la vuelta, se sobresaltó al ver a sus hijos tras ella.

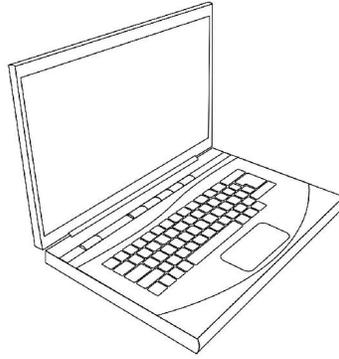
—¿Qué hacéis escuchando conversaciones ajenas, cotillas? —los regañó.

—¿Hablabas con Bruno? —preguntó Guille mirándola muy serio.

—¿Ya habéis colocado vuestras cosas? —quiso saber negándose a responder a la pregunta de su hijo mayor. —Los niños asintieron—. Pues, entonces, id a ducharos mientras preparo la cena.

Lucas se dio la vuelta inmediatamente. Guille se quedó observándola unos segundos más hasta que, al final, también se marchó.

Ana suspiró intranquila. Su hijo mayor sospechaba algo. Guille era un chico muy listo para la edad que tenía. Tarde o temprano debería contarle lo que estaba pasando con Bruno. Solo esperaba que se lo tomara bien.



Capítulo 19

Cuando los niños se acostaron, Ana llamó a Bruno como había prometido.

Este contestó al teléfono de inmediato.

—¿Estás bien?

—Deja de preguntarme lo mismo una y otra vez, por Dios — resopló Ana.

—Estaba preocupado, pero veo que estás perfectamente. Al menos, en apariencia física.

Bruno observaba la imagen con avidez, buscando cualquier signo de golpes.

Ana sacudió la cabeza a un lado y al otro.

—¿Piensas que Damián me ha maltratado? Nunca lo ha hecho. Él no es así.

—También existe el maltrato psicológico —replicó Bruno.

Ana puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—No es mi caso. Damián nunca ha sido una persona violenta ni un maltratador de ningún tipo. Gracias a Dios, nuestra relación no pertenece al tanto por cien de las que sí sufren algo así.

—Pero él podría al ver que has rehecho tu vida con otra persona...

—No, Bruno. Mi exmarido no es así. Mira: él es un cabrón que me puso los cuernos, se enamoró de otra mujer y me dejó, pero nunca me pondría la mano encima. Nunca me pegaría ni me

maltrataría psicológicamente. Quédate tranquilo. Damián no es ningún maltratador —repitió defendiéndolo.

Ana vio cómo Bruno resoplaba nervioso.

—Voy a enseñarte defensa personal —dijo.

Ella se sorprendió.

—¿Para qué? Ya te he dicho que Damián no...

—Hay más hombres en el mundo que no tratan a las mujeres como deberían —alegó—. ¿Y si una noche sales con tus amigas a cenar y os atacan? ¿O te pillan sola regresando a casa, en el portal o en cualquier otro sitio?

Ana suspiró cansada. Tampoco era una mala idea lo que le proponía el joven.

—Está bien. Pero ya lo hablaremos. Quiero irme a dormir.

Bruno asintió.

—Que tengas dulces sueños —dijo.

—Igualmente —contestó ella.

...

—Cariño, ¿se ha enfadado mucho tu chica? —quiso saber Sari cuando lo llamó esa noche antes de acostarse. Estaba preocupada por su hijo, aunque sabía que él era muy capaz de solucionar sus propios problemas.

—La verdad es que se ha molestado bastante, pero confío en que todo se arreglará. Le he explicado por qué le oculté que ibas a estar allí, y aunque ella no lo ha reconocido, sabe que en el fondo tengo razón. Solo necesita tiempo. Le da pánico que la gente sepa lo nuestro, la reacción de sus hijos, los cotilleos de las otras mamás del colegio por nuestra diferencia de edad... —explicó Bruno a su madre.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro resignado.

—La entiendo —dijo Sari—. Créeme que la entiendo. Está pasando por lo mismo que yo con Álvaro. Entre la diferencia de edad y que era vuestro profesor de judo igual que tú eres el profesor de sus hijos... De verdad, la entiendo más de lo que crees.

—En tu caso todo salió bien, mamá. Espero que en el mío también lo haga.

—Necesita tiempo, tú mismo lo has dicho, Bruno. Dáselo. No la agobies, no la atosigues, no la fuerces a hacer algo para lo que no está preparada todavía —le aconsejó Sari.

—Sí, mamá, ya lo sé y es lo que pienso hacer, pero es difícil —reconoció Bruno—. Yo querría gritar a los cuatro vientos que estamos juntos, que estoy enamorado de ella...

—Siempre has ido demasiado rápido, cariño. Te puede la impaciencia —sonrió Sari al otro lado del teléfono.

—Ya. Cualquiera diría que el judo no me ha ayudado con mi autocontrol, pero eso no es verdad, ¿a que sí, mamá?

Los dos se rieron a la vez.

—Bueno, cielo, te voy a dejar —comentó Sari—. Ya me contarás tus avances con Ana.

—Sí, tranquila. Un beso.

...

El lunes amaneció lloviendo, por lo que la clase de Educación Física se realizó en el gimnasio del colegio-instituto al que asistía Guille. Cuando terminó la hora, Bruno llamó al hijo mayor de Ana. Se lo llevó a un rincón, lejos de oídos indiscretos, para hablar con él.

—¿Qué tal todo en casa? —se interesó el docente.

—Bien —respondió el adolescente con una mirada ceñuda.

—Me alegro.

Se quedaron unos segundos uno frente al otro. Guille estaba deseando largarse de allí. Algunos compañeros los observaban, y eso no le gustaba nada. Bruno deseaba preguntarle por Ana, si estaba bien, aunque ya lo había visto él la noche anterior con la videollamada.

—Oye, Guille, si necesitas algo o tu madre necesitara alguna cosa...

—Tranquilo, profe. Estamos bien. ¿Quieres decirme algo más? —le cortó con un tono altanero.

«Joder, este chico es igual de directo y borde que su madre», pensó Bruno.

—No, no. Solo quería saber que todo va bien —respondió el maestro.

Guille no dijo nada. Dio media vuelta y caminó hacia la salida del gimnasio, junto con sus compañeros.

Bruno se quedó mirando cómo se alejaba. Inspiró hondo y, después, expulsó todo el aire de sus pulmones antes de tomar el mismo camino que sus alumnos.

...

Cuando terminaron las clases ese día, Bruno tuvo la tentación de acercarse un momento a casa de Ana. Pero no lo hizo porque sabía que ella se molestaría. Sus hijos estaban con ella y Ana le había dicho que, de momento, no deseaba que supieran que tenían una relación sentimental. Así que reprimió sus ganas de verla y estar con ella y se marchó a su casa, rezando para que las horas pasaran rápido y poder verla unos minutos a la salida de judo el martes.

Llegó el ansiado momento al día siguiente. Continuaba lloviendo, por lo que Raquel y Ana se refugiaron en el pasillo que llevaba a la sala donde se practicaba el arte marcial.

—Me alegro de que hayas vuelto a recoger a Lucas —dijo Raquel contenta—. Te echaba de menos. ¿Cómo ha ido todo estas semanas? ¿Ya tienes menos trabajo?

—Bien. Sigo teniendo correcciones, bastantes, a decir verdad, pero las llevo bien.

En ese momento salieron los niños de judo y se colocaron en fila, a la espera de que el maestro repartiera los judo-puntos.

Cuando Bruno salió al pasillo y vio a Ana, sonrió feliz.

—Cada vez que lo veo, me derrito, tía —susurró Raquel—. Está buenísimo.

—¿Sigues soñando con él? ¡Por favor! —Ana puso los ojos en blanco pensando que, si lo viera desnudo como había hecho ella ese fin de semana, entonces no se derretiría, sino que ardería por combustión espontánea—. Estás fatal, de verdad.

—Pues sí, pero él solo tiene ojos para ti.

—Anda ya —contestó ella.

—¿No has visto la sonrisa que te ha dedicado? —preguntó Raquel.

—Nos ha sonreído a las dos —dijo, aunque sabía que no era cierto, pero debía disimular delante de la gente— y al resto de mamás que hay aquí.

—De eso nada. Ha clavado la mirada en ti y te ha sonreído —replicó su amiga.

—Deja de alucinar, tía.

—No estoy alucinando.

—Vale, lo que tú digas —contestó Ana rezando para que su amiga dejase el tema.

Raquel suspiró, comiéndose con los ojos al profesor de judo.

Bruno entregó a todos los niños. Lucas fue de los primeros.

Sin embargo, si Ana creía que se marcharía de allí con rapidez, se equivocó totalmente.

—Mamá, Bruno quiere hablar contigo. Me ha dicho que nos esperemos hasta que se vayan todos.

—¿Qué quiere? ¿Ha pasado algo? —quiso saber ella.

Lucas se encogió de hombros.

—¡Qué suerte tienes! —oyó que le decía Raquel mientras les entregaba a sus gemelos la merienda.

Ella meneó la cabeza negando. Cuando Raquel se enterase de que Ana se tiraba al profe de judo...

Las dos amigas se despidieron y, cuando ya no quedaban apenas niños en el pasillo, Ana entró en la sala para hablar con Bruno.

Él estaba bajándose el pantalón del kimono para ponerse el del chándal, y Ana pudo ver en todo su esplendor el apretado trasero cubierto por un bóxer gris.

A su mente llegaron miles de imágenes del fin de semana pasado con él y notó cómo crecía la humedad entre sus piernas.

Sin querer, soltó un suspiro que delató su presencia. Bruno se volvió hacia ella con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Admirando el paisaje?

—Sí, además de recordar cómo es al natural —soltó Ana—. ¿Qué quieres? Lucas me ha dicho que deseabas hablar conmigo.

—¿Dónde está el niño?

—Fuera, en el pasillo, comiéndose la merienda mientras juega con Mario y Hugo.

Bruno asintió. Se dirigió hacia ella, tras terminar de ponerse el pantalón de chándal, y cerró la puerta de la sala.

Acto seguido, agarró a Ana por la cintura y la colocó contra la madera. Se aplastó contra ella y le devoró los labios con un beso abrasador.

—Necesitaba besarte —murmuró cuando se retiró un poco para tomar aliento—. Llevo dos días sin hacerlo y ya no aguantaba más. Ayer estuve a punto de ir a tu casa... —Ana agrandó los ojos y Bruno vio en ellos una negación—, pero no lo hice porque sabía que no te iba a gustar que me presentara allí estando los niños contigo —siguió el joven.

—Hiciste bien en no ir.

Bruno apoyó la frente contra la de ella y cerró los ojos.

—Te he echado de menos —confesó.

Su cálido aliento acarició el rostro de Ana y le hizo cosquillas en la nariz y los labios.

—Yo también, pero ya sabes lo que hablamos. No quiero que nadie sepa lo nuestro.

—De momento —aclaró él abriendo los ojos de nuevo y separándose unos centímetros de la cara de Ana.

—Sí, de momento.

El joven recorrió con la mirada el bonito rostro de la mujer y sonrió.

—Me alegro de que ya no estés enfadada conmigo.

—No, ya no, pero no vuelvas a hacerme eso. No me gusta que me oculten cosas.

Bruno asintió y se acercó para darle un beso en la boca, pero Ana lo detuvo presionando con los dedos sobre sus labios.

—Nos estamos arriesgando mucho al estar aquí los dos solos. No debemos hacerlo. Tarde o temprano, nos pillarían —dijo ella retirando los dedos de sus labios.

—Se me hace muy difícil amarte a escondidas cuando los dos somos libres para hacer lo que queramos —objetó él.

—Bruno, no empieces.

Ana cerró los ojos y suspiró.

—Ayer estuve hablando con Guille. ¿No te lo ha contado?

Ella centró la mirada en él, sorprendida.

—No. ¿De qué hablaste con mi hijo?

—De nada, quédate tranquila. Solo le pregunté qué tal iba todo en casa y si tú estabas bien, si necesitabais algo...

—No vuelvas a hacer una cosa así —dijo Ana agarrando las manos de Bruno, que aún seguían en su cintura, y soltándose de él—. Limitate a darles clases a mis hijos y punto. Como haría cualquier profesor más. Como si nosotros no estuviésemos liados.

—Ana, no te pongas así. No te enfades. Yo solo pretendía saber que todo estaba bien en casa para quedarme tranquilo después de lo de tu ex.

—Ya te dije que sí. ¿Por qué no me crees? —quiso saber ella molesta.

—Sí te creo. —Él volvió a cogerla por la cintura y Ana no se lo impidió—. Pero no puedo evitar preocuparme por ti. Me importas mucho, Ana. Y Lucas y Guille también. No puedo verlos como a dos alumnos más porque son tus hijos. Porque estoy implicado emocionalmente contigo. Sé que no es ético ni profesional por mi parte e intentaré que no interfiera en mi trabajo lo que siento por ti, pero, compréndelo, no soy un robot; soy humano y tengo sentimientos.

Ana se inclinó hacia delante hasta posar la frente en el amplio pecho de Bruno.

Quizá le estaba pidiendo demasiado al joven.

Quizá se estaba pasando de la raya con su obsesión porque nadie conociera lo que se traían entre manos.

Notó los fuertes brazos de Bruno rodeándole el cuerpo y apretándola más contra él. Se sentía tan bien recostada sobre su cálido y musculoso torso que deseó quedarse allí para siempre.

Alzó la cara y apoyó la barbilla en el pecho masculino. Él bajó el rostro y las bocas quedaron a escasos centímetros.

—Lo entiendo —murmuró ella—. Pero intenta tratar a mis hijos como a otros niños del colegio. Si los demás se dan cuenta de que tienen un trato de favor porque tú y yo estamos enrollados, se meterán con ellos, y no quiero que eso ocurra.

—Pondré todo de mi parte para no tratarlos de distinta manera que a los demás alumnos. Te lo prometo.

Bruno acercó todavía más los labios a los de Ana y selló con un beso esa promesa.

—Me tengo que ir. He dejado a Guille solo haciendo los deberes, o se supone que está haciendo deberes porque seguro que cuando llegue me lo encuentro tumbado en el sofá, viendo la tele. Y, además, seguro que Lucas también tiene tarea —comentó ella cuando dejaron de besarse.

Ana rompió el abrazo que se estaban dando, y Bruno puso cara de fastidio.

—Entonces, ¿hasta el jueves no te veré? —quiso saber el joven.

—No.

—Está bien —dijo el profesor con resignación.

Ana se volvió para abrir la puerta, y Bruno se aguantó las ganas de agarrarla de nuevo e impedir que se marchara.

—Oye, Ana, este fin de semana que tienes a los niños he pensado que podíamos ir a la Casa de Campo a volar la cometa que le regalé a Lucas en su cumpleaños; si no llueve, claro.

Ella se detuvo.

—¿No tienes nada mejor que hacer que pasar el fin de semana con una divorciada que tiene cargas familiares? —le preguntó sin volverse.

—No —respondió Bruno, y añadió—: ¿No se te ha ocurrido pensar que, si te propongo este plan, es porque realmente me apetece hacerlo? De lo contrario, no te habría dicho nada.

Entonces Ana se giró para mirarlo.

—De acuerdo —cedió—. Iremos viendo el tiempo que dan para el fin de semana y el viernes lo hablamos. Pero con una condición: no me beses ni me abrases delante de mis hijos. Actuaremos como dos amigos y ya está. Como el día que fuimos a Madrid Río.

Bruno asintió y mostró una sonrisa feliz.

Cuando ella llegó a casa, se encontró con Guille tal y como lo había imaginado: tumbado en el sofá viendo la televisión. Le reprochó que estuviera así con los exámenes de evaluación tan cerca. El adolescente rezongó mientras se levantaba del sofá y se encaminaba hacia su habitación para estudiar.

...

El jueves, cuando Ana acudió a recoger a Lucas a judo, Bruno no la entretuvo. El día anterior había estado hablando con ella por teléfono y esta se quejó de lo vago que era Guille para estudiar y de que aprovechaba que no estaba en casa para no hacer las tareas. Así que, sabiendo lo que ocurría con su hijo mayor, dejó salir al pequeño de los primeros para que Ana pudiese volver a casa pronto y controlar al adolescente.

El sábado quedaron para ir a la Casa de Campo como le había propuesto el joven. Disfrutaron mucho volando la cometa del Halcón Milenario. Fue una tarde entretenida, en la que también Guille participó. Aunque al chico seguía sin gustarle relacionarse con su profesor fuera del colegio y Ana estaba segura de que sospechaba que entre ella y Bruno había algo. Sin embargo, el maestro de judo guardó las distancias con Ana, a pesar de que se moría por tocarla y besarla.

—¿Qué harás mañana domingo? —preguntó Bruno cuando aparcó el coche frente a su portal y los niños se hubieron bajado de él.

—Me quedaré en casa prácticamente todo el día. Guille tiene que estudiar. La semana que viene está llena de exámenes —contestó ella con el tirador de la puerta del coche en la mano.

—¿Quieres que venga para ayudarlo a estudiar? —se ofreció el joven.

—No, no te preocupes.

—De verdad, no es molestia alguna para mí.

—No hace falta, Bruno.

—Lucas también tendrá exámenes. Si yo vengo, puedo estudiar con Guille y tú te dedicas al otro niño. Nos repartimos el trabajo —objetó tratando de convencerla.

Ana lo pensó unos segundos. El joven tenía razón, pero no era cuestión de cargarle el muerto de estudiar con sus hijos. De momento, era mejor no involucrarlo en esos temas.

—Te lo agradezco mucho, de verdad, pero no es necesario. Estoy acostumbrada a estudiar con ellos yo sola. Me organizo bien, así que no me haces falta.

Bruno encajó el rechazo con deportividad.

—De acuerdo, pero prométeme que, si me necesitas, me llamarás.

—Sí, tranquilo —dijo mientras descendía del coche.



Capítulo 20

—¡Por fin! —exclamó Sergio cuando llegó a casa.

—¿Qué tal el examen de oposición? —quiso saber Bruno—. ¿Era muy difícil?

—Era como las otras veces, solo que ahora he ido mejor preparado. Creo que lo aprobaré y pasaré a la siguiente fase. Solo hay trescientas plazas y nos hemos presentado más de cinco mil personas, pero tengo fe en que sacaré buena nota y estaré entre esos trescientos.

Bruno le palmeó el hombro y después le dio un fuerte abrazo.

—Yo también estoy seguro de que lo vas a sacar. Te has esforzado mucho, hermano —le dijo con toda su confianza puesta en él—. ¿Cuándo sabremos el resultado?

—En un par de meses —comentó Sergio deshaciendo el abrazo—. Bueno, habrá que celebrarlo, ¿no?

—Por supuesto. ¿Qué quieres hacer?

—Necesito salir a divertirme. Estos meses enclaustrado en casa han sido un verdadero horror.

—¿Te apetece que llame a toda la peña y quedamos para cenar? Mañana es fiesta, por el puente de la Constitución y la Inmaculada, así que ninguno tiene que trabajar —propuso Bruno.

—Sí, de acuerdo. ¿Te encargas tú de organizarlo?

Bruno asintió y comenzó a escribir un mensaje en el grupo de WhatsApp que compartía con sus amigos.

—Ya puedo volver a entrenar contigo en judo —expuso Sergio—. ¿Has hablado con Borja para que no se sienta mal al quedarse

relegado?

—Tranquilo. Él sabía que era algo temporal. De todas formas, lo llamaré para decírselo —declaró Bruno.

...

El móvil de Ana sonó. Bruno la llamaba.

—¡Hola! —respondió ella alegre.

—Hola, preciosa —dijo con un suave ronroneo.

A Ana aquel tono ligeramente bajo y ronco le erizó todo el vello corporal. Se estremeció de gusto y deseó poder estar con él en ese momento.

—¿Ya se han ido Guille y Lucas con tu ex? —preguntó.

—Todavía no. Hasta las ocho no vendrá Damián a buscarlos.

—¿Qué vas a hacer estos días de fiesta?

—Pensaba adelantar trabajo con las correcciones —manifestó ella.

—¿Tendrías hueco para mí? —quiso saber él continuando con su tono susurrante cargado de promesas de placer.

—Mmm... Lo tengo que pensar —contestó ella para pincharle.

—Pues piénsalo rápido —le ordenó Bruno sin cambiar la voz—. Estoy ansioso por hundirme en tu cuerpo otra vez y devorarte a besos.

Ana comenzó a sentir un exquisito calor en su bajo vientre.

—Está bien. Ya lo he pensado. La respuesta es sí.

—¡Qué rápida es mi chica! —exclamó Bruno—. ¿Será porque está tan impaciente como yo?

—Seguro que sí —se rio Ana.

—Y, si tan ansiosa estás, ¿vendrías conmigo a cenar esta noche?

—Sí.

—Pero tengo que contarte algo sobre esta cena. —Hizo una pausa en la que Ana esperó expectante a que continuara—. No estaremos solos. Sergio ya se ha examinado de la oposición y me ha pedido reunir a todos los amigos para salir a divertirnos un rato. Mi grupo de amigos es mixto, chicos y chicas, y me gustaría que vinieses conmigo. Así te los presento y...

—Espera, espera, espera —le cortó Ana—. ¿Salir con tus amigos?

—En efecto.

—¿No habíamos hablado de que, de momento, no quiero que la gente sepa lo que hay entre nosotros?

—Ya, pero a mis amigos no los conoces. No son gente con la que te relaciones, así que no debes temer nada. No van a cuchichear sobre nosotros ni le van a decir a nadie del colegio que estamos juntos —le aclaró Bruno.

—¿Has pensado en lo que dirán si te ven con alguien más mayor que tú?

—Me da igual lo que digan.

—Lo siento, pero no —se negó Ana tajante.

—Por favor... —suplicó el joven.

Los dos permanecieron unos segundos en silencio hasta que Ana habló:

—Escucha, Bruno. No es un no definitivo. Solo estoy diciéndote que, de momento, no. Ya los conoceré dentro de unos meses. No tengas prisa —dijo para quitarse el muerto de encima.

Primero, ella debía hacerse a la idea de que estaba teniendo una relación con alguien más joven, antes de gritarlo a los cuatro vientos y que el resto de la población mundial se enterase.

Oyó el suspiro resignado del profesor a través de la línea telefónica.

—Vale.

—Mañana, en cuanto te levantes, puedes venirte a mi casa —sugirió ella como premio de consolación.

—De acuerdo, preciosa —respondió él algo más alegre.

—Hasta mañana —se despidió Ana.

—Besos en todas tus partes sonrosadas, amor —dijo él con un tono sugerente.

Ana soltó una carcajada y colgó el teléfono.

...

Todos los amigos de Sergio y Bruno celebraron que el aspirante a bombero había hecho el examen de oposición, aunque todavía

faltaba por saber si aprobaría o no. Después, vendrían otras pruebas, pero para eso aún quedaban varios meses.

Cuando Sergio vio a Martina, con quien había tenido algún escarceo sexual en el pasado, las ganas de estar con ella otra vez renacieron. Logró sentarse junto a la joven durante la cena, y se la pasaron hablando y riendo.

Ninguno de los dos podía ocultar lo bien que se sentían en la compañía del otro y Bruno deseó que esa noche su hermano retomara la relación con esa chica que le gustaba desde hacía tanto tiempo.

Se acordó de Ana y le mandó un mensaje.

Hola, preciosa. ¿Has cenado ya?

Esperó a ver si le contestaba, pero, pasados un par de minutos sin recibir respuesta y tras comprobar que no había tic azul, dejó el móvil encima de la mesa y se puso a hablar con la pareja que tenía sentada enfrente.

—Así que os habéis comprado un piso, ¿eh? —comentó Bruno volviendo a la conversación que habían mantenido hasta hacía escasos minutos.

—Sí. Queremos irnos a vivir juntos —respondió su amiga con la ilusión brillando en sus pupilas.

El chico le pasó un brazo por los hombros a su novia y la estrechó contra él.

—¿Y en qué zona está? —quiso saber el maestro de judo pensando si en un futuro cercano Ana y él podrían compartir casa.

Sus amigos le explicaron dónde habían comprado el piso, todo el rollo de la hipoteca, cómo pensaban decorarlo, etcétera.

Bruno los escuchó, entretenido, hasta que Sheila se acercó a él.

—No me has dado dos besos ni me has saludado —lo acusó con un mohín infantil—. ¿Sigues enfadado conmigo?

—No, no estoy enfadado contigo, Sheila. Además, tú también podías haberte acercado a saludarme y no lo has hecho.

—Lo estoy haciendo ahora.

—Bien.

La joven se inclinó hacia él, que permanecía sentado en la silla, y le dio dos besos en las mejillas, procurando rozarle los labios al cambiar de una a otra.

Bruno supo que debía tener cuidado con ella esa noche. Lo que acababa de ocurrir no le había gustado nada. Sentir su aliento sobre su boca le había desagradado.

—Hace mucho que no te veo —comentó ella—, y el otro día te mandé varios mensajes para quedar contigo y no me contestaste.

—Estaba ocupado.

—¿Tan ocupado que no me has contestado en casi dos semanas?

—Sheila, escucha... —Bruno pensó que lo mejor era dejar las cosas claras desde el principio—. Estoy saliendo con alguien y vamos en serio.

Si a la joven le dolió o no esta confesión, no se le notó lo más mínimo. Continuó con la sonrisa en los labios y exclamó:

—¡Vaya! ¡Enhorabuena! Deberías haberla traído para presentárnosla.

—Es que aún llevamos poco tiempo, pero es una relación seria —le aclaró para que ella no tuviese dudas de cuáles eran sus intenciones con su recién estrenada novia.

—Ah, vale. Supongo que la conoceremos tarde o temprano, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—¿Y cómo se llama tu novia? —preguntó Sheila.

—Ana.

—Bonito nombre. Corto, sencillo. Está bien.

Un silencio incómodo cayó sobre ellos. Bruno estaba deseando que Sheila se marchase de su lado para continuar con la conversación que estaba teniendo con sus amigos sobre su nuevo piso.

—Vamos a hacernos un selfi para celebrar que seguimos siendo amigos a pesar de todo —propuso ella.

—Sheila, sabes que no me gustan esas cosas —se quejó él.

—Venga... Por favor...

Tras pensarlo unos segundos, Bruno cedió. ¿Qué había de malo en tomarse una foto con una de sus amigas?

Ella se sentó en su regazo, frotándose contra la entrepierna de Bruno.

Él cerró los ojos y maldijo en silencio. Rezó para que le llevase poco tiempo hacer la foto porque estaba deseando quitársela de encima y que no volviera a acercarse a él en toda la noche.

Sheila se echó para atrás y apoyó la cabeza en la curva del cuello de Bruno, ladeada para poder aspirar su olor.

Cuando hizo la foto, aprovechó para darle un beso al chico en la garganta.

—¿Qué haces? —se quejó él.

—Un selfi. Y ahora, otro.

La chica giró la cabeza y fusionó sus labios contra los de Bruno, aprovechando para disparar varias fotos.

Él la agarró por los hombros y la despegó de su boca.

—¿Estás loca? ¿Por qué has hecho eso? Te acabo de decir que tengo novia —soltó cabreado.

—Sí, ya, una novia que no has traído a esta cena. ¿Cómo sé que es verdad? —Ella expresó sus dudas al respecto.

Bruno la instó a levantarse de su regazo.

—¿Piensas que te he mentado? —continuó con su tono enfadado—. ¿Por qué iba a hacerlo? Pregúntale a Sergio. Él la conoció el otro día. Y también ha conocido a mi madre.

—¿Por qué no la has traído hoy? Si tan en serio vais como dices... —espetó con aire chulesco, de pie, frente a él, dolido porque la otra ya había conocido a la familia de Bruno.

—A ti no tengo que darte explicaciones de ningún tipo —masculló molesto.

—Hasta que no la vea con mis propios ojos, no me creeré que esa novia existe.

En ese momento, el móvil de Bruno pitó con el inconfundible sonido de un wasap.

Él desvió la mirada desde el rostro de Sheila hasta la pantalla del teléfono.

Sonrió cuando vio quién era.

—Mira. —Le mostró el móvil—. Es de Ana. Mi novia. ¿Ves cómo sí que existe?

—Puede ser de otra Ana cualquiera —dijo Sheila negándose a aceptar la cruda realidad.

—No conozco a ninguna otra Ana.

La joven se lo quedó mirando con el ceño fruncido y los ojos echando chispas de rabia. Se dio la vuelta y se marchó sin decir nada más.

Bruno suspiró. Miró a su alrededor y comprobó que los amigos más cercanos a ellos habían contemplado la escenita de Sheila.

Bajó los ojos, avergonzado, para leer el mensaje de Ana.

¡Hola! Sí, ya he cenado. ¿Qué tal tú con tus amigos?

Bruno tecleó una respuesta.

Bien, pero te echo de menos.
Me gustaría que estuvieses aquí para que los conocieras.

Sobre todo, para que el numerito que acababa de montar Sheila no hubiera ocurrido. Con Ana presente, Bruno dudaba de que a su amiga se le hubiera pasado por la cabeza hacer aquello.

¿Qué vas a hacer ahora

Preguntó el joven a continuación.

Palomitas, sofá, manta y peli.
¿Y tú? ¿Ya has terminado de cenar?

Respondió Ana.

Suena bien ese plan.
Nosotros vamos a pedir ahora el postre

Escribió Bruno.

¿Qué vas a pedir de postre?

Quiso saber ella.

Te pediría a ti, pero tendré que esperar hasta mañana

Contestó él con una sonrisa en los labios.

El camarero llegó en ese momento para tomarles nota.

Después de que Bruno hubiese pedido su postre, regresó a la conversación con Ana.

Ella le había enviado un nuevo mensaje.

Creo que yo no estoy en la carta de postres del menú

Respondía, seguido de un emoticono en el que le guiñaba un ojo al tiempo que sacaba la lengua.

Mañana cuando vengas
comerás todo el postre que quieras

Al lado, un montón de *emojis* de fuegos.

Bruno sonrió.

Estoy impaciente

Tecleó y después dio a «Enviar».

Supo que ella lo había visto por los tics de color azul, pero Ana no le contestó.

Bruno imaginó que ya habría empezado a ver la película y no quiso molestarla más.

...

A las once y veinte el timbre del portero de Ana sonó.

¿Quién sería a esas horas de la noche?

Damián no podía ser. Los niños y él se habían ido a pasar los días festivos al pueblo, a cien kilómetros de Madrid, y no regresarían hasta el domingo.

Sus padres tampoco, pues había hablado con su madre el día anterior y esta le había informado de que se iban también de viaje.

¿Alguna vecina? Pero había sonado el timbre del portero, no el del piso.

Echó a un lado la manta y se levantó del sofá. Detuvo la película con el botón de pausa y dejó el bol de palomitas aún por acabar encima de una mesilla auxiliar.

Recorrió el pasillo hasta la puerta de casa, donde estaba el portero junto a la madera.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Bruno? —preguntó sorprendida.

—El mismo.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar con tus amigos?

—He venido a comerme el postre —respondió el joven.

Ana abrió la boca y los ojos aún más sorprendida.

Bruno había dicho que había ido hasta allí para comerse el postre.

—Espera un momento, por favor. Enseguida te abro para que subas.

—¿Por qué no me abres ahora? —quiso saber él.

—Espera, impaciente.

Y, antes de que pudiera responder algo más, Ana colgó el telefonillo.

Corrió veloz hasta su habitación y rebuscó entre la lencería los conjuntos que su amiga Raquel la había obligado a comprarse hacía meses.

Se arrancó el pijama con gestos bruscos y se probó los dos para ver con cuál estaba más sexi.

Se decidió por el negro. Era de encaje y se le veían los pezones a través de la tela. Su monte de Venus también quedaba casi al descubierto. Estaba arrebatadoramente sexi. Ojalá Bruno se quedase boquiabierto al verla.

Se echó por encima una bata y fue corriendo a abrir para que Bruno subiera.

Esperó ansiosa y con el pulso a mil a que su amante llegara a su piso. El corazón le latía frenético y ya notaba la humedad entre sus

piernas, preparándose para una noche llena de placeres.

Cuando lo sintió al otro lado de la puerta, abrió antes de que él tuviese tiempo de pulsar el timbre.

—Hola —lo saludó con un tono sugerente.

—Hola —dijo él mirándola de arriba abajo, preguntándose si bajo la bata iría o no desnuda.

—Pasa. —Ella se apartó al tiempo que hacía una señal con la mano para que él entrase. Cerró la puerta y se giró para mirarlo—. Así que has venido para comerte el postre aquí —ronroneó con sensualidad, apoyándose contra la madera.

Se abrió la bata y dejó al descubierto el conjunto de lencería.

A Bruno le brillaron los ojos. Sus pupilas se agrandaron en señal de excitación y hambre sexual. Se mesó la barba mientras daba los dos pasos que lo separaban de Ana.

—Efectivamente —convino él, seductor—. Y veo que ha sido una gran idea.

Ana dejó que la bata le resbalara por los hombros y los brazos hasta llegar al suelo. La mirada de deseo del joven le atravesó la piel e hizo arder cada célula de su cuerpo.

—Estoy de acuerdo —murmuró juguetona.

Cuando sus torsos estuvieron rozándose, Bruno se inclinó hacia su cuello y lo recorrió con los labios. Ana emitió un tenue suspiro de placer al sentir la íntima caricia. Alargó los brazos para cogerlo de la cabeza y enterrar los dedos entre los mechones oscuros de su pelo.

Él pasó del cuello a la mandíbula, que regó de besos camino de los labios de Ana. Se apoderó de su boca, saboreándola, acariciando el interior con lentas pasadas de su lengua, que era correspondida por la de ella, iniciando juntas una danza sensual.

Bruno la cogió en brazos y se la llevó al dormitorio. La depositó sobre la cama como si Ana fuera de cristal y él temiera romperla. Ella se quejó al sentir el tacto frío del edredón contra su piel desnuda. Se apoyó sobre sus codos mientras veía cómo Bruno se iba quitando la ropa y aprovechó para deslizar hacia los pies de la cama el cobertor, quedando así sobre las sábanas.

Cuando él estuvo completamente desnudo, se cernió sobre ella. Le acarició el pelo, los labios y toda la piel mientras Ana no dejaba de ronronear como una gatita. Poco a poco, Bruno fue sustituyendo

las manos por los labios, propagando una sacudida de puro placer por donde pasaban.

El calor se extendió por el cuerpo de los dos, encendiendo chispas en las terminaciones nerviosas, atizando ardientes brasas en lo más profundo de los muslos de ambos.

Bruno comenzó a restregarse contra el sexo de Ana para que ella pudiera sentir su erección.

—A ver qué tienes aquí para mí —susurró Ana cogiéndole el pene—. Uf, qué duro está.

—Me muero por hundirme en ti —gimió Bruno cuando ella se lo apretó—. Pero antes debo comerme el postre.

Él le bajó el tanga y se lo deslizó por las piernas. Cuando Ana se supo libre de la prenda íntima, abrió los muslos para que el joven se colara en ellos.

Bruno presionó los labios contra los pliegues femeninos en un beso sexual, y cuando sacó la lengua para recorrer toda la hendidura de Ana, esta creyó morir de placer.

Durante varios minutos permaneció sumida en el lujurioso asalto a sus sentidos, con las manos ancladas al cuero cabelludo del hombre.

Bruno le hacía el amor con la boca; los dedos, clavados en las caderas de la mujer.

—Me encanta cómo sabes, Ana —murmuró.

—Luego, quiero comerme yo el postre —jadeó ella notando cómo el orgasmo se aproximaba.

Subiendo como la espuma del champán, arrastrada por un tsunami de sensaciones, alcanzó el clímax.

Él esperó hasta que Ana se recuperó un poco. Frotándose la dureza de su miembro con una mano, la besó en la boca y se tumbó en la cama para que ella le hiciera disfrutar de su lengua recorriendo su verga, tal como le acababa de pedir.

Ana se incorporó, sonriéndole, y agarró su pene.

—Estás preciosa con el pelo revuelto, los labios magullados por la pasión y sin el tanga —la piropeó Bruno.

Ella soltó una pequeña risita, pero no contestó.

Su boca bajó sobre la erección de Bruno y comenzó a lamer aquella ciruela madura que era su glande.

Él empezó a retorcerse de gusto y a gemir, alentándola a continuar.

—Oh, Dios mío, vas bien, muy bien, preciosa. Sigue... Sigue así...

Ana colocó una mano sobre el abdomen de Bruno para inmovilizarlo. Con la otra se ayudaba a subir y bajar por el falo al tiempo que lo hacía su boca. Con los dientes arañaba despacio la piel del miembro masculino y, cuando regresaba al punto de partida, rodeaba con la lengua la corona, succionándola antes de repetir todo el proceso.

Minutos después, Ana sintió las primeras gotitas del líquido seminal en su lengua. Bruno estaba a punto de correrse.

Veloz, se inclinó por encima del cuerpo de su amante para coger un preservativo de la mesilla y desenrollárselo en el pene ante la mirada encendida de él. Cuando lo tuvo listo, se puso a horcajadas sobre sus caderas y comenzó un lento descenso.

—¡Dios! ¡Qué bueno! —exclamaron los dos a la vez al saberse unidos.

El cuerpo de él se tensó cuando ella empezó a mover las caderas, manteniendo un ritmo constante, con la polla entrando y saliendo del sexo femenino, y la larga melena castaña de Ana balanceándose a su espalda.

Bruno se alzó, apoyándose con las manos en el colchón, y saturó los sentidos de la mujer con un profundo beso. Se movió un poco para colocarse mejor y quitarle a ella el sostén, que aún seguía cubriendo sus senos.

Cuando estos estuvieron libres, él se lanzó a por sus pezones mientras Ana se abrazaba a su cuerpo gimiendo. Rodeó con la lengua uno de ellos, chupó, succionó y, cuando lo tuvo duro como un guijarro, pasó al otro.

Mientras la pasión desenfrenada se apoderaba de los dos amantes, el aroma del sexo se extendió por la habitación. Los jadeos resonaban en sus oídos y, cuando el orgasmo se apoderó de ellos, temblaron de pasión. La euforia sexual se extendió por todo su ser, llevando la dicha a cada una de sus células.



Capítulo 21

Amanecieron abrazados, con los corazones latiendo de felicidad.

—Buenos días, preciosa —murmuró Bruno dándole un beso en el pelo a Ana.

—Mmm, buenos días...

Ella se desperezó unos instantes para enseguida volver a la posición en la que había permanecido gran parte de la noche; pegada al pecho de Bruno, con la cabeza recostada contra su garganta, aspirando su olor. Su sexo desnudo, arrimado a la cadera masculina, traspasándole su calor, y una de las piernas, por encima de las de él.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó su joven amante.

—De maravilla —dijo dándole un beso en la base de la mandíbula.

La barba le hizo cosquillas en la nariz y Ana sonrió. Se sentía tremendamente satisfecha, colmada y feliz.

—¿Y tú? —consultó ella.

—Muy bien —respondió con un suspiro y la ciñó más a su cuerpo—. Me quedé dormido casi enseguida, aunque me he despertado sobre las dos de la madrugada para ir a apagar el televisor.

Al oírlo, Ana se alzó, boquiabierta.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Se me olvidó apagar la tele!

—Tranquila —sonrió él tirando de sus brazos para volver a pegarla a su pecho—. Ya te digo que lo hice yo.

Ella se recostó de nuevo contra el cálido cuerpo masculino, amoldándose a su fisonomía.

—Menos mal que te tengo a ti... —susurró contra la piel de Bruno.

Permanecieron así unos minutos más, disfrutando del calor de sus cuerpos, hasta que Ana le preguntó algo que llevaba tiempo rondándole la cabeza:

—He estado pensando en tu madre y su nuevo marido. —Se detuvo para ver la reacción de Bruno. Como este no dijo ni hizo nada, prosiguió—: Y quería saber si él era tu profesor de judo cuando tus padres se divorciaron.

—Sí, pero Álvaro no tuvo nada que ver en su separación. Es cierto que ya se conocían de antes; sin embargo, su relación comenzó años después de que mis padres se divorciasen. —Bruno hizo una pausa y añadió—: La otra noche estuve hablando con mi madre sobre ti.

Ana se alzó un poco y apoyó el mentón en el pecho de Bruno, esperando a que él continuara.

—Ella sabe cómo te sientes en estos momentos de inicio de nuestra relación. Me contó que se sintió igual cuando empezó lo suyo con Álvaro. Las dudas, la preocupación por la diferencia de edad y los chismorreos de la gente... Todo.

—Debes de tener mucha confianza con ella si le cuentas tu vida sexual —dijo Ana, entre molesta y cohibida.

Bruno bajó los ojos para mirarla a los suyos.

—No le cuento mi vida sexual —rebatió—. Solo le comenté un poco de nuestra relación, y ella me aconsejó desde su perspectiva y su experiencia.

—Pero todas las mujeres no somos iguales, no pensamos de la misma manera —repuso ella.

El joven la cogió por las axilas y tiró de Ana hacia arriba, obligándola a reptar por su cuerpo para tenerla cara a cara. La sujetó así y ella tuvo que apoyarse en sus bíceps, notando la dureza de estos músculos.

—La situación es la misma y, de momento, por lo que yo recuerdo y lo que me ha contado mi madre, tú estás reaccionando de la

misma manera; estás teniendo las mismas dudas y los mismos miedos que ella.

Ana se quedó un momento mirándolo a los ojos. Después, cambió la posición en la que estaba y se sentó a horcajadas sobre el vientre marcado del joven.

—¿Estás repitiendo la historia de tu madre conmigo? —preguntó a bocajarro.

Bruno frunció el ceño, confuso.

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Será porque todo concuerda. Tú eres bastante más joven que yo, eres el profesor de judo de uno de mis hijos, el de Educación Física del otro, yo ya estaba divorciada cuando hemos iniciado nuestra relación...

—Es cierto que hay similitudes, pero no es lo que estás pensando —la cortó—. No estoy repitiendo contigo la historia de mi madre, aunque, en verdad, lo suyo con Álvaro me da esperanzas para que lo nuestro salga bien. Por eso tengo tanta confianza en nosotros. Porque ya he vivido una historia parecida y ahora ellos son felices. Como lo vamos a ser tú y yo.

Bruno dio su alegato con tanta convicción que Ana le creyó de inmediato. Las palabras del joven le daban seguridad y evidenciaban que ella no iba a ser una aventura, a pesar de que en otras ocasiones él se lo había dicho.

—¿Sabes que cuando te lo propones puedes llegar a ser muy persuasivo? —comentó Ana inclinándose hacia él para darle un beso rápido en los labios—. Me has convencido.

—No sabes cuánto me alegro —contestó Bruno sonriendo—. Habrá que celebrarlo, ¿no? —preguntó deslizando el cuerpo de Ana hacia abajo para ponerlo sobre sus caderas y su pene endurecido.

Ella sintió cómo se colaba entre sus pliegues íntimos la punta del miembro de Bruno y jadeó.

Se preguntó cómo lo sentiría sin la funda de látex, piel con piel, y esa misma curiosidad la llevó a empalarse entera en él.

Los dos gimieron a la vez al saberse unidos.

Ana buscó la boca de Bruno mientras se movía sobre sus caderas, pero no llegó a besarle porque él se lo impidió.

—Te gusta jugar con fuego —murmuró el joven—. ¿Sabes que podría dejarte embarazada?

—¿Estás sano? —respondió a su vez con otra pregunta.

—Sí. Nunca lo he hecho sin condón.

—Entonces, quédate tranquilo. No puedes dejarme embarazada.

Él clavó los dedos en las caderas de ella y la detuvo.

—¿Por qué? —quiso saber pensando que, si ya había tenido dos hijos, significaba que no era estéril. A no ser que...

—Cuando nació Lucas, me hicieron la ligadura. Ya teníamos claro Damián y yo que no queríamos más niños, así que... —Se encogió de hombros.

Esa respuesta confirmó lo que Bruno pensaba.

Pero en el mismo instante en que las palabras salieron de los labios de Ana, ella cayó en la cuenta de lo que acababa de confesarle. No podía tener más niños. Con nadie.

—Sé que no es el momento adecuado —comenzó a decir mojándose los labios, nerviosa— y que aún es pronto para ello, pero ¿tú quieres tener hijos?

Lo observó mientras esperaba su respuesta.

«¡Pues claro que querrá tener hijos algún día! —gritó su conciencia—. Es joven, tiene toda la vida por delante y es una de las experiencias que querrá vivir en el futuro. Y contigo no va a poder hacerlo».

—Lo siento, Bruno. Debería habértelo confesado antes —murmuró apenada, deslizando fuera de su sexo la erección de él.

—¿Qué haces? —interrogó su joven amante al ver que Ana se levantaba de la cama para ponerse la bata, tapando así su desnudez.

Necesitaba hacerlo. No quería sentirse más vulnerable y expuesta de lo que ya estaba.

—Perdóname —susurró sin mirarlo a los ojos, no quería ver el reproche en sus pupilas—. No era mi intención engañarte. Simplemente..., no pensé en ello.

Se escabulló de la habitación deprisa. No soportaba que él la recriminase por algo así.

—Ana, espera... —la llamó Bruno poniendo los pies en el suelo e impulsándose para ir tras ella.

Había tardado demasiado en contestar a la pregunta de su novia, pensó maldiciéndose mientras salía de la habitación.

La alcanzó en la cocina, cabizbaja, y la abrazó por detrás.

No le gustaba nada ver a Ana así de triste.

—Déjame —pidió ella en un murmullo.

—No —contestó él—. No quiero que llores.

Intentó girarla para tenerla de frente, pero, ante la resistencia de Ana, claudicó.

—No estoy llorando. —Su voz salió más fuerte que antes.

—Escucha —comenzó a decir Bruno—. Nunca me había planteado tener hijos, por eso he tardado tanto en contestar, y lamento si te has llevado una impresión equivocada debido a esto. Es que me ha pillado de sorpresa. —La abrazó más fuerte y prosiguió—: Me gustan los niños, sí, pero de momento me basta con mis alumnos. Cuando acaba mi jornada laboral, estoy deseando llegar a mi casa, donde no hay niños, para relajarme.

Ana se giró entre sus brazos al escucharlo.

—Pues menos mal que no vives conmigo, si no, tendrías que aguantar a los míos —alegó.

Bruno sonrió. Esperaba esa respuesta por su parte.

—No es lo mismo estar con veinticinco o treinta niños que con dos. Además, Lucas y Guille son buenos niños, por mucho que Guille sea un poco perezoso para estudiar y haya que andar detrás de él, y que Lucas sea más movido de lo normal. Tener a dos chicos en casa, después de haber tenido a veintiocho en clase, es pan comido; créeme.

Ana lo miró no muy convencida. Pero bueno, si eso era lo que él pensaba..., no sería ella quien le llevase la contraria.

—Y en el caso de que algún día me apeteciera tener un hijo contigo —siguió él—, existe la opción de adoptar. Pero, de momento, me vale con mis alumnos y los niños que viven en esta casa. No necesito más. No quiero más.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Ver nacer a tu hijo es una experiencia maravillosa. Me da pena que tú no la vayas a vivir conmigo —repuso Ana con tristeza.

Bajó la cabeza, apenada, pero solo duró un segundo porque Bruno le puso un dedo en la barbilla para levantársela.

—Estar contigo ya es una experiencia maravillosa —declaró con las pupilas clavadas en las de Ana, brillando como si tuvieran mil luces en su interior.

—¿Por qué dices cosas tan bonitas? Ahora sí que voy a llorar.

Se abrazó al cuerpo caliente de Bruno al tiempo que él soltaba una carcajada.

—Las digo porque son verdad —pronunció el joven dándole un beso en el pelo.

—¿Por qué eres tan perfecto? No puedes ser real. Es imposible —susurró Ana aspirando el aroma a sexo y masculinidad que desprendía su piel, mezclado con el leve olor de su colonia cítrica.

—Soy muy real, créetelo. Tan real como que estoy aquí contigo ahora, abrazándote.

Ella levantó la cara y lo miró a los ojos.

—Tan real como que me estás clavando la polla en el vientre —soltó Ana con una risita.

Los ojos de Bruno se oscurecieron por el deseo.

—¿Nosotros no estábamos en mitad de una celebración antes de que salieras corriendo a esconderte? —preguntó mirándola desde su altura.

Le quitó la bata, dejándola caer al suelo, y contempló su desnudez.

¿Había dicho que él era perfecto? ¡Ella sí que era perfecta!

—Ven —dijo agarrándola de una mano, con una sonrisa traviesa en los labios—. Me muero por follarte mientras nos bañamos, y más ahora, que no necesitamos condones.

...

Pasaron aquellos cuatro días de puente sumergidos en su burbuja de amor, sensualidad, pasión y sexo.

Ana experimentó muchas sensaciones entre los brazos de Bruno. ¿Y ella pensaba que tendría que enseñarle cosas a él por ser más joven? ¡Ay! ¡Qué equivocada estaba!

Cuando Bruno la llevó a la bañera y se metieron en ella una vez que el agua salió a una temperatura agradable, se enjabonaron los dos con las manos, disfrutando del tacto excitante de sus caricias, sin dejar de besarse.

El joven la giró, colocándola de espaldas a él.

—Apoya las manos en la pared y saca un poco el culo hacia fuera —dijo con la voz rota por el deseo, al tiempo que descolgaba la alcachofa de la ducha y la manipulaba para que saliera un único chorro.

—¿Qué vas a hacer con eso? —curioseó Ana cumpliendo sus instrucciones.

—Ahora lo verás —respondió Bruno—. Levanta una pierna y pon el pie en el borde de la bañera.

Cuando Ana estuvo en la posición indicada, Bruno se pegó a su trasero. Ella pudo sentir la gran erección que tenía acomodada en la costura de sus nalgas.

—¡Madre mía! ¡Qué duro estás! —exclamó muerta de deseo y de ansiedad porque él se introdujera ya en su sexo.

—Contigo siempre, cielo —susurró antes de darle un beso en el hombro.

El joven comenzó a rociar el cuerpo de la mujer con la alcachofa de la ducha que tenía en la mano mientras que con la otra mano guiaba su miembro hinchado entre los pliegues femeninos, buscando la entrada a su sexo para que lo abrigase con su calor.

—Verás qué bueno va a ser esto —murmuró junto al oído de Ana, y su aliento le hizo cosquillas a ella en el contorno de su oreja, logrando que se estremeciera—. ¿Alguna vez te han dado placer o te lo has dado tú misma con el aparatito este? —dijo refiriéndose a lo que sujetaba con la otra mano.

—No. He oído que algunas mujeres lo usan para masturbarse, pero yo nunca lo he probado.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo.

Cuando la hubo colmado con su pene, empezó a entrar y salir de ella con movimientos lentos y pausados. Poco a poco, fue dirigiendo el potente chorro hacia el clítoris de Ana para estimularlo mientras la sujetaba por la cintura, con el brazo pasándole por completo alrededor para agarrarla bien. Ella dio un pequeño respingo al notar

la fuerza del agua impactando contra su nudo de nervios, pero se relajó de inmediato, centrándose en la multitud de sensaciones que le producía.

—Me encanta cómo te siento, piel con piel, sin nada que se interponga entre nosotros. Saber que lo hacemos sin condón me excita muchísimo. Cómo me aprietas la polla es delicioso —gimió con los labios rozándole el hombro.

—A mí también me excita mucho todo esto y... ¡Oh, Dios!... Sigue... Apunta ahí donde estás ahora y no lo apartes por nada del mundo —ordenó ella con el calor recorriendo su sexo, extendiéndose al resto de su cuerpo.

La combinación del pene de Bruno enterrándose en ella hasta la empuñadura y la estimulación en su clítoris la lanzó al firmamento en pocos minutos.

—Me tiemblan las piernas —comentó Ana jadeante, aunque Bruno ya se había dado cuenta.

—¿Puedes aguantar un poco? Estoy a punto —suplicó su joven amante con el pulso a mil y la respiración errática.

—Sí —susurró ella.

Bruno dejó caer la alcachofa de la ducha al suelo de la bañera y se aferró a las caderas de Ana para bombear en su sexo con más fuerza, buscando su próxima liberación.

Cuando lo consiguió, la abrazó y descansó la mejilla en el pelo mojado de la mujer. Recuperándose un poco, repartió multitud de besos por toda la espalda de Ana, susurrándole bellas palabras que hicieron que el corazón de ella latiese con energías renovadas en una mezcla de ilusión, esperanza y amor.

Salió de su sexo y chorros de semen resbalaron por los muslos de la mujer.

—Tenemos que limpiarnos otra vez —comentó ella mirando las huellas de su pasión, riéndose feliz.

Se volvió hacia él, que la miraba contento, y le dio un rápido beso en los labios.

—¿Te ha gustado la experiencia? —quiso saber Bruno.

Ella asintió al tiempo que le contestaba.

—Estoy deseando repetirla.

—Bueno, pues, cuando quieras, ya sabes. —Bruno le guiñó un ojo con complicidad.

Después de eso, él intentó convencerla para que salieran a comer a algún restaurante cercano, pero ella se negó.

Aunque sí consiguió que fueran juntos al cine el último día. El resto se lo pasaron entre las sábanas y la ducha, repitiendo sus momentos de pasión desenfrenada.

—¡Uf! Mañana ya es lunes y no he adelantado nada con las correcciones —se quejó ella cuando salían de la sala donde habían visto la película.

Iban agarrados de la mano, y el chico estaba más que feliz por haber logrado ese pequeño momento fuera de casa.

—No te preocupes. Seguro que te pones al día enseguida —la animó Bruno, que levantó sus manos entrelazadas para darle un beso en el dorso.

Un escalofrío de placer recorrió todo el brazo de Ana al sentir la caricia de aquellos sensuales labios contra su piel.

—No sé. Me va a llevar varios días ponerme al corriente.

—Si quieres, yo puedo llevarte a Lucas el martes y el jueves a casa cuando termine judo —se ofreció el joven.

Ana abrió la boca para negarse, pero él se le adelantó con una explicación que sabía que la convencería.

—Así no tendrás que dejar de trabajar y, además, controlarás a Guille ahora que está con los exámenes del final del trimestre.

Esperó con el corazón latiendo de ansiedad su respuesta.

Ana lo meditó durante tantos minutos, mientras se dirigían hacia el *parking*, que Bruno temió que le diera una respuesta negativa.

—¿No sospechará la gente? Y a Lucas, ¿qué explicación le vamos a dar? ¿Y a mi amiga Raquel? Porque ella podría decirme que me lo acerca a casa en tu lugar.

Bruno la detuvo cerca ya de las escaleras mecánicas. La cogió de ambos brazos con delicadeza y clavó sus pupilas en las de ella.

—¿Qué tal si decimos la verdad? Que estamos juntos, que hemos iniciado una relación y nos va bien. Que los dos somos libres de hacer lo que queramos porque estamos solteros. Que ya somos mayorcitos para ir escondiéndonos. Que somos felices. Además, ¿por qué tenemos que dar explicaciones a nadie?

—Porque nos las van a pedir. Al menos, a mí —replicó Ana mordiendo el labio, nerviosa—. Solo espero que la gente no murmure sobre nosotros. La diferencia de edad que hay... —Dejó la frase sin acabar porque era algo que ya le había dicho muchas veces. Él sabía de sobra el miedo que tenía respecto a esto.

Bruno emitió un profundo suspiro. Acercó los labios a la boca femenina y le dio un lento beso. Ella, al principio, se alarmó por lo que él estaba haciendo allí, rodeados de todas aquellas personas, pero Bruno recorría su boca con tanta pericia que al final cayó rendida a sus encantos.

Cuando terminó de besarla, le dijo:

—Mira a tu alrededor, Ana. ¿Ves a alguien que nos mire mal o alguna cara rara porque estamos juntos, porque te acabo de besar? —Ella lo hizo mientras él hablaba—. No, ¿verdad? La gente, cuando nos mira, ve a una pareja enamorada, ve lo bonito que es el amor. No ve la diferencia de edad. Te lo he dicho muchas veces, no parece que nos llevemos tantos años y, además, la edad es solo un número.

Ella asintió lentamente a todo lo que él comentaba.

—Entiendo que a tus hijos tengas que darles alguna explicación, quizá a tu amiga Raquel también y a la otra mamá, que no recuerdo cómo se llama, la que solo viene los viernes, la madre de Naia...

—Bea —le aclaró Ana.

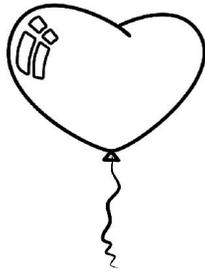
—Sí, a Bea. Son tus amigas y es lógico que te pregunten y tú les cuentes, pero al resto de la gente no le importa si estamos juntos o no, y en caso de que cuchicheen, no hagas caso. Habrá a quien le importe tres pimientos, habrá quien se alegre por nosotros y habrá quien critique. Pero ten por seguro que quien nos critique será porque nos tenga envidia y, como sabe que de frente no puede ganarnos porque juntos somos más fuertes, nos atacará por la espalda. A esa gente hay que ignorarla. —Hizo una pausa y añadió—: La envidia solo existe en aquellos que no pueden soportar la felicidad de otros.

Ana se quedó pensando unos segundos. Tenía razón. ¿Por qué esconderse? No hacían nada malo. No hacían daño a nadie. Y, como él había dicho, si alguien los criticaba, sería porque tenía envidia de su amor, de lo que ellos estaban viviendo.

—Está bien, pero quiero que vayamos poco a poco. Mis amigas van a flipar cuando se lo cuente, y a mis hijos se lo quiero decir yo, como es lógico —aceptó ella—. Y una cosa más: aunque la gente lo sepa, no es motivo para que nos vayamos besando por los rincones del colegio, ¿me entiendes?

Bruno asintió feliz.

—Gracias a Dios que te he convencido porque ya estaba cansado de amarte a escondidas.



Capítulo 22

—¿Quieres que me quede contigo hasta que tu ex te traiga a los niños? —le preguntó Bruno a Ana cuando llegaron a casa después del cine.

—No, no es necesario.

—¿Cuándo piensas decírselo a Guille y Lucas? —curioseó el joven.

—No lo sé. Tengo que buscar el momento oportuno. A lo mejor...

Ana se calló, pensando en la manera más adecuada de darles aquella información a sus hijos.

—¿A lo mejor? —la alentó a continuar el maestro.

—Estaba pensando que, como Lucas no para de hablar de ti a todas horas, en algún momento que salga tu nombre a relucir podría soltarlo.

—¿Lucas no para de hablar de mí? —se sorprendió el joven.

Ana asintió con la cabeza al tiempo que contestaba.

—Sí, parece que vivas aquí con nosotros, que seas uno más de la familia.

Aquella idea le gustó demasiado a Bruno, que comenzó a fantasear con lo que ella había dicho. Uno más de la familia, viviendo con ellos.

—No sabía que Lucas me tuviera tanto cariño —murmuró.

—Pues sí. Yo no sé lo que le has dado a mi hijo, pero está atontadito contigo.

Bruno sonrió al escucharla.

—Solo le he dado cariño y atención —respondió—. Además de enseñarle todos los valores del judo, pero aún me queda por trabajar con él y con el resto para que afiancen esta doctrina, esta forma de vivir.

Agarró a Ana por la cintura para pegarla a él.

—Entonces, Lucas se pondrá muy contento cuando lo sepa —añadió Bruno—. Me preocupa Guille. Siempre es tan... —buscó las palabras idóneas y, cuando las halló, las dijo—: arisco y borde.

—¡Ay, sí! —suspiró Ana—. Van a ser dos reacciones totalmente distintas. Aunque quién sabe, quizá Guille nos sorprenda y se alegre.

—Eso espero —pronunció Bruno antes de besarla.

Ana se perdió en ese beso. Le encantaba la forma en que él tomaba su boca y la exploraba a conciencia, sin olvidar ningún rincón por descubrir.

—A tu ex también se lo tendrás que decir —comentó Bruno cuando finalizó el beso.

—A él no hace falta. No tengo que darle explicaciones de mi vida íntima —dijo Ana frunciendo el ceño, molesta, recordando la conversación con Damián—. Además, él ya lo sabe. Sospeché cuando nos vio juntos y me sonsacó información, pero le mandé a paseo. Aunque yo creo que le quedó claro que algo hay entre nosotros.

—No me lo habías contado.

—No te lo conté porque soy capaz de solucionar mis problemas —replicó Ana colgándose del cuello de Bruno para darle otro beso.

—Ya sé que eres muy capaz de librar sola tus propias batallas y resultar vencedora en todas ellas, pero me hubiera gustado que me comentases algo al respecto.

—¿Y que sigas insistiendo en enseñarme defensa personal? —Ella arqueó una ceja.

—No te vendría mal, la verdad.

—No sé si te has dado cuenta, pero a mí el único deporte de contacto que me gusta es el que se practica en una cama —ronroneó melosa.

—Porque ahora no tenemos tiempo, que si no...

Bruno la besó despidiéndose de ella.

...

Cuando Bruno llegó a su casa, Sergio estaba en la puerta despidiéndose de Martina con un largo beso. Carraspeó para hacer notar su presencia y los dos amantes se distanciaron. Su hermano le guiñó un ojo cómplice que acompañó con una sonrisa socarrona. Su amiga musitó un «Adiós» y bajó corriendo las escaleras.

—¿De dónde vienes, colega? No te he visto el pelo en estos días —preguntó Sergio, dejando entrar a Bruno en la vivienda.

—¿Ha pasado Martina aquí la noche? —respondió a su vez Bruno con otra cuestión.

—Martina lleva en casa desde que salimos del bar la otra noche —corroboró su hermano mientras cerraba la puerta del piso.

—Pues menos mal que yo he pasado estos días en casa de Ana porque, si no, os habría molestado. ¿Qué tal todo? Volvéis a estar juntos, por lo que acabo de observar.

Bruno se dirigió hacia su habitación con Sergio pisándole los talones.

—Sí, pero no sé cuánto va a durar —suspiró el aspirante a bombero.

Al oírlo, Bruno se giró.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber extrañado.

—Porque me ha contado que después de Navidad se marcha a Estados Unidos. Ha conseguido una plaza como profesora de español en el Instituto Cervantes de Boston.

Sergio no añadió nada más y durante un par de minutos los dos hermanos permanecieron en silencio.

—Joder —soltó en voz baja Bruno.

—Sí, joder —susurró Sergio.

—¿Y qué pensáis hacer? ¿Vais a mantener una relación a distancia o...? —Se calló al ver que su hermano negaba con la cabeza.

—Hasta que se marche, vamos a estar juntos y luego... —Sergio se quedó pensativo un rato—. Van a ser muchos meses separados, muchos kilómetros de distancia, muchas horas de vuelo en avión... y yo aún sigo con la oposición. Por no hablar de que no tengo pelas para viajar a Boston.

—Si es por el dinero, yo... —se ofreció Bruno, pero Sergio lo interrumpió.

—No —dijo rotundo—. Sé lo que me vas a decir y la respuesta es no. Ya he abusado mucho de ti, hermano, y no soportaría deberte algo más. Bastante en deuda estoy contigo, con mamá y Álvaro.

Bruno se dio la vuelta para entrar en su habitación al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Vamos, Sergio, sabes que yo lo hago con todo el gusto del mundo. Eres mi hermano, tío. Si no lo hago por ti, ¿por quién lo voy a hacer?

—Ya lo sé, y la respuesta sigue siendo no. —Al ver que Bruno iba a añadir algo, Sergio lo cortó—: Y no me digas nada más.

—Bueno, vale, como tú quieras —cedió el maestro de judo. Se sentó en la cama y comenzó a desatarse las zapatillas—. Pero me da rabia. Parece que la vida no hace otra cosa que poneros impedimentos para que no estéis juntos. ¡Joder! De todas formas, podéis continuar la relación por Skype, o videollamadas con el móvil, *emails*, WhatsApp, etcétera.

Sergio sacudió la cabeza.

—Eso ya lo hemos hablado. Los dos sabemos que no será fácil, pero aun así... —Emitió un largo suspiro—. No sé, tío. Por un lado, yo quiero intentarlo. Por otro, no me quiero complicar más la vida. Y Martina está igual de confusa que yo. Así que, de momento, vamos a estar juntos hasta que se tenga que ir y luego ya veremos. Bueno, ¿y tú qué tal? —preguntó para cambiar de tema—. ¿Todo bien con Ana? Oye, ¿y lo que te ha pasado con Sheila? ¿Ha aprovechado que se hacía un selfi contigo para besarte en la boca? No pierde una la tía. Me quedé flipado cuando lo vi.

Ante la mención de Sheila, Bruno torció la boca.

—Sí —suspiró cansado—. Y mira que le había dicho que tenía novia, pero nada. Ni caso. Me dijo que no se lo creía.

—Bueno, ya se lo creerá cuando te vea con Ana —lo animó su hermano.

...

El martes por la mañana, mientras Ana desayunaba con sus hijos, soltó la noticia. Durante la cena del domingo y el lunes todo el día, ella buscó la manera de decírselo, pero no la encontró, a pesar de que Lucas mencionó en repetidas ocasiones a su profesor de judo.

—Esta tarde, cuando se acabe la clase de judo, Bruno te traerá a casa —comentó ella mirando a Lucas.

—¡Guay! ¿Y podrá quedarse un rato jugando conmigo aquí? —saltó el niño contento.

—¿Por qué tiene que traerlo él? —quiso saber Guille—. ¿No puede hacerlo Raquel? ¿O los abuelos?

Ana inspiró profundamente y, cuando exhaló el aire de sus pulmones, habló:

—Bruno y yo... tenemos..., tenemos una relación.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Y no le había resultado tan difícil.

—¿Una relación? —preguntó Lucas confuso.

—¿Te has hecho novia de mi profesor? —masculló Guille molesto.

—Sí —confirmó Ana—. Somos novios.

—¡Bien! —exclamó Lucas alegre.

Se levantó de su silla y abrazó a su madre.

—¡Qué guay, mamá! Bruno y tú sois novios. ¿Cuándo os vais a casar?

Ana se echó a reír.

—A ver, cariño, no nos vamos a casar... de momento, pero sí somos novios.

—Pero los novios se casan, ¿no? —preguntó el niño arrugando la frente, de nuevo confundido.

—Algunos, sí y otros, no. Bruno y yo no sabemos qué pasará, si nos casaremos o no, pero...

—Vaya mierda —la interrumpió Guille—. Se me acaba de quitar el hambre —soltó con rabia, levantándose de su silla y dejando intacto el desayuno.

—Guille, espera... —intentó detenerlo Ana soltando a Lucas, que regresó a su asiento.

—No quiero hablar contigo ni ahora ni nunca —dijo por encima del hombro mientras salía del comedor.

Sin embargo, Ana no se dio por vencida y fue tras él hasta su habitación.

—Guille...

—¡No quiero hablar contigo! ¡No quiero verte! ¡Vete! ¡Sal de mi cuarto! —le gritó su hijo mayor.

—Si me das la oportunidad, te lo explicaré. Cálmate, por favor.

Ana notaba las lágrimas a punto de desbordarse. Tenía una congoja en el pecho que solo se solucionaría si hablaba con él y se lo explicaba. Guille ya era mayor para comprender las relaciones de pareja. Y era un chico muy listo. Estaba segura de que, si la dejaba explicarse, acabaría por entenderlo y aceptarlo.

—¡Joder, mamá! De todos los hombres que hay en el mundo, ¿tenías que liarte precisamente con mi profesor? —continuó gritando.

—No digas tacos, por favor —le pidió—. Y no me grites. Te oiré perfectamente si me hablas en un tono normal.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué con él? —quiso saber el adolescente bajando la voz.

Ana notaba que su hijo estaba aguantándose las lágrimas igual que ella.

—Surgió así. No estaba premeditado, cariño. Poco a poco, Bruno y yo nos hemos enamorado.

—Pero él es mi profesor —se quejó el chico—. ¿Sabes las burlas que tendré que soportar de mis compañeros cuando lo sepan?

Ana dio un paso hacia él e intentó abrazarlo, pero Guille se escabulló. Aquello le dolió en el alma a su madre. Que rechazara su contacto, su consuelo.

—Ya lo hemos pensado Bruno y yo, y te prometo que tendremos cuidado para que eso no ocurra. Ni él ni yo queremos que te pase nada malo.

—Sal de mi cuarto —exigió Guille muy serio—. Me voy a vestir y necesito intimidad.

—Bien, pero una cosa más antes de irme. —Ana hizo una pausa en la que tragó el nudo de nervios que le oprimía la garganta—. Danos una oportunidad. Bruno es un hombre estupendo, y si llegas a conocerlo como persona, y no solo como profesor, te darás cuenta. Cariño, él me hace feliz. Dame la oportunidad de volver a

sonreír y enamorarme después de lo mal que lo he pasado con el divorcio de tu padre. Tengo derecho.

Guille no dijo nada. Solo se la quedó mirando, todavía disgustado.

Ana abandonó la habitación con lentitud, alargando el momento de separarse de su hijo, esperando a que él hablase. Rezando porque se produjera un milagro y su niño mayor corriese a refugiarse en sus brazos para decirle que aceptaba su relación con Bruno.

Pero el milagro no se produjo.

...

Cuando Bruno llegó a dar la clase de Educación Física al curso de Guille, notó al chico más contento de lo habitual. Se preguntó si Ana ya se lo habría dicho a sus hijos, y rezó porque así fuera y porque esta noticia les hiciera felices.

Guille se pasó toda la clase distraído, gastando bromas a sus compañeros, algo que no era normal en él. No es que el adolescente fuera huraño, pero el comportamiento que tenía ese día no concordaba para nada con su actitud habitual.

El docente lo tuvo que reñir en varias ocasiones para que prestase atención a lo que él les decía y dejase de interrumpir con sus comentarios jocosos.

Pero el chico continuó rebelde con su actitud.

—Guille, cuando termine la clase, quiero hablar contigo un momento —le dijo Bruno, cansado ya de tantas tonterías.

—No me puedo quedar, profe. Cuando termine la clase, me tengo que ir a otra —respondió Guille con aire chulesco.

—Quizá prefieras que te mande a Jefatura de Estudios por faltarme el respeto con tu actitud, por interrumpir constantemente el ritmo de la clase, por negarte a seguir mis instrucciones, por faltar el respeto también a tus compañeros que sí están interesados en aprender y trabajar en clase. ¿Quieres que siga? —preguntó al ver la cara de enfado del hijo de Ana.

—No. No hace falta.

—Bien, pues, cuando se acabe la clase, quiero hablar contigo en privado.

Guille no volvió a dar problemas en los quince minutos que siguieron hasta que la clase terminó.

Cuando todos sus compañeros hubieron salido del gimnasio, Bruno se acercó a él.

—¿Qué te pasa hoy? Tú no eres así —le dijo con suavidad.

—Qué sabrás tú cómo soy —murmuró el chico en voz baja, pero, aun así, su profesor lo oyó.

—Tienes razón. Apenas te conozco. Pero seguro que con el tiempo llegaremos a ser amigos.

—¿Quieres saber qué me pasa hoy? —le interpeló de pronto Guille y, sin esperar a que Bruno respondiese, soltó—: Que esta mañana mi madre me ha dado una noticia. Una gran noticia.

«Se lo ha dicho. Ana ya se lo ha dicho a sus hijos», pensó contento al tiempo que se extendía por su cara una feliz sonrisa.

—Mi madre nos ha dicho que va a volver con mi padre. Sigue enamorada de él y le perdona que se fuera con otra. ¿No es una gran noticia? Por eso estoy tan contento.

Y, nada más terminar de decir esto, se dio media vuelta y salió corriendo del gimnasio.

...

«No puede ser. Guille me ha mentado. Ana no les puede haber dicho eso a sus hijos», pensaba Bruno en el tiempo del recreo mientras esperaba oír la voz de ella al otro lado del teléfono.

—¿Bruno? ¿Le ha pasado algo a mis hijos? —respondió Ana.

—Hola, no, tranquila, están bien los dos.

—Entonces, me llamas porque ya sabes la noticia —aventuró ella.

—¿A qué noticia te refieres? ¿A la de que vas a volver con tu ex? —preguntó el profesor con toda la tranquilidad que pudo.

—¿Cómo dices? —se sorprendió Ana.

—Guille me ha dicho que vas a volver con su padre.

—¡Eso es mentira! —exclamó ella al otro lado del teléfono.

—Ya me lo imaginaba —suspiró con alivio Bruno.

—Cuando coja a ese maldito niño, lo voy a estrangular con mis propias manos —murmuró entre dientes—. Después del pollo que me ha montado esta mañana...

—Entonces, ya se lo has dicho a tus hijos —confirmó él—, y a Guille no le ha sentado nada bien lo nuestro, como suponíamos.

—Sí, ya se lo he dicho —suspiró resignada—. Lucas se ha puesto supercontento. Ya lo comprobarás cuando lo veas esta tarde en judo, pero Guille...

Ana le contó la discusión con su hijo mayor.

—Me ha dicho lo de su padre para joderme, lo sé. Está rabioso por esta nueva situación, se le escapa de las manos y no sabe cómo enfrentarse a ella. Me ve como un enemigo —le contó Bruno—. Pero no te preocupes. Debemos tener paciencia con él y todo se solucionará.

—Eso espero. Por el bien de todos, eso espero —replicó Ana.

—Bueno, luego a las seis y media te llevaré a Lucas, y, si quieres, hablamos los cuatro juntos.

—No sé si será buena idea hablar los cuatro precisamente hoy. Mejor lo dejamos para otro día o lo hablo yo con Guille para hacerle ver cómo son las cosas ahora...

—Bien. Tengo que dejarte. La hora del recreo se ha terminado y me toca dar una clase.

—Sí, luego nos vemos. Adiós.

—Adiós, preciosa.

...

Cuando Guille llegó a su casa después del instituto, Ana no comentó nada con él sobre lo ocurrido, aunque ardía en deseos de recriminarle su actitud. Pero pensó que era mejor dejarlo pasar. Había sido una niñería y con Bruno estaba todo aclarado, así que no le iba a dar más vueltas.

El adolescente comió sin ganas, enfurruñado, y después se tumbó en el sofá, como era su costumbre.

—¿Hoy no tienes deberes ni nada que estudiar? —preguntó Ana.

El chico no contestó. Se levantó del sofá y se marchó a su habitación.

Ana emitió un suspiro resignado, rezó para que su hijo mayor aceptase la relación que tenía con su profesor y siguió trabajando.

Una hora y media después, se tomó un descanso.

—Guille. —Tocó con los nudillos en la puerta de su cuarto antes de abrirla—. ¿Cómo vas? ¿Necesitas ayuda?

—No —contestó su hijo con la cabeza inclinada sobre un libro.

—Cuando quieras merendar, me lo dices, ¿vale?

—Mamá, acabo de comer, ¿cómo voy a merendar ahora? —soltó el adolescente con acritud.

Ana estuvo a punto de replicar que ella no le había dicho exactamente eso, pero prefirió callarse. No tenía ganas de empezar una discusión con él.

—Vale, cariño —dijo cerrando la puerta de la habitación.

Apoyó la frente en la madera y suspiró. Ojalá que no le durase mucho ese arrebato porque no soportaría el clima de tensión que se vivía en casa.

A las seis y media recibió la llamada de Raquel.

—¿Cómo es que Bruno va a llevar a Lucas a casa? —preguntó a modo de saludo cuando ella contestó al teléfono.

—Porque se ofreció y le dije que sí —respondió con cautela.

Su amiga permaneció unos instantes muda.

—¿Cómo has conseguido eso? Porque yo también quiero que venga a mi casa.

—Pues va a ser que no. Quiero decir que no vas a conseguir que vaya a tu casa —soltó Ana aguantándose la risa.

—¿Te has liado con él? ¡No me lo digas! ¡Te has liado con él! ¡Qué suerte! —exclamó contenta Raquel—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que le gustabas al yogurín! ¡Si es que a mí no se me escapa una!

Ana soltó una carcajada.

—Cuéntamelo todo con pelos y señales. ¿Cómo fue? ¿Es bueno en la cama? ¿Te ha hecho disfrutar por los siglos de los siglos amén? ¿Vais a seguir viéndoos? ¿Y cuándo ha sido? —preguntó de carrerilla.

—Pero ¿no me acabas de decir que no te lo diga? —dijo Ana tomándola el pelo.

—¿Cómo que no me lo vas a contar? Ahora mismo empiezas a largar todo, desde el minuto uno hasta este mismo momento —soltó

indignada la otra.

Ana no dejaba de reírse. Aun así, pudo contestar:

—Ahora no te lo puedo contar porque Guille está en la habitación de al lado estudiando y me puede oír. Además, Bruno debe de estar a punto de llegar con Lucas.

—Tenemos que quedar mañana a tomar café. Se lo voy a decir a Bea, a ver si puede venir. Cuando dejemos a los niños a las nueve en el colegio. En la cafetería de al lado.

—Como usted mande, mi generala —se rio Ana.

En ese momento, sonó el timbre del portero automático.

—Te dejo, que ya está aquí Bruno con Lucas.

—¡Qué suerte tienes, capulla! Te habrá dejado bien satisfecha porque después de más de un año sin hacerlo... ¡Joder! Mañana lo quiero saber todo, pero todo todo.

—Adiós —se despidió Ana entre risas.

Bruno y Lucas llegaron al piso. El profesor la saludó con un beso rápido en los labios mientras el niño los observaba embelesado.

Al descubrirlo así, Bruno empezó a reírse, y Ana también sonrió, aunque se sintió cohibida y nerviosa.

—Os habéis besado —dijo Lucas como si lo que acabase de presenciar fuera lo más bonito del mundo—. Ahora sí que te tienes que casar con mi mamá.

—¡Lucas! —soltó Ana avergonzada.

—Tranquila, Ana, lleva así todo el tiempo. No veas qué clase me ha dado. —Y, acercándose a ella, susurró—: Ya lo saben todos los niños de judo. Mañana seguro que estaremos en boca de todas las mamás, pero recuerda lo que te dije el domingo.

Ella cerró los ojos y suspiró.

Asintió con la cabeza y abrió de nuevo los ojos.

—¿Te quedas a jugar conmigo un rato? —le preguntó Lucas a Bruno.

—¿No tienes deberes que hacer? —contestó el profesor.

—Sí, pero los hago rápido y así puedes jugar un rato conmigo —dijo el niño con la ilusión bailando en su mirada.

Bruno miró a Ana buscando su aprobación.

—Yo creo que por hoy es suficiente —comentó la madre—. Todos tenemos que asimilar la nueva situación e intentar seguir con

nuestra rutina diaria. Además, Bruno tiene que marcharse a casa para ducharse, y tú también tienes que bañarte, señorito.

—¿Y no se puede duchar aquí? —preguntó con inocencia el pequeño.

—No. —Ana emitió un carraspeo—. No puede hacerlo aquí. No tiene ropa de cambio.

Bruno la contempló sonriendo. Sabía lo que pasaba por la mente de Ana. Los últimos cuatro días de baños compartidos y orgasmos con la alcachofa de la ducha.

—Tu mamá tiene razón. —Se agachó para quedar a la altura de Lucas—. Aquí no puedo bañarme. Pero, si quieres jugar conmigo, tenemos todo el próximo fin de semana.

—¡Bien! —Lucas aplaudió.

—En la mesa tienes la merienda. Cómetela rápido y ponte con los deberes. Después, tendrás que bañarte —dijo Ana.

El niño le dio un beso y un abrazo al profesor y los dejó solos en el pasillo para despedirse.

—¿Qué tal con Guille? —quiso saber.

Ana se encogió de hombros.

—No le he dicho nada de lo que ha hecho en clase, pero no te creas que no me quedo con ganas. Me da rabia el mal rato que te habrá hecho pasar.

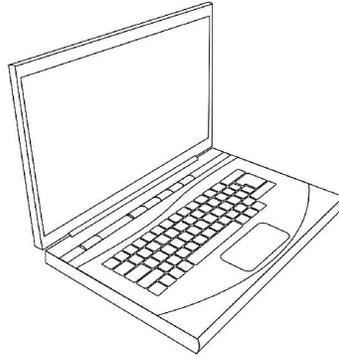
—Bueno, los dos sabemos que ha mentido. Sería conveniente que él supiera que tú lo sabes y que no apruebas su conducta. Pero eso lo dejo a tu elección. Si lo quieres regañar, bien. Si no, también. Respetaré la decisión que tomes. Eres su madre.

Ana asintió y miró a su alrededor para comprobar que seguían solos en el pasillo.

Después, se acercó a Bruno y lo besó en los labios.

—Hasta el jueves —se despidió de él.

—Hasta el jueves, preciosa.



Capítulo 23

Al día siguiente, a las nueve de la mañana y tras dejar a los chicos en la puerta del colegio, las tres amigas se reunieron en la cafetería de al lado del centro escolar.

—Solo tengo una hora libre —explicó Bea—, así que empieza a contar ya. ¿Cómo es que te has liado con Bruno? Si decías que no te gustaba... —Le dio un codazo a Ana con complicidad.

—Venga, cuenta, cuenta... —rogó Raquel.

—Sabrá dónde está el clítoris, ¿no? Porque a esa edad... —comentó su otra amiga.

—Bea, por Dios, ¿cómo no va a saber dónde está? —soltó Raquel poniendo los ojos en blanco.

Ana se rio.

—Yo que sé —respondió Bea encogiéndose de hombros—. Cuando mi marido y yo empezamos a salir, él no lo sabía y se lo tuve que explicar. Le tuve que explicar todo: cómo darme placer, dónde estaban mis puntos estratégicos...

—Cuando tu marido y tú comenzasteis, él tenía veinte años y no había estado con nadie. Tú tenías veintitrés y ya habías pasado por dos relaciones. Muchos a esa edad no saben prácticamente nada, aunque se las den de listos y de gallitos —la interrumpió Raquel—. Pero Bruno tiene veintiocho años, ya está más que espabilado y posee suficiente experiencia sexual para satisfacer a Ana.

Raquel se giró en la silla hacia la susodicha y la alentó:

—Empieza a contar, venga, que me muero de ganas por saberlo todo.

Ana les relató, sin entrar en detalles íntimos por mucho que Raquel insistió, cómo habían sucedido las cosas entre el maestro de judo y ella, y sus amigas se alegraron de verdad por ellos dos. Verlas así de contentas la hizo muy feliz.

Sin embargo, cuando mencionó el tema de cómo se lo había tomado Guille, se mostraron preocupadas e intentaron darle soluciones.

—Yo creo que es cuestión de tiempo, hasta que se acostumbre a la nueva situación. Te has divorciado hace un año y pico, ahora te lías con su profesor; es lógico que se lo haya tomado mal —replicó Raquel—. Dale tiempo.

—Sí —suspiró Ana—. Tendremos que ir despacio con él.

—Me alegro mucho de que vuelvas a ser feliz —opinó Bea con una sonrisa, que poco a poco fue tornándose más triste hasta que rompió a llorar desconsolada.

—¿Qué te pasa, Bea? —preguntaron sorprendidas las dos casi a la vez.

Arrimaron más sus sillas a la de ella y le acariciaron los brazos y la espalda para brindarle consuelo.

—Que mi matrimonio se está yendo a la mierda —confesó entre sollozos.

Ana miró a su alrededor para comprobar que la cafetería estaba desierta y nadie podía escuchar su conversación. Suspiró al ver que solo ellas y la camarera ocupaban el lugar.

—¿Qué ha pasado? ¿Has discutido con Jorge? —quiso saber Raquel.

—Si solo fuera eso... —respondió entre hipidos por el llanto—. Hace tiempo que no me toca, que no me besa... Pero... Pero si hasta me paseo desnuda delante de él para llamar su atención y... ¿sabéis lo que me dice? «Quítate de en medio, que no me dejas ver la tele».

—No jodas —murmuró Raquel.

—¿Ha variado sus costumbres? —preguntó Ana suspicaz. Ante la mirada de extrañeza de Bea, añadió—: Quiero decir si llega a casa más tarde de lo normal, si se ha apuntado a algún gimnasio, si

viste de otra manera, si controla lo que come con la excusa de cuidarse... Esas cosas.

—No —dijo Bea después de pensarlo bastante.

—¿Crees que le está siendo infiel como te hizo a ti Damián? —interrogó Raquel a Ana.

Esta se encogió de hombros.

—Todo puede ser. Yo no me di cuenta de nada hasta que fue demasiado tarde. Por eso lo pregunto. Por si acaso.

—No. No sé si tendrá una amante, pero Jorge no ha cambiado en nada —rebató Bea, todavía con lágrimas resbalando por sus mejillas.

Ana buscó en su bolso un pañuelo y se lo pasó para que se limpiara.

—Pues algo le tiene que ocurrir —objetó Raquel.

—Tuvimos... Tuvimos una discusión hace meses, antes del verano —comenzó a contar Bea—. Jorge quería hacerlo y yo le dije que no me apetecía. Él insistió y, al final, le confesé que no disfruto del sexo con él la mayoría de las veces, que estoy cansada de abrirme de piernas y que solo se lo pase bien él; y añadí que, si no me hacía disfrutar a mí también, no tendríamos sexo.

—¿Y él qué te dijo? —preguntó Raquel.

—¿Finges los orgasmos cuando te acuestas con tu marido? ¿Por qué? —quiso saber Ana al mismo tiempo.

Bea inspiró profundamente para calmarse un poco mientras asentía a la pregunta de Ana.

—Me da pena que él se sienta mal porque yo no me corro, pero ya estoy cansada de no disfrutar del sexo. Por eso se lo confesé. Jorge me dijo que la culpa es mía, que soy una mujer complicada en el sexo y que él no tiene por qué seguir mis instrucciones para lograr que disfrute también —prosiguió Bea—. Yo le contesté que, si no lo guiaba, no sería capaz de encontrarme el clítoris, y que después de tantos años juntos ya era hora de que supiera dónde lo tenía y cómo debía darme placer. Que yo también estaba harta de darle instrucciones y que, si no me iba a correr, pues no me abría de piernas y punto. La discusión fue subiendo de tono y nos dijimos cosas realmente duras. Nos echamos en cara de todo: desprecios que su familia le ha hecho a la mía y al revés. En fin...

Hizo una pausa para tomar aire y continuó:

—Que no es solo el tema sexual, también hay otros factores que influyen para que nuestro matrimonio se esté yendo a la mierda, como que él sea un adicto al trabajo y nos tenga abandonadas a Naia a mí. Si llego a saber que mi vida de casada iba a ser tan solitaria, no me caso. Así que estuvimos enfadados casi todo el verano, y en septiembre yo intenté reconducir la situación, solucionarlo de alguna manera. De ahí que me paseara desnuda delante de él y él me dijera eso. —Suspiró profundamente—. Echo de menos el sexo, aunque disfrutara poco con él. Las veces que sí conseguía correrme era maravilloso. Ahora Jorge está apático, es como si no le interesara recuperar lo que teníamos, y yo ya me estoy cansado de luchar. —Sacudió la cabeza negando—. Parecemos compañeros de piso en vez de un matrimonio. Lo único que nos une en estos momentos es la hipoteca de la casa y Naia.

Raquel y Ana la miraban atónitas.

—Vaya... Lo siento —musitó Raquel.

—¿Habéis pensado en ir a terapia de pareja? —preguntó Ana.

—Jorge no quiere ni oír hablar de eso. Se lo propuse hace algunas semanas y se negó. Dijo que él no tiene por qué contarle sus intimidades a nadie y que tampoco tiene tiempo. Yo le pedí que no trabajara tantas horas, pero a él le gusta más su trabajo que estar con su familia. Es un adicto —contestó con tristeza Bea.

Sin embargo, ella sí lo necesitaba. Necesitaba contarle a alguien lo que estaba sufriendo, y quién mejor que sus amigas para hacerlo. Se conocían desde hacía muchos años y confiaban las unas en las otras, se aconsejaban y se ayudaban. Se alegraban de los logros y metas alcanzados en la vida de cada una, y se consolaban cuando la situación lo requería.

—¿Estás segura de que no tiene una amante? —volvió a decir Ana.

—Yo creo que no, pero nunca se sabe —replicó Bea.

—¿Y si contratas a un detective? —propuso Raquel.

Bea negó con la cabeza.

—Estoy en un momento en el que me da exactamente igual si tiene una amante o veintitrés. Después de que me dijera «Aparta, que no me dejas ver la tele» —Bea imitó la voz de su marido—, me

da igual. Aquello me dolió mucho, y también lo de que «Soy una mujer muy complicada en el sexo». No creo que sea tan difícil que me coman el coño correctamente, por Dios —murmuró entre dientes, pero sus amigas la oyeron de todas formas—. Estoy cansada de luchar y de estar sola siempre. Voy a tirar la toalla cualquier día... Vamos, sé que estoy casada con alguien porque tengo un documento firmado que lo dice, pero en la práctica eso no es así. Vosotras, porque conocéis a mi marido, pero hay mucha gente que, como nunca me ven con un hombre, piensan que estoy divorciada o que soy madre soltera.

Al verla tan desanimada y con las lágrimas aún resbalándole por las mejillas, Ana y Raquel la abrazaron cada una por su lado.

—No llores más, por favor... —le pidieron al unísono.

—A lo mejor le pido el divorcio —confesó Bea en un murmullo.

Las otras dos se miraron a los ojos, en silencio.

—Piénsalo bien, Bea —intervino Ana—. Y si aun así crees que lo mejor es divorciarte, nosotras vamos a estar a tu lado; lo sabes.

—Gracias, chicas —suspiró ella.

...

Guille siguió en sus trece mostrándose rebelde en clase de Bruno. Este aguantaba con paciencia las salidas de tono del chico, pero no podía darle mucha cancha porque, si no, el resto de los alumnos actuaría igual que el hijo de Ana, y eso no lo podía tolerar como profesor. Él era la autoridad en clase y debían respetarlo.

Por otro lado, su relación con Ana marchaba bien. Había veces que a Ana no le importaba si la gente sabía que estaba liada con Bruno, aunque continuaba con sus dudas.

El sábado fueron a comer los cuatro juntos a un restaurante del centro comercial cercano a casa de Ana. Estaban pasándolo muy bien, excepto Guille, que seguía enfurruñado porque su madre y su profesor fueran novios.

—¿Podemos ir a la bolera cuando terminemos de comer? —pidió Lucas.

—No —soltó Guille con desagrado.

—Claro que sí —dijo Ana mirando a su hijo mayor con un gesto serio.

Bruno permanecía en silencio, observándolos a todos.

—Yo no quiero ir. La bolera es para niños pequeños —se opuso Guille burlándose de su hermano con una mueca.

—¡No es para niños pequeños! —protestó el otro.

—Basta ya —los conminó Ana—. No empecéis a pelearos u os castigaré sin Play lo que queda del fin de semana. —Ana miró a Bruno, sentado frente a ella, al lado de Lucas, y bufó poniendo los ojos en blanco—. Qué harta estoy de que con vosotros haya que pelear todo el tiempo para conseguir algo —murmuró, pero, aun así, sus hijos y su novio la oyeron a la perfección.

—Voy a pedir la cuenta y después decidimos lo que hacemos —propuso Bruno.

Le hizo una señal a la camarera, quien se apresuró a cobrarles.

Cuando salieron del restaurante, se encontraron con los amigos de Guille. Este los saludó cohibido por la presencia de su profesor allí al lado y Naia, la hija de Bea, se acercó para darles dos besos a todos, Bruno incluido.

—Hola, chicos y chicas —saludó Ana—. ¿Qué tal? ¿Dando una vuelta por el centro comercial?

—Pues sí —contestó Naia sin apartar la mirada de Bruno, suspirando interiormente—. Queremos ir al cine, pero no nos decidimos por la película. Unos quieren ver una y otros queremos ver otra.

—¿Y tenéis que ir todos juntos a ver la misma? —quiso saber Ana, a quien no se le escapaba la manera en que la adolescente miraba a su profesor—. ¿Por qué no vais a ver cada grupo la que quiere y luego quedáis al salir para volver a casa juntos? —les propuso.

—Pues no se nos había ocurrido —declaró Jairo, el hijo de Raquel.

«Adolescentes —pensó Ana poniendo los ojos en blanco—. Son sacos de hormonas con patas y poco cerebro».

—Mamá, ¿puedo irme con ellos? —preguntó Guille, deseoso de escapar de la situación tan incómoda que estaba pasando con su

profesor y su madre juntos, a la vista de todos sus compañeros del instituto.

—¿Crees que debería dejarte después de cómo te has comportado en la comida? —Ana se cruzó de brazos frente a su hijo.

Bruno intervino en ese momento:

—Déjalo, anda, ¿qué te cuesta? Se está aburriendo con nosotros. Con sus amigos lo pasará bien.

Guille miró a Bruno sorprendido de que, después de todos sus encontronazos, él se pusiera de su parte e intercediera ante su madre para que le dejase marchar con sus amigos.

Ana lo pensó un momento. Después, se giró para hablar con Naia y Jairo, que parecían los líderes del grupito de chicas y chicos con los que se relacionaba su hijo.

—¿A qué hora acaban las películas que vais a ver? —les preguntó.

—Una termina a las siete y la otra a las siete y cuarto —le informó Jairo.

—Bien. Pues a las siete y cuarto te espero en la salida del cine —dijo Ana hablando con Guille.

—¿Cómo habéis venido al centro comercial? ¿Andando, en autobús...? —interrogó Bruno al grupo de amigos.

—Andando. Todos vivimos cerca y solo tardamos diez minutos —terció Naia con una sonrisa de oreja a oreja al ver que el profesor centraba la atención en ella.

Bruno se giró hacia Ana para hablarle.

—¿Por qué no dejas que Guille vuelva a casa con sus amigos, andando, cuando se termine el cine, en lugar de venir nosotros a buscarlo? Ya es mayorcito para hacerlo —opinó el joven.

Guille lo miró alucinado, rezando porque su madre aceptara la proposición de este.

—No creo que sea una buena idea. A mí no me cuesta nada venir a buscarlo después —se negó ella.

Bruno la agarró del brazo y se separaron un poco del grupo de adolescentes para hablar sin que ellos supieran lo que decían.

—Ana, déjalo, por favor. ¿No te das cuenta de que se está haciendo mayor? No puedes tenerlo siempre pegado a tus faldas ni

controlar todo lo que hace.

—Oye, ¿tú y yo no habíamos quedado en que ibas a tratar a mi hijo como a cualquiera de tus otros alumnos para que nadie pensara que lo estás favoreciendo?

—Ahora no estamos en el colegio —replicó Bruno—. Aquí sí puedo hacer diferencias. Aquí sí puedo beneficiarlo.

Ana apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Venga, por favor, deja que el chico se vaya con sus amigos —insistió el profesor—. Con nosotros se va a aburrir, ya lo estás viendo.

—Parece que te moleste ver su cara de enfurruñado —repuso Ana.

—No, no me molesta, aunque es cierto que no me gusta verlo así. Lo prefiero cuando sonríe y está contento. Además —Bruno cogió un mechón de su cabello y se lo pasó a Ana por detrás de la oreja, provocándole un escalofrío de placer al sentir su contacto—, así gano puntos frente a él. Si ve que te he convencido para que le dejes irse con sus amigos, ya no me tendrá tanta tirria. Me verá como un aliado en vez de como un enemigo.

Ana lo pensó unos segundos. Bruno tenía razón. Era una buena forma de ganarse el cariño de Guille y que aceptara la relación que mantenía con el joven.

—Está bien —cedió volviendo hacia donde estaba el grupo de adolescentes.

Bruno sonrió y la siguió.

—Guille, puedes irte al cine con tus amigos y luego regresar a casa con ellos —le informó Ana—. Pero no os retraséis —dijo mirándolos a todos—. Y, si pasa cualquier cosa, que uno de vosotros me llame al móvil. Guille sabe mi número —añadió.

Tenía constancia de que algunos de los amigos de su hijo poseían teléfono, aunque otros no, como era el caso de Guille.

—Vale, mamá. ¿Me das dinero para comprar la entrada y palomitas?

—Toma. —Bruno le tendió un billete antes de que Ana pudiera hacerlo.

Guille se sorprendió de nuevo.

—Bruno, no... —comenzó a quejarse Ana, pero el docente la atajó.

—¿Qué más da? Toma, Guille, cógelo.

El chico agarró el billete con timidez y musitó un «Gracias, Bruno» antes de darse la vuelta y andar hasta donde sus amigos lo esperaban.

—¿Bruno y tu madre están liados? —preguntó Naia.

—Por desgracia, sí —replicó Guille, aunque sabía que estaba siendo injusto con él al decir esto porque, si no hubiera sido por su profesor, ahora no estaría subiendo las escaleras mecánicas para ir a la zona donde se encontraban las salas de cine.

Ana observó marchar a su hijo con una punzada de melancolía. Bruno tenía razón. El niño se hacía grande y no podía retenerlo a su lado todo el tiempo. Debía volar del nido. Sabía que poco a poco tendría que darle más libertad para que tomara sus propias decisiones y dejarle equivocarse. Su niño solo tenía doce años y Ana temía que le sucediera algo malo por no haber estado ella a su lado. Sin embargo, también sabía que, aunque no estuviera todo el tiempo con ella, siempre estaría ahí, en la retaguardia, para apoyarlo, animarlo y consolarlo en caso de que las cosas no salieran bien.

—Deja de darle vueltas a esa cabecita tuya —susurró Bruno a su lado, sabiendo todo lo que Ana estaba pensando—. No te preocupes. Va a estar bien. Se lo va a pasar genial con sus amigos y luego volverá a casa sano y salvo.

—Ya, pero no puedo evitar preocuparme. Y estoy segura de que lo haría aunque Guille tuviera cuarenta años. Es mi niño, compréndelo. —Se volvió hacia él y lo miró a los ojos—. No me ha gustado nada que le dieras dinero. Yo tengo para darle, ¿sabes?

—¿Qué importa si se lo das tú o yo? Somos una pareja, ¿recuerdas? —opinó el joven.

—Sí, pero no tienes que hacerte cargo de los gastos de mis hijos —respondió Ana.

—Anda, vámonos a la bolera con Lucas —soltó Bruno cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza. No estaba dispuesto a comenzar una discusión con ella.

—Ten cuidado con Naia —le advirtió Ana cambiando de tema.

Bruno abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque está coladita por ti.

El joven soltó una carcajada.

—Pero si tiene doce años —alegó.

—Sí, pero a esa edad se hacen muchas tonterías. Además, las niñas de ahora están demasiado espabiladas. Si a eso le añades las hormonas revolucionadas y que está enamorada de ti...

—¿Cómo va a estar enamorada de mí? Soy su profesor —continuó riéndose.

—¿Tú nunca te has enamorado de una profesora tuya cuando estabas en el instituto? —contraatacó Ana.

—No exageres, Ana, por favor. Puede que Naia me admire como docente, pero de ahí a que esté enamorada de mí hay un trecho. Es una niña de doce años. ¿Cómo va a enamorarse de alguien tan mayor como yo? —se defendió él.

—¿Igual que un yogurín se ha enamorado de una madurita?

—Yo no tengo doce años ni tú eres mi profesora —respondió el joven sonriendo.

Ana meneó la cabeza.

—Si no me quieres creer, no lo hagas, pero ten cuidado con ella, ¿de acuerdo?

Cuando llegó la noche, cenaron juntos en casa de Ana. Guille contó lo bien que lo había pasado con sus amigos viendo la peli en el cine. Al adolescente se le notaba más animado y Ana supo que era gracias a haberle dejado un poco más de libertad. Tuvo que reconocer que, si no hubiera sido por Bruno, esto no habría pasado.

Mientras los chicos se ponían el pijama cada uno en su habitación, Bruno le comentó a Ana la posibilidad de pasar la noche juntos, pero ella se lo prohibió. Le daba mucha vergüenza acostarse con él estando los niños tan cerca. ¿Y si los oían mientras hacían el amor?

—También podría quedarme solo a dormir, sin sexo —intentó convencerla él—. O podríamos ser silenciosos cuando lo hagamos.

—No, Bruno. No estoy tranquila con ellos en casa. Es mejor que te vayas. Además, quiero ir poco a poco. Creo que es precipitado que hoy te quedes a dormir. Más adelante...

—Está bien —concluyó el profesor—. Esperaré hasta que llevemos más tiempo juntos y ellos se hayan acostumbrado a verme en vuestra casa.

—Gracias por entenderlo y no presionarme.

Ana se alzó sobre las puntas de los pies para darle un fugaz beso en los labios antes de que él se marchara.

Cuando Bruno estaba a punto de salir por la puerta, Guille apareció andando por el pasillo.

—Profe —lo llamó—, quería..., quería hablar contigo.

—Hijo, no lo llames profe cuando no estés en el colegio, por favor —le pidió Ana.

—Es la costumbre, mamá —se excusó el chico.

—No pasa nada —intervino Bruno—. Puedes llamarme como quieras —añadió mirando a Guille.

El adolescente asintió con un gesto de cabeza y cambió el peso de un pie al otro.

—Bien —lo alentó Bruno al ver que Guille no se arrancaba a hablar—. ¿Qué quieres decirme?

—Quería... Quería disculparme por cómo me he portado estos días contigo y darte las gracias por lo de esta tarde.

—De nada —respondió Bruno con una sonrisa—. Y no te preocupes por la actitud que has tenido conmigo. Sé que todo esto te resulta raro; que yo sea tu profesor y, al mismo tiempo, el novio de tu madre. —Se acercó a él y le puso una mano en el hombro—. Pero seguro que nos llevaremos bien. Todos tenemos que adaptarnos a la nueva situación. Es cuestión de tiempo.

Ana, a su lado, suspiró feliz. Parecía que su hijo iba aceptando poco a poco la relación con el joven.

—Lo que te dije sobre mi padre..., que iba a volver con mi madre... —Guille los miró a ambos arrepentido—. Era mentira. Quería fastidiarte —prosiguió.

—Ya lo sé, y te perdono. Entiendo que me dijeras aquello, pero ahora no importa. Olvídalo, ¿vale? —contestó Bruno, tranquilizándolo.

El chico asintió.

El profesor se volvió hacia Ana.

—Bueno, me voy ya. Hasta mañana —se despidió con un beso en los labios.

Abrió la puerta, y justo cuando iba a cerrarla, Guille se lo impidió.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó el adolescente sonriendo—. Eres guay y molas mogollón.

Bruno soltó una pequeña carcajada al tiempo que le agradecía sus cumplidos.

...

El jueves siguiente, como Guille ya había terminado los exámenes, Ana volvió a buscar a Lucas a judo.

Cuando Bruno la vio, se acercó para darle un rápido beso en los labios. No creyó que a ella le importase. Total, todo el mundo conocía ya lo suyo con ella y, si no lo sabían, lo sospechaban.

Ese gesto de cariño hizo que Ana se sintiera cohibida, pero al mirar a su alrededor no vio las malas caras que esperaba en las otras mamás. Algunas le sonrieron. Otras mostraron indiferencia.

Raquel le susurró en el oído cuando Bruno se metió otra vez en el *dojo*:

—De verdad, tía, qué suerte tienes. Me muero de envidia, pero envidia de la buena, ¿eh?

Ana se limitó a sonreír.

—Me podías dar un pequeño detalle de cómo es en la cama —insistió su amiga.

—No te voy a decir cómo es Bruno en la cama, por el amor de Dios. —Ana puso los ojos en blanco y bufó. —Ante la cara de fastidio de Raquel, añadió—: Pero sí te puedo decir que empotra de maravilla.

Raquel abrió la boca y soltó un pequeño grito.

—¡Lo sabía! —dijo con expresión de triunfo—. Si es que la cara de felicidad que tienes últimamente tenía que deberse a eso: a Bruno, el empotrador. ¿Te has fijado que tienes la piel más suave y tersa? Eso es por el buen sexo.

Las dos amigas se rieron justo cuando el maestro de judo salía de la sala.

Raquel lo miró de arriba abajo y suspiró.

—Si las paredes tiemblan, ya sé a qué es debido.

Ana soltó una carcajada y le dio un codazo a su amiga. Bruno las observó sin comprender el comentario.

Raquel se despidió de ellos y se alejó por el pasillo, seguida de sus gemelos.

—¿Cómo se presentan las navidades? —quiso saber el joven después de haber entregado a todos los niños.

—Guille y Lucas se irán una semana con su padre. Mi exsuegra ya ha terminado con la reforma de su casa y se podrán quedar allí. La otra semana la pasarán conmigo.

—Muy bien —asintió Bruno—. Si me esperas cinco minutos, me cambio rápido y os acompaño a casa a Lucas y a ti.

—He traído mi coche, así que no hace falta que nos acompañes.

Bruno puso un mohín triste y Ana se rio.

—Tranquilo —dijo acercándose a él para hablarle en susurros—. Mañana Guille tiene judo y tú también entrenas. Nos veremos cuando acabes. Y, además, este fin de semana los niños estarán con su padre. —Le acarició el pecho con lentitud, despertando en él las ansias de sexo, y le guiñó un ojo con picardía.

—Esperaré impaciente —murmuró Bruno con una mirada de deseo que a Ana le traspasó la piel, haciéndola arder.

...

El viernes, cuando Damián fue a recoger a Guille y Lucas a casa de Ana, se encontró con que su exmujer, sus hijos y su nuevo novio lo esperaban en el portal del edificio.

Todos juntos, como si fueran una familia.

La familia que él ya no tenía.

Un sentimiento de rencor nació en su pecho, pero se obligó a serenarse.

Observó cómo se despedían sus niños del joven: Lucas lo abrazó, igual que hizo con su madre, y Guille chocó las palmas con él. Esta complicidad de sus hijos con el maestro hizo que la rabia anidara en su pecho. Además, comprobar la felicidad en el rostro de su exmujer, que ella volviese a sonreír después de tanto tiempo, le escoció como la sal en una herida.

—Ana, necesito hablar un momento contigo —dijo cuando los chicos ya estaban a bordo del auto. Miró a Bruno y añadió—: A solas, por favor.

Ana aceptó su petición. Le hizo una señal a Bruno para que la esperase en la puerta mientras ella se iba unos metros más allá para hablar con su ex.

—Dime, ¿qué quieres? ¿Hay algún problema?

—¿Vas a pasar el fin de semana con él? —preguntó a bocajarro Damián—. Porque si está aquí, contigo, es porque lo vuestro va en serio. ¿Qué opinan los niños de que ahora haya otro hombre en tu vida? No se te ocurrirá follar con tu novio mientras los chicos están en casa —le advirtió.

—Eso no es asunto tuyo. Creo que te lo dejé muy claro la última vez que hablamos sobre Bruno.

Ella reforzó su actitud negativa cruzándose de brazos. En su voz, su exmarido notó que el comentario no le había sentado nada bien. La había cabreado.

—Ana... —comenzó a decir Damián.

—No, ni Ana ni leches —le cortó de malos modos—. No me vengas con las mismas gilipolleces de la otra vez. ¿O qué pasa? ¿Que ahora que ves que otro disfruta conmigo te arrepientes de haberme dejado? ¿Ahora te das cuenta de lo que has perdido? Pues te jodes. Habértelo pensado mejor antes de ponerme los cuernos y destrozar nuestro matrimonio.

Dicho esto, se dio media vuelta y regresó al lado de Bruno.

—¿Qué te ha dicho para que vengas tan enfadada? —quiso saber el joven.

—Intentaba recordarme lo que me dijo la otra vez.

Bruno la miró expectante, con una ceja arqueada.

—Acabo de hacer justicia porque, en el amor, quien la hace la paga —añadió enigmática.

Comprobaron cómo Damián se montaba en el coche, enrabiado, y se marchaba con sus hijos dentro.

Cuando entraron en el portal, Bruno insistió con la pregunta que Ana no le había contestado.

—¿Y bien? ¿Qué es eso de que «en el amor, el que la hace la paga»? ¿Y qué fue lo que te dijo la otra vez?

Mientras subían a su casa, Ana le relató la conversación anterior sobre que tuviera cuidado con el joven porque a ella le iba a pasar lo mismo que a él con Noelia, que los jóvenes eran inmaduros e inestables, etcétera.

También le contó lo que acababa de decirle a su ex sobre que ahora que la veía feliz con otro hombre se daba cuenta de lo que había perdido por tonto.

Bruno la escuchó con atención, pensando que Ana se había defendido muy bien.

—En enero comenzaré a dar clases de defensa personal —dijo el maestro de judo cuando ella acabó de explicarle todo—. He pensado crear un grupo para mujeres que estén en tu situación, o en cualquier otra, y que puedan necesitar defenderse de un hombre o un atacante. Ya lo hablé con Ángel hace unos días y le pareció una gran idea. Pero necesitamos un mínimo de diez personas para crear el grupo. Podías decirles a tus amigas que se apunten, además de hacerlo tú —sugirió.

—Mira que estás pesadito con el tema. Yo no necesito aprender defensa personal. —Al ver la mirada de impotencia de Bruno porque no conseguía convencerla, unida a su preocupación por su bienestar y su seguridad, añadió—: Pero lo voy a hacer solo para que te calles y me dejes en paz de una vez.

Una maravillosa sonrisa se extendió por el rostro del joven, que la agarró de la cintura y se inclinó sobre su boca para agradecersele con un beso. Ella le echó los brazos al cuello y se pegó más a su cuerpo.

—Gracias por concederme este capricho —susurró él contra los labios de ella.



Capítulo 24

—Me ha dicho mi madre que si quieres venir a comer a nuestra casa el día de Navidad —comentó Bruno al día siguiente.

A Ana se le cortó la respiración.

Estaban acurrucados en el sofá viendo una película. Ana reposaba la cabeza en el hombro de Bruno a la vez que este la tenía ceñida a su cuerpo pasándole un brazo alrededor.

El joven notó que ella se tensaba al contarle la propuesta de Sari.

—O si, en vez de venir a comer en Navidad, prefieres ir a tomar un café después de la comida... —prosiguió—. Lo que tú quieras. Piénsalo y me lo dices, ¿de acuerdo?

—¿Por qué quiere tu madre que vaya a su casa? —preguntó Ana cuando recuperó el habla.

—Te quiere conocer —contestó el maestro.

—Ya me conoció el día de las katas.

—Te quiere conocer más.

—O sea, que me quiere hacer pasar un examen para ver si soy buena para su hijo, ¿no? —interpeló suspicaz.

Bruno soltó una carcajada.

Ana se acomodó mejor en el sofá para poder mirarlo a la cara.

—No, mujer, no es eso. Simplemente, quiere conocerte mejor. Si eres buena para mí o no, lo decidiré yo, no ella.

Se miraron a los ojos algunos segundos hasta que el joven habló de nuevo:

—Venga —trató de convencerla—. Me hace mucha ilusión que os hagáis amigas. Sois las dos mujeres más importantes de mi vida.

Ana se mordió el labio, indecisa.

—Me da vergüenza —reconoció.

—Vamos, que no te va a comer. —Con una sonrisa juguetona, añadió—: El único que te comería sería yo, y prometo portarme bien ese día.

La mujer cerró los ojos al escucharlo y sonrió.

—Es mejor que vaya a la hora del café —dijo abriendo los ojos de nuevo—. Así será menos incómodo para mí.

Bruno casi saltó en el sofá cuando oyó cómo ella aceptaba.

—Verás qué contenta se va a poner mi madre —expresó el joven—. Muchas gracias.

La agarró de la cintura y la atrajo hacia él para besarla mientras Ana pensaba que iba a conocer de manera oficial a su futura suegra. El nerviosismo se apoderó de ella, pero se obligó a tranquilizarse. El primer encuentro, cuando lo de las katas, no había ido mal, pero claro, ella no sabía quién era esa mujer tan simpática y dicharachera con la que estuvo charlando durante toda la exhibición.

De pronto, recordó al hermano de Bruno y lo que había sucedido en la cocina de la casa que su novio compartía con él.

—¿Sergio también estará? —quiso saber.

—Seguramente, sí. ¿Por qué? ¿Quieres volver a besarlo? —se burló de ella adivinando sus pensamientos.

—¿Qué? ¡No! ¡Qué vergüenza! ¡No me lo recuerdes, por favor!

Ana meneó la cabeza.

—Tranquila, no dejaré que vuelvas a confundirme con él —se rio Bruno.

—Eso espero —suspiró ella mortificada—. ¿Has vuelto a hablar con tu hermano sobre lo que pasó?

—La verdad es que no. Además no hay nada de qué hablar. Fue una confusión, nada más. No le des importancia. Olvídalo —la aconsejó el joven.

—Ya, pero cuando tu hermano me vea...

—Cuando mi hermano te vea —la atajó—, no te dirá nada. Puedes estar tranquila. Ya verás cómo no hace ningún comentario al respecto.

Ana asintió, dando por válidas las palabras de Bruno. Realmente, esperaba que su novio tuviera razón y Sergio no sacase a relucir el

tema del beso. De lo contrario, se moriría de vergüenza.

...

Y así fue como Ana pasó la tarde de Navidad con la familia de Bruno. Sergio no comentó nada del beso, algo que ella agradeció en silencio. El aspirante a bombero hizo todo lo posible porque la novia de su hermano se sintiera integrada en la familia. Bruno tampoco la dejó sola ni un momento, siempre pendiente de ella y de sus necesidades. Sabía que Ana estaba muy nerviosa por la situación, pero poco a poco observó cómo la mujer se fue relajando hasta disfrutar de la charla de su madre y el resto de la familia.

—Deja que te ayude a recoger —se ofreció Ana cuando terminaron de tomar el café, levantándose de su asiento al mismo tiempo que lo hacía Sari.

—No, no, no —se negó su nueva suegra con vehemencia—. No voy a permitir que mi invitada trabaje. Además, lo harán mis hijos y mi marido, ¿verdad, chicos? Para qué quiero si no tener a tres hombretones llenos de músculos en casa, ¿eh? —se rio.

Ana correspondió a su sonrisa con otra mientras escuchaba que los chicos de la casa protestaban. Se volvió a sentar.

—Ya salió la mandona que nos pone a currar a todos en cero coma —se burló Sergio.

—Jolín, mamá, espero que quieras a Álvaro para algo más que para que te recoja las tazas de café y la bandeja de pastas. —Bruno soltó una carcajada al tiempo que le daba un codazo cómplice al marido de su madre.

—Tranquilo —intervino Álvaro riéndose también—, que luego la pondré yo a trabajar para resarcirme de todo lo que abusa de mí.

Ana vio cómo este hombre miraba con deseo y amor a Sari. Supo de qué manera se lo haría pagar. De una muy caliente y deliciosa en la que los dos disfrutarían mucho.

Este pensamiento hizo que se ruborizara. No debería imaginarse a sus suegros teniendo relaciones. Lo que hicieran en la intimidad de su habitación era cosa suya, pero no dejaba de sorprenderle la camaradería que parecía haber entre todos los integrantes de la familia de Bruno.

Se preguntó si este tipo de conversaciones serían habituales entre ellos y llegó a la conclusión de que sí lo eran por la manera tan tranquila con la que hablaban de esto, igual que si estuvieran comentando el tiempo que hacía en el exterior.

—Anda, no os quejéis tanto y recoged la mesa —ordenó Sari entre risas. Le dio un beso en los labios a Álvaro y se dirigió hacia el sofá para sentarse en él—. Y que sepáis que quien pone a trabajar después a mi marido soy yo, y no al revés —añadió.

—Me tiene explotado —admitió Álvaro con un mohín que hizo que los hijos de Sari estallasen nuevamente en carcajadas.

Bruno le dio un beso a Ana y le susurró que regresaba enseguida a su lado.

Junto con su hermano y el marido de su madre, recogieron todo.

—Ana, ven a sentarte aquí. —Sari dio una palmadita en el sofá—. Estarás mejor que en la silla. Tengo que cambiarlas porque son horriblemente duras e incómodas.

Ana obedeció a la mujer y se colocó al lado de esta en el sofá.

—Me ha dicho Bruno que trabajas en casa como correctora de textos —inició la conversación Sari.

Ana asintió y le explicó a la mujer en qué consistía exactamente su trabajo.

—Yo soy una gran lectora. Me encantan los libros, como puedes comprobar —le contó su suegra, haciendo un movimiento con la mano, abarcando la enorme biblioteca que ocupaba toda una pared del salón.

Bruno se acercó a ellas cuando terminó de recoger.

—¿Cómo van mis chicas por aquí? ¿Todo bien? —se interesó antes de dar un beso a Ana en los labios y sentarse a su lado.

—Bien —respondió ella con una sonrisa—. Tu madre me está contando que le gusta mucho leer.

—No es que le guste leer. Adora los libros —afirmó el joven—. Eso y las series turcas es lo que la vuelve loca.

—¡Eh! Que yo también la vuelvo loca. —Álvaro apareció al lado de Sari y se sentó, abrazándola y besándola.

Sari puso los ojos en blanco al tiempo que se reía.

Bruno y Álvaro también se rieron, y Ana no pudo evitar acompañarlos.

—Tiene razón mi hijo. Los libros y las series turcas me encantan. ¿Tú ves alguna? —le preguntó Sari a Ana.

—Pues alguna he visto, pero es que no tengo mucho tiempo, la verdad.

—Yo me las grabo y las veo luego. Como trabajo por las tardes, de tres a nueve, no puedo verlas a las horas que las echan por la tele. Así que acumulo varios capítulos y luego me doy un atracón.

—¡Y tanto que se da un atracón! —exclamó Álvaro—. Cuando se pone delante del televisor con Cesür, Suhan, Sanem y Can —nombró a algunos protagonistas de estas series—, Sari no existe. Ni pestañea, oye.

—¡Cómo voy a pestañear! —comentó Sari riendo—. ¿Tú has visto lo buenos que están los protagonistas? ¿Y si me pierdo el cuerpazo de Can Yaman saliendo de la piscina? ¿O boxeando en el gimnasio? ¡Pues claro que no pestañeo! Si hasta estoy aprendiendo turco, así cuando me vaya de viaje a Turquía y me encuentre con esos hombres podré entenderme con ellos.

Ana no paraba de reír. Se estaba divirtiendo mucho en esa reunión familiar.

Sergio se acercó a ellos para despedirse. Había quedado con su chica.

—Dile a Martina que venga un día por aquí. Hace mucho que no la veo —le comentó Sari a Sergio mientras le daba un beso de despedida.

—Y menos que la vas a ver, mamá —respondió Sergio—. Porque se marcha a Boston después de las fiestas navideñas. La han contratado en el Instituto Cervantes de aquella ciudad como profesora de español —le explicó.

—¡Vaya! Me alegro por ella, por su trabajo, pero lo siento por vosotros dos. —Sari puso una mano en la mejilla de su hijo, sobre la barba, y se la acarició con ternura—. Parece que la vida no hace nada más que poneros impedimentos para que no podáis estar juntos.

—Eso mismo le dije yo cuando me lo contó —intervino Bruno.

—Dile que venga a verme antes de irse a Estados Unidos —pidió Sari a Sergio.

El futuro bombero asintió con la cabeza y terminó de despedirse de todos.

...

—¿Lo has pasado bien? —quiso saber Bruno cuando regresaban a casa de Ana, montados en el coche.

—Sí, tu madre es una mujer muy divertida, aunque no te niego que al principio estaba supernerviosa. Me sentía como una veinteañera conociendo a los suegros.

—Se te notaba tensa los primeros minutos, es cierto —admitió Bruno—, pero me alegro de que esa inquietud se te pasara poco a poco. Así las próximas veces que la veamos estarás más cómoda.

—Me ha caído bien Álvaro —comentó ella.

—Es un tío genial. Me alegro de que esté con mi madre. La hace feliz y ella, a él.

—Sí, se nota que os lleváis bien todos y que hay cierta complicidad entre vosotros, a juzgar por algunos comentarios de doble sentido que he escuchado.

Bruno se rio.

—Sí, es verdad. Somos un poco... picantes, desinhibidos —señaló después de pensarlo algunos segundos—. No te molesta, ¿verdad?

—No, pero me ha chocado. En la familia de Damián no eran así. El sexo y todas las connotaciones que conlleva eran tabú; y mis padres tampoco es que hablen mucho de esas cosas delante de la gente, como hacéis vosotros.

—Nosotros no hablamos de esas cosas delante de la gente —la contradujo él—. Pero estamos en familia y entre nosotros hay confianza. Si no hablo con libertad con mi madre, con mi hermano y con Álvaro, que es mi segundo padre, aunque tenga treinta y cinco años —comentó refiriéndose a la edad del marido de su madre—, ¿con quién voy a hablar? Son mi familia, no la vecina del quinto ni alguien que me encuentre por la calle.

—Ya, ya. Al decir «delante de la gente» me refería a ellos, no a la gente en general —explicó Ana.

Bruno movió la cabeza asintiendo, comprendiendo lo que ella había querido decir.

—Por cierto, si yo hoy he venido a casa de tu madre —prosiguió Ana—, cuando se entere la mía, va a querer que tú también vayas a su casa.

—Yo, encantado. Además, ya los conozco del cumpleaños de Lucas y de las veces que han venido ellos a buscarlo a judo. Así que, cuando quieras, les hacemos una visita.

En ese momento a Ana le sonó el teléfono. Al mirar la pantalla vio que era su exmarido. Se lo comentó a Bruno antes de descolgar. Pero no fue la voz de Damián la que escuchó al otro lado, sino que eran sus hijos quienes llamaban para felicitar la Navidad y contarles lo que Papá Noel les había traído. Ana puso el altavoz para que Bruno los pudiera saludar también, ya que iba conduciendo y no podía agarrar el móvil. Hablaron unos minutos y después se despidieron.

—Voy a felicitar a mis amigas Raquel y Bea por wasap en lo que llegamos a casa —le contó Ana a Bruno.

Escribió los mensajes y, cuando los envió, estas le devolvieron las felicitaciones.

Bea le preguntó si la podía llamar. Necesitaba hablar con ella.

Ana contestó afirmativamente y, a los pocos segundos, la llamada entró en el terminal.

—Dime, Bea, ¿qué te ocurre?

—Nada. Es que estoy de bajón y necesito hablar con alguien —respondió su amiga con voz triste.

—¡Ay, mi niña! —se compadeció Ana—. ¿Quieres que me acerque a tu casa y charlamos un rato?

—No, no vengas. Está aquí Jorge y no me apetece que nos oiga hablar. Y, además, también está Naia —le confesó susurrando.

—Vale, pues no voy. ¿Qué tal has pasado Nochebuena y Navidad?

—Como siempre. En familia. Un rollazo que te cagas. ¿Y tú?

—Estos días los he pasado con mis padres, tíos, primos... Los niños están con mi ex, pero acabo de hablar con ellos y lo han pasado muy bien. Papá Noel les ha regalado muchas cosas. Y ahora vengo de casa de Bruno. Su madre quería conocerme mejor y

me ha invitado a tomar café. He pasado una tarde muy entretenida —le contó mirando a su novio y sonriéndole.

El joven le devolvió una sonrisa cautivadora, que hizo que el corazón de Ana latiera feliz.

—Oye —prosiguió Ana—, ¿te interesaría aprender defensa personal? Es que Bruno ha pensado crear un grupo en el colegio, a modo de actividad para mayores, y yo me voy a apuntar. Las clases comenzarán en enero, a la vuelta de las vacaciones, pero aún no sé el día ni la hora. Se lo voy a decir también a Raquel, aunque a ella no hace falta que se lo pregunte. Me va a decir que sí en cuanto sepa quién es el profesor... —se rio.

—Buf... No me apetece, la verdad. Ahora estoy tan de bajón que no tengo ganas de nada.

—¡Venga, mujer! ¡Anímate! Te vendrá bien para hacer un poco de ejercicio y aprender algo nuevo. Te sacaré de tu rutina y no le darás tantas vueltas a la cabeza a lo que te está pasando con Jorge — insistió Ana.

Bea permaneció en silencio tanto tiempo que Ana creyó que se había cortado la comunicación.

—Lo pensaré —respondió Bea al fin.

—Bien. Cuando te hayas decidido, dímelo para comunicárselo a Bruno. De todas formas, creo que mandarán un correo a las familias del colegio para ofertar la actividad, como hacen siempre que hay alguna nueva.

Las amigas se despidieron justo cuando llegaban a casa de Ana.

Bruno aparcó el coche, se metieron en el portal y esperaron el ascensor. Cuando llegó, accedieron a su interior.

—Estoy pensando —dijo Bruno cogiéndola de los brazos y levantándoselos por encima de la cabeza mientras entrelazaba sus dedos con los de ella, al tiempo que la arrinconaba contra una de las paredes del elevador— en todas las formas en que te voy a hacer el amor y no sé por cual decidirme. Quizá comience por empotrarte otra vez —susurró inclinándose sobre su boca con un ronroneo de lo más sensual.

Ana se mojó los labios y Bruno clavó los ojos en aquel brillo de humedad que había quedado en ellos, fascinado.

—Estoy deseándolo —murmuró ella antes de besarlo y desatar el fuego que siempre crepitaba entre los dos amantes.



Capítulo 25

Bruno y Ana estaban en una fiesta que había en un *pub*. Era Nochevieja y, tras cenar con los padres de Ana y tomar las uvas, dejaron a los niños durmiendo en casa de los abuelos.

Al joven le había costado mucho convencerla. Cuando se lo comentó, Ana torció el gesto y dijo que no. Empezó a poner excusas tales como que sus hijos acababan de volver de pasar esos días con su padre y ella tenía ganas de estar con los niños...

—Pero no te vas a acostar con ellos, ¿verdad? Te estoy pidiendo irnos después de que los chicos estén en la cama, dormiditos — rebatió Bruno.

—¡No puedo dejarlos en casa solos! —exclamó ella—. ¿Y si les pasa algo?

—Yo no he dicho que los dejes solos. Además, cenaremos donde tus padres, no en tu casa. Guille y Lucas pueden quedarse a dormir allí como han hecho otras veces, por lo que me has contado.

—Es que no quiero cargarles el muerto a mis padres siendo la noche que es. A lo mejor quieren salir por ahí con sus amigos — siguió negándose Ana.

Bruno la miró con una cara que decía «¿En serio?».

—Tus padres estarán encantados de quedarse con sus nietos para que nosotros salgamos de fiesta. Compruébalo —dijo tendiéndole el teléfono para que los llamase.

Ana lo hizo. Mientras esperaba que su madre contestase al otro lado de la línea, rezó para que se negara.

Pero no ocurrió. Elvira se mostró feliz por tener a los niños en su casa durmiendo esa noche.

—Vale. Tenías razón —farfulló Ana colgando el teléfono.

Bruno le mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero, aun así, no sé qué pinto yo en una fiesta con tus amigos —continuó poniendo excusas.

—Pintas que eres mi novia y quiero que todos te conozcan.

Bruno la cogió de ambos brazos y se inclinó sobre su boca para besarla.

—Pues van a flipar cuando nos vean juntos —susurró Ana recuperándose de ese beso que le había robado el aliento—. ¿Sabes que soy mayor que tú? Mucho mayor que tú, a decir verdad.

—No, no lo saben. Pero me da igual lo que piensen de nuestra relación, de si eres más mayor que yo o no. Quiero que te conozcan porque van a descubrir la misma luz que yo he visto en ti. Aunque espero que ellos no se sientan atraídos por ti porque me pondría muy celoso. —Sonrió con picardía.

Ana puso cara de fastidio.

—¿Y qué me pongo? Porque, si son todos de tu edad, tendré que ir acorde con ellos.

—Tienes que ser tú misma, Ana, y vestirte como te dé la gana. No tienes por qué impresionarlos —le recomendó él.

Y allí estaba ella, hecha un manojo de nervios. Llevaba un pantalón negro que se ceñía a sus caderas y a su trasero de una manera deliciosa, marcando su figura divinamente, y un top de lentejuelas en blanco y negro, que se anudaba a su delicado cuello, dejando toda la espalda al aire. Sobre esto, había llevado un abrigo oscuro con el forro interior de pelo calentito, que en esos momentos descansaba sobre un montón de abrigos encima de una silla. Unos zapatos oscuros de tacón, unos pendientes de aro plateados en las orejas y un bolsito de mano negro completaban su atuendo. Por la tarde, Bea le había mandado un vídeo que ella misma había grabado, explicándole cómo debía maquillarse. El resultado fue bastante bueno, según la opinión de Ana. Hubiera preferido que su amiga la hubiese maquillado. Entonces, habría estado espectacular, pero no podía desplazarse a casa de Bea ni ella a la suya con todos los preparativos de la cena de Nochevieja en marcha.

Cuando Bruno la vio, se quedó hipnotizado unos instantes. Después, reaccionó y se pegó a sus labios besándola como si el mundo fuera a acabarse aquella noche.

—Que me quitas el carmín —lo riñó Ana—. Con lo que me ha costado que me queden bien los labios...

—No conozco otra manera mejor de borrarte la pintura de la boca —sonrió él con una mirada traviesa.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

Bruno también estaba muy atractivo esa noche. Cubría su formidable cuerpo con una chaqueta de cuero negro, que descansaba junto al abrigo de Ana; una camisa blanca con las mangas subidas, mostrando sus fuertes antebrazos, y un pantalón oscuro. Para la ocasión, se había recortado un poco la barba y llevaba los rizos de su cabello engominados.

Nada más llegar al *pub*, se encontraron con Sergio y una chica. Ana supo enseguida que era la tal Martina, la novia de su cuñado.

Se saludaron y luego Bruno procedió a presentarle a todo el grupo. En ningún momento soltó la mano de Ana. Era como si temiera que ella escapase, pues sabía sus reticencias a estar allí. O a lo mejor la estaba protegiendo, marcando su territorio frente a los otros hombres que había en el *pub*.

—Así que tú eres la famosa Ana —comentó una chica que se llamaba Sheila, si no recordaba mal.

Bruno se la había presentado un rato antes y ella se acordó de que era la chica con la que lo había visto en el centro comercial hacía varios meses.

Había coincidido con ella en el cuarto de baño la única vez que se separó de su novio.

Otras tres chicas más, entre ellas Martina, hacían cola para entrar en uno de los cubículos y vaciar la vejiga. Dos más se retocaban el maquillaje en el espejo.

—No te imaginaba así —dijo mirándola de arriba abajo.

—¿Así cómo? —quiso saber Ana poniéndose a la defensiva de inmediato.

—Vieja —soltó la otra con toda su mala leche—. ¿Sabes que con ese top se nota que no llevas sujetador? Tienes las tetas caídas. Además de otros músculos flácidos.

Las jóvenes que estaban allí presentes aguantaron la respiración a la espera de una pelea de gatas.

Ana inspiró hondo para calmarse. Aquellas palabras le habían escocido como la sal en una herida.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber Sheila.

—No te importa —respondió ella alzando la barbilla, orgullosa.

Sheila sonrió con malicia.

—No entiendo cómo has conseguido que Bruno se fije en ti. Debes de ser muy buena en la cama. Aunque, a tu edad, creo que el sexo brilla por su ausencia, ¿no es así? Por la menopausia y esas cosas.

Ana permanecía callada mientras se debatía entre pegarle una hostia por su insolencia, estrangularla para hacerla callar de una puta vez o meterle la cabeza en el váter y estropear su correcto maquillaje junto con su perfecto pelo.

—¿No me contestas? Entonces, me estás dando la razón —siguió pinchándola Sheila.

Ana decidió que se defendería con palabras, ya que había testigos y no podía hacerle todo lo que su mente perversa había ideado.

—Mi silencio no significa que esté de acuerdo con lo que has dicho. Es que tu nivel de estupidez me ha dejado sin palabras.

Vio cómo las otras chicas abrían la boca de puro asombro para, acto seguido, volver a cerrarlas mientras se reían con disimulo.

—Y otra cosa: llegar a mi edad tiene sus ventajas y sus inconvenientes, como, por ejemplo, que no veo bien las letras de cerca; sin embargo, distingo a las gilipollas desde lejos, así que deja de preocuparte por mis años de más y empieza a preocuparte por tus neuronas de menos, porque el día que se ponga de moda ser imbécil, no vas a saber qué hacer con tanta fama, bonita.

Martina estalló en una carcajada que hizo que Sheila se girase para fulminarla con la mirada. Las otras jóvenes se pusieron las manos sobre la boca para que no las vieran reír.

—Me has insultado. Además de vieja, eres una maleducada y una antipática —soltó la joven volviendo a mirarla. No esperaba que Ana se defendiera tan bien de sus ataques. La había cabreado mucho.

—Te equivocas, niñata. No es que sea antipática. Es que no me interesa caerte bien.

Ana pasó por su lado y la empujó con el hombro para que se apartase.

Salió del aseo y, de repente, una mano la agarró para detenerla.

Al ver quién era, se soltó de malos modos.

—Escucha —Sheila se puso las manos sobre las caderas y se colocó de tal manera en el pasillo que impedía la huida de Ana—. A pesar de que no quieres ser mi amiga, te voy a ayudar. Me das pena y por eso quiero prevenirte. Bruno está jugando contigo.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Bruno está con las dos a la vez. A mí no me importa, ¿eh? —Movié las manos para quitarle importancia al asunto—. Estoy acostumbrada a compartir a mi hombre, pero a lo mejor a ti sí te importa. A tu edad, no creo que estés para muchos jueguecitos ni para andar perdiendo el tiempo con un chico como Bruno.

Ana la escuchaba anonadada. Pero ¿qué decía esa niñata? ¿Que Bruno estaba con las dos a la vez?

Sheila, al ver su cara de incredulidad, aprovechó para darle la estocada final.

—Si no me crees, tengo pruebas —dijo sacando el móvil. Comenzó a buscar en la galería de fotos hasta que encontró la que quería—. Mira: esta es de la última vez que salimos todos los amigos juntos, cuando Sergio aprobó el primer examen de la oposición.

Le mostró un selfi en el que ella estaba acurrucada contra el cuerpo de Bruno, con la cabeza reposando en la curva de su garganta. A Ana se le incendió la sangre en las venas de rabia.

—Y esta otra también —comentó Sheila pasando con un dedo por la pantalla para que Ana viera la siguiente foto.

En ella se comprobaba cómo los dos se besaban en la boca, con la chica sobre las rodillas de Bruno.

Ana sintió el escozor de las lágrimas a punto de desbordarse.

Bruno la engañaba con esa chica. No era una simple amiga como le dijo aquel día. Entre ellos había algo.

—No es la primera vez que lo hace, ¿sabes? Pero las otras chicas eran más jóvenes y con alguna llegamos a hacer un trío. Nos

lo pasamos bien —sonrió—. Tengo más fotos, pero son demasiado íntimas para enseñarlas, aunque si quieres...

Ana notó cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Meneó la cabeza al tiempo que se limpiaba con el dorso de la mano.

—No hace falta que me enseñes nada más —susurró con un hilo de voz y el corazón roto.

Sheila se apartó para dejarla marchar. Había ganado.

—Siento haberte fastidiado la noche, pero creo que mi obligación era prevenirte —dijo mientras Ana se alejaba por el pasillo.

Ana apenas veía por dónde pisaba. Las lágrimas le nublaban la visión. Se sentía engañada de nuevo, herida otra vez. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Desde luego, tenía un problema. Cuando alguien le era infiel, no se daba ni cuenta. Primero fue Damián. Ahora, Bruno. Y las dos veces había tenido que ser la amante quien le abriese los ojos. Menuda imbécil estaba hecha.

Divisó a Bruno con Sergio en la otra punta del *pub*. Encaminó sus pasos hacia él dispuesta a darle una bofetada por lo que había hecho, pero cuando le faltaba poco para llegar, lo pensó mejor, y varió el rumbo de sus pasos. No quería dar un espectáculo allí, con tanta gente.

Se dirigió a la salida y, una vez en la calle, llamó a un taxi.

Mientras inspiraba profundamente para calmarse, le envió un mensaje a Bruno.

```
No debería avisarte, pedazo de cabrón,  
pero me marché a casa.  
No me llames, no me escribas y no me busques.  
Lo nuestro, si es que algún día hubo algo real  
entre nosotros, ha terminado.
```

...

Bruno notó la vibración en el bolsillo trasero de su pantalón. Sacó el móvil y, al leer el mensaje de Ana, su corazón se alteró. ¿Qué demonios había pasado? ¿Qué significaba aquello?

Sergio, al ver la cara de extrañeza de su hermano leyendo un mensaje, le preguntó qué sucedía, pero Bruno no contestó. Echó a

correr hacia la salida en busca de Ana.

Cuando llegó a la calle, miró hacia ambos lados y la descubrió subiéndose a un taxi. La llamó, pero ella cerró la puerta y el taxi echó a andar.

Con el teléfono aún en la mano, pulsó sobre el número de Ana, desesperado por hablar con ella, porque ella le explicara qué había sucedido, qué significaba todo aquello.

Pero Ana cortó todas las llamadas entrantes y, finalmente, apagó el terminal.

No quería saber nada de él.

Notaba como si le hubieran desgarrado el pecho, como si le hubieran arrancado una parte de sí.

Pero se recompondría, de eso estaba segura. No era el primer tropiezo que sufría en el amor e, igual que le pasó con Damián, saldría adelante.

Solo necesitaba tiempo.

...

Bruno regresó al *pub*.

—Algo le ha pasado a Ana. Mira qué mensaje me ha mandado.

Se lo enseñó a Sergio, que abrió los ojos como platos al leer lo escrito.

Martina llegó en ese momento del aseo.

—¿Qué os pasa, chicos?

—Tengo que irme. Debo saber qué es lo que ha sucedido —le dijo Bruno a su hermano.

Se marchó de allí con rapidez. Cuanto antes aclarase las cosas con su novia, mejor. ¿Qué podía haber ocurrido?

Dejó a Sergio y a Martina con el resto de amigos.

—Ana le ha enviado un mensaje en el que decía que su relación se había terminado —contestó el aspirante a bombero a la pregunta formulada poco antes por la chica.

Martina se extrañó.

—Pues, cuando la he visto hablar con Sheila en el aseo, parecía muy segura de su relación.

—¿Sheila y Ana han estado hablando en el baño? —quiso saber Sergio.

—Sí. Me cae bien Ana; los tiene bien puestos. Le ha plantado cara a Sheila y la ha mandado a la mierda.

—¿Qué es lo que ha pasado? Cuéntamelo.

Martina le relató la conversación que había escuchado hacía poco en el aseo del *pub*.

—Según lo que me estás contando —dijo Sergio—, Ana no debería haberse enfadado hasta el punto de romper con mi hermano. Se ha defendido muy bien de Sheila.

—A lo mejor cuando Sheila la ha seguido fuera, al pasillo, le ha dicho algo más y es lo que ha alterado a Ana —supuso la chica.

—Mierda —masculló Sergio sacando el móvil para llamar a Bruno.

...

Ana llegó a su casa hecha un mar de lágrimas. Lloraba por su corazón roto, por la traición de Bruno, por haber tropezado dos veces en la misma piedra. Recordó cuando Damián le había dicho que los jóvenes eran inmaduros e inestables y que Bruno, tarde o temprano, se cansaría de ella y la abandonaría.

Detestaba tener que darle la razón a su exmarido, pero se había cumplido todo lo que él le había dicho.

Fue directamente al baño, despojándose de la ropa por el camino. No miró dónde caían las prendas. Ya las recogería al día siguiente.

Cuando estuvo desnuda, se metió en la ducha. No le importó que fueran casi las cuatro de la madrugada. Quería, necesitaba, borrar con el agua y el jabón todas las huellas que Bruno había dejado en su cuerpo. Sería como una ducha purificadora.

Se frotó con energía al principio. Después, fue debilitándose. Las lágrimas no dejaban de recorrer sus mejillas, mezclándose con el agua caliente, y las fuerzas se le iban con cada una de ellas. Exhaló un gemido, mezcla de dolor, tristeza y rabia. Poco a poco, sus rodillas flaquearon hasta que acabó en el suelo de la ducha, hecha

un ovillo, con el agua cayendo sobre su cuerpo desnudo y llorando por su amor falso.

...

Bruno llegó a casa de Ana. Decidió que iría allí porque no creía oportuno personarse donde sus padres con todos durmiendo. Estaba convencido de que Ana había ido a su piso para tranquilizarse antes de que sus hijos la vieran.

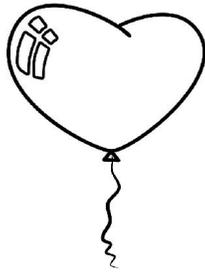
Tocó al timbre varias veces, pero nadie contestó.

Desolado por no poder hablar con ella y aclarar las cosas, se marchó.

Sergio lo había llamado poco antes, contándole lo que Martina le había dicho.

Cuando supo que Sheila estaba detrás de aquello, la ira se apoderó de él. ¿Qué narices le habría dicho la joven en el pasillo a Ana que la había perturbado tanto hasta el punto de romper su relación con él? ¡Maldita sea! Debía averiguarlo.

Así que volvió sobre sus pasos, se montó en el coche y regresó al *pub* donde había dejado a sus amigos divirtiéndose.



Capítulo 26

El uno de enero Ana fue a comer a casa de sus padres con sus hijos, que habían pasado la noche allí con los abuelos.

Al verla llegar demacrada y con los ojos hinchados por haberse pasado toda la noche llorando y sin apenas dormir, su madre le preguntó, pero Ana no quiso contarle nada. La única explicación que le dio fue que había roto con Bruno y que no indagase más en el tema porque le dolía mucho. Prefería no hablar de ello con nadie.

Elvira respetó la decisión de su hija, aunque se hizo mil preguntas en su cabeza. Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido, esperaba que se solucionara pronto y que la ruptura quedase en un simple enfado.

Veía a su hija feliz con ese chico y, aunque no sabía qué había ocurrido, estaba convencida de que sería una pelea de enamorados y todo se arreglaría en poco tiempo.

Mientras Ana esperaba que sus hijos terminasen de comer para regresar a casa, encendió el móvil. Al instante, este comenzó a pitar con una multitud de mensajes y llamadas perdidas que habían ido entrando en aquellas horas que había estado apagado.

Todos eran de Bruno.

Los wasaps los borró de inmediato. No quiso leer ninguno porque sabía que serían explicaciones burdas sobre lo que había pasado con Sheila. Se imaginaba que, a esas alturas, la chica le habría confesado su conversación en el pasillo del *pub*. Lo que no entendía era para qué la llamaba y le mandaba mensajes intentando hablar

con ella. ¿Querría proponerle un trío como le había dicho Sheila que habían hecho a veces? La sola idea le revolvió el estómago.

...

Bruno comía con su hermano, su madre y el marido de esta en casa de uno de sus tíos. Paseaba la comida de un lado al otro del plato, incapaz de probar bocado. Al verlo tan mustio le habían preguntado a qué se debía, pero él solo contestó que tenía que arreglar un malentendido que había hecho que su novia se enfadase con él.

Cuando regresó al *pub* buscando a Sheila, no la encontró. Todos sus amigos se habían marchado a otro local o bien a sus casas.

La llamó por teléfono, pero ella no lo cogió. Así que, decidido, fue hasta su domicilio y pegó el dedo al timbre con toda la intención de quemarlo si era necesario.

Despertó a todos los de la casa e hizo que Sheila bajase a la calle en batín y zapatillas.

—¿Qué demonios le has dicho a Ana? —espetó con rabia contenida.

—¿Yo? Nada. Solo me he defendido de sus ataques —se excusó la joven con cara de inocencia.

Bruno se pasó la mano por la barba y el pelo en un gesto de hastío.

—Sheila, sé que en el aseo del *pub* tú has comenzado a insultarla, a menospreciarla llamándola vieja —masculló con los dientes apretados, controlando la ira que lo invadía—, le has dicho que tenía los músculos flácidos, las tetas caídas y algunas cosas más que la han hecho daño. A ella no le ha quedado más remedio que defenderse de ti. Martina se lo ha contado a Sergio y él, a mí. Pero, cuando habéis salido del baño, tú has debido de decirle algo más porque ella se ha enfurecido tanto que ha roto conmigo.

—¿Ya no estáis juntos? —preguntó con alegría.

Bruno tuvo que controlarse aún más al ver cómo la noticia llenaba de felicidad a la joven. Apretó los puños e hizo un esfuerzo por mantenerlos pegados a los costados de su cuerpo.

—Ahora mismo me vas a decir qué le has dicho en el pasillo del *pub* —ordenó implacable.

—Solo le he recordado que tú y yo hacemos mejor pareja que vosotros. Y tú deberías verlo también. ¡Por el amor de Dios, Bruno! —exclamó—. No puedes estar con alguien tan mayor, pero yo soy de tu edad. Deberías estar conmigo. ¿Qué pasará dentro de veinte años? Nosotros seguiremos siendo jóvenes, pero ella tendrá sesenta años. No podéis salir juntos, ¿no lo entiendes? La gente os mirará mal cuando vean que un chico joven está con un vejstorio. Pensarán que uno de los dos está mal de la cabeza o los dos.

A Bruno se le hincharon las venas de rabia. Dio un paso hacia ella y levantó un dedo acusador para intimidarla.

—Escúchame bien porque solo lo diré una vez: yo decido con quién quiero estar y con quién no. Me da igual la edad que tenga la otra persona. Si tiene las tetas caídas, los músculos flácidos o cómo es físicamente. Si a mí me gusta y me hace feliz, no me importa lo que diga la gente. Quiero a Ana —declaró con vehemencia—. A ver si te enteras de una puta vez. Tú serás muy bonita por fuera, con un cuerpo precioso, pero el corazón lo tienes lleno de basura y jamás podría enamorarme de ti como lo estoy de ella. No te vuelvas a acercar a nosotros.

Dicho esto, Bruno dio media vuelta y se alejó de allí.

La voz de Sergio lo sacó de sus pensamientos.

—Todo se va a arreglar, tranquilo, hermano.

El maestro de judo sonrió confiado.

—Pues claro que todo se arreglará con Ana. En cuanto me coja el móvil o la vea y hable con ella, volveremos a estar juntos.

Miró el reloj de su muñeca y pensó que a esa hora Ana ya habría terminado de comer donde sus padres y estaría de vuelta en su casa.

—Me voy —dijo levantándose de la silla.

—Yo también me voy —añadió Sergio—. El avión de Martina sale a las siete y prometí que pasaría a recogerla para llevarla al aeropuerto.

Los dos hermanos se despidieron de la familia y salieron de la casa de su tía. Cada uno tomó un rumbo diferente. Sergio, con la

incertidumbre de no saber qué había decidido su novia, si continuar con la relación a pesar de la distancia o dejarlo estar.

Bruno se marchó con la esperanza de recuperar a Ana.

...

Ana llegó a su casa con los niños, que se pusieron enseguida a jugar con la Play. Ella se tumbó en el sofá sin ánimo de hacer nada. Ya estaba más tranquila, aunque eso no quería decir que el dolor no la abandonara. Cayó en un sopor que la mantuvo unos minutos adormilada.

Hasta que el timbre sonó, sobresaltándola.

Fue a contestar, aunque ya se imaginaba quién era.

Al escuchar la voz de Bruno, su respiración se alteró aún más. El corazón dio un brinco en su pecho y el dolor, la pena y la rabia se apoderaron de su ser.

—Ana, déjame subir. Tenemos que aclarar esta situación. He hablado con Sheila y no tiene razón en nada de lo que te dijo. Yo te quiero, Ana.

Por un segundo, estuvo tentada de acceder a su petición, pero no eran más que mentiras, como las que le había dicho Damián en el pasado. No volvería a tropezar dos veces con la misma piedra.

—Márchate y no vuelvas. Déjame en paz —respondió antes de colgar el telefonillo del portero automático.

Bruno volvió a llamar al timbre y Ana supo que no se rendiría, así que desconectó el sonido para que no molestara más. Rezando para que él se diera por vencido pronto, apagó también su teléfono móvil, quedando totalmente incomunicada.

Se tumbó de nuevo en el sofá y observó a sus hijos que, ajenos a lo sucedido, jugaban tranquilamente.

Pero la paz duró poco y, de repente, unos golpes en la puerta seguidos de timbrazos la alertaron de que Bruno estaba al otro lado. Maldita sea. Algún vecino debía haberle abierto para que pudiese entrar en el edificio.

Se levantó con agilidad y fue a abrirle. No quería que diera un espectáculo y se enterasen todos los vecinos.

Entreabrió la puerta y se apostó de tal manera que Bruno no pudiera entrar.

—Ana, por favor... —comenzó a decirle el maestro de judo, pero ella le cortó.

—Bruno, ahora no. Están mis hijos y no quiero que presencien una discusión. Vete.

—Si me voy, ¿me prometes que hablarás conmigo por teléfono? Tenemos que arreglar este malentendido. Lo que te dijo Sheila...

Ella hizo un gesto de dolor al escuchar el nombre de la otra chica. Cerró un momento los ojos para abrirlos al instante y declarar:

—Fue más bien por lo que me enseñó.

Bruno se mostró confuso.

—¿Lo que te enseñó?

—De verdad, ahora no es el momento de hablar. Vete —le ordenó ella intentando cerrar la puerta.

El maestro de judo coló un pie dentro del piso para que ella no pudiera hacerlo.

—Prométeme que mañana hablaremos —le pidió desesperado.

—Necesito más tiempo.

—Cuanto más tiempo pase, peor. Tenemos que solucionar esto lo antes posible.

—Mañana tengo cosas que hacer —insistió Ana en su empeño por no hablar con él—. Y te acabo de decir que necesito tiempo para calmarme —repitió—. Estoy muy cabreada y dolida; así que, por favor, Bruno, no me lo hagas más difícil. Dame unos días y, cuando esté tranquila, te llamaré —prometió, pero sabía que esa promesa no la cumpliría.

No llamaría a Bruno jamás después de lo que había hecho.

—Está bien —cedió el joven.

Retiró el pie que impedía que Ana cerrase la puerta de su casa y ella, por fin, pudo hacerlo.

Cuando regresó al salón con sus hijos, Lucas le preguntó:

—¿Ha venido Bruno?

—No.

—Pues hemos oído su voz —declaró Guille.

—Sí, bueno, es que... ha venido un momento y se ha ido.

Ana se sentó en el sofá, desinflándose como un globo pinchado. Había tenido que recurrir a todas sus fuerzas para no echarse a llorar al ver a Bruno y ahora se sentía vacía y triste.

—¿Y para qué ha venido? ¿Y por qué no ha entrado en casa? ¿Ocurre algo, mamá? —preguntó Guille mirándola con suspicacia.

—Vosotros seguid jugando y no os preocupéis por nada —les ordenó ella sintiendo una opresión en el pecho junto con un nudo en la garganta que le impedía hablar más.

Se levantó de nuevo del sofá y se marchó a su habitación, donde dio rienda suelta al llanto que estaba aguantando desde que había visto al joven maestro en el umbral de su casa.

Los dos niños la observaron marchar.

—Yo creo que se han enfadado por algo —comentó Guille.

—Sí, porque si no, mamá le hubiera dejado entrar en casa —respondió Lucas—. ¿Crees que Bruno se habrá buscado otra novia como hizo papá?

Guille frunció el ceño.

—No creo, pero, si lo ha hecho, peor para él. No va a encontrar a otra mejor que mamá.

—Es verdad. Mamá es guapa, es divertida y nos quiere un montón.

—Y es fuerte y valiente. Me da pena que haya estado sola desde que papá se fue con Noelia, por eso espero que todo se arregle pronto, porque quiero que Bruno siga viniendo a casa. Mamá es feliz con él y, además, es un tío que mola mogollón —prosiguió Guille.

—Es guay —afirmó Lucas con una sonrisa de oreja a oreja.

Los dos niños se quedaron en silencio hasta que Guille habló de nuevo.

—Si el enfado dura mucho, tendremos que hacer algo, ¿no, Lucas?

Su hermano asintió con la cabeza y, dejando a un lado los problemas de los adultos, continuaron jugando.

...

—Buenos días, Damián —lo saludó Ana—. Tengo cita para cambiarle el aceite a mi coche.

—Hola, Ana. Enseguida aviso a uno de los mecánicos de que ya estás aquí para que metan el vehículo en el taller.

Era tres de enero, y como el automóvil de Ana lo habían comprado en el concesionario en el que trabajaba su exmarido cuando ella y Damián aún estaban casados, todas las revisiones, reparaciones, cambios de aceite y demás los hacían allí. Su exmarido descolgó el teléfono de la oficina y marcó un número.

Bruno había estado llamándola y enviándole mensajes pidiéndole una cita para aclarar las cosas, pero Ana seguía negándose a verlo o hablar con él. Siempre le daba la misma excusa: necesitaba tiempo para tranquilizarse y olvidar un poco lo sucedido.

Aunque ella ni necesitaba calmarse ni iba a olvidar nada de lo que Sheila le había mostrado en su teléfono.

Esa misma mañana decidió que lo mejor sería bloquear el contacto de Bruno para que no pudiera seguir insistiendo, y así lo había hecho.

—Ahora mismo viene uno de los mecánicos —la informó Damián colgando el auricular del teléfono fijo—. Ya sabes que tardarán casi una hora en terminar con el coche.

—Sí, ya lo sé. Igual que las otras veces —afirmó Ana.

—¿Te apetece tomar un café? —le ofreció su ex.

Ana miró a su alrededor buscando una máquina de café que no sabía que hubieran puesto. Cuando cayó en la cuenta de que Damián le estaba proponiendo ir juntos a tomarlo al bar de enfrente, se negó.

—No, gracias.

—Por favor, Ana, necesito hablar contigo.

—¿Sobre el cumpleaños de Guille? —quiso saber ella. Su hijo mayor cumplía trece años en apenas un par de semanas—. ¿No se te ocurre qué regalarle? —siguió preguntando.

—No, no es eso. Quiero hablar contigo de algo... —Miró a su compañero de oficina, pero estaba enfrascado en una conversación telefónica con un cliente y no se enteraría de lo que Ana y él hablaban— personal. Quiero pedirte perdón. Creo que te lo debo.

Ana se sorprendió.

—¿Pedirme perdón? ¿A estas alturas? ¿Por qué? Ya hablamos todo lo que teníamos que hablar cuando nos divorciamos. No

entiendo a qué viene ahora que me tengas que pedir perdón. ¿O es por meter las narices en mi vida con Bruno?

—Un poco de todo —reconoció avergonzado Damián.

—Pues ahórratelo porque no quiero escuchar tus disculpas.

—Ana, por favor... —suplicó su ex.

Ella inspiró profundamente. Estaba cansada de que los hombres de su vida insistieran en hablar con ella cuando ella se negaba a hacerlo, pero se dijo a sí misma que, cuanto antes terminase con todos los malos rollos que había en su día a día, mejor.

Recordó que esa mañana había bloqueado en el móvil a Bruno. Quizá había hecho mal, pero bueno, él tenía otras formas de contactar con ella si en verdad estaba tan interesado en hacerlo.

—Está bien. ¿Dónde vamos? —cedió a la petición de su exmarido.

...

Sentados frente a dos tazas de café, el antiguo matrimonio se miraba a los ojos esperando que uno de los dos rompiera el hielo y comenzase a hablar. Ana no estaba dispuesta a ser ella quien diese el primer paso. Damián le había hecho esa petición, así que debía ser él quien empezara.

El hombre carraspeó para aclararse la garganta.

—Soy consciente de que me porté muy mal cuando te fui infiel, y eso es algo que no me deja vivir.

—Los remordimientos —afirmó Ana.

Damián asintió con un gesto de cabeza.

—Pues habértelo pensado antes de ir por ahí metiéndote entre las piernas de otra y dejándola preñada —soltó ella con acritud.

Su exmarido torció el gesto al escuchar ese comentario. Le había dolido.

—También me doy cuenta de lo que he perdido ahora que te veo feliz con otro —prosiguió él—, y tienes que saber que yo todavía te quiero. Puede que no sirva de nada decírtelo ahora, pero solo quiero que lo sepas. No te he olvidado.

Ana inspiró hondo. «Lo que me faltaba. Ahora este quiere recuperarme porque se siente solo después de que su amante lo

dejara. Pues va listo el tío», dijo para sus adentros.

—Damián, me parece muy bien que todavía me quieras —contestó hablando con toda la paciencia que pudo—, pero yo a ti, no. Mi amor por ti murió en el mismo momento en que supe que me habías engañado. No extraño tus besos ni tu cuerpo ni estar contigo. Ni siquiera hablar contigo cada día como hacíamos antes, ni contarte mis problemas o mis inquietudes. Yo te he olvidado. Te recomiendo que tú hagas lo mismo.

—Es que lo he intentado y no puedo —confesó él.

Ana lo miró arqueando una ceja, escéptica.

—Sé que ahora estás con el tal Bruno ese, pero, si las cosas salen mal con él, por favor, acuérdate de mí. Vuelve conmigo.

Ella se arrellanó mejor en la silla. Inclino el cuerpo hacia la mesa y apoyó los brazos en la misma.

—¿Me ves cara de tonta? —Y, sin dejarle contestar, siguió hablando—: ¿Tú flipas o qué? ¿Cómo es posible que albergues la esperanza de que vuelva contigo después de que me pusieras los cuernos? ¡Ni loca!

—Ana, por favor —Damián alargó la mano por encima de la mesa para tocar la de ella, pero su exmujer se retiró hacia atrás, zafándose del contacto—, tengo que cerrar esta herida; me duele tanto recordar...

—Pues no recuerdes —le aconsejó ella, enfadándose por la situación que estaba viviendo—. Tómame tu tiempo para olvidarme como he hecho yo.

—No quiero olvidarte. Quiero que vuelvas conmigo. ¿Qué tengo que hacer para que me des otra oportunidad? Sé que ahora estás con Bruno...

—No —lo interrumpió Ana—. Ya no estoy con él. Hemos roto.

Damián puso cara de sorpresa. Cuando se recuperó, una sonrisa se extendió por su rostro.

—Entonces... —comenzó a decir.

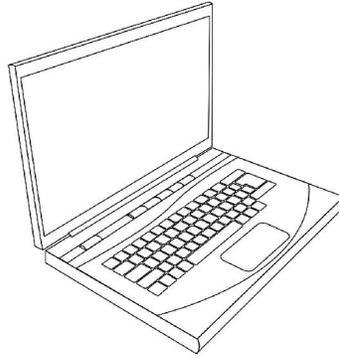
—Entonces nada —lo atajó ella—. No te engañes, Damián. Yo ya no siento nada por ti, a parte del respeto que te debo por ser el padre de nuestros hijos. Pero nada más, te lo he dicho hace un momento. Que haya roto con Bruno, que ahora no esté con nadie, no es motivo para volver contigo. Así que no te molestes en

intentarlo. No te quiero y tampoco te necesito. El divorcio me vino bien, ¿sabes? Me di cuenta de que soy una mujer muy capaz de desenvolverme en la vida sin un hombre al lado. No necesito que ni tú ni nadie venga a solucionar mis problemas, porque hasta para tener un orgasmo ya tengo mi vibrador. Así que, ya ves, no necesito a un hombre en mi vida ni para correrme.

Ana se levantó de la silla y cogió su bolso y su abrigo.

—Avísame cuando pueda pasar a retirar el coche.

Damián fue a decir algo más, alzándose también de su asiento, pero Ana fue tan rápida que no le dio tiempo a nada.



Capítulo 27

Bruno estaba harto de que el móvil de Ana siempre comunicase. Algo le decía que no era normal y empezó a pensar que quizá ella lo había bloqueado. Así que aquella tarde del tres de enero fue hasta su casa para hablar en persona.

Cuando estaba aparcando su coche, la vio salir del garaje con el suyo y decidió seguirla por si tenía la oportunidad de mantener una conversación con ella.

Ana fue hasta la casa de sus padres, donde su madre la esperaba en el portal. Allí dejó a los niños y se marchó de nuevo. Recorrió unos cuantos kilómetros hasta llegar a un polígono industrial, donde se metió en un concesionario.

Minutos después, la vio salir acompañada de su exmarido. Cruzaron la calle y entraron en una cafetería.

Bruno aparcó justo delante del bar y los espío a través de los cristales mientras ellos hablaban.

Damián parecía perdido y le suplicaba algo. Ana negaba con la cabeza y en un momento dado, se retiró hacia atrás para que él no pudiera tocarla. Al instante se alzó de la silla, le dijo algo y, cogiendo su bolso y su abrigo, salió de allí enfadada.

Era su oportunidad. Bajó del coche y la llamó:

—Ana.

Ella, al verlo, se detuvo unos segundos, perpleja de encontrarlo allí.

—¿Qué quieres? —le soltó a Bruno de malos modos—. ¿Y cómo narices sabías dónde estaba?

Al enfado que le había provocado Damián debía sumarle sus sentimientos contradictorios por el maestro de judo. Dolor, rabia, tristeza, decepción y deseo se agolpaban en su corazón y le impedían que latiera con regularidad.

¿Por qué, aun después de lo que Bruno le había hecho, ella seguía deseándolo? El joven era una tentación muy grande para Ana, pero no iba a perdonarle su infidelidad con Sheila.

—Te he seguido. Quiero hablar contigo y que aclaremos las cosas de una vez —dijo Bruno acercándose a ella. Al llegar a su lado, la agarró de ambos brazos—. Si tengo que pedirte perdón, lo haré, pero primero creo que debería saber por qué.

«Hoy es el día de los perdones. Señor, dame paciencia porque, como me des una pistola, me cargo a todos los hombres que tengo alrededor», pensó Ana poniendo los ojos en blanco.

Se obligó a soltarse del agarre del joven. No quería hacerlo, pero era lo mejor. Cuando Bruno la tocaba o la miraba, no podía pensar con claridad.

—Me dijiste que Sheila te había enseñado algo —prosiguió Bruno—. Quiero saber qué fue porque debió dolerte mucho como para que hayas roto conmigo y me hayas bloqueado en el teléfono. He hablado con ella, pero no me ha servido de nada.

Ana estaba cansada de que todos los hombres de su vida fueran en busca de explicaciones, pidiéndole perdón e intentando recuperarla.

—Pero ¿qué os pasa a todos hoy? ¿Os habéis propuesto arreglar mi mundo? No os necesito a ninguno. ¿Me oyes? A ninguno. Así que déjame en paz.

Intentó esquivarlo, pero él la detuvo poniéndose otra vez en su camino.

—Joder —masculló Ana—. Apártate si no quieres que te dé un rodillazo en los huevos y te demuestre que no necesito aprender defensa personal. Ya estoy bastante cabreada porque el imbécil de mi ex pretende reconquistarme para que ahora vengas tú con el mismo rollo.

Al oírla, Bruno se enfadó. ¿Así que, ahora que habían roto, su exmarido aprovechaba para meterse en medio y recuperarla? No dejaría que se saliese con la suya, se prometió a sí mismo. Pero también se dio cuenta de que Ana estaba muy molesta por lo que Damián había intentado hacer, señal de que no volvería con él ni por todo el oro del mundo. Ella no era de las que perdonan una infidelidad y olvidan. En el tiempo que habían estado juntos, había llegado a conocerla bien y sabía qué pensaba al respecto.

En ese momento Damián salió del bar y caminó hacia Bruno.

Bruno lo miró y se temió lo peor. Por la posición corporal del ex de Ana, supo que buscaba pelea.

Ana cruzó la calle en dirección al concesionario. Le daba igual si aquellos dos se partían la cara. Estaba harta de infieles.

Pero en el fondo temía por los dos. No quería que se peleasen. Uno era el padre de sus hijos. El otro era su novio.

«Exnovio», le recordó su insidiosa conciencia.

—Mierda —masculló para sí.

Se dio la vuelta dispuesta a cruzar de nuevo la calle y, al ver a los dos hombres enfrentados, supo que tendría que decidir: Damián o Bruno.

—Tú la engañaste —oyó que acusaba el joven al ex de Ana—. No la valoraste como mujer. La menospreciaste y la humillaste yéndote con otra. ¿Cómo es posible que ahora pretendas que ella vuelva contigo?

—Porque me he dado cuenta de que me equivoqué —se defendió Damián—, y ahora que sé que no estáis juntos, voy a recuperarla te guste o no, chavalín.

—¿Y crees que ella te perdonará? —se rio Bruno, aunque la situación no le hacía nada de gracia—. ¡Qué poco la conoces!

—La conozco mucho mejor que tú. Estuve con ella durante diecisiete años —replicó el exmarido de Ana empujándolo.

Bruno dio dos pasos hacia atrás.

—No quiero problemas, tío. —Volvió a su posición inicial y también lo empujó poniéndole una mano en el pecho.

—¿Que no quieres problemas? —Damián de nuevo lo empujó.

—No me pelearé contigo porque saldrías perdiendo. —Bruno colocó la mano más arriba del pecho del hombre, casi en el cuello y

lo volvió a empujar para alejarlo de él.

—Te voy a romper tu bonita cara, niño. —Damián levantó el puño derecho, listo para estrellarlo contra el rostro del judoca.

Pero Bruno fue más rápido, mucho más rápido, y paró su puñetazo con el antebrazo. Al tiempo que con la otra mano lo agarraba del brazo izquierdo, pasó una pierna por detrás de las de Damián e, inclinándose sobre él, usó la fuerza de su cuerpo para desequilibrarlo y derribarlo.

—¡No! —gritó Ana, que había empezado a correr para cruzar la calle al ver a los dos hombres pegándose.

Damián cayó al suelo. Aulló de dolor cuando su espalda impactó contra la dura superficie.

Ana llegó hasta ellos y empezó a darle empujones a Bruno para alejarlo de Damián, aunque el chico ya no iba a hacerle nada más.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loco? —chilló histérica.

—Ha intentado agredirme —explicó el joven.

—Ya, claro —respondió sarcástica—. Y por eso le has pegado. —Ana se agachó junto a su exmarido y lo inspeccionó—. ¿Estás bien?

Damián asintió con la cabeza, intentando levantarse. La espalda le dolía, pero conseguiría ponerse en pie y caminar hasta el concesionario para lamerse las heridas de su ego lastimado.

Cuando Ana se alzó, Bruno la agarró del codo.

—Sabes que eso no es verdad. Yo no he iniciado la pelea. Me he defendido al ver que él iba a darme un puñetazo —aclaró el joven.

—Pero no te ha dado —replicó ella.

—¡Porque lo he parado! —resopló él—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarle que me pegara? A lo mejor ahora te preocuparías por mí en vez de por él —dijo viendo cómo ella se soltaba de su agarre y seguía a su exmarido, que ya cruzaba la calle alejándose de ellos. «Maldita sea, cómo se complica todo», farfulló interiormente el maestro de judo—. Ana, espera... —le pidió Bruno caminando tras ella.

—¿Qué? —espetó de malos modos, llegando a la otra acera y girándose para encarar al chico.

—Por favor, quiero hablar contigo. Vamos a solucionar todos los malos rollos y arreglar las cosas entre nosotros —suplicó Bruno.

—¡Yo no quiero arreglar nada, ¿te enteras?! —gritó sin importarle que alguien pudiera oírla.

Sin embargo, a esa hora el polígono industrial donde estaba el concesionario permanecía desierto.

—No extraño tus besos ni tu cuerpo ni hacer el amor contigo ni hablar ni nada de nada —repitió las mismas palabras que le había dicho poco antes a Damián.

Pero mentía.

Porque, si eso fuera cierto, no sentiría un dolor desgarrador en mitad del pecho, como si una mano le estrujara el corazón para sacarle toda la sangre y dejarlo seco.

—No te creo —negó Bruno.

—Peor para ti si no me crees. Engáñate a ti mismo pensando que puedes recuperarme después de haberme sido infiel con Sheila —le soltó con veneno.

—¿Cómo dices?

Bruno estaba alucinado por haber oído aquello de los labios de su novia.

—Ahora no lo niegues. Lo vi, ¿sabes? Con mis propios ojos. Ella me lo enseñó. Maldita sea.

Ana se abalanzó contra él y comenzó a golpearle el pecho con los puños, descargando toda su furia en el cuerpo de judoca.

Bruno permitió los primeros golpes, pero luego la sujetó de las muñecas y la obligó a parar.

—Eso es mentira. No sé qué coño te habrá enseñado Sheila ni de qué manera, pero eso no es cierto —declaró mirando cómo de los ojos de Ana salía un llanto difícil de controlar.

—Me mostró fotos de su móvil —dijo ella con las lágrimas llegando hasta su barbilla y cayendo desde allí, libres, al pecho de su abrigo—. Selfis donde se os ve abrazados besándoos.

El joven le soltó las muñecas para poder limpiarle las gotas de agua salada, pero el llanto no cesaba.

—Deben de ser antiguas. De cuando estuve saliendo con ella el verano pasado. —Bruno la abrazó por la cintura para sentirla más cerca—. Deja de llorar, por favor. Me matas cuando te veo así —le pidió en un susurro, mirándola a los ojos con pena.

Ana negó con la cabeza.

—Me dijo que eran de la noche en que os fuisteis a celebrar que Sergio había aprobado el primer examen de la oposición. Esa noche tú y yo ya estábamos juntos.

Bruno se quedó boquiabierto. Recordó esos selfis, cómo había sucedido todo y procedió a explicárselo a Ana.

Pero ella no le dejó.

—¿Dónde están todas tus promesas de amor y fidelidad? ¿Y aquel fuego que nos quemaba cada vez que nos fundíamos el uno en el otro? ¿Los momentos inolvidables cuando hacíamos el amor, cuando al oído me decías que todo era perfecto? Todo eso se ha acabado ya, Bruno. Aquellas noches de pasión y amor murieron en mi cama, y no hay forma de recuperarlas porque todo ha sido una gran mentira. Así que vete con Sheila y buscaos una nueva víctima con la que jugar. —Se separó del joven bruscamente, empujándolo—. No quiero verte más. No me llames, no me escribas, no me sigas a ningún sitio. Sal de mi vida.

Se dio la vuelta y entró con rapidez en el concesionario, limpiándose las lágrimas.

Bruno se quedó allí, paralizado por todo lo que había dicho Ana. No se lo creía. Que ella lo hubiera dejado por un engaño de Sheila... Que Sheila hubiera hecho aquello para separarlos... Que Ana le hubiera soltado esas cosas sobre promesas y sueños rotos, sobre su amor acabado... Y que pensara que había estado jugando con ella... Dolía. Mucho. Cada palabra de Ana se le había clavado como un puñal en el corazón.

Teniendo en cuenta el pasado de su novia y la infidelidad de su exmarido, comprendía que ella se hubiera puesto así y desconfiase de él. Pero todo eran mentiras. Debía demostrar que Sheila se lo había inventado.

Pensando en la manera de demostrar su inocencia, dio media vuelta y caminó hasta su coche.

...

Ana llegó a casa de sus padres para recoger a los niños.

—Han merendado muy bien —la informó Elvira—. Un bocadillo de salchichón, un plátano y un batido cada uno. No se han dejado

nada.

—Se van a hacer muy grandes —añadió Rodrigo, su padre, mirando con cariño a sus nietos.

—No me los cebéis tanto, que luego me tocará ponerlos a dieta —replicó Ana tomándoles el pelo.

En el trayecto hasta la casa de sus padres, se le había pasado un poco el enfado por lo sucedido con Damián y Bruno.

—¡Pero qué dices! ¡Si están en edad de crecer! —exclamó su madre—. Anda, hija, déjate de tonterías de dietas.

—Además, con todo el deporte que hacen... —añadió Rodrigo.

—¿Qué deporte hacen los niños? —preguntó Ana—. Si solo practican judo.

—Y corren en el patio jugando con sus amigos y nadan en la piscina de casa...

—Que solo abren en verano... —Ana cortó a su padre.

—Me da igual, hija. Los niños están delgaditos —prosiguió el hombre—. ¡Si cualquier día se los va a llevar el aire!

Ana no pudo evitar reírse por el comentario de su padre.

—Os estoy tomando el pelo —confesó con una gran sonrisa.

Se volvió hacia sus hijos y les dijo que se despidieran de los abuelos.

—¿Qué tal está Bruno? —quiso saber Elvira—. Hace días que no lo vemos. ¿No te ha acompañado a lo del coche?

—¿Para qué me va a acompañar? No soy una niña pequeña, mamá, puedo desenvolverme perfectamente bien sin un hombre al lado. Llevo más de un año haciéndolo y no me va tan mal —riñó a su madre.

Aunque comprendía que sus padres habían recibido otra educación más anticuada, no dejaba de molestarle que ellos pensaran que necesitaba a un hombre para llevar el coche al taller para cambiarle el aceite.

—Pero es tu novio...

—No lo necesito, mamá. Vamos, ni que no supiera ir a los sitios yo sola. ¡Lo que me faltaba por oír!

—Bueno, hija, no te enfades —le pidió su padre.

—No me enfado, pero es que las cosas han cambiado —replicó Ana con un tono de voz más suave—. En vuestros tiempos eran de

una forma y en los míos son de otra. Hemos evolucionado. Ahora las mujeres somos más independientes.

Se despidió de sus padres con dos besos y se marchó con los niños.

Una vez en el coche, Lucas preguntó:

—Mamá, ¿cuándo va a venir Bruno a casa? Quiero jugar a la Play con él.

—Sí, eso, mamá; yo también quiero jugar a la Play con Bruno —añadió Guille.

Ana se armó de paciencia. Inspiró y expiró profundamente unas cuantas veces antes de responder.

—Chicos, hay algo que debéis saber.

—Oh, oh —soltó Guille.

—Bruno y yo ya no estamos juntos. Ya no somos... novios —declaró sintiéndose vacía.

Los ojos comenzaron a picarle por el escozor de las lágrimas llegando a ellos.

¡Joder! ¿Cuándo iba a dejar de llorar por la infidelidad de Bruno? ¿Cuándo iba a dejar de doler?

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Lucas con voz triste.

—Nada, cielo. Cosas de mayores.

—Nosotros ya somos mayores —dijo Guille.

—Pero no tanto como para comprender las relaciones de pareja —le respondió a su hijo.

—A lo mejor si lo intentas... —probó el adolescente.

Ana decidió esquivar el asunto. No quería ponerse a llorar delante de sus hijos. Bastante habían sufrido ya con el divorcio como para que ahora les tocara sufrir por su ruptura con el profesor.

—¿Qué queréis para cenar? ¿Hago sopa y pescado a la plancha?

—Mamá, no nos cambies de tema —soltó Guille.

—Vale, no os cambiaré de tema. No quiero hablar de ello y punto, así que no preguntéis más, ¿entendido? —Como vio que los chicos abrían la boca para replicar, los atajó amenazándolos con un castigo —: Y el que diga alguna cosa más sobre Bruno, se quedará sin Play y sin *tablet* dos semanas, ¿de acuerdo?

Los niños asintieron sabiendo que no les quedaba otra opción que aceptar lo que su madre les había dicho.



Capítulo 28

—Vaya, no pensé que me llamarías para quedar. ¿No me dijiste que no querías verme nunca más?

Sheila le reprochaba a Bruno sus palabras de la última vez que hablaron.

—¿Qué pasa? ¿Que como tu novia te ha dejado ahora vienes a buscarme a mí? ¿O es que ya te has cansado de follarte a un vejstorio y necesitas un cuerpo joven con el que saciarte?

En su voz se notaba la felicidad que le producía saber que Bruno y Ana habían roto y ahora él iba a buscarla a ella. Le hablaba con un tono de regocijo que a él no le gustó nada.

—No digas gilipollices —soltó Bruno—. Y no te atrevas a seguir insultando a Ana. Es más mujer de lo que tú llegarás a ser nunca.

Había quedado con ella al día siguiente de la pelea con Damián frente al concesionario, en una cafetería que a esas horas estaba desierta.

Bruno necesitaba que así fuera para lo que tenía planeado.

Al llegar, se había quitado la cazadora verde militar tipo Bomber que usaba regularmente. Había sacado el teléfono del bolsillo del pantalón para poder sentarse con comodidad y se había dispuesto a esperar a Sheila, que llegó a los cinco minutos.

—Quiero saber por qué le enseñaste las fotos de la cena de celebración cuando mi hermano aprobó el primer examen de la oposición y por qué le insinuaste que seguíamos juntos tú y yo. Sabes que eso es mentira.

A pesar de que Ana no se lo había dicho de esa manera, él había estado pensando mucho en sus palabras y había llegado a la conclusión de que Sheila le había dicho algo por el estilo.

«Buscaos una nueva víctima con la que jugar», no se le iba de la cabeza.

Ana creía que todo formaba parte de un macabro juego entre Sheila y él.

—Vamos, habla —la ordenó al ver que ella permanecía en silencio.

—No tengo nada que decir al respecto. Bueno, sí, que me alegro de que ya no estéis juntos. Así nosotros podemos volver a intentarlo —contestó la chica con insolencia.

—¿Volver a intentarlo? —preguntó Bruno con sarcasmo—. No volvería contigo ni aunque fueras la última mujer en el mundo y la especie humana corriese el riesgo de extinguirse.

Sheila acusó sus palabras como si le hubiera dado un golpe.

—Ella es vieja... —comenzó a decir, pero Bruno la cortó.

—No la insultes. La última vez que hablamos te dije que no me importa la edad que tenga. Ana me hace feliz. Eso es todo lo que cuenta. —Apretó los puños para contenerse. De lo contrario, no le importaría que fuera una mujer y le daría tal hostia que la tiraría de la silla en la que estaba sentada—. Quiero que me repitas palabra por palabra vuestra conversación en el pasillo del *pub* —masculló con los dientes apretados por la rabia.

—Solo le hice ver que conmigo haces mejor pareja. Por eso le enseñé las fotos. Para que ella misma se diera cuenta por sí sola.

—Qué le dijiste además de mostrarle las fotos —la exhortó.

Sheila se cruzó de brazos. Se inclinó hacia delante y los apoyó en la mesa, enseñando así todo el escote, tratando de tentar a Bruno.

Pero no consiguió lo que pretendía porque él no se lo miró. Bruno tenía los ojos clavados en los de ella, esperando a que confesara su maldad.

—Le dije que todo formaba parte de un juego entre nosotros. Que me daba pena y quería prevenirla por si no deseaba participar en el juego. Que era algo habitual en nuestra relación, así nos

divertíamos más y que, a veces, invitábamos a la chica que te hubieras ligado a acostarse con nosotros.

Bruno la escuchaba estupefacto. ¿Cómo era posible que Sheila tuviese una mente tan retorcida?

—Pero que, con su edad —continuó Sheila—, no creía que estuviese para muchos juegos y que era mejor que lo dejaseis antes de que se encariñase más contigo. Como no me creía, le enseñé las fotos de la cena, cuando me senté en tus rodillas para hacerme un selfi y aproveché para besarte en la boca.

—Cállate —siseó Bruno con rabia—. Calla, calla, calla.

La miró como si fuera a saltarle encima y asesinarla.

—¿Por qué? ¿No te gusta mi historia? Todo ha salido bien y yo he conseguido lo que pretendía: que rompieseis para tener el camino libre y poder recuperarte —declaró la chica.

—Eres una hija de puta. La peor persona que he conocido. No te quiero ver nunca más —soltó él con furia contenida—. Te he aguantado por la relación de amistad que tienen nuestras familias desde hace años, pero ya no pienso seguir tolerando esto. Se acabó.

Se levantó de la silla que ocupaba, cogió el teléfono, que había permanecido sobre la mesa todo el tiempo, y se lo guardó. Agarró su cazadora y salió de la cafetería echando chispas de rabia.

...

—Chicos, hoy toca limpiar la casa, así que vamos —dijo Ana a sus hijos dando una palmada para que se pusieran en marcha al día siguiente.

—Yo, el polvo —pidió Lucas con rapidez.

—¡Jooo! —se quejó Guille—. Tú limpiaste el polvo la semana pasada. Ahora me toca a mí.

—De eso nada —rebatía Lucas—. La semana pasada yo limpié el baño del pasillo y tú, el polvo, así que a quien le toca es a mí.

—Venga, dejad de pelearos —solicitó Ana—, que se nos pasa el tiempo con discusiones y no arreglamos nada.

Los niños la miraron.

—Pero es que él quiere limpiar el polvo y me toca a mí —declaró Lucas.

—Yo no pienso limpiar el baño.

Guille se cruzó de brazos para reforzar su negativa.

Ana se armó de paciencia, inspiró profundamente y soltó el aire después poco a poco.

—¿Queréis que lo echemos a suertes? —les preguntó a sus hijos.

Los dos afirmaron con la cabeza y Ana sacó una moneda de su cartera.

—Yo, cruz —eligió Lucas.

—Siempre eliges cruz —se quejó Guille.

—¿Y a ti qué más te da? —replicó su hermano pequeño.

—Pues que alguna vez me podías dejar a mí elegir cruz.

—Vale, pues tú, cruz y yo, cara —cedió Lucas.

Cuando Ana vio que sus hijos se habían puesto de acuerdo, lanzó la moneda al aire.

—Cara —dijo ella cuando el metal redondeado cayó sobre la mesa.

—¡Bien! ¡He ganado! ¡Me toca limpiar el polvo! —gritó Lucas contento.

—Joder, si hubiera elegido cara, ahora sería yo quien limpiase el polvo —masculló Guille en voz baja, pero aun así su madre y su hermano lo oyeron.

—Eso te pasa por cambiar —dijo Lucas sacándole la lengua para burlarse de él.

—Guille, palabrotas, no —lo riñó Ana.

Lucas cogió las toallitas para limpiar el polvo que normalmente usaban y, sacando una del envase, comenzó por el mueble del salón.

Ana le dio a su hijo mayor los utensilios para la limpieza del baño.

—Mientras tú estás ocupado con el del pasillo, yo limpiaré el de mi habitación —informó a su hijo mayor.

Cogió el teléfono móvil y buscó en la lista de reproducción de la biblioteca musical las canciones de Bon Jovi. Al ritmo de *It's my life* empezó con su tarea.

...

—Ha llamado mamá para que vayamos a comer, y quiere que lleves a Ana —le dijo Sergio a Bruno.

—Todavía no he arreglado las cosas con ella.

—¿Y a qué estás esperando?

Sergio entró en la habitación de Bruno y se puso delante de su cama. El maestro de judo estaba sentado en ella, atándose los cordones de las zapatillas.

—Pues he estado esperando a tener la prueba de que lo que le dijo Sheila a Ana eran mentiras para separarnos, y ya la tengo.

Señaló su teléfono móvil, que permanecía sobre la mesilla, al lado de la cama.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber Sergio.

—Quedé con Sheila en una cafetería ayer por la tarde y grabé toda la conversación —le explicó Bruno—. Ahora me voy a casa de Ana para que la escuche y podamos arreglar las cosas de una vez.

—¡Qué idea más buena, colega! Seguro que cuando Ana oiga la grabación, te perdonará.

—Yo también lo pienso —afirmó Bruno levantándose de la cama donde había estado sentado atándose los cordones—. Le comentaré a Ana lo de comer en casa de mamá, pero está con los niños y a lo mejor no quiere.

Los dos hermanos salieron de la habitación y caminaron por el pasillo en dirección a la puerta de entrada.

Bruno se guardó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero, como siempre, deseando que todo se solucionase con su novia.

—Dile a Ana que, si quiere traer a los niños a casa de mamá, no hay problema. A mamá le gustan los críos y, si van a formar parte de nuestra familia a partir de ahora, estará encantada de conocerlos —le comentó Sergio a su hermano.

—Ya lo sé. Oye, otra cosa. A mitad de enero empezaremos con las clases de defensa personal y yo voy a ser el instructor. ¿Quieres acompañarme y las damos los dos juntos? Tú también tienes el título.

—Sí, ¿por qué no?

...

—Mamá, a mí esto no se me da bien —dijo Guille.

Ana había terminado de limpiar su cuarto de baño y había ido a ayudar a su hijo para que acabase pronto con su tarea. Se lo encontró cogiendo con dos deditos y cara de asco la bayeta con la que lo limpiaban.

—Peor serían los aseos de una discoteca —replicó observando la mueca de desagrado en el rostro del adolescente—. Al menos, aquí sabemos quién ha cagado y meado. Y ninguno tiene una enfermedad contagiosa, así que deja de poner pegas y sigue limpiando.

—¿No sería mejor que lo hicieses tú, mamá, que eres una chica? Al oírlo, a Ana se le encendió la sangre en las venas.

—¡A ver si te crees que las mujeres nacemos con el gen de limpiar impreso en el ADN! —le gritó de mala leche—. ¡Pero bueno! ¿Será posible? ¡Lo que hay que oír! Tú tienes dos manos, ¿verdad? Igual que yo. —Se las mostró—. Pues vas a limpiar te guste o no. Todos vivimos en esta casa y hay que mantenerla en buen estado. Todos ensuciamos y hay que limpiar; y todos, hayas nacido hombre o mujer, tenemos la capacidad de hacerlo. Como vuelvas a decir que por ser mujeres tenemos que hacer esto o aquello, te vas a enterar, ¿me oyes? Pienso castigarte sin Play ni *tablet* hasta los dieciocho años, y no tendrás móvil hasta que trabajes y ganes un sueldo para comprártelo tú mismo.

Guille la miraba acojonado por el arranque de furia de su madre, pero sabía que ella tenía razón. Había elegido mal sus palabras al hablar.

—Vale, mamá, lo siento. No quería decir eso que he dicho —musitó con miedo a alzar la voz y que su madre cumpliera el castigo con el que lo había amenazado—. ¿Me perdonas, mamá?

Ana respiró hondo para tranquilizarse.

—Sí, te perdono, pero prométeme que no volverás a decir algo así.

—Es que se me da mal limpiar el baño, además de que no me gusta.

—A mí también hay cosas que no me gustan y las tengo que hacer, como, por ejemplo, cocinar. Sabes que lo odio, pero tengo que preparar la comida cada día si no queremos morirnos de hambre. Respecto al tema de la limpieza del baño, con la práctica, mejorarás. Cuando yo era pequeña y la abuela me estaba enseñando, tampoco lo hacía bien. Pero poco a poco fui aprendiendo, y a ti te sucederá lo mismo —le contó antes de darle un beso en la coronilla.

Guille asintió y continuó con su tarea bajo la atenta supervisión de Ana.

...

Bruno tocó el timbre del portero automático del piso de Ana. A esas horas, las once de la mañana, esperaba que ella estuviera en casa y no hubiera salido a hacer ningún recado. De todas formas, en el caso de que Ana hubiese ido a la compra, esperaría. De hoy no pasaba que hablase con ella y se solucionara todo.

Además, era el día de la cabalgata de Reyes. Un buen día para arreglar las cosas. Sería un regalo estupendo.



Capítulo 29

—¡Voy yo! —dijo Lucas en voz alta.

—Primero pregunta quién es. No abras si no conoces a la persona que está llamando —le aconsejó Ana como hacía siempre que sus hijos contestaban al telefonillo.

Aunque los niños lo sabían de sobra, ella insistía en recordárselo.

—¿Quién es? —preguntó el niño con el aparato pegado a la oreja.

—Hola, Lucas. Soy Bruno. ¿Me abres, por favor?

—Sííí —chilló el pequeño contento.

Pulsó el botón para abrir el portal y colgó el telefonillo.

—¿Quién es? —quiso saber Ana.

—Es Bruno, que viene a vernos —indicó Lucas alegre.

—¿Y le has abierto? —dijo su madre con los ojos como platos.

—Pues claro, mamá. Bruno es alguien conocido, por eso le he abierto.

—No deberías haberlo hecho. Sabes que estoy enfadada con él —lo reprendió Ana.

—Bueno, pues así te desenfadas —soltó encogiéndose de hombros.

El niño abrió la puerta de la vivienda justo en el mismo momento en que el judoca salía del ascensor.

Se abalanzó sobre él y le dio un tremendo abrazo que demostraba el cariño que le tenía.

Bruno rio contento por aquella efusividad. Le revolvió el pelo e, inclinándose hacia Lucas, le dio un beso en la frente.

—Me has echado de menos, ¿eh?

—Mucho —contestó con sinceridad el crío.

Lo estrechó contra su cuerpo un instante más antes de alzar la mirada para encarar la de Ana.

No la veía nada contenta.

Su presencia le molestaba, lo sabía, pero eso se iba a acabar. Arreglarían las cosas y serían felices.

Guille salió del baño diciendo que por fin había terminado de limpiarlo.

—Hola, Bruno. —El adolescente se acercó al profesor y Lucas lo soltó para cederle el sitio a su hermano, que también lo abrazó al llegar a su lado—. Me alegro de que hayas venido. ¿Jugamos a la Play?

Ana estaba flipada. ¿Desde cuándo su hijo mayor tenía esas muestras de cariño hacia otra persona que no fuera ella? ¡Si a Guille no le gustaba que lo besaran ni que lo abrazaran ni nada de nada!

—Jooo, eso se lo iba a decir yo —se quejó Lucas.

Bruno sonrió.

—Si los dos queréis jugar conmigo a los videojuegos, tendréis que llegar a un acuerdo. Primero, uno y luego, el otro. Así que, mientras yo hablo con vuestra madre, decididlo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —afirmó Ana rotunda.

Aunque deseaba más que nada en el mundo tirarse en sus brazos y besarlo, pero no. Él le había sido infiel. Le había hecho mucho daño. No lo perdonaría. Lo mejor era que saliese de su vida cuanto antes.

—Márchate, por favor —le pidió—. Sal de mi casa.

Los niños, que estaban entre ellos presenciando la escena como si fuera un partido de tenis, se opusieron a la idea de su madre.

—Jo, mami, dale una oportunidad, porfa —le suplicó Lucas.

—Sí, mamá, tenéis que arreglar las cosas —añadió Guille—. Venga, que ya sois adultos y debéis hablar para que se solucionen los problemas.

—Vosotros no os metáis —replicó Ana—. Son cosas de mayores que no podéis entender.

Miró a Bruno a los ojos y se arrepintió al momento. La cálida mirada del joven le acarició la piel e hizo que las mariposas revoloteasen frenéticas en su estómago. Como eso era algo que no quería sentir, se empeñó en eliminarlas a todas hasta que no quedase ni una.

—Bruno, márchate. No tenemos nada de qué hablar —repitió con un ligero temblor en la voz que el profesor captó al instante.

—¡Qué cabezota eres, mamá! —exclamó Guille—. Vais a hablar y arreglar las cosas, aunque tú no quieras.

Los dos niños cogieron a su madre de las manos y la llevaron hasta la habitación de matrimonio. Lucas miró por encima del hombro a Bruno y le guiñó un ojo al tiempo que le hacía un gesto con la cabeza para que los siguiera.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Dejadme! —se quejaba Ana mientras tanto.

Cuando llegaron al cuarto de su madre, la metieron dentro de un empujón. Ana trastabilló y casi aterriza en la cama si no hubiera sido porque en el último momento logró equilibrarse.

A Bruno también lo empujaron un poco entre los dos para que terminase de entrar en el cuarto.

—Hasta que no solucionéis las cosas y volváis a ser novios, no os dejaremos salir de la habitación —dijo Lucas antes de cerrar la puerta.

Guille corrió al salón, cogió una silla con respaldo y la llevó hasta la habitación mientras su hermano aguantaba con la puerta cerrada. La colocó de tal forma contra la madera que impedía bajar la manilla para abrirla. Lo había visto en una película y creyó que saldría bien.

Los dos hermanos se sentaron en el suelo del pasillo a esperar que todo se arreglara entre su madre y su profesor.

Ana estaba muy cabreada, pero se contenía. No quería mirar a Bruno a los ojos o toda su fuerza de voluntad se iría al garete. Con los brazos cruzados sobre el pecho, daba vueltas por la habitación.

Bruno la observaba esperando que ella dijera algo. Como no fue así, él empezó a hablar.

—Tengo la prueba de que Sheila te mintió.

—No quiero hablar contigo —masculló la mujer entre dientes.

—No seas cabezota —repitió las palabras que poco antes había dicho Guille.

Se acercó a ella y detuvo su caminar agarrándola de ambos brazos.

Ana alzó la vista, pero no lo miró más allá de la boca.

Esa boca apetitosa que la tentaba. Deseaba unir sus labios con los del joven, enredar su lengua con la de él y sentirse dichosa como se había sentido cada vez que Bruno la besaba.

Pero no debía hacerlo. Él le había sido infiel, y eso era algo que no podía perdonar.

—Suéltame —le pidió apretando los dientes.

Le daba rabia que Bruno estuviera frente a ella tan tranquilo; que hubiera ido a su casa como lo hacía antes, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

—Tienes que escuchar algo.

—No —se negó ella soltándose de su agarre—. Márchate. No quiero verte.

Le dio la espalda, pero él la abrazó por detrás.

—Ana, no seas obtusa. Los chicos nos han encerrado aquí para que hablemos y solucionemos las cosas, y eso es lo que vamos a hacer. No me pienso ir de esta casa sin que todo esté bien entre nosotros —susurró en su oído.

Al sentir el cálido aliento sobre el contorno de su oreja, se derritió un poco. Aunque no deseaba hacerlo, se recostó contra el fuerte pecho del judoca. Se sentía protegida entre sus musculosos brazos, rodeada por su calor.

Miró la cama, esa cama en la que habían vivido noches de pasión y placeres inimaginables; noches de pecados y fantasías prohibidas.

Emitió un gemido de deseo al recordar todos los momentos de amor y sexo compartidos con Bruno en ese colchón, pero también de frustración, impotencia y dolor mezclado con rabia por lo que había sucedido. Él había estado jugando con ella, con sus sentimientos y con su cuerpo. Sheila se lo había dejado bien claro.

Intentó liberarse del abrazo del joven, pero él no se lo permitió.

—Por favor, Ana... —La voz de Bruno fue una súplica que salió desde lo más profundo de su corazón.

—He dicho que no —se opuso de nuevo ella, cabezota.

Bruno la volvió entre sus brazos y le colocó un dedo en la barbilla para alzarle el rostro y que lo mirase.

Ella desvió los ojos hacia un punto inexacto por encima del hombro del judoca.

—Tengo una grabación de Sheila que demuestra que te mintió. Escúchala, por favor.

Se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y lo manipuló hasta encontrar lo que buscaba.

—Sentémonos —dijo Bruno indicando la cama.

Con un resoplido de resignación, Ana hizo lo que él le había pedido.

Cuando estuvieron los dos acomodados uno al lado del otro, Bruno pulsó la pantalla táctil y la conversación que había grabado con Sheila comenzó.

«—Vaya, no pensé que me llamarías para quedar. ¿No me dijiste que no querías verme nunca más? ¿Qué pasa? ¿Que como tu novia te ha dejado ahora vienes a buscarme a mí? ¿O es que ya te has cansado de follarte a un vejestorio y necesitas un cuerpo joven con el que saciarte?» —se oía decir a Sheila feliz, con un regocijo que a Ana no le gustó nada y le dolió.

«—No digas gilipolleces. Y no te atrevas a seguir insultando a Ana. Es más mujer de lo que tú llegarás a ser nunca» —Esta vez era la voz enfadada de Bruno, que la defendía.

El joven no le quitó los ojos de encima a Ana mientras escuchaban toda la conversación. En su rostro pudo leer rabia, indignación y, al final, alivio.

—Entonces, ha sido un cuento de esta tía para separarnos —dijo ella cabreada, mirándolo a los ojos.

Bruno asintió con un gesto de cabeza. Dejó el móvil sobre la cama y agarró las manos de su novia.

—Pero por fin se ha solucionado todo —comentó antes de acercarse a la boca de Ana y reclamarla con un profundo beso.

Rodeó el cuerpo de su chica con los brazos y la estrechó contra él para sentirla más cerca.

—Cómo te he echado de menos —murmuró el judoca contra los labios de Ana—. Tenía miedo de perderte por esta mentira.

—Esa gilipollas ha estado a punto de hacer que lo nuestro terminase —susurró Ana—. Perdóname por haber desconfiado de ti, pero después de lo que pasó con mi exmarido...

—No te preocupes. Lo entiendo.

Se volvieron a besar con más dedicación, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Ella se alzó un momento de la cama, pero solo para sentarse en las rodillas masculinas, y él la apretó más por la cintura y la espalda, como si quisiera meterse en su cuerpo.

Ana poco a poco fue derritiéndose contra su amplio torso, como la mantequilla puesta al sol del verano. Rodeó la garganta de Bruno con los brazos y profundizó el beso. La barba de su chico le hacía cosquillas en las mejillas y alrededor de los labios, pero no le importó.

—Prométeme que nunca vas a volver a desconfiar de mí —le pidió Bruno cuando se separaron un poco para tomar aire—. Ya te lo dije una vez: soy de fiar, soy un buen tío.

—El mejor —sonrió ella acariciando la nariz del joven con la punta de la suya en un cariñoso y tierno gesto.

Él también sonrió y la distanció un poco más de su cuerpo para mirarla bien a la cara.

—Nadie ha llegado a mi corazón como lo has hecho tú, Ana —confesó con los ojos clavados en los de ella—. Te quiero.

Ana hinchó el pecho con orgullo. Se sentía feliz, alegre y satisfecha.

—Yo también te quiero, Bruno.

Acercándose a los labios del joven, los besó con todo el amor que sentía por él.

—Habrá que darles la buena noticia a los chicos, ¿no? —preguntó Bruno.

—Y ver si nos dejan salir de la habitación —se rio Ana.

—A mí no me importaría quedarme encerrado contigo en cualquier sitio un poco más —dijo el joven con una sonrisa pícara.

—Ni a mí, pero no podemos estar aquí todo el día.

—Por cierto —añadió Bruno—, tienes que desbloquearme en tu teléfono.

—Ah, sí, es verdad. Te bloqueé para que no me dieras el coñazo, pero ahora que hemos hecho las paces, no hay motivo para que

sigas bloqueado.

Ana se levantó de sus rodillas y le tendió la mano para que él se alzase también.

Intentó abrir la puerta, pero, como estaba atrancada por la silla del otro lado, no pudo.

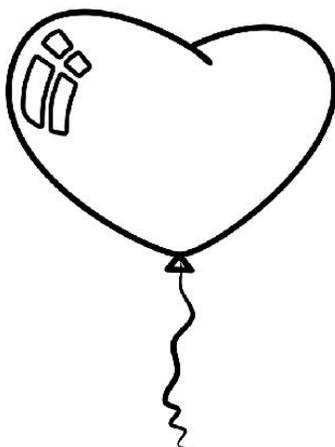
—Chicos, que ya está todo solucionado. ¿Nos dejáis salir? — gritó para que sus hijos la oyeran.

—¿Cómo sabemos que es verdad y no es un farol, mamá? — preguntó Guille.

—Vuestra madre os está diciendo la verdad. Por favor, abrid la puerta —les dijo Bruno desde dentro de la habitación.

Guille y Lucas se miraron y asintieron los dos a la vez.

Retiraron la silla que impedía bajar la manilla de la puerta y dejaron libres a su madre y a su novio.



Capítulo 30

Las fiestas navideñas y de Reyes pasaron y todo volvió a la normalidad. Los hijos de Ana, al colegio-instituto; Bruno, a su labor como docente y ella, a sus correcciones.

—Bruno, me he hecho daño en el tobillo —le informó Naia a su profesor de Educación Física—. Me duele al apoyarlo y no puedo andar.

Bruno se agachó para observar la parte dolorida de la adolescente.

—¿Cuándo te ha pasado?

—Ahora, mientras corríamos para calentar. He pisado mal y me lo he torcido.

—Bien, pues habrá que llevarte con la enfermera del centro y que te eche un vistazo. Podría ser un esguince o quizá sea una simple torcedura y con un poco de hielo se te pase.

—¿Me llevarás cargada en tus fuertes brazos? —quiso saber la chica.

El tono sugerente que empleó no le gustó nada a Bruno. Recordó la conversación con Ana, cuando ella le comentó que Naia estaba enamorada de él y tuviese cuidado con la niña, pues a su edad se hacen muchas tonterías.

—Lo siento, pero no —respondió Bruno—. No puedo dejar sola a la clase. Te llevarán dos compañeros. Apóyate en ellos y ve a la pata coja hasta que llegues a la enfermería.

La adolescente puso cara de fastidio. Su plan no había funcionado.

Bruno llamó a Guille y a Jairo, el hijo de Raquel, para que ayudasen a su compañera.

Cuando los dos chicos y la chica salieron del gimnasio, Naia le preguntó a Guille:

—¿Tu madre y Bruno siguen siendo novios?

—Sí.

—Cuando dejen de serlo, ¿me lo contarás? —dijo ella.

—Mi madre y Bruno no van a dejar de ser novios nunca porque se van a casar. Los escuché el otro día hablar sobre ello —mintió Guille para quitarle la ilusión a Naia y que dejase de perseguir al profesor.

—Pues vaya —murmuró la chica con pena.

Ninguno comentó nada más y continuaron su camino hasta la enfermería del centro escolar.

...

—Me ha dicho mi madre que si queremos ir el domingo a comer a su casa y así conoce a Guille y a Lucas —le comentó esa tarde Bruno a Ana.

Ella no respondió. No lo había escuchado. Estaba tan pendiente de la serie turca que estaba viendo que no se había enterado de que su novio le estaba hablando.

—Ana —la llamó él de nuevo, dándole un toque en el hombro.

Ella se giró hacia él.

—Perdona, ¿me decías algo?

—¿Puedes dejar un momento de babear por Can Yaman y prestarme atención? —quiso saber él.

—Yo no babeo por Can Yaman —protestó Ana.

—No, ¡qué va! —se mofó Bruno con sarcasmo.

Estaban sentados en el sofá del salón de la casa de Ana, viendo la serie mientras los chicos hacían los deberes en sus respectivas

habitaciones.

—Bueno, ¿qué es lo que me querías decir?

—Que si el domingo quieres ir a comer donde mi madre y llevamos a los niños. Tiene ganas de conocerlos —repitió Bruno.

—¡Por fin! —exclamó Ana contenta mirando de nuevo la televisión—. Por fin se han besado Can y Sanem. Llevo un montón de capítulos esperando este momento. —Volvió a mirar a Bruno—. ¡Qué bonito! ¿Has visto el beso que se han dado? ¡Ha sido precioso!

Bruno puso los ojos en blanco y, con una mano, se mesó la barba.

—Ana, ¿has oído lo que te he dicho sobre mi madre y el domingo? —preguntó con paciencia.

—Eh... Sí. Algo de comer en su casa y que llevemos a los chicos para que los conozca.

El joven suspiró aliviado.

—¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer?

—¿Tú quieres que Sari conozca a mis hijos? —quiso saber Ana.

—Claro que quiero —respondió el profesor.

—Vale. Me parece bien, pero tendrá que ser el domingo siguiente. Este fin de semana les toca con su padre —aceptó ella.

Se volvió a girar hacia la pantalla del televisor para seguir viendo la serie turca que la tenía tan enganchada desde que su suegra le había hablado de ella.

—De acuerdo. El próximo domingo, entonces. —Hizo una pausa y añadió—: Hoy me ha pasado algo con Naia en clase.

Bruno procedió a explicarle lo sucedido. Como Ana no contestó, él supo que no se había enterado de nada de lo que acababa de contarle.

Su madre y su novia estaban igual de abducidas por esas series, pensó resoplando. ¿Qué tendrían los turcos que estaban volviendo medio locas a todas las mujeres? Porque sus compañeras de trabajo también se pasaban el día comentando cosas sobre ellas.

—Te voy a dejar tranquila para que termines de ver el capítulo —le dijo Bruno a Ana—. Voy a ver cómo van los chicos con los deberes y luego te contaré lo de Naia.

—Vale —contestó Ana sin mirarlo.

...

Como ese fin de semana no tenían a los niños, decidieron salir a divertirse un poco. Fueron a cenar con los amigos de Bruno a un sitio muy bonito, con una decoración marroquí preciosa, que estaba en el centro de Madrid.

Cuando Ana vio a Sheila, se le revolvió el estómago. La ira inundó sus venas, y a punto estuvo de caminar hacia ella y soltarle un guantazo por lo que les había hecho.

Pero decidió que lo mejor sería ignorarla y centrarse en el resto de la gente, que había demostrado ser muy simpática y amable.

Sheila los miró mal e hizo de tripas corazón. Parecía que su jugada no había salido bien porque, además de no lograr separarlos, Bruno tampoco había vuelto con ella como había pensado. Se consoló con que, al menos, habían estado un tiempo enfadados. Pero ahora todo volvía a la normalidad entre Bruno y Ana, y ella había resultado perdedora.

La pareja se sentó a una de las mesas de metal dorado del restaurante marroquí, agradeciendo que a Sheila le hubiera tocado en otro lugar alejado de ellos. Ana observó la decoración, recargada y de tonos brillantes. Las lámparas que colgaban del techo con forma de lágrimas y las paredes de mosaicos en varios tonos la transportaron a la Marrakech más tradicional. Estar allí era como viajar a otro lugar y descubrir otra cultura.

Cuando terminaron de cenar, mientras pagaban cada uno lo suyo, Ana fue al baño.

En cuanto Sheila vio a dónde se dirigía ella, la siguió.

Antes de entrar al aseo, la joven agarró por el codo a Ana y la detuvo.

—Otra vez tú —dijo Ana soltándose de mala leche.

La miró de arriba abajo, igual que Sheila hizo con ella, y se puso a la defensiva de inmediato.

—Sí, otra vez yo —contestó la chica.

—Si vienes a meter más mierda entre Bruno y yo, ya te estás largando —le soltó Ana con acritud—. Sé que todo lo que me dijiste la otra vez era mentira y que esos selfis no reflejaban una situación real.

—Tenía que intentarlo —se defendió Sheila—. Llevo enamorada de Bruno muchos años, y que vinieses tú y me lo quitases no me sentó nada bien.

Ana la miró con suspicacia. No se fiaba de ella.

—¿Te estás disculpando? —preguntó.

—No. No me voy a disculpar por lo que hice, aunque no me sirvió de nada. No me arrepiento, pero sé que debo olvidar a Bruno y buscarme a otro chico.

Las dos permanecieron en silencio hasta que Ana habló de nuevo.

—Te voy a dar un consejo que te vendrá bien para tu búsqueda del amor y para la vida en general. —Hizo una pausa en la que Sheila esperó expectante—. No se brilla apagando la luz de los demás —le advirtió Ana—. Si tu estrella no da luz, no trates de apagar la mía o la de cualquier otra persona. Solo conseguirás hacer daño, y ese camino no es el correcto. Al final, la gente te abandonará por tu mala conducta. Aún estás a tiempo de rectificar y ser una buena chica. Eres guapísima, tienes un tipazo estupendo, pero el físico no lo es todo.

»La belleza pasa y lo que queda es el interior de las personas. Tienes que conquistar a un chico por tu personalidad, por tener buen corazón, ser generosa, simpática, agradable, divertida e inteligente. Porque cuando llegues a mi edad y todo empiece a descolgarse, se te caigan las tetas, el culo y el resto de los músculos, debe quedar algo que siga atrayendo a la gente de tu alrededor: tu luz. Y eso también vale para el trabajo, las amistades, etcétera. Así que recuérdalo: no se brilla apagando la luz de los demás —repitió.

Se quedó callada observando cómo Sheila asentía a sus palabras.

Ninguna de las dos dijo nada más. La joven se dio la vuelta y se marchó de nuevo al comedor del restaurante, y Ana entró en el baño.

Horas después, cuando ya estaban en casa Bruno y ella, le contó la conversación que había mantenido con la joven.

—Y todo eso le he dicho —confesó Ana.

—Has hecho bien, cariño. Espero que Sheila te haga caso y no nos moleste más.

Él la ciñó más a su cuerpo y reclamó su boca con un profundo beso.

Epílogo

—Buenas tardes y bienvenidas a todas —saludó Bruno a las alumnas que se habían apuntado a clases de defensa personal.

Era un viernes de finales de enero y, tras acabar los entrenamientos de judo de los de ESO y Bachillerato, el *dojo* había quedado libre para poder dar esa clase.

—No nos habías dicho que Bruno estaba repetido —cuchicheó Raquel en el oído de Ana, aunque Bea también pudo escucharla.

Ana frunció el ceño, confusa. No les había contado el incidente del beso con Sergio porque era algo muy vergonzoso para ella, de eso estaba segura, pero creía que en alguna ocasión les habría comentado a sus amigas la existencia del chico.

—¿Estáis seguras de que no os he dicho que Bruno tenía un hermano gemelo?

—No, no nos lo habías contado —declaró Bea—. ¿Cómo los distingues?

Ana recordó las diferencias existentes y se las explicó a sus amigas.

—Vamos a ver: Sergio tiene la cara algo más redonda que Bruno y un lunar encima de la ceja derecha. ¿Se lo veis? —les preguntó. Ellas asintieron y Ana prosiguió—: La barba más poblada que la de Bruno, la voz más grave...

—Bueno, lo de la voz ya lo comprobaremos porque todavía no ha hablado —contestó Raquel.

—Y también es unos centímetros más alto que Bruno. Fijaos cuando se pongan uno al lado del otro —añadió Ana—. Creo que, físicamente, no hay ninguna diferencia más.

—Los dos están igual de buenorros —murmuró Raquel abanicándose con la mano.

—A mí me parece que Sergio está más musculado que Bruno —intervino Bea en voz baja—. Por cómo se le pega la camiseta parece que tenga el torso más definido.

Los dos maestros llevaban el pantalón de judo blanco con una camiseta roja.

—Huy, cómo te fijas —Raquel le dio un codazo cómplice.

—¿Cómo no me voy a fijar? Tengo ojos en la cara —se defendió Bea en el mismo tono bajo que había usado antes—. Tú míralo bien. Le queda tan ceñida en los bíceps y el pecho que cualquier día le va a reventar, estoy segura. ¿No se podía haber comprado una talla más grande?

—Pues el día que le reviente la camiseta espero estar presente y no perderme el espectáculo —cuchicheó Raquel con deseo.

—Bueno, chicas, dejemos de hablar y prestemos atención a lo que está explicando el maestro —les pidió Ana.

—¿Te imaginas hacer un trío con los dos? Tiene que ser la hostia —susurró Raquel.

—¡Raquel! —la riñeron Ana y Bea al mismo tiempo alzando la voz.

Bruno, que había estado explicando cómo iban a funcionar las clases, se calló y las miró.

—¿Ocurre algo, chicas? —quiso saber hablando a las tres amigas, pero mirando solo a Ana.

—No, no. Continúe, maestro —dijo ella, avergonzada, bajando la mirada.

Toda la clase tenía la atención puesta en ellas tres, pero, al proseguir con sus explicaciones el joven, dejaron de mirarlas.

—Qué bruta eres, tía —la riñó Ana entre susurros.

—Estás fatal, pero mal mal —añadió Bea lo más bajo que pudo.

Bruno se colocó frente a Sergio para explicar una técnica de defensa. Cuando hubo aclarado cómo proceder en caso de que el ataque fuese así, pidió que se pusieran por parejas.

—Ana, tú conmigo —la llamó.

Mientras ella se acercaba, Sergio habló con su hermano.

—Oye, ¿quién es la rubia de pelo largo, bajita y con curvas? La que se parece a Shakira.

—Es una amiga de Ana. Se llama Bea. Es la madre de una de mis alumnas de primero de la ESO. ¿Por qué? —preguntó suspicaz.

Sergio se encogió de hombros.

—Por nada. Simple curiosidad.

—No sé si está casada, divorciada o es madre soltera. Nunca la he visto con un hombre, y a su hija tampoco la oigo mencionar a su padre —le contó Bruno sabiendo que, si su hermano había preguntado por esa mujer, era porque tenía algún interés hacia ella—. De todas formas, no importa, ¿verdad? Tú tienes novia —le recordó—. Y aunque esté a miles de kilómetros de aquí, todavía mantienes una relación con Martina.

Sergio asintió justo en el momento en que Ana llegaba a su lado.

—Bueno, os dejo solos para que practiquéis, parejita —se despidió con una sonrisa burlona y caminó hasta una esquina del tatami, desde la que observó con atención el desarrollo de la clase por si en algún momento veía algo incorrecto y debía intervenir.

Horas después, en la intimidad de la casa de Ana, cenaban.

—Estoy lleno —comentó Bruno—. ¿Tú vas a querer postre?

—El postre que quiero lo tengo delante de mí —contestó ella con una mirada lasciva—. Pastel de carne —añadió pasándose la lengua por los labios para excitar a su novio.

El miembro de Bruno saltó contento en el interior de los pantalones, deseando unirse al sexo de ella para sentir cómo su calidez lo apresaba, igual que siempre que hacían el amor.

Pero iba a tener que esperar un poco porque le tenía reservada una sorpresa a Ana.

Ella apartó los platos y los vasos, los cubiertos y la botella de agua, y se subió a la mesa con decisión. Gateó hasta llegar al otro extremo, donde Bruno la miraba confundido. Lo agarró de la sudadera y tiró de él para fusionar su boca con la del joven.

El beso pilló a Bruno desprevenido, pero rápidamente se hizo cargo de la situación.

Hambriento y posesivo, asaltó la boca que Ana le ofrecía con avaricia. Ella se rindió a él, desesperada por sentir más de esa lengua incitante con la que tanto anhelaba jugar.

Bruno la agarró por la cintura para bajarla de la mesa. La colocó a horcajadas sobre su regazo, sintiendo el fuego que ella desataba en su interior con solo tocarlo o besarlo y que siempre amenazaba con consumirlo.

Se levantó con su chica anclada a sus caderas y se dirigió hacia la habitación mientras no dejaba de probar la miel de sus labios.

Posó a Ana sobre la cama con delicadeza, como si ella fuera algo frágil que pudiese romperse.

Ella lo miraba con la excitación y el deseo bailando en sus pupilas. Alargó los brazos hacia él, pidiéndole en silencio que continuara donde lo habían dejado.

—Paciencia, amor. Tengo algo preparado para ti —susurró Bruno acariciándole el óvalo de la cara con extrema dulzura.

Con rapidez, salió de la habitación y, al cabo de pocos segundos, regresó con un paquetito pequeño.

Ana se apoyó en los codos.

—¿Qué es?

—Algo pensado para tu placer, cariño. Algo que te hará disfrutar muchísimo y que a mí, cuando vea cómo te corres con este juguete, me excitará aún más.

Le tendió el regalo, pidiéndole que lo abriera.

Ana lo hizo y se encontró con una caja en la que venía un estimulador para el clítoris. Se quedó alucinada por semejante regalo, pero se recuperó pronto y abrió la cajita para sacarlo.

Mientras ella leía las instrucciones de uso del juguete sexual, Bruno no perdió el tiempo y se despojó del chándal, el *slip*, los calcetines y las zapatillas.

Los ojos de ella, encendidos de deseo, lamieron cada centímetro de esa piel que ansiaba tocar. Bruno los sintió sobre su cuerpo como lenguas de fuego que lo abrasaban.

—¿Lo probamos? —preguntó Ana refiriéndose al estimulador de clítoris.

—Primero tengo que calentarte, mi amor.

Bruno se cernió sobre ella y la desnudó venerando cada porción de la gloriosa piel que iba descubriendo. Se detuvo para besarla en cada rincón de la epidermis de Ana, estimulando todas sus terminaciones nerviosas con las húmedas caricias de su lengua, volviéndolas locas.

—Te quiero, Ana.

—Yo también, Bruno —susurró ella perdida en las olas de placer que la estaban recorriendo.

Ana lo cogió por la nuca, dejando a un lado sobre el colchón el juguete, y fundió su boca con la del judoca. Los deseos lascivos que se habían apoderado de ella solo encontrarían desahogo entre las piernas del hombre y quería darse prisa en satisfacerse.

Un ramalazo de energía sexual recorrió toda la columna de Bruno cuando abandonó la boca de Ana para refugiarse en su cálido pecho. Saboreó a conciencia sus pezones hasta que los tuvo duros como piedras. La piel de Ana emitía un tenue aroma femenino que se coló por las fosas nasales de Bruno, instándolo a continuar jugando con aquel cuerpo que se le entregaba dócilmente.

Acarició cada rincón de ella notando en las manos toda su suavidad y su calor mientras Ana temblaba de pasión por su contacto.

Bruno se arrodilló a los pies de la cama y le separó las piernas. Contempló su vulva roja y brillante, como una fresa madura, y se dispuso a darse un festín.

Con el primer lametón, Ana se estremeció de placer. Un tenue gemido escapó de su garganta y fue a parar a la erección de Bruno, que saltó contenta.

Con la segunda pasada de su lengua por ese lugar tan caliente, él pudo sentir en la boca toda la esencia íntima de Ana. Se deleitó, saboreándola a conciencia, como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente.

Ana no podía hacer otra cosa que jadear y abandonarse a las caricias de Bruno. Clavó los dedos en la cabeza de él y lo obligó a devorarla con más fuerza.

—¿Cuándo vamos a usar eso que me has comprado? —gimió ella desesperada por sentir más y más.

—Enseguida, impaciente —respondió él con una sonrisa sobre sus pliegues íntimos.

Bruno agarró el estimulador y lo encendió. Cuando estuvo buscando algo así para regalarle a su novia, leyó la forma de uso de varios y se decidió por ese en concreto porque era muy sencillo, tenía varios grados de intensidad y se encendía y apagaba pulsando durante unos segundos sobre el botón.

Lo colocó sobre el lugar mágico de Ana y empezó a subir de intensidad.

—¿Cómo lo sientes? —le preguntó—. ¿Lo subo más? Tiene once niveles y ahora lo tengo en el cinco.

—Hostia... Es... Es muy bueno... —jadeó ella—. Sigue... Súbelo un poco y... Creo que me voy a... correr en poco... tiempo.

Bruno pasó al nivel seis. Ana comenzó a retorcerse sobre las sábanas. Su piel se tiñó de una capa de sudor.

Cuando llegó al siete, ella convulsionó.

—Ahhh... Oh, Dios... Oh, Dios... Qué bueno va a ser... No lo subas más... Así está perfecto...

Y, segundos después, gritó en medio del placer incontrolable que sentía. La euforia del orgasmo se adueñó de ella y, con el pulso todavía acelerado, contempló a Bruno, que la miraba con la barba reluciente por todo el placer que se había bebido de ella antes de colocarle el estimulador para que acabase el trabajo oral.

Él la observó sonriendo. Apagó el juguete y lo dejó a un lado de la cama. La penetró despacio, sintiendo en cada centímetro de su pene el calor de la vulva de Ana, que lo envolvía igual que un guante hecho a medida.

Cuando la colmó, movió las caderas pegado a ella para rozarle de nuevo el clítoris y continuar con su estimulación. Se inclinó sobre la boca de su novia, pegando su pecho al de ella y sintiendo cómo su corazón latía acelerado, y la reclamó con un beso lleno de amor, deseo y ternura.

—Te quiero, Ana —volvió a susurrarle sin apartar los ojos de los de ella, mirándola como si ella fuera la razón por la que el sol salía cada mañana.

—Yo también te quiero, Bruno —confesó a duras penas, pues tenía la garganta seca por la excitación.

Se estaba muriendo a fuego lento con el contoneo de las caderas de Bruno mientras notaba en su interior cómo él la penetraba a veces pausadamente, otras veces con la fuerza de un toro. Todo ello con el fin de enloquecerla, de hacer que ella ardiera de deseo en esa noche en la que se entregaban con lujuria al pecado y a la tentación.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que han contribuido para que este libro vea la luz: Mónica y Vanessa, mis lectoras cero; Carol RZ, mi correctora; Marien Fernández, maquetadora, portadista y una artista como la copa de un pino.

También agradezco a Pablo R. V. por toda la información que me dio sobre el Judo; sus explicaciones me sirvieron de mucho.

A todas las lectoras y lectores que me piden que escriba otra novela más, da igual que sea romántica, erótica, *thriller*, comedia... Gracias por vuestros ánimos, por seguir confiando en una historia mía para entreteneros y por estar ahí siempre, siguiéndome a través de las redes sociales.

A mi familia, que siempre está a mi lado apoyándome, dejándome sola y tranquila, concentrada, para que pueda escribir un capítulo más. Que entienden que no les coja el teléfono porque se me va la inspiración. Que me animan a seguir en mi mundo de fantasías para que saque de mi cabeza otra historia. Y muchas cosas más...

A todas las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de estos años y que me han mostrado su apoyo de una u otra manera, que han compartido conmigo las dudas, los momentos de bajón y los éxitos sin envidias ni falsedades. Sobre todo, a mi grupo Las MILF.

A las organizadoras de eventos románticos por acercarnos tanto a autoras como a lectoras; por su esfuerzo para conseguir hacer más grande la romántica y que todas tengamos un sitio en el que reunirnos para hablar de lo que más nos gusta.

Y, por último, a ti, por elegir este libro, ya sea en versión física o digital.

Nota de la autora

Si te gustan mis libros, te pido por favor que apoyes mi carrera literaria de forma legal y rechaces la piratería. Es la manera de que puedas seguir disfrutando de mis historias. Sin ventas es muy difícil que pueda seguir publicando tanto en Amazon como en editorial. Un libro se tarda mucho en escribir. Son muchas semanas de documentación, varios meses de escritura, maquetación, corrección, portada... En nombre de tod@s l@s autor@s y l@s profesionales que hay a nuestro alrededor para hacer que el libro llegue a ti tan bonito y cuidado, te pido que nos ayudes a acabar con la piratería que tanto daño nos hace. De lo contrario, llegará un día en que dejemos de escribir. ¡Gracias por apoyarnos!

Puedes encontrarme en:

Facebook: <https://www.facebook.com/mabel.diaz.9085>

Instagram: @mabeldiazautora

Otros libros de la autora en papel y digital

Lee todos los libros de
Mabel Díaz
en todas las plataformas digitales

amazon  kobo  Google Play  Consíguelos en Apple Books

NUBICO



A grid of 12 book covers by Mabel Díaz. The top row includes: 'El Fuego', 'Dulce Tentación', 'El Calor de los Besos', 'El príncipe que salió del cuento', 'Bajo las estrellas', and 'Mabel Díaz'. The bottom row includes: '3 veces te odio, 3 veces te quiero', 'No me más', 'Cuando te falte', and 'Eser me'.

Venta solo en Amazon



Biografía de la autora

Mabel Díaz nació en Bilbao, en 1977. Tras vivir unos años en Alcoy (Alicante), el amor la llevó a Madrid, donde reside actualmente. Empezó a escribir romántica y erótica para sacar todas las historias que tenía en su cabeza, que amenazaban con volverla loca. Así nacieron *El fuego que arde en ti*, *Dulce Tentación*, *El calor de tus besos*, *3 te odio y un te quiero*, *No me busques más*, *Adicto a ti* y *Cuando te falte mi piel*, entre otras. Sus novelas están disponibles en papel y en digital.

